



القُدس
IERUSALEM
יְרוּשָׁלַיִם

LOS APOCALIPSIS

45 TEXTOS APOCALÍPTICOS
APÓCRIFOS JUDÍOS,
CRISTIANOS Y GNÓSTICOS

ANTONIO PIÑERO

→ EDAF



Apocalipsis es un vocablo griego, utilizado ya antes de la era cristiana, que tiene el sentido de “descubrir una parte del cuerpo”, “quitar un velo” o “desvelar” algún secreto. Más tarde —con la difusión del Apocalipsis de San Juan— se especializa en el significado de “obra literaria que desvela misterios, sobre todo referidos al fin del mundo”.

Con el presente libro, el lector tiene en sus manos la versión española de 45 apocalipsis —judíos, cristianos y gnósticos, compuestos en un lapso de unos 600 años, entre la mitad del siglo III a. de C. y los siglos III/IV d. de C.—, escogidos principalmente entre el rico legado del judaísmo y el cristianismo primitivos. Estos apocalipsis forman un auténtico género literario y son imprescindibles para conocer las nociones sobre el fin del mundo y las expectativas del futuro que albergaban judíos y cristianos en la época en la que surge el cristianismo, concepciones que, al menos muchas de ellas, están vigentes hoy día.

Los apocalipsis aquí reunidos presentan un complejo mundo de ideas, imágenes y símbolos. Una breve introducción se encarga de facilitar el camino al lector informándolo de las características del género apocalíptico y del complejo mundo teológico y de creencias que está detrás de sus misteriosos autores, así como de las fuerzas e impulsos que llevaron a la redacción de este tipo de textos.

Las traducciones de estos escritos, conservados en diversas lenguas antiguas —hebreo, arameo, griego, latín, copto, siríaco, etíope, eslavo antiguo—, han sido hechas por reconocidos especialistas a partir de los textos llegados hasta nosotros, utilizando las más modernas ediciones científicas que se hallan en las bibliotecas especializadas, siendo la primera vez que se presentan al público en un solo volumen que proporciona al lector una visión extraordinaria y completa del género apocalíptico.

 **EDAF**

ISBN: 978-84-414-1889-9



0 2 1 0 2

9 788441 418899

ANTONIO PIÑERO

LOS APOCALIPSIS

45 textos apocalípticos apócrifos
judíos, cristianos y gnósticos



EDAF

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI

2007

© 2007. Antonio Piñero

© 2007. De esta edición, Editorial EDAF, S. L.

Diseño de cubierta: Marta Villarín

Editorial Edaf, S. L.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Ediciones-Distribuciones Antonio Fossati, S. A. de C. V.
Sierra Nevada, 130
Colonia Lomas de Chapultepec
11000 México D. F.
edafmex@edaf.net

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222
1227 Buenos Aires (Argentina)
edafdelplata@edaf.net

Edaf Antillas, Inc.
Av. J. T. Piñero, 1594 - Caparra Terrace (00921-1413)
San Juan, Puerto Rico
edafantillas@edaf.net

Edaf Antillas
247 S.E. First Street
Miami, FL 33131
edafantillas@edaf.net

Edaf Chile, S. A.
Huérfanos, 1178 - Of. 506
Santiago, Chile
edafchile@edaf.net

Enero 2007

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

I.S.B.N.: 978-84-414-1889-9
Depósito legal: M-3.305-2007

*Para Sebastián Vázquez, buen amigo,
a quien debo la primera idea de este libro.*



Índice

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	13
I. APOCALIPSIS JUDÍOS	
1. Libro 1 de Henoc: los apocalipsis más antiguos	27
I. El Libro de los Vigilantes	28
II. Primer Libro de los viajes celestes de Henoc	30
III. Libro del curso de las luminarias celestes	31
IV. Apocalipsis de las diez semanas del mundo	33
2. Ciclo posterior de Henoc	35
I. Libro de los secretos de Henoc	35
II. Apocalipsis hebreo de Henoc	40
3. Apocalipsis de Abraham	45
4. Apocalipsis de Elías	55
5. Ascensión de Isaías	65
I. Martirio de Isaías	66
II. Testamento de Ezequías	68
III. Visión y ascensión de Isaías	70
6. Apocalipsis de Sofonías	77
7. Libro de Daniel	85
8. Apocalipsis de Sedrac	93

	<u>Págs.</u>
9. Apocalipsis de Ezequiel o Apócrifo de Ezequiel	101
10. Primer Apocalipsis de Baruc (siríaco)	105
11. Segundo Apocalipsis de Baruc (griego)	117
12. Libro Cuarto de Esdras	127
13. Ciclo posterior de Esdras	143
I. Apocalipsis griego de Esdras	143
II. Visión del bienaventurado Esdras	149
III. Libro Quinto de Esdras	153
IV. Libro del profeta Esdras o Libro Sexto de Esdras . .	156
14. Libro de los Jubileos	161
15. Dos apocalipsis de los manuscritos del mar Muerto	165
I. Himno (<i>Hodayot</i>) III 26-36	166
II. Regla de la Guerra (1QM/1Q33)	167
16. Testamento de Job	173
17. Testamento de Moisés	177
18. Testamento de los Doce Patriarcas	181
19. Oráculos sibilinos judíos y cristianos	185
20. Un «apocalipsis mesiánico» pagano: <i>Égloga IV</i> de Virgilio.	195

II. APOCALIPSIS CRISTIANOS

21. Pablo de Tarso y su escuela	201
I. Carta Primera a los Tesalonicenses	201
II. Carta Segunda a los Tesalonicenses	203
22. Evangelio de Marcos, el «Apocalipsis sinóptico»: Capítulo 13.	205
23. Apocalipsis de Juan	209
24. Didaché o Doctrina de los Doce Apóstoles	223
25. El Pastor de Hermas	225
26. Apocalipsis de Pedro (etíope y griego)	229
27. Apocalipsis de Pablo	235
28. Apocalipsis de Tomás	241

Págs.

III. APOCALIPSIS GNÓSTICOS CRISTIANOS

29. Apocalipsis de Adán	249
30. Apocalipsis gnóstico de Pedro	257
31. Apocalipsis de Pablo	263
32. Primer Apocalipsis de Santiago	269
33. Segundo Apocalipsis de Santiago	275
FUENTES/BIBLIOGRAFÍA	281



Introducción

ESTE libro presenta al lector la versión española de cuarenta y cinco Apocalipsis —judíos, cristianos y gnósticos; uno pagano— compuestos en un lapso temporal de unos seiscientos años: entre la mitad del siglo III a. de C. y los siglos III/IV d. de C. Hay unos pocos más, pero son más tardíos —a partir del siglo VI o VII d. de C.— y tienen menor interés.

Es normal que el público piense que solo existe un escrito de esta clase, el que lleva el nombre de Juan, el *Apocalipsis* por excelencia, el libro que cierra la colección de textos que llamamos Nuevo Testamento. Resulta, sin embargo, que el judaísmo y el cristianismo primitivo nos han legado muchos más escritos de este género, muy interesantes para conocer las ideas sobre el fin del mundo y las expectativas de futuro que albergaban judíos y cristianos en la época en la que surge el cristianismo, ideas —o al menos muchas de ellas— que duran hasta hoy día. Para entender, sin embargo, este tipo de escritos es preciso que adelantemos alguna información que precise tanto su configuración literaria como el mundo en el que nacieron, presentando también los temas más recurrentes que suelen aparecer en este tipo de literatura que llamamos «apocalíptica» y que ayudan a comprenderla.

Terminología

«Apocalipsis» es un vocablo griego que se utilizaba ya antes de la era cristiana, y que tenía el sentido de «descubrir», por ejemplo, el

cuerpo o la cabeza, «quitar un velo», o «desvelar» algún misterio o secreto. Pero su aparición, su utilización solemne, casi como un título, en el Apocalipsis o Revelación de Juan (1, 1: «Revelación de Jesucristo, concedida [al vidente Juan] para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto...»), hizo que desde ese momento se denominara así a otros libros parecidos que contenían también desvelaciones de misterios, sobre todo referidos al fin del mundo. Del mismo modo se designó también como «apocalíptica» al género literario de los libros que trataban de este tema y revelaban los arcanos o secretos análogos, como la suerte de los justos en el más allá.

Un género literario amplio

No es fácil caracterizar este tipo de libros ni hacer un repertorio de ellos, porque son a veces tan variados en forma y pensamiento, que en ocasiones resulta arduo precisar qué formas de lenguaje o qué contenidos han de aparecer exactamente en esos textos para que puedan designarse como «apocalipsis». Temas y motivos de estos libros se encuentran en otros escritos que no llamaríamos «apocalipsis» y, a la inversa, hay textos claramente apocalípticos que solo contienen algunos de los elementos, de forma o de contenido, que consideraríamos básicos en los apocalípticos.

Por esta razón los estudiosos del tema prefieren hablar de un «género literario amplio», la apocalíptica, que se caracteriza, en primer lugar, por ciertos rasgos estilísticos o características literarias comunes. Estos son:

- Los apocalipsis son literatura de revelación, normalmente para un grupo restringido. No hay apocalipsis si el autor no atrae a su lector con el desvelamiento de nuevas y prodigiosas realidades, presentes o futuras, que ignora.
- Los apocalipsis ocultan normalmente el nombre del autor. El escritor apocalíptico no desvela prácticamente nunca su nombre (hay alguna excepción notable, casi única, precisamente el Apocalipsis de Juan, o la Primera Carta a los Tesalonicenses de Pablo), y suele amparar su escrito bajo el nombre de un gran héroe o personaje del pasado.

Esta acción se denomina técnicamente «seudonimia», vocablo griego que significa «nombre falso». Este fenómeno de la seudonimia solía deberse a que el autor se creía un personaje poco importante, o bien porque sentía que estaba escribiendo con el mismo espíritu que dominaba a ese héroe célebre del pasado que lo amparaba, o bien —finalmente— porque era un auténtico impostor y pensaba que su libro tendría más difusión si se presentaba al amparo de un nombre ilustre. Respecto a los autores judíos, es posible pensar también que los «apocalípticos» pensaban que había pasado ya la época de los profetas en Israel, y que todo lo que sonara a los lectores como «profecía» debía ser adscrito de alguna manera a la escuela de algún «profeta», en sentido amplio, del pasado, cuando Dios se comunicaba con los hombres por medio de ellos.

- El autor es un visionario. Los secretos que desvela a su público los ha recibido de Dios por medio de una visión, un sueño inspirado, un viaje celeste, o un éxtasis del alma que se ve arrebatada a los cielos, donde contempla misterios que en la tierra son inaccesibles.

- Estas visiones se expresan en un lenguaje específico, la mayoría de las veces en forma de largos discursos, o bien de un diálogo entre el ser humano y un revelador divino. No es una terminología llana y directa, sino cargada de símbolos, de espectaculares imágenes, de especulaciones sobre números y fechas, de largas listas de eventos históricos —aunque presentados como futuro—, de escenas donde intervienen animales que hablan o se comportan como seres humanos.

Lo curioso del caso es que este mundo de imágenes y símbolos se repite en muchos libros apocalípticos. Parece, por tanto, que con el tiempo se había ido formando entre judíos y cristianos un repertorio tradicional de imágenes y símbolos apocalípticos que los autores usan o copian unos de otros. Los apocalipsis, tal como los leemos hoy, no son el reflejo sencillo de un trance visionario, sino un producto literario, confeccionado en la paz de un escritorio, incluso aquellos que parecen estar transmitiendo visiones absolutamente personales, como el Apocalipsis de Juan. La mayoría de los críticos modernos no dudan de que en el fondo de estas obras pueda haber una serie de visiones auténticas. Pero a la vez afirma que, casi en todos los casos, a la hora en la que el autor pasa a texto escrito sus experiencias «visionarias», lo hace valién-

dose de imágenes que toma de otras obras del género. Un «apocalipsis» es, pues, un producto literario, no una transcripción más o menos exacta de visiones personales.

- En muchos casos interviene un ángel o un ser celeste que acompaña al vidente en su viaje celestial, o se le aparece posteriormente y le explica el tenor de sus visiones.

- El contenido de estas visiones trata de temas relacionados de algún modo con el origen del mundo o de la raza humana, o se ocupa del sentido final de la historia —de Israel, de los cristianos o del mundo en general—, del fin del mundo y de los procesos que lo acompañan: las batallas o conflagraciones cósmicas finales, la resurrección, el juicio, el paraíso o mundo futuro, con la suerte de justos y malvados, etc.

- La evolución o etapas de la historia realmente pasada ya en tiempos del vidente suelen ser presentados por este en forma de visión previa de lo que va ocurrir más tarde. Es decir, el autor presenta el pasado adornado de futuro. Pero, naturalmente, esta relación de los sucesos pasados es críptica y misteriosa, como si acabaran los apocalípticos de recibirla así en una visión de lo que va a ocurrir en el futuro. El lector tiene que esforzarse por entender lo que se le dice oscuramente y sentir que el pasado ocurrió realmente como el vidente lo había predicho. De este modo, el autor cree suscitar la confianza del lector: si todo ha ocurrido como predijo él hace siglos, es claro que ulteriores predicciones sobre el final del universo, que presenta el libro, se cumplirán también.

El mundo de los apocalípticos

Todos los autores de libros apocalípticos vivieron en un mundo religioso particular conformado por unas características de pensamiento teológico especiales. Veremos luego que la peculiar historia de Israel ayudó a configurar este mundo. Sus rasgos más notables son los siguientes:

- Dios existe. Ningún autor duda de su existencia, ni necesita probarla; ni se cuestiona. Tampoco duda de que es un Dios único, el Dios

de Israel, el mismo que el de los cristianos. Este Dios es absolutamente trascendente, es decir, está muy por encima de todo lo humano y no se puede representar con ningún rasgo de hombre. La concepción de este Dios presentada por la apocalíptica ha evolucionado mucho desde la figura antropomórfica de la divinidad que aparece en el libro del Génesis, un Dios que busca a Adán, que se ha escondido entre los árboles después de haber pecado. Ahora, en tiempos de los apocalípticos, este Dios es tan lejano que solo se comunica con los hombres por medio de intermediarios —normalmente ángeles—. Es tan distante, por ejemplo, que ni siquiera creó el mundo directamente, sino por medio de su Palabra o de su Sabiduría. Sin embargo, a pesar de su lejanía, este Dios se sigue preocupando de la humanidad, sobre todo de su pueblo elegido, y actúa en la historia de modo que esta camine hacia la salvación de los justos.

- Dios es creador del mundo y del ser humano, pero el estado idílico del principio duró muy poco. La mala inclinación del hombre condujo al pecado, y este trastornó todos los planes divinos sobre el cosmos y la historia. Además de la perversión de la naturaleza humana, el mal tiene un origen suprahumano: hay una potencia malvada, un demonio o muchos, un ángel maléfico o muchos, que se oponen a los planes de Dios y del hombre, y que en el fondo son los últimos responsables de la existencia del mal. El apocalíptico trata de quitar de los hombros de Dios o del ser humano la última responsabilidad por la existencia del Mal en el mundo. Además, al final de la historia el Mal será vencido por el Bien, Dios y sus elegidos.

El aspecto contrario de estas afirmaciones sobre el Mal es: todo lo bueno procede de «arriba», en último término de la divinidad.

- La historia no es cíclica, como pensaban los griegos o los persas y otros pueblos. No se repiten el universo y los acontecimientos en él ocurridos después de un periodo más o menos largo y tras una conflagración o fuego purificadorios finales, sino que la historia es lineal: camina directamente hacia un objetivo. Es una línea más o menos recta, que va desde los orígenes hasta un fin predeterminado por Dios. Llegará un momento en que todo se acabará irremisiblemente, tal como la divinidad lo tiene pensado y decidido de antemano. Esta idea se denomina «determinismo», y significa que, pase lo que pase y lo que hagan los humanos, al final Dios llevará a cabo sus planes. Hoy se pensa-

ría que esta mentalidad determinista supone la negación de la libertad humana, pero los apocalípticos no lo vieron así: los malos lo son voluntariamente y son responsables de sus actos, aunque se vean influidos por las potencias del Mal.

- De resultas del pecado y del mal mundano, la historia se divide en dos grandes mitades: la «edad presente» y la «edad futura». La presente —que dura desde la creación del mundo hasta el final físico de este, que normalmente coincide con la época del autor o está muy cerca— será sustituida por una edad futura, paradisiaca, donde todo será distinto y mejor.

Las concepciones de esta edad futura, aún por llegar pero muy cercana, varían: unas veces se piensa que ocurrirá en esta misma tierra, renovada y purificada: los justos salvados vivirán en ella felices durante mucho tiempo, mil años o más; otras veces se afirma que la edad futura tendrá lugar en una tierra y un cielo renovados. Estos se hallan ya preparados por Dios en las alturas celestes, y descenderán al lugar donde los hombres habitan una vez que hayan sido aniquilados la tierra y cielo actuales; otras veces se piensa que la edad futura constará a su vez de dos partes: una tendrá lugar en esta tierra —normalmente un Israel idílico y restaurado— durante un cierto lapso de tiempo; la segunda parte ocurrirá en un paraíso o cielo en el que entrarán unos pocos, los justos salvados; finalmente —aunque es raro— hay una última concepción que sitúa la edad futura exclusivamente en un espacio ultraterreno: un lugar celeste de suprema felicidad.

- La concepción de las dos edades o épocas del universo y del hombre va unida a un pesimismo esencial sobre este mundo y esta «edad»: todo está corrompido; los justos son escasísimos; las fuerzas del Mal campan por sus respetos; todo es una verdadera catástrofe espiritual y material necesitada imperiosamente de corrección divina. Entre los apocalípticos se genera un menosprecio enorme por el mundo presente a la vez que se crean unas expectativas inmensas por el «mundo» que va a venir.

- Todo lo que va a ocurrir no afecta solo a Israel o al pueblo cristiano, el verdadero Israel, sino al mundo entero: se pasa de un interés particularista por la historia de Israel como pueblo elegido, a una visión absolutamente global o universal, incluso del cosmos todo en cuanto cosmos, no solo de la humanidad que en él mora. Lo que va a ocurrir

afectará, pues, a todos los habitantes de la tierra, no solo a judíos y cristianos. Y no solo a los justos, sino a malvados y fieles por igual... , aunque con diferente signo desde luego.

- Normalmente, la llegada de la edad futura tiene lugar por la intervención de un intermediario divino. Esta figura no aparece siempre en los apocalipsis, y cuando lo hace es también muy variada. Puede ser un mero hombre, un «mesías» muy judío, guerrero victorioso que vence con la ayuda divina a los reyes de la tierra —coalicados con las fuerzas del Mal— reunidos contra Israel. O bien puede ser una figura semidivina, raramente un ángel, normalmente un «mesías» mitad divino y mitad humano, un «como hijo de hombre» que procede de Dios, que desciende desde las alturas a la tierra cabalgando sobre las nubes o la luz, y que es el encargado de arreglar la pésima situación del mundo con una fuerza divina, extraordinaria. Finalmente —aunque es raro—, esta figura salvadora puede ser Dios mismo, que intervendrá directa y misteriosamente con toda su potencia para arreglar el caos pecaminoso de la humanidad y del cosmos.

- El final acontecerá muy pronto: el fin del mundo está «a la vuelta de la esquina». Aunque este final sea rápido e inesperado, normalmente habrá signos que indicarán que el fin se acerca. Estas señales serán casi siempre inmensas catástrofes naturales: choques de astros, variaciones en el curso de las estrellas, otros desastres cósmicos que tendrán su reflejo en la tierra, o bien serán luchas feroces entre los pueblos, enfermedades, azotes o plagas generalizadas, etc.

- La salvación, sin embargo, es el estado final de los justos. Esta salvación va por sus pasos determinados. Primero tendrá lugar la intervención divina —directa o indirecta— que acaba con el mundo presente; luego la resurrección; posteriormente, un juicio sumárisimo divino, y finalmente la entrada en el paraíso o gloria de los justos.

La resurrección adquiere también en la apocalíptica tonos muy variados: puede ser de solo los justos (normalmente los judíos o cristianos observantes de la ley divina; en otros casos, de los justos que han observado la ley natural plasmada luego en el Decálogo), o bien de todos los humanos: unos resucitarán para ser aniquilados o condenados eternamente; otros, para vivir felices por toda la eternidad.

¿Por qué se generaron los escritos apocalípticos?

El nacimiento de lo que hemos llamado «género apocalíptico» está íntimamente ligado a la historia de Israel y a los deseos de liberación que se van formando en el pueblo en general, y en especial en algunos grupos de piadosos, que se destacan de la masa por su conocimiento de las Escrituras, por su observancia de la Ley o por su piedad en general. La apocalíptica tiene, pues, que ver con las esperanzas nacionales de salvación y con el concepto de «mesianismo» que poco a poco se va generando en Israel —en especial a partir de los siglos III y II a. de C.— y que luego heredarán los cristianos.

Desde el siglo VIII a. de C. el pueblo judío —formado por doce tribus que se habían ido asentando paulatinamente en el territorio de Israel/Palestina desde el siglo XII a. de C.— fue objeto de codicia y de ataques por monarquías o imperios exteriores, que fueron minando su existencia como pueblo independiente. El primer gran fracaso nacional, producto de estos ataques, fue la aniquilación de todas las tribus del norte junto con la caída de la capital, Samaria, en el 722 a. de C., tras el asedio del monarca asirio Salmanasar, y la consiguiente deportación de una buena parte del pueblo, que dejó muy desprotegido el territorio norte de Israel. Quedaron en el sur, con capital en Jerusalén, solo tres tribus: la de Judá, y la de José/Benjamín.

Pero en el siglo VI a. de C. ese resto de Israel es zarandeado por el Imperio babilónico, con su rey Nabucodonosor a la cabeza. Tras una serie de avatares, la historia concluye de un modo parecido a la del Reino del Norte. Después de varios asedios, Jerusalén cae definitivamente en manos de los babilonios: el Templo, llamado de Salomón, es destruido, y lo mejor de la población es deportada en dos tiempos a Babilonia (587 a. de C.). Se produce de nuevo un cierto vacío no solo de poder, sino de los estratos superiores de la población que se rellena con gente de otras procedencias.

El exilio en Babilonia no dura mucho, en realidad hasta la época del rey Darío I (521 a. de C.), poco menos de 70 años. Tras ese tiempo, parte de los deportados vuelve a Israel y reorganiza el Estado, no sin violencia contra los que se habían quedado. Es en ese momento cuando se reescriben, organizan y se editan las antiguas Escrituras sagradas y se recogen tanto los oráculos de los profetas como las historias de la mo-

narquía en Israel y las narraciones sobre el comportamiento del pueblo. Pero tras el exilio Israel no es libre en realidad: durante doscientos años formará parte del Imperio persa, y bajo esa dominación es cuando el pueblo judío, y algunos grupos, comienzan a añorar el cumplimiento de la promesa de Dios a su rey amado David: «Nunca faltará sobre el trono de Israel un descendiente de esa estirpe: Yo consolidaré el trono de tu realeza... Tu casa y tu trono permanecerán siempre ante mí...» (2 Samuel 7, 12-16). Pero la realidad es muy otra: el pueblo siente la opresión política y religiosa; no se cumple la promesa divina al patriarca David; piensa que el dominio extranjero no es ayuda ninguna para cumplir la ley otorgada por Dios al pueblo; Israel no puede desarrollar su propia personalidad y no puede tener una constitución basada exclusivamente en la ley divina; la tierra de Yahvé no es en realidad propiedad de Dios (simbolizado en su pueblo elegido), sino de los monarcas extranjeros... Como Israel es tan pequeño y con tan pocas fuerzas, es absolutamente necesario que Dios intervenga para solucionar esta lamentable situación.

A pesar de estos deseos, por desgracia no había visos de solución. Tras las victoriosas campañas de Alejandro Magno, el poder mundial cambió. Ya no mandaban los persas sobre el Oriente Medio, sino los monarcas griegos, sucesores de Alejandro. Israel no quedó liberado del yugo extranjero, sino que pasó a poder de los reyes de Egipto, los Ptolomeos griegos, y —tras unos cien años, más o menos— cayó en manos de los monarcas seléucidas, también griegos, sucesores de Alejandro Magno en el Oriente Medio.

Bajo el dominio de estos reyes la situación de opresión política y espiritual empeoró muchísimo. Tanto que uno de esos reyes, Antíoco IV Epífanes, apoyado ciertamente en el interior del país judío por aristócratas israelitas, pretendió que Israel dejara de ser Israel y se convirtiera en un pueblo helenizado, como los demás del reino. Para ello tenía que cambiar su religión, sus costumbres e incluso su Dios. Yahvé había de ser sustituido por Zeus.

Estalló entonces la rebelión de los Macabeos, que se opuso a todas estas pretensiones de poder extranjero y de helenización por la fuerza. Pero ocurrió que, bajo estos monarcas, los sucesores de Judas Macabeo, judíos de pura cepa, la situación política y espiritual no mejoró. Con el paso de los años, los más piadosos del pueblo cayeron en la cuenta de

que todo había sido un espejismo: Israel seguía espiritualmente tan mal como siempre; los reyes se comportaban en el fondo como déspotas extranjeros; la ley divina seguía sin cumplirse en su totalidad; más que nunca era necesaria la intervención de Dios para que toda la situación se enderezara. Es en esta época cuando se conformaron con mayor viveza las esperanzas claramente mesiánicas en un mundo mejor para Israel.

Hasta el momento la figura del Mesías como tal no había ocupado un espacio grande en la mentalidad del pueblo, como se desprende de las pocas menciones al Mesías en escritos de esos años. Pero, desde estos momentos de rápida evolución espiritual a finales del siglo II a. de C. y durante el siglo I a. de C., el Mesías y las esperanzas de renovación y bienaventuranza que este habría de aportar empezaron a ser fundamentales en el pensamiento religioso de la mayoría de la población. El pueblo creía cada vez más en ellas, y nuevos escritos espirituales reflexionaban sobre la figura del Mesías y la extendían sobre el pueblo.

El colmo del sentimiento de opresión política y religiosa llega con el dominio de los romanos, a pesar de que estos, en líneas generales, eran tolerantes en materias de religión. Este dominio romano se había sentido como latente detrás de la figura de los últimos monarcas macabeos, pues Roma se había ido haciendo poderosísima en el Mediterráneo desde el siglo III a. de C. e intervenía indirectamente en el país. Y fue en el 60 a. de C. cuando Pompeyo Magno, llamado por los judíos mismos para dirimir disputas domésticas sobre el trono, entró en Jerusalén, pisó los ámbitos prohibidos del Templo y desde ese momento, hasta pasados muchos siglos, la huella de la bota romana no dejó nunca de sentirse en Israel.

En esos momentos se enardeció la antigua esperanza de la salvación nacional y del dominio final de Israel sobre todas las potencias del mundo: los enemigos del pueblo serían aniquilados por la divinidad; los habitantes de Israel serían purificados por Dios; a Israel le aguardaba un futuro glorioso. Si este mundo era una injusticia viviente, el mundo por venir se vería libre de Satanás y sus satélites, todo Israel —y el universo entero— quedarían bajo el dominio de Dios; en ese mundo futuro dichoso e ideal prevalecerían la justicia y la felicidad de los justos, naturalmente judíos.

En este ambiente de exaltación nacional y religiosa, pleno de una tensa espera en un mundo mejor, se criaron los autores de los apocalipsis, tanto judíos como judeocristianos.

¿Quiénes están detrás realmente de los escritos apocalípticos?

En realidad no lo sabemos: no conocemos a ninguno de sus autores, salvo a Pablo de Tarso. Ni siquiera sabemos con exactitud quién era ese misterioso Juan —desde luego no el apóstol, el hijo del Zebedeo, compañero directo de Jesús— que «firma» el Apocalipsis, ya que este escrito se compuso hacia el 96 d. de C., y hacía muchos años que el primer Juan, el Zebedeo, había muerto.

Desde luego, el grupo de autores apocalípticos no formó secta ninguna en Israel, como pudieron ser los esenios, los fariseos, los saduceos o los zelotas. Si de alguno de estos grupos están cerca los autores es del de los esenios, con quienes comparten ese dualismo esencial entre el Bien y el Mal, entre este mundo perverso y el futuro dichoso por venir, ese amor extremado por la Ley y la voluntad divinas, y esa creencia acendrada en un final casi inmediato del mundo. Pero también otros grupos judíos podían participar más o menos de tales creencias.

Estos misteriosos autores proceden probablemente del conjunto amplio y poco preciso denominado los «piadosos de Israel», que se formó como una suerte de grupo heterogéneo hacia principios del siglo II a. de C., y que constituyó el núcleo popular de la resistencia espiritual y material de los Macabeos contra la influencia del pensamiento griego en Israel. Sus miembros quizá fueran el germen tanto de los esenios, por un lado, como de los fariseos por otro, pero como grupo o secta concreta los apocalípticos no existieron nunca. Son un ejército de autores anónimos que ante todo persiguieron la pureza y la fidelidad de Israel a su pasado. Los cristianismos apocalípticos, con Jesús de Nazaret y luego Pablo de Tarso a la cabeza (véanse los capítulos 20 y 21 de la presente obra), son herederos de estos judíos fieles; solo que, a diferencia de la mayoría, creían que el Mesías de Israel había llegado ya, y que ellos —y solo ellos— formaban el Israel restaurado y renovado del final de los tiempos. Pero en lo demás sus creencias eran sensiblemente iguales a las de los grupos de «piadosos».

En la formación de estas creencias apocalípticas los expertos han creído ver influencias del pensamiento religioso de fuera de Israel. Algo aparentemente extraño en gentes tan puristas. Pero es así. Desde luego las ideas sobre la inmortalidad del alma, la existencia de otra vida, la resurrección y los premios y castigos en un mundo no situado en la tierra no son ideas judías originarias y no existían entre el pueblo israelita en el siglo IV a. de C.; eran productos genuinos de la religiosidad y de la mística griega desde hacía siglos que se extendieron fuera de Grecia y que habían sido asimilados por el judaísmo desde la época de la invasión silenciosa en el Oriente del pensamiento helénico tras la muerte de Alejandro Magno. Otros estudiosos han visto en las concepciones dualistas de estos personajes apocalípticos —la confrontación de las dos edades de la historia; el determinismo férreo por el que el Espíritu del Bien, Dios, controla esa historia— ideas tomadas y asimiladas de la prestigiosa religión de los magos irano-persas. Esto último no es seguro, a pesar de que Israel había estado más de doscientos años bajo dominio persa, pero lo que sí parece cierto es que estos autores apocalípticos, tan misteriosos, que supieron esconder su verdadera personalidad tras atribuciones falsas de sus obras a otras personalidades, a pesar de que creyeron ser quizá los sucesores de los gloriosos profetas de Israel, han influido enormemente en el pensamiento religioso de la cristiandad hasta hoy día, como se verá.

Por eso merece la pena aunque solo sea echar una ojeada a algunas de sus producciones, las que presentamos en este libro.

I

APOCALIPSIS JUDÍOS



Libro 1 de Henoc: los apocalipsis más antiguos

EL llamado Libro 1 de Henoc es un complejo mosaico de obras de procedencia diversa, algunas muy antiguas, del siglo III a. de C. o de comienzos del II. Por lo menos cinco o seis libros judíos antiguos hoy perdidos —por ejemplo, obras de un antiguo ciclo cuyo personaje central era Noé; otras atribuidas al patriarca Henoc, el «séptimo hombre después de Adán» (Génesis 5, 18)— han sido reunidos en este Libro de Henoc ya en época cristiana por una mano desconocida que los ensambló, retocó e interpoló. Pero todavía somos capaces de distinguir unos fragmentos de otros y atribuirles una fecha aproximada. Cuando los judíos se desentendieron de estos libros por considerarlos heréticos (siglo II d. de C.), los escribas cristianos los conservaron apreciando su notable riqueza teológica y el influjo que habían ejercido ya entre el pueblo tanto judío como cristiano.

El Libro de los vigilantes fue casi seguramente un fragmento de un antiguo Libro de Noé, que se perdió. Diversos pasajes son conocidos por el autor de Jubileos (véase el capítulo 14 de la presente obra), de lo que se deduce que procede del siglo II a. de C., lo suficientemente pronto como para que pudiera ser copiado en Qumrán. En efecto, se han encontrado restos del Libro de los Vigilantes entre los manuscritos del mar Muerto, que se fechan en el siglo II a. de C. Esta sección ha de ser por tanto anterior a esta fecha.

El Primer Libro de los viajes celestes de Henoc forma un bloque autónomo dividido en tres capítulos (1 Henoc 17-19), que fueron integrados también en 1 Henoc. No se sabe su fecha de composición, pero ciertamente es anterior a la era cristiana.

El Libro del curso de las luminarias celestes es otro bloque independiente compuesto de diversos materiales. Su redactor final, desconocido, consideró este tratado «astronómico» como una continuación del Libro de los viajes celestes de

Henoc. *El Libro de las luminarias es citado por el Jubileos (4,17), de donde se deduce que es muy antiguo: quizá se remonte a principios del siglo III a. de C.*

El Apocalipsis de las Diez Semanas del mundo es otra sección autónoma, que no contiene alusión alguna a la revuelta antigriega de los Macabeos. De ello se deduce que debe de ser anterior, por tanto, también del siglo III a. de C.

La teología de este Ciclo de Henoc es muy compleja y rica: contribuye a la formación de las ideas judías de época helenística, que luego recoge el Nuevo Testamento, sobre la trascendencia absoluta de Dios; aumenta el «conocimiento» sobre los diversos ángeles, buenos y malos, y sus jerarquías; explica el origen del mal atribuyéndolo a la influencia nefasta de los malos espíritus, a los que la divinidad ha concedido cierta independencia de actuación; fundamenta las creencias en la resurrección y en la vida de ultratumba, y finalmente da un paso adelante en la doctrina judía sobre el Mesías (sobre todo el llamado Libro de las parábolas (caps. 37-71 de 1 Henoc, que no reproducimos aquí porque no contiene ningún apocalipsis), al que presenta incluso como un ser casi divino y que se «encarna» de algún modo en el profeta Henoc.

I

LIBRO DE LOS VIGILANTES

FRAGMENTOS DE UN «LIBRO DE NOÉ»

El diluvio como ejemplo del juicio futuro

1 Henoc 1, 1

Palabras de la bendición de Henoc: sobre cómo bendijo a los elegidos y a los justos que deberán estar presentes en el día de la aflicción fijado para apartar a todos los malvados y perversos. Habló Henoc y dijo [...]

10, 1-11, 2

Entonces el Altísimo, Grande y Santo, dio una orden y envió a Arsalalyur (Noé) el hijo de Lamec, con estas palabras:

—Dile en mi nombre: «Ocúltate». Y revélale el final que va a llegar, pues va a perecer toda la tierra, y el agua del diluvio ha de venir sobre toda ella y perecerá cuanto en ella hay. Instrúyelo, pues, que escape y quede su semilla para toda la tierra.

Y dijo también el Señor a Rafael:

—Encadena a Azazel (el jefe de los demonios) de manos y pies y arrójalos a las tinieblas; hiende el desierto que hay en Dudael y arrójalos allí. Echa sobre él piedras ásperas y agudas y cúbrelo de tiniebla; permanezca allí eternamente; cubre su rostro, que no vea la luz, y en el día del juicio sea enviado al fuego. Vivifica la tierra que corrompieron los ángeles, anuncia su restauración, pues yo la vivificaré, para que no perezcan todos los hijos de los hombres a causa de todos los secretos que los (ángeles) vigilantes mostraron y enseñaron a sus hijos. Pues se ha corrompido toda la tierra por la enseñanza de las obras de Azazel: adscríbele toda la culpa.

Y el Señor dijo a Gabriel:

—Ve a ellos, a esos bastardos, réprobos y nacidos de fornicación, y aniquila de entre los hombres a estos y a los hijos de los Vigilantes. Sácalos, azúzalos unos contra otros, que ellos mismos se destruyan luchando, pues no han de ser largos sus días. Y todos te rogarán por sus hijos, mas nada se concederá a sus padres, pues esperaron vivir casi eternamente, que habría de vivir cada uno de ellos quinientos años.

Y a Miguel dijo el Señor:

—Ve, e informa a Semyaza (otro jefe de los demonios) y a los otros que están con él, los que se unieron a las mujeres para corromperse con ellas en todas sus torpezas. Y cuando todos sus hijos hayan sido aniquilados y hayan visto la perdición de sus predilectos, átalos por setenta generaciones bajo los collados de la tierra hasta el día de su juicio definitivo, hasta que se cumpla el juicio eterno. En ese día serán enviados al abismo del fuego, al tormento, y serán encadenados en prisión eternamente. Entonces, desde ese momento arderá él y se deshará juntamente con ellos, y quedarán atados hasta la consumación de las generaciones. Aniquila a todas las almas lascivas y a los hijos de los Vigilantes por haber oprimido a los hombres. Elimina toda opresión sobre la faz de la tierra; desaparezca todo acto de maldad, surja el vástago de justicia y de verdad, transfórmense sus obras en bendición y planten con júbilo obras de justicia y verdad eternamente.

Prosperidad mesiánica

Entonces serán humildes todos los justos, vivirán hasta engendrar a mil hijos y cumplirán en paz todos los días de su mocedad y vejez. En esos días toda la tierra será labrada con justicia, toda ella quedará cuajada de árboles y será llena de bendición. Plantarán en ella toda clase de árboles amenos y vides, y la parra que se plante en ella dará frutos en abundancia. De cuanta semilla sea plantada en la tierra una medida producirá mil, y cada medida de aceitunas producirá diez tinajas de aceite. Purifica tú la tierra de toda injusticia, de toda iniquidad, pecado, impiedad, y de toda impureza que se comete sobre ella: extírpalos de ella; que sean justos todos los hijos de los hombres, y que todos los pueblos me adoren y bendigan, prosternándose ante mí. Sea pura la tierra de toda corrupción y pecado, de toda plaga y dolor, y yo no volveré a enviar contra ella un diluvio por todas las generaciones, hasta la eternidad. En esos días abriré los tesoros de bendiciones que hay en el cielo para hacerlos descender a la tierra sobre las obras y el esfuerzo de los hijos de los hombres. La paz y la verdad serán compañeras por siempre, en todas las generaciones.

II

PRIMER LIBRO DE LOS VIAJES
CELESTES DE HENOC

1 Henoc 17, 1-19, 16

Me llevaron (los ángeles) a un lugar donde los que están son como fuego abrasador, y cuando quieren se aparecen como hombres. Y me condujeron a un lugar tormentoso, a un monte cuya cima llega hasta el cielo. Vi los lugares de las luces y los truenos en los confines, en el fondo, donde está el arco de fuego, las flechas y sus aljabas, la espada ígnea y todos los relámpagos. Me llevaron hasta las aguas de la vida y hasta el fuego de occidente, que recibe cada puesta de sol. Llegué hasta un río ígneo, cuyo fuego fluye como agua y que desemboca en el gran mar situado a poniente. Vi grandes ríos, llegué a la gran tiniebla y an-

duve por donde ningún mortal va. Vi los montes de la tiniebla invernal y el desagüe del agua de todo el abismo. Vi las bocas de todos los ríos de la tierra y la boca del abismo.

Vi las cámaras de todos los vientos y cómo con ellas adornó Dios a toda la creación; vi los fundamentos de la tierra. Vi la piedra angular de ella, los cuatro vientos que la sostienen y el fundamento del cielo. Vi cómo los vientos extienden la bóveda celeste y están entre el cielo y la tierra; estos son los pilares del cielo... Marché hacia el sur y vi el lugar que arde día y noche, donde están los siete montes de piedras preciosas, tres hacia oriente y tres hacia el sur. De los que están hacia el oriente, uno es de piedra coloreada, otro de perlas, otro de antimonio [...]. Vi una profunda sima de la tierra con columnas descendentes de fuego celeste de infinita altura y profundidad. Sobre aquella sima vi un lugar sobre el que no había firmamento, ni bajo él fundamento de tierra, ni agua, ni aves, sino que era un lugar desértico y terrible. Allí vi siete estrellas como grandes montes envueltos en llamas. Pregunté acerca de ellas y me dijo el ángel (Uriel):

—Este es el lugar donde acaban los cielos y la tierra, el cual sirve de cárcel a los astros y potencias del cielo. Los astros que se retuercen en el fuego son los que han transgredido lo ordenado por Dios antes de su orto, no saliendo a su tiempo. Dios se ha enojado con ellos y los ha encarcelado hasta que expíen su culpa en el año de misterio.

III

LIBRO DEL CURSO DE LAS LUMINARIAS CELESTES

1 Henoc 72, 1-81, 4

Vi cada una de estas luminarias cómo es según sus clases, ascendente tiempo, nombres, ortos y meses, tal como me mostró Uriel, el guía, el santo ángel que estaba conmigo, y toda su descripción como él me enseñó según cada año del mundo, hasta la eternidad, hasta que se haga una nueva creación que dure para siempre [...].

—Ahora, hijo mío, te he mostrado todo y ha terminado la disposición de todos los astros de los cielos.

Y me enseñó toda la disposición de estos cada día y en todo momento, junto con la mengua de la luna que tiene lugar en la sexta puerta, pues en esta es plena la luz y desde ella es el principio de su mengua. También me mostró su disminución, que se efectúa en la primera puerta a su tiempo, hasta cumplirse ciento setenta y siete días, es decir, en el cómputo de semanas, veinticinco semanas y dos días. Y cómo se retrasa respecto al sol, según la disposición de los astros, cinco días exactamente en un periodo de tiempo, y cómo se cumple esta posición que ves. Esta es la figura y modelo de toda la luz que me mostró Uriel, el gran ángel, que es el guía.

Maldición divina sobre los impíos

En aquellos días me dirigió la palabra Uriel y me dijo:

—Todo te lo he mostrado, Henoc, y todo te lo he revelado, para que vieras este sol, esta luna y a los que guían las estrellas del cielo, y a todos los que las cambian, su acción, tiempo y salida. En los días de los pecadores los años serán cortos y la semilla en sus predios y tierras será tardía; todas las cosas en la tierra se transformarán y no aparecerán en su tiempo: la lluvia será negada y el cielo la retendrá. Entonces el fruto de la tierra será tardío, no brotará a su tiempo, y el fruto de los árboles se retraerá de sazón. La luna cambiará su régimen y no se mostrará a su tiempo [...]; muchos astros principales violarán la norma, cambiarán sus caminos y acción, no apareciendo en los momentos que tienen delimitados. Toda la disposición de los astros se cerrará a los pecadores, y las conjeturas sobre ellos de los que moran en la tierra errarán al cambiar todos sus caminos, equivocándose y teniéndolos por dioses. Mucho será el mal sobre ellos, y el castigo les llegará para aniquilarlos a todos.

Me dijo también:

—Mira, Henoc, las tablas celestiales, y lee lo que está escrito en ellas, entérate de cada cosa.

Miré las tablas celestiales, leí todo lo escrito y supe todo; y leí el libro de las acciones de los hombres y todos los seres carnales que hay sobre

la tierra, hasta la eternidad [...]. Exclamé y dije: «Bienaventurado el hombre que muere justo y bueno, sin que le haya sido adscrita ninguna iniquidad ni se la encuentre en el día del juicio».

IV

APOCALIPSIS DE LAS DIEZ SEMANAS DEL MUNDO

1 Henoc 93, 1-14 y 91, 12-17

Después comenzó Henoc a hablar sobre los libros. Dijo Henoc:

—Sobre los justos, los elegidos del mundo y el retoño recto, yo, Henoc, os hablaré y sobre ellos os haré saber, hijos míos, según lo que se me mostró en visión celestial y supe de palabra de los santos ángeles, y comprendí por las tablas celestiales.

Comenzó, pues, Henoc a hablar de los libros y dijo:

—Yo nací el séptimo en la primera semana, cuando el juicio y la justicia aún duraban. Tras mí surgirá en la segunda semana una gran maldad y brotará la mentira; habrá un primer final y entonces se salvará un hombre; tras cumplirse esto crecerá la iniquidad y habrá una ley para los pecadores. Después, en la tercera semana, en su final, será elegido un hombre como vástago del justo juicio, y tras él surgirá el vástago justo por siempre. Tras esto, en la cuarta semana, en su final, tendrán lugar las visiones de los santos y los justos, y se les dará una ley, un cercado para todas las generaciones. Luego, en la quinta semana, al concluir, se alzarán eternamente la casa gloriosa y real. Luego, en la sexta semana, todos los que vivan en ella serán ciegos y todos sus corazones caerán en la impiedad, apartándose de la sabiduría. En ella subirá un hombre, y en su final arderá en llamas la casa del reino, y en ella se dispersará todo el linaje de la raíz escogida. Luego, en la séptima semana, surgirá una generación malvada cuyos actos serán muchos, todos ellos malignos.

»Al concluir serán elegidos los justos escogidos de la planta eterna y justa, los cuales recibirán sabiduría septuplicada sobre toda su creación. Pues ¿quién hay entre los hijos de los hombres que pueda oír la

voz del Santo sin estremecerse? ¿Quién puede pensar como Él? ¿Quién puede contemplar toda la obra celestial? ¿Quién hay que pueda comprender la obra del cielo y ver el alma y el espíritu, que pueda hablar o subir y ver sus fines y comprenderlos, o hacer algo semejante? ¿Qué hombre hay que pueda conocer el ancho y la largura de la tierra y a quien se hayan mostrado todas sus medidas? O ¿es que hay quien sepa lo largo del cielo, cuál es su altura y en qué está fijado, y cuál es el número de las estrellas y dónde descansan todas las luminarias?

»Después habrá otra semana justa, la octava, a la que se dará una espada para ejecutar una recta sentencia contra los violentos y en la que los pecadores serán entregados en manos de los justos. Al concluir adquirirán casas por su justicia. Se construirá una casa para el Gran Rey para siempre.

El fin del mundo

»Luego, en la semana novena, se revelará el justo juicio a todo el mundo, y todas las acciones de los impíos desaparecerán sobre la tierra, y el mundo será asignado a eterna ruina, pues todos los hombres mirarán hacia caminos de rectitud. Luego, en la décima semana, en la séptima parte, será el gran juicio eterno, en el que tomará Dios venganza de los Vigilantes. El primer cielo saldrá, desaparecerá y aparecerá un nuevo cielo, y todas las potestades del cielo brillarán eternamente siete veces más. Después habrá muchas semanas innumerables, eternas, en bondad y justicia, y ya no se mencionará el pecado por toda la eternidad.

(Traducción del griego y del etíope clásico
de Federico Corriente y de Antonio Piñero,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. IV, pp. 39-157)



2

Ciclo posterior de Henoc

*S*ABEMOS ya que antes de la era cristiana se reúnen una serie de obras apocalípticas de autores diversos en torno a la excelsa figura del «profeta» Henoc, algunas de las cuales hemos presentado en el capítulo anterior. Y en la era cristiana ocurre lo mismo. En este apartado ofrecemos dos al lector, cuya composición y reelaboración finales abarcan un lapso de unos 550 años: la base del Libro de los secretos de Henoc fue compuesta muy probablemente hacia finales del siglo I de nuestra era, mientras que el Apocalipsis hebreo de Henoc debió gestarse entre los siglos V y VI d. de C.

I

LIBRO DE LOS SECRETOS DE HENOC

Esta obra se nos ha conservado únicamente en eslavo eclesiástico y su tema es volver a contar, amplificada, la historia de Génesis 5, 21-32. Su carácter es netamente apocalíptico, aunque con múltiples detalles de tono filosófico y cosmogónico. El núcleo del escrito original procede probablemente de especulaciones judías. Es una larga obra que ha sido dividida en capítulos de manera muy diferente por los diversos traductores y comentaristas. Su primera parte, muy amplia —hasta el capítulo 67 (Charles)/cap. 19 (Sokolov)— trata de un viaje de Henoc por los siete cielos, y de su vuelta a la tierra para informar a sus familiares de lo que ha visto. La segunda (caps. 68-73 Charles/20-24 Sokolov) se ocupa brevemente de la vida de los descendientes de Henoc y concluye con el nacimiento prodigioso de Melquisedec y su ascensión a los cielos antes del diluvio.

El autor es desconocido, aunque revela en su obra su ascendencia judía. Probablemente compuso su escrito en griego, pero con notables influencias de su lengua materna —hebreo o arameo—, probablemente a finales del siglo I d. de C. o un poco más tarde. Pero la última redacción llegada a nosotros tiene ya interpolaciones cristianas, obra de escribas posteriores, quizá medievales.

La importancia teológica del Libro de los secretos de Henoc radica en su defensa a ultranza del Dios único, de su actividad creativa a partir de la nada y del valor del ser humano como imagen de Dios. Por ello, el hombre ha de actuar conforme a la más rigurosa ética. Esta no es estrictamente judía, sino la común de los antiguos moralistas de la época imperial romana.

Seguimos la numeración de capítulo y versículos de Sokolov adoptada por A. de Santos Otero en su traducción española.

La visión angélica (1, 1-10)

En aquel tiempo dijo Henoc: «Al llegar a los ciento sesenta y cinco años engendré a mi hijo Matusalén y después viví doscientos años más hasta cumplir los trescientos sesenta y cinco. En el mes primero, en el día designado del primer mes, en el primer día, me encontraba yo solo en casa y descansaba en mi lecho, durmiendo. Y durante el sueño invadió mi corazón una gran pena hasta el punto de que exclamé llorando a lágrima viva: “¿Qué querrá decir esto?”. En ese momento se aparecieron dos varones de una estatura descomunal, tal como no había tenido ocasión de ver sobre la tierra. Su faz era como un sol refulgente, sus ojos semejaban antorchas ardiendo y de sus labios salía fuego [...] y poniéndose a mi cabecera me llamaron por mi nombre. Desperté de mi sueño y vi claramente a aquellos dos varones que estaban a mi lado [...]. Me dijeron:

—Henoc, ten ánimo en verdad y no te asustes, pues el Señor eterno nos ha enviado a ti. Sábetе que hoy vas a subir al cielo con nosotros. Comunica, pues, a tus hijos y a todos tus domésticos lo que tengan que hacer aquí abajo con tu hacienda mientras tú estés ausente. Y que nadie te busque hasta que el Señor te restituya a los tuyos [...].

Ascensión al tercer cielo (5, 1-13)

Entonces los hombres me sacaron del segundo cielo y me llevaron al tercero, colocándome en medio del paraíso. Es este un lugar de bondad incomprensible, en el que pude ver toda clase de árboles en pleno florecimiento, cuyos frutos estaban en sazón y olían agradablemente. Vi asimismo alimentos de toda especie que habían sido traídos allí y que despedían al hervir un aroma suavísimo. Y en el centro se encontraba el árbol de la vida, precisamente en el mismo lugar en el que suele reposar el Señor cuando sube al paraíso. Este árbol, indescriptible tanto por su calidad como por la suavidad de su aroma, es de una hermosura superior a todas las cosas existentes. Por cualquier lado que se lo mire tiene un aspecto como de color rojo y gualda, parece como de fuego y cubre todo el paraíso; participa de todos los demás árboles y de todos los frutos y tiene raíces dentro del paraíso, a la salida de la tierra.

El paraíso está situado entre la corrupción y la incorrupción. Allí brotan dos fuentes: de una mana leche y miel; de la otra, vino y aceite, formando cuatro caudales que discurren plácidamente alrededor del paraíso, y salen al jardín del Edén entre la corrupción y la incorrupción. Desde allí siguen su curso dividiéndose en cuarenta brazos, atravesando palmo a palmo la tierra y observando la evolución de su ciclo como los demás elementos de la atmósfera. Allí no hay trazas de árboles estériles, sino que todos y cada uno producen frutos sazonados y es un lugar de bendición. De la vigilancia del paraíso están encargados trescientos ángeles, brillantes en extremo, que con voz incesante y canto agradable sirven al Señor todos los días. Y exclamé:

—¡Qué bueno es este lugar!

A lo que los dos hombres repusieron:

—Este lugar, Henoc, está reservado a los justos que estén dispuestos a soportar toda clase de calamidades en su vida y mortifiquen sus almas y cierren sus ojos a la injusticia y hagan un juicio equitativo, dando pan al hambriento, vistiendo al desnudo, levantando a los caídos y ayudando a los huérfanos y ofendidos; a los que caminan sin mácula ante la faz del Señor y a él solo sirvan. A todos estos está reservado este lugar como herencia sempiterna.

Entonces me llevaron aquellos hombres a la región boreal y me mostraron un lugar terrible, donde se dan cita toda clase de tormentos:

tiniebla impenetrable y niebla opaca sin un rayo de luz, un fuego oscuro que se inflama continuamente y un torrente de fuego que cruza por doquier, fuego por una parte y hielo por otra, quemando y helando a la vez. Las cárceles son de espanto, y sus guardianes, brutales e implacables, llevan armas crueles y torturan sin compasión. Entonces exclamé:

—¡Ay de mí! ¡Qué lugar este tan terrible!

A lo que aquellos hombres respondieron:

—Este lugar está preparado, Henoc, para los que no veneran a Dios y cometen perversidades en la tierra, como embrujos, conjuros y encantamientos por malos espíritus; a los que se ufanan de sus propias fechorías; a los que asaltan a los hombres a escondidas, oprimiendo a los pobres y sustrayéndoles sus pertenencias; a los que se enriquecen a sí mismos a costa de aquellos a quienes humillan; a los que teniendo posibilidad de saciar a los hambrientos los matan de hambre; a los que pudiendo vestir al desnudo lo despojan en su misma desnudez; y finalmente a los que, lejos de reconocer a su Creador, adoran a dioses fatuos y sin alma, forjando ídolos y adorando la obra abominable de sus manos. A estos les está reservado este lugar como herencia perpetua [...].

El séptimo cielo (9, 1-10, 9)

Entonces me levantaron de allí aquellos hombres y me llevaron al séptimo cielo. Allí percibí una gran luz y vi todas las grandes milicias de fuego formadas por los arcángeles y los seres incorpóreos: virtudes, dominaciones, principados, potestades, querubines [...].

Y me mostraron desde lejos al Señor sentado en su altísimo trono. Y vi cómo los ejércitos celestiales, después de entrar, se iban colocando en diez gradas según su categoría y adoraban al Señor, retirándose después a sus puestos contentos y alegres, en una luz inmensa y cantando himnos con voz queda y suave. Pero los gloriosos que están a su servicio no se retiran ni de noche ni de día.

Cuando hube presenciado estas cosas, me dijeron los dos varones:

—Hasta aquí teníamos órdenes de acompañarte.

Luego se separaron de mí y no he vuelto a verlos. Así pues, me quedé solo en los confines del cielo, y lleno de angustia caí sobre mi ros-

tro y me dije a mí mismo: «¡Ay de mí! ¿Qué es lo que me acaba de suceder?». Entonces envió Dios a uno de sus gloriosos arcángeles, Gabriel, que me dijo:

—Ten ánimo, Henoc, y no temas. Levántate y ven conmigo para permanecer ante la faz del Señor para siempre.

Entonces me tomó Gabriel como si fuera una hoja llevada por el viento, me levantó en vilo y me colocó ante la faz del Señor. Y lo vi cara a cara: su faz irradiaba poder y gloria, era admirable y terrible... ¿Quién soy yo para describirlo? [...].

Entonces dijo el Señor a Miguel:

—Acércate y despoja a Henoc de sus vestiduras terrenales, úngelo con mi buen aceite y vístelo con mis vestiduras de gloria [...].

Llamó entonces el Señor a uno de sus arcángeles, por nombre Vevroil, más ágil en sabiduría que todos los demás arcángeles y encargado de consignar por escrito todas las obras del Señor. Dijo este a Vevroil:

—Saca los libros de mis archivos, entrega una pluma a Henoc y dictale los libros.

Vevroil se dio prisa y me trajo los libros, excelentes por su aroma de mirra, y me entregó de su propia mano la pluma de taquígrafo. Luego fue recitando todas las obras del cielo, de la tierra y de todos los elementos [...]; las vidas de los hombres, los mandamientos y enseñanzas [...]. Y cuando al cabo de treinta días y treinta noches terminé, me dijo Vevroil:

—Esto era lo que tenía que contarte y tú lo has consignado por escrito. Siéntate y haz un registro de todas las almas humanas, incluso de las que no han nacido, y de los lugares que les están preparados desde siempre, ya que todas las almas están predestinadas antes de que fuera hecha la tierra.

Y me estuve sentado el doble de treinta días y treinta noches y apunté exactamente todo, llegando a escribir trescientos sesenta y seis libros [...].

(Traducción del búlgaro medieval
de Aurelio de Santos Otero,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. IV, pp. 161-203)

II

APOCALIPSIS HEBREO DE HENOC

Este apocalipsis es denominado también Libro hebreo de Henoc o Libro Tercero de Henoc. El texto, sin embargo, se denominaba antiguamente «Libro de los palacios», título que hace referencia, dentro de la literatura de los rabinos antiguos, a las especulaciones sobre las moradas, o palacios, de Yahvé y la gloria del carro/trono sobre el que está sentado.

Este apocalipsis es anónimo y tardío; fue compuesto en torno a los siglos V o VI de nuestra era, aunque todos los estudiosos están de acuerdo en que su desconocido autor utilizó materiales judíos muy antiguos, en torno a los siglos II o III d. de C.

El texto trata cómo Rabí Yismael asciende al cielo para contemplar el trono de Dios. Allí un ángel llamado Metatrón (vocablo griego: «El que está detrás del trono») se hace cargo de él. Posteriormente se descubre que Metatrón es Henoc, que tras su ascenso al cielo fue transformado por la divinidad en este personaje angélico. Luego este espíritu informa al rabino sobre la organización y actividades del mundo celestial, particularmente todo lo que afecta a los ángeles y a lo que rodea al trono de Dios. Después Metatrón acompaña al rabino en un viaje celeste donde se le revelan abundantes secretos y en especial el significado de los nombres divinos.

Este apocalipsis representa uno de los primeros momentos de misticismo y especulaciones judías que a partir del siglo X/XI acabarán en un sistema compacto de esoterismo místico que conocemos como la Cábala.

Rabí Yismael asciende al cielo (1, 1-12)

Dijo R. Yismael: Cuando ascendí a lo alto para contemplar la visión del carro/trono (*merkabah*), fui introducido en los seis palacios que están uno dentro del otro; tan pronto como alcancé la puerta del séptimo palacio, comencé a orar ante el Santo, bendito sea, y dirigiendo hacia arriba la mirada, dije: «Señor del mundo, te ruego que en esta hora hagas válido para mí el mérito de Aarón ben Amram, que amaba la paz y perseguía la paz, el cual recibió de tu gloria la corona del sacerdocio en el monte Sinaí para que Quesfiel, el príncipe (guardián del séptimo palacio) y los ángeles que están con él no me arrojen de los cielos». Inmediatamente me asignó el Santo, bendito sea, a Metatrón su

siervo, el ángel, el príncipe de la Presencia (divina), el cual extendió sus alas y con gran alegría salió a mi encuentro para librarme del poder de aquellos. Ante sus propios ojos me tomó de la mano y me dijo:

—Entra en paz ante el rey altísimo y excelso para contemplar la imagen de su trono.

Entonces penetré en el séptimo palacio y él me condujo al campamento de la Presencia gloriosa y me colocó ante el Santo, bendito sea, para contemplar el trono.

En cuanto me divisaron, los príncipes del trono y los llameantes serafines fijaron su mirada en mí. A causa del aspecto fulgurante de sus ojos [...] fui presa de temblores y estremecimientos, perdí el equilibrio y quedé aletargado hasta que el Santo [...] dijo:

—Siervos míos [...], velad vuestros ojos ante Yismael, mi hijo, mi amado y mi gloria, para que deje de temblar y estremecerse...

Pasada una hora, el Santo abrió para mí las puertas de la Presencia gloriosa, las puertas de la paz, de la sabiduría, las de la fuerza, las del poder, del lenguaje, las de la poesía, las puertas de la santidad y las del cántico. Iluminó mis ojos y mi corazón con expresiones de salmo, loa, júbilo, acción de gracias, cántico y glorificación, himno y proclamación del poder de Dios. Cuando abrí la boca y entoné un cántico de alabanza ante el Santo, bendito sea, respondieron a continuación los Vivientes, que están por debajo y por encima del trono de la gloria, diciendo:

—Santo, santo, santo, bendita sea la gloria de Yahvé desde su lugar.

Querubiel, príncipe de los querubines. Descripción de estos (22, 1-16)

Dijo R. Yismael: Me dijo Metatrón, el ángel, el príncipe de la presencia:

—Superior a ellas hay un príncipe noble, maravilloso, fuerte y alabado con toda clase de alabanza. Su nombre es Querubiel Yahvé, un poderoso príncipe lleno de fuerza y de potestad. Ante su cólera tiembla el orbe, ante su ira se conmueven los campamentos. Su cuerpo en toda su extensión está lleno de brasas; su estatura es como la altura de los siete cielos; su anchura como la anchura de los siete cielos, y su volumen como el volumen de los siete cielos. La abertura de su boca es

como una antorcha ígnea [...]. Sobre su cabeza hay una corona de santidad en la que está grabado el nombre inefable (de Dios) y de la cual surgen relámpagos, y el arco de la Presencia gloriosa está sobre sus hombros. Su espada ceñida a sus lomos, flechas como el rayo al cinto, un escudo de fuego devorador al cuello [...]. Su cuerpo está lleno de ojos [...].

¿Por qué se llama Querubiel Yahvé? Porque es el encargado del carro de los querubines [...]. Él adorna las coronas de sus cabezas [...], hermosea el ornato de su agradable encanto y embellece su magnánima belleza.

Los querubines están en pie junto a los santos Vivientes. Sus alas llegan hasta sus cabezas. La Presencia gloriosa reposa sobre ellos y el resplandor de su gloria sobre sus rostros. La Presencia gloriosa reposa sobre ellos, piedras de zafiro los rodean [...]. Las alas de los querubines se rodean la una a la otra, y ellos las despliegan para entonar con ellas un cántico en honor del Habitante de las nubes y rendir con ellas un homenaje al Rey de reyes.

R. Yismael ve los acontecimientos pasados y futuros (45, 1-6)

Dijo R. Yismael: Me dijo Metatrón:

—Ven y te mostraré la cortina del Omnipresente que se extiende ante el Santo, bendito sea, en la que están grabadas todas las generaciones del mundo y todas sus obras, tanto las que se realizaron como las que se realizarán hasta el fin de todas las generaciones.

Fue y me indicó con los dedos, como un Padre enseña a su hijo las letras de la Ley. Vi cada generación y los gobernantes de cada generación, los pastores de cada generación, los guardianes de cada generación, los opresores de cada generación [...]. Vi a Adán y su generación, sus obras y pensamientos; a Noé y su generación, sus obras y pensamientos; a la generación del diluvio, sus obras y pensamientos; a Sem y su generación, sus obras y pensamientos [...].

Vi también todos los combates y guerras que llevaron a cabo las naciones del mundo contra el pueblo de Israel durante su reino. Vi al Mesías, hijo de José, y su generación, sus obras y sus hechos, que ellos realizarán contra las naciones del mundo. Vi al Mesías, hijo de David, y

su generación y todos los combates y guerras, las obras y los hechos que realizarán con Israel, ya para bien ya para mal. Vi todos los combates y guerras que Gog y Magog librarán en los días del Mesías, y todo lo que el Santo, bendito sea, hará con ellos en el tiempo venidero.

Vi a todos los restantes dirigentes de las generaciones y todas las obras de las generaciones, tanto en Israel como en las naciones del mundo, tanto las que hicieron como las que harán en el futuro, hasta el final del tiempo: todo lo que está grabado en la cortina del Omnipresente.

Todos los tesoros de la sabiduría de Moisés fueron transmitidos por Metatrón (48D 1, 6-10)

Setenta nombres tiene Metatrón, los cuales tomó el Santo, bendito sea, de su propio nombre y se los puso a él [...]. Estos nombres son un reflejo de los nombres inefables que están en el trono/carro, grabados sobre el trono de gloria [...], veintidós letras que están en el anillo de su dedo con el que están sellados los destinos de los príncipes de los cielos [...] y los destinos de cada nación y lengua.

Dijo Metatrón:

—Yahvé, el Dios de Israel, es mi testigo en este asunto: cuando revelé todos los secretos a Moisés (en el monte Sinaí), se irritaron contra mí las huestes todas de cada cielo en lo alto y me dijeron: «¿Por qué has revelado ese secreto a un hijo de hombre, nacido de mujer, corrompido e impuro, poseedor de una gota putrefacta? El secreto por el cual fueron creados cielo y tierra, mar y tierra seca, montañas y colinas [...]. Pero no se tranquilizaron hasta que el Santo, bendito sea, los reprendió y los hizo salir con una amonestación de su presencia. Les dijo: «Yo me complací, deseé, confié y encargué a Metatrón, mi siervo, solamente; porque él es único entre todos los seres celestiales».

(Traducción del hebreo de Ángeles Navarro Peiro, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. IV, pp. 221-293)

Apocalipsis de Abraham

LA figura del patriarca Abraham, recogida en el libro del Génesis como primer creyente y padre espiritual del pueblo judío generó entre los judíos numerosas leyendas. El Apocalipsis de Abraham es una de ellas y se inspira tanto en el primer libro de la Biblia como en las visiones del profeta Ezequiel. La versión que ofrecemos se ha conservado solamente en eslavo eclesiástico, o antiguo búlgaro, aunque este texto es una traducción de un escrito griego perdido, el cual, a su vez, era muy probablemente una traducción y reelaboración de un original semítico también perdido. Como suele ocurrir, su autor nos es desconocido.

El análisis del Apocalipsis de Abraham produce la impresión de que la obra tiene dos partes diferenciadas. La primera va de los capítulos 1 al 8; la segunda abarca los capítulos 19 al 32, que parecen ser una como una ampliación de la primera. El apocalipsis propiamente comienza en el capítulo 9, aunque es muy posible que la leyenda de la primera parte sea más antigua. El conjunto da la impresión de ser una obra mixta, inspirada por la caída de Jerusalén en el año 70 d. de C. El conjunto se originó en Israel/Palestina en un medio judío hacia el final de ese siglo I o a principios del II. Toda el escrito fue posteriormente reelaborado por manos cristianas, lo que se hace patente en los capítulos 7, 23, 27 y 29.

El tema principal de este apocalipsis es la elección de Israel y su alianza con Dios, basada en el rechazo de la idolatría. La caída de Jerusalén y del Templo son la consecuencia de la idolatría y de la ruptura del pueblo de Abraham de su pacto con la divinidad. Dios concede a Abraham siete visiones que concluyen con el castigo de los paganos infieles y la victoria final de los justos. Dios se apiada de su pueblo, que al final obtiene la redención.

La conversión de Abraham (1, 1-6, 3)

Cierto día, puliendo yo los ídolos de mi padre Taré y los de mi hermano Najor, me pregunté cuál de ellos era en verdad un dios poderoso. Yo, Abraham, en el momento de ejercer mi oficio, cuando terminé los servicios de culto de mi padre Téráj a sus dioses de madera y piedra, de oro y de plata, de bronce y de hierro, habiendo entrado en su templo para el servicio, encontré que el ídolo de piedra llamado Marumat había caído bocabajo a los pies del ídolo de hierro Nacón. Y sucedió que, cuando lo vi, se turbó mi corazón. Meditaba en mi espíritu que yo, Abraham, no podía por mí mismo restituirlo a su lugar, dado que era una gran mole de piedra. Fui a avisar a mi padre, entró conmigo y a duras penas lo levantamos para restituirlo a su lugar. Y a pesar de que lo sujetaba por la cabeza, esta se le cayó [...].

La manifestación divina (8, 1-9, 9)

Y ocurrió que mientras yo hablaba así a Téráj, mi padre, en el patio de su casa, la voz del Todopoderoso cayó del cielo en un torrente de fuego diciendo y llamando:

—¡Abraham, Abraham!

Dije:

—Heme aquí.

Dijo:

—Al Dios de dioses y al Creador tú buscas en el fondo de tu corazón. Yo soy. Apártate de tu padre Téráj y sal de su casa para que no seas muerto por los pecados de la casa de tu padre.

Primeras revelaciones (10, 1-12, 2)

Y ocurrió que cuando oí la voz que clamaba tales palabras hacia mí, yo miraba a un lado y a otro y he aquí que no había hálito humano y mi espíritu se espantó. Mi alma se escapó de mí, me quedé de piedra y caí a tierra, pues en mí no había ya fuerzas para tenerme en pie. Estando todavía bocabajo, oí la voz del Santo que decía:

—Ve, Jaobel, y por medio de mi nombre inefable santifícame a este hombre y dale fuerzas contra su terror.

Y el ángel, enviado por Dios, vino a mí bajo aspecto humano, me tomó por la mano derecha y me puso sobre mis pies. Me dijo:

—¡Álzate, Abraham, amigo de Dios, que te ama! Que no te domine el temor humano, pues he sido enviado a ti para fortalecerte y bendecirte en nombre del Dios que te ama, el creador de los cielos y la tierra. Mantente firme y apresúrate hacia Él. Yo soy Jaobel, así llamado por Aquel que agita lo que está conmigo en el séptimo espacio sobre el firmamento, una potestad por mediación del nombre inefable que está en mí [...]. Yo he sido encargado de destruir el infierno y reducir a polvo a los que adoran a los ídolos. He sido encargado de quemar la casa de tu padre junto con él, pues rendía culto a los ídolos. He sido enviado ahora para bendecirte a ti y a la tierra que ha sido preparada para ti por el Eterno [...]. ¡Álzate, Abraham, ve con firmeza! ¡Alégrate mucho y regocíjate! Yo estoy contigo, pues una herencia perdurable ha sido preparada por el Eterno para ti. Ve y cumple el sacrificio prescrito. Pues he sido designado para estar contigo y con la estirpe destinada a nacer de ti [...]. ¡Mantente firme y ve!

Una vez que me hube levantado, vi a quien había tomado mi diestra y me había puesto en pie. El aspecto de su cuerpo era como el zafiro y la apariencia de su rostro como crisolita; los cabellos de su cabeza como nieve y la diadema sobre su cabeza como la visión del arcoíris. Sus vestiduras eran de púrpura y en su diestra había un caduceo de oro. Me dijo:

—Ven conmigo e iré contigo en forma visible hasta el sacrificio y de forma invisible hasta la consumación de los siglos. ¡Mantente firme y ve!

Y marchamos los dos solos durante cuarenta días y noches. No comí pan ni bebí agua, pues mi alimento era la visión del ángel que estaba conmigo y la conversación que mantenía conmigo era mi bebida [...].

Oración de Abraham y visión de los animales y del firmamento (17, 1-20, 5)

Estaba aún hablando el ángel, cuando he aquí un fuego que avanzaba hacia nosotros en derredor. Había una voz en el fuego como voz de muchas aguas, como la voz del mar en su agitación. El ángel se in-

clinó conmigo y la adoró. Quise postrarme en tierra, pero el lugar de la altura en el que los dos estábamos tan pronto se elevaba hacia lo alto como caía hacia abajo. Dijo el ángel:

—¡Inclínate, Abraham, y entona el cántico que te he enseñado!

Pero no había tierra en la que postrarse. Solo me incliné y entoné el cántico que me había enseñado. Dijo el ángel:

—¡Recita sin parar!

Recité, y él recitaba también el cántico:

—¡Eterno, Fuerte, Santo, Él, Dios [...]. Incorruptible, Intachable, Ingénito, Inmaculado, Inmortal [...]. Tú eres aquel al que ama mi alma [...], que recibes las oraciones de los que te honran y te desentiendes de las plegarias de los que te importunan con la impertinencia de sus recriminaciones. Oh libertador de los que están mezclados entre los impíos e injustos en el tiempo corrupto del universo, que renuevas el tiempo de los justos [...]. Recíbeme favorablemente, muéstrame e instrúyeme y anuncia a tu servidor lo que me prometiste.

Mientras estaba entonando el cántico, la boca del fuego que estaba en la extensión se elevaba cada vez más alto y oí una voz como una tempestad marina y no cesaba por la plétora de fuego. En tanto que el fuego se elevó, borboritando en lo más alto, vi debajo de las llamas un trono de fuego y a seres de muchos ojos a su alrededor que entonaban un cántico. Bajo el trono vi cuatro criaturas ígneas que cantaban. Su aspecto era el mismo; cada una de ellas tenía cuatro rostros. Tal era el aspecto de sus rostros: de león, de hombre, de toro y de águila. Cuatro cabezas y cada criatura con seis alas, un par le salía de sus hombros, un par de sus costados y un par de su cintura, cubriendo sus rostros con las alas que salían de sus hombros, en tanto que con las alas de su cintura revestían sus piernas, y extendían sus alas centrales, volando libremente. Cuando concluían el cántico, se miraban los unos a los otros, y unos a otros se lanzaban miradas desafiantes. Y ocurrió que cuando el ángel que estaba conmigo vio cómo se desafiaban, me dejó, fue corriendo hacia ellos y a cada una de las criaturas desvió el rostro de la faz que tenía enfrente, para que no vieran delante de sí los rostros desafiantes, y les enseñó el cántico de paz que tenía en sí. Estando yo solo, miré y vi detrás de las criaturas un carro de ruedas de fuego. Cada rueda estaba llena de ojos por doquier y en lo alto de las ruedas estaba

el trono que yo ya había visto. Este estaba cubierto de fuego, y el fuego lo rodeaba por doquier. Y he aquí que una luz inefable envolvía a una multitud de fuego y oí sus santas voces como la voz de un solo hombre.

Me llegó la voz desde el medio de las llamas diciendo: ¡Abraham, Abraham! Dije:

—Heme aquí.

Dijo:

—Contempla las extensiones que están bajo el espacio sobre el que estás situado, y mira cómo no hay sobre ellas ningún otro excepto Aquel al que buscaste o Aquel que te ama. Mientras la voz estaba hablando, he aquí que se abrieron las extensiones del cielo que estaba debajo de mí. Vi en el séptimo firmamento, sobre el que me encontraba, un fuego propagado, una luz y un rocío, una multitud de ángeles y la virtud de gloria invisible de las criaturas que había visto en lo alto. Aquí no vi a nadie más. Miré al sexto espacio desde la altura en la que me encontraba y vi aquí una multitud incorpórea de ángeles espirituales que cumplían las órdenes de los ángeles ígneos situados en el octavo firmamento, en cuyas alturas estaba yo de pie. He aquí que no había en aquel espacio otras virtudes con otras formas excepto los ángeles espirituales. La virtud que había visto en el séptimo firmamento ordenó al sexto firmamento que se quitara y vi aquí, en el quinto firmamento, las virtudes estelares, los mandamientos que les era ordenado cumplir y los elementos terrenales que los obedecían.

Me dijo el Fuerte anterior a los siglos:

—¡Contempla desde arriba las estrellas que están debajo de ti, cuéntalas y di su número!

Dije:

—¿Cuándo podría? Pues yo solo soy un hombre.

Me dijo:

—Haré de tu descendencia una nación de pueblos como el número de las estrellas y su potencia, un pueblo apartado para mí [...].

La creación. Castigo de los malvados. El juicio (21, 1-22, 5; 25, 1-6; 27, 1-29, 19)

Me dijo:

—Mira ahora a la extensión que hay debajo de tus pies y sé consciente de la creación prefigurada desde lo más antiguo [...].

Dije:

—Señor fuerte y eterno, ¿quién es la multitud en esta imagen, a un lado y a otro?

Me dijo:

—Estos que están en el lado izquierdo son la multitud de pueblos que existían previamente y que después de ti estarán destinados los unos al juicio y a la restauración, los otros a la venganza y a la condenación en el fin de los siglos. Pero los que están en el lado derecho de la imagen son las gentes apartadas para mí de las gentes que están con Azazel. Estos son los que destiné a nacer de ti y a llamarse mi pueblo [...].

Vi allí la imagen del ídolo celoso semejante a la imagen tallada en madera que hacía mi padre, y su cuerpo era de cobre brillante. Ante él había un hombre que lo adoraba. Y enfrente de él un altar, y sobre él infantes degollados de cara al ídolo. Le dije:

—¿Qué es este ídolo? ¿Qué es este altar? ¿Quiénes son las víctimas? ¿Quién es el sacrificador? ¿Qué es el templo tan hermoso que veo, el arte y la belleza de tu Gloria, que está bajo tu trono?

Dijo:

—Oye, Abraham, este templo, altar y belleza que has visto, es mi concepto del sacerdocio de mi nombre glorioso. En este templo se ubicará toda oración humana... y cualquier sacrificio que ordenare ofrecerme a mi pueblo que surgirá de tu raza. Pero el ídolo que has visto es mi ira contra aquellos que me encolerizarán y que proceden del pueblo que surgirá de ti. El hombre que viste sacrificando es el que me encoleriza [...].

Miré y vi: he aquí que la imagen se agitaba y desde la parte izquierda irrumpió una turba de paganos, lanzándose al pillaje de los que estaban en la parte derecha de la imagen, hombres, mujeres y niños. A unos los mataron y a otros los retuvieron junto a sí. He aquí que vi corriendo hacia ellos cuatro generaciones; prendieron fuego al templo y saquearon las cosas santas que había en él. Dije:

—¡Oh Eterno fuerte!, he aquí que las multitudes de paganos se lanzan al pillaje de la gente que aceptaste que nacieran de mí: a unos los matan y a otros los fuerzan al exilio. Prendieron fuego al templo, saquean y destruyen las obras de arte que hay en él. ¡Oh Eterno Fuerte!, si esto es así, ¿por qué ahora afligiste mi corazón y por qué será así?

Me dijo:

—Escucha, Abraham, todo lo que viste ocurrirá porque tus descendientes me irritarán a causa del ídolo que viste y del asesinato cometido en el templo. Todo lo que viste será así.

Dije:

—¡Oh Eterno fuerte!, que pasen ahora las malas acciones cometidas en la impiedad, pero haz permanecer con más razón a los justos que han cumplido los mandamientos. Pues tú puedes hacerlo.

Me dijo:

—El tiempo de justicia es el que se les aparecerá primero, bajo el aspecto de sus reyes, que juzgarán con justicia a los que antes creé para gobernar sobre ellos. De estos surgirán hombres que se ocuparán de ellos, como te he anunciado y como viste.

Respondí y dije:

—¡Oh Poderoso, santificado por tu poder, sé misericordioso ante mi ruego! Por esto hazme saber y muéstrame, pues para eso me elevaste a tu altura. Por esto hazme saber a mí, tu favorito, lo que pregunto: ¿todo lo que vi les ocurrirá durante largo tiempo?

Me mostró la multitud de sus gentes y me dijo:

—A causa de esto, por las cuatro generaciones que has visto, se suscitará mi cólera y habrá retribución de sus obras por mi parte [...].

Miré y vi a un hombre saliendo de la parte izquierda, la de los paganos. Salieron hombres, mujeres y niños desde la parte de los paganos en turbas numerosas y lo adoraron. Seguí mirando y salieron los que estaban en la parte derecha: unos afrentaban a ese hombre, otros lo golpeaban y otros lo adoraban. Vi que estos lo adoraban, y acudió Azazel y lo adoró; y tras besar su rostro se volvió y permaneció detrás de él.

Dije:

—¡Oh Eterno fuerte! ¿Quién es el hombre afrentado, golpeado pero también adorado por los paganos junto con Azazel?

Respondió y dijo:

—Oye, Abraham, el hombre al que has visto afrentado y golpeado, pero también adorado, es el alivio ante los paganos, durante los últimos días, en la hora duodécima de este siglo impío, para la gente que procederá de ti. En el año duodécimo de mi siglo final estableceré a este hombre que procede de tu descendencia y al que has visto salir de entre mi gente.

Antes incluso de que empiece a crecer el siglo justo, vendrá mi juicio sobre los paganos inicuos por parte del pueblo de tu descendencia escogido por mí. En esos días haré venir sobre toda criatura terrestre diez plagas, por medio de la desgracia, la enfermedad y el gemido de dolor de sus almas. Todo esto haré venir sobre las generaciones de hombres que están en la imagen a causa de la cólera y de la corrupción de su naturaleza con las que me irritan. Entonces serán restablecidos los hombres justos de tu descendencia, en número dispuesto por mí, encaminándose a la gloria de mi nombre, hacia el lugar previamente preparado para ellos, el cual viste vacío en la imagen. Los que vivan serán fortificados con los sacrificios y los dones de la justicia y la verdad en el siglo justo. En mí se regocijarán siempre, destruirán a los que los destruyeron y ultrajarán a los que los ultrajaron con la calumnia [...].

Vuelta a la tierra tras la visión (30, 1-32, 5)

Y mientras Él estaba aún hablando me encontré de nuevo sobre la tierra y dije:

—¡Oh Eterno fuerte!, ya no estoy en la gloria en la que estaba en lo alto, y todo lo que mi alma deseaba comprender en mi corazón yo todavía no lo he comprendido.

Me dijo:

—Te revelaré lo que desea tu corazón, pues has querido ver las diez plagas que he preparado y dispuesto contra los paganos para después del vencimiento de la duodécima hora sobre la tierra. Escucha todo lo que te manifestaré, será así: la primera plaga será la aflicción por la mucha miseria. La segunda, el incendio de las ciudades. La tercera, la muerte del ganado por la peste. La cuarta, la hambruna de la población. La quinta, el exterminio de sus soberanos por la destrucción del

terremoto y de la espada. La sexta, la sobreabundancia de granizo y la nieve. La séptima, el que las fieras salvajes sean su tumba. La octava, que el hambre y la peste se alternen en su destrucción. La novena plaga será el castigo de la espada y la huida en la angustia. La décima, el trueno, los lamentos y los terremotos para la destrucción.

Entonces haré sonar la trompeta desde los cielos y enviaré a mi Elegido que tiene en sí una medida de toda mi potencia. Él convocará a mi gente afrentada por los paganos. Yo quemaré con fuego a los que los han injuriado y han dominado sobre ellos en el siglo y daré a los que me han cubierto de insultos al castigo del siglo futuro. Pues a esos los destiné a ser pasto del fuego del infierno y al planeo ininterrumpido por el aire de los abismos subterráneos.

Por esto, Abraham, oye y ve: este séptimo linaje tuyo irá contigo y partirán hacia una tierra extranjera. Los esclavizarán y los maltratarán, como en una hora del siglo impío. Yo seré juez del pueblo para el que serán esclavos.

Añadió el Señor:

—¿Has oído, Abraham, lo que te he anunciado, lo que sucederá a tu tribu en los últimos días?

Habiendo oído Abraham las palabras de Dios, las recibió en su corazón.

(Traducción del eslavo eclesiástico de Salustio Alvarado,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Apocalipsis de Elías

*D*E la antigüedad cristiana hay constancia de que circularon distintas obras bajo el nombre de Elías. Existen dos escritos con el título de Apocalipsis de Elías: uno conservado en versión copta, que aquí presentamos, y un Apocalipsis hebreo de Elías, más tardío, en hebreo rabínico, que contiene una revelación hecha al profeta Elías por el ángel Miguel en el monte Carmelo y que pertenece al período después de la composición del Talmud, es decir, más allá del siglo VII d. de C.

El texto del Apocalipsis de Elías copto —el único que aquí ofrecemos— no está compuesto al estilo típico de otros apocalipsis, sino más bien con tono profético normal. Pero gran parte de su contenido —que se refiere al juicio último de Dios sobre los justos y los pecadores, las tribulaciones que precederán al fin del mundo, la venida del que se quiere hacer pasar por el Ungido (el Anticristo) y la llegada al final del Ungido (el Cristo)— es claramente apocalíptico.

La última redacción del escrito es cristiana egipcia, como parece deducirse por sus alusiones a las circunstancias de ese país. Sin embargo, todos los estudiosos que se han ocupado de traducir y comentar el texto están de acuerdo en que su base es un escrito judío, luego cristianizado por un redactor posterior. El desconocido autor del escrito básico es probablemente del siglo I d. de C., mientras que el texto llegado hasta nosotros es una traducción a la lengua copta realizada a principios del siglo IV.

La atribución del escrito a Elías pudo haber sido motivada por ser este, junto con Henoc, uno de los protagonistas de los combates finales descritos en el apocalipsis, o por el relieve que la figura de Elías tenía en los ambientes monásticos egipcios como modelo de vida ascética y retirada al desierto.

Inspiración profética de Elías; premio de los justos y castigo de los pecadores (1, 1-12)

La palabra del Señor vino hasta mí diciendo:

—Hijo de hombre, di a este pueblo [...]: Recordad que el Señor de la gloria, que ha creado todas las cosas, ha tenido piedad de vosotros para salvaros de la cautividad de este tiempo. Pues muchas veces el Diablo ha deseado no dejar que el sol saliese sobre la tierra, ni que la tierra diese fruto, queriendo devorar a los hombres como el fuego que se propaga con gran estrépito, deseando engullirlos como el agua [...].

»Recordad que Él os ha preparado unos tronos y unas coronas en el cielo. Todos los que me escuchen recibirán los tronos y las coronas. A los que son míos —dice el Señor— les escribiré mi nombre sobre la frente, y marcaré con el sello su mano derecha; no tendrán hambre ni pasarán sed. El Hijo de la Iniquidad no tendrá poder sobre ellos, ni les pondrán obstáculos los tronos, sino que irán con los ángeles a mi ciudad. Los pecadores, por el contrario, quedarán avergonzados; no rebasarán los tronos, sino que los tronos de la muerte los apresarán y los dominarán, porque los ángeles no tienen confianza en ellos, y ellos se han hecho extraños a sus moradas.

Tribulaciones antes del fin. Llegada del rey del oeste (2, 2-38)

»Cuando vean un rey que se levanta en el norte lo llamarán “rey asirio” y “rey de injusticia”. Él aumentará sus guerras y tribulaciones sobre Egipto; el país se lamentará al unísono porque os arrebatarán a vuestros hijos. Muchos desearán la muerte en aquellos días, pero la muerte huirá de ellos. Entonces se alzaré un rey en el oeste al que llamarán “rey de paz”. Avanzará sobre el mar como un león rugiente y matará al rey de injusticia; se vengará también de Egipto con guerras y abundancia de sangre [...].

»Se levantará contra él su propio hijo y lo matará. Todo el país quedará aterrorizado. Aquel día promulgará un edicto en todo el país para que arresten a los sacerdotes del país con todos los santos, diciendo: “Todo don que os ha otorgado mi padre y todo bien tenéis que devolverlo doblado”. Cerrará los lugares santos; les arrebatará sus casas; to-

mará prisioneros a sus hijos para la cautividad. Mandará que ofrezcan sacrificios y hagan cosas horribles y amargas en la tierra. Aparecerá bajo el sol y la luna en aquel día. Los sacerdotes del país rasgarán sus vestiduras.

»Ay de vosotros, señores de Egipto, en aquellos días, porque vuestro día ha pasado. La violencia sobre los pobres se volverá contra vosotros, y se llevarán vuestros hijos como botín por medio del robo. Las ciudades de Egipto se lamentarán en aquellos días porque no se oirá el grito del vendedor ni el del comprador. Los mercados de las ciudades de Egipto se cubrirán de polvo. Los habitantes de Egipto llorarán a un tiempo y desearán la muerte; pero la muerte huirá de ellos y los abandonará.

»En aquellos días huirán hacia las rocas corriendo apresuradamente, y dirán: ¡Caed sobre nosotros! Pero no morirán. Una tribulación doblada se extenderá sobre el país en aquellos días. El rey ordenará que prendan a todas las mujeres que estén amamantando, las conduzcan a él encadenadas, y ellas den el pecho a los dragones; que estos mamen la sangre de sus pechos y las entreguen al veneno de las flechas.

»En cuanto al destino de las ciudades, ordenará también que aprensen a todos los niños de doce años para abajo con el fin de enseñarles a lanzar flechas. La partera del país se lamentará. La que haya dado a luz volverá su rostro al cielo, diciendo: ¿Por qué me habré sentado sobre el ladrillo para traer hijos al mundo? La estéril se alegrará junto con la virgen diciendo: Es nuestro momento de alegrarnos porque no tenemos hijos sobre la tierra, sino que nuestros hijos están en los cielos.

La venida del Impío o Anticristo (2, 38-3, 18)

»Si oís que la división está en Jerusalén, rasgad vuestros vestidos, sacerdotes del país, porque el Hijo de la perdición no tardará en venir. En aquellos días se manifestará el Impío en los lugares santos.

»Cuando venga el Cristo, llegará como un rey de palomas, rodeándole la corona de palomas y caminando sobre las nubes del cielo; el signo de la cruz le precederá. Todo el mundo lo verá, como el sol que resplandece desde las regiones de Levante hasta las regiones de Poniente. Vendrá de esta manera, rodeado de todos sus ángeles.

»Pero el Hijo de la Iniquidad intentará de nuevo alzarse en los lugares santos. Dirá al sol: ¡Cae!, y caerá. Dirá: ¡Resplandece!, y lo hará. Dirá: ¡Vuélvase tinieblas!, y lo hará. Dirá a la luna: ¡Conviértete en sangre!, y se convertirá. Se marchará con ellos de los cielos. Caminará sobre la mar y los ríos como sobre lo seco. Hará que los paralíticos anden, los sordos oigan, los mudos hablen, los ciegos vean; a los leprosos limpiará, a los enfermos sanará, a los endemoniados liberará. Multiplicará sus signos y sus prodigios delante de todos. Hará las obras que ha realizado el Cristo, excepto la resurrección de los muertos. En esto conoceréis que él es el Hijo de la Iniquidad: en que no tiene poder sobre la vida.

»He aquí, pues, sus señales, que os voy a decir para que lo reconozcáis: Es un joven pequeño y de piernas delgadas, con un mechón de cabello blanco en la parte delantera de su cabeza; es calvo, sus cejas llegan hasta sus orejas y hay una costra de lepra en sus manos.

»Se transformará delante de quienes lo miren: se convertirá en un niño o en un anciano; podrá adoptar todas las señales, pero no podrán cambiar los rasgos de su cabeza. En esto reconoceréis que él es el Hijo de la Iniquidad.

Reacción de la virgen Tabita (4, 1-6)

»La virgen de nombre Tabita oírà que el Impúdico se ha manifestado en los lugares santos. Ella se pondrá su vestido de lino y lo perseguirá hasta Judea, increpándolo hasta Jerusalén: “¡Oh Impúdico, Hijo de la Iniquidad, que eres enemigo de todos los santos!”.

»Entonces el Impúdico montará en cólera contra la virgen y la perseguirá hasta las regiones de Poniente; le sorberá la sangre al atardecer, la arrojará sobre el Templo, pero ella será salvación para el pueblo. Ella se levantará al amanecer, estará viva y le increpará diciendo: “¡Impúdico, no tienes poder sobre mi alma ni sobre mi cuerpo, porque yo vivo en el Señor en todo momento. Has arrojado mi sangre sobre el Templo y ha sido salvación para el pueblo!”.

Reacción de Elías y Henoc (4, 7-16)

»Entonces Elías y Henoc, al oír que el Impúdico se ha manifestado en el lugar santo, descenderán para combatirlo, diciendo: “Tú no tienes vergüenza de juntarte a los santos, mientras eres extraño siempre. Te has hecho enemigo de los habitantes de los cielos y también de los de la tierra. Te has hecho enemigo de los tronos y también de los ángeles; eres extraño siempre. Has caído del cielo como las estrellas de la mañana. Has sido transformado: el linaje se ha hecho tiniebla para ti. No tienes vergüenza de unirte a Dios siendo un diablo”.

»El Impúdico lo oír y montará en cólera; luchará con ellos en el mercado de la gran ciudad. Estará siete días combatiéndolos. Tres días y medio permanecerán muertos en el mercado, viéndolos todo el pueblo. Pero al cuarto día se levantarán y lo insultarán, diciendo: «¡Oh Impúdico! ¡Hijo de la Iniquidad! No tienes vergüenza de seducir al pueblo de Dios por el que tú no has sufrido! ¿No sabes, pues, que vivimos en el Señor para increparte en todo momento? Tu dices: “Yo tengo poder sobre estos”. Dejaremos la carne de este cuerpo y te mataremos, sin que te sea posible hablar en este día. Porque nosotros estamos firmes en el Señor en todo momento, pero tú eres enemigo de Dios siempre [...]».

Ataque del Impío contra el pueblo (4, 20-29)

»Montará en cólera contra el país e intentará cometer pecado contra el pueblo. Perseguirá a todos los santos, y serán conducidos, atados, junto con los sacerdotes del país. Los matará haciéndoles perecer... Mandará que les saquen los ojos con punzones de hierro; arrancará la piel de su cabeza y les quitará las uñas una a una. Mandará que les metan en la nariz vinagre y lejía.

»Pero aquellos que no pueden soportar los tormentos de este rey cogerán el oro y huirán a través de los vados hacia los lugares desérticos; se dormirán como quien se acuesta. El Señor tomará consigo sus espíritus y sus almas; su carne se volverá como de piedra; ninguna fiera los devorará hasta el día último del gran juicio. Entonces se levantarán y encontrarán un lugar de reposo, pero no estarán en el Reino del

Cristo como aquellos que se mantuvieron firmes. Porque dice el Señor: “Colocaré a estos en mi derecha, y serán favorecidos sobre los demás; vencerán al Hijo de la Iniquidad y verán la aniquilación del cielo y de la tierra; recibirán los tronos de gloria y las coronas”.

Lucha de los sesenta justos (4, 30-5, 1)

»En aquellos días serán escogidos sesenta justos preparados para esta hora; se revestirán de la armadura de Dios, correrán a Jerusalén y lucharán contra el Impúdico, diciendo: “Todos los prodigios que hicieron los profetas desde el principio los has hecho tú; pero no has podido resucitar a un muerto porque no tienes poder sobre la vida. En esto hemos conocido que tú eres el Hijo de la Iniquidad”. Él lo oirá y montará en cólera; mandará que prendan fuego a los altares y que aten a los justos y, poniéndolos encima, sean quemados.

»Aquel día el corazón de muchos se enfurecerá contra él, y huirán de él diciendo: “Este no es el Cristo. ¿Acaso el Cristo mata a los justos? ¿Acaso persigue a los hombres? ¿No busca, por el contrario, convencerlos por señales y prodigios?”.

Intervención y venida de Cristo (5, 2-6)

»En aquellos días el Cristo se apiadará de los suyos; enviará a sus ángeles desde el cielo. Suman sesenta y cuatro mil y cada uno de ellos tiene seis alas. El ruido de su voz removerá el cielo y la tierra cuando alaben y glorifiquen. Y a aquellos sobre cuya frente está escrito el nombre del Cristo, y sobre cuya mano derecha está el sello, a los pequeños y a los mayores, los tomarán (los ángeles) sobre sus alas y los llevarán lejos de la cólera del aquel (el Impúdico).

»Entonces Gabriel y Uriel formarán una columna de luz y los conducirán a la tierra santa; les darán a comer del árbol de la vida y ellos se pondrán vestiduras blancas [...]. Los ángeles velarán sobre ellos; no pasarán sed, ni el Hijo de la Iniquidad podrá prevalecer contra ellos.

Aniquilación del mundo y de los pecadores (5, 7-14)

»Aquel día, pues, la tierra se conmoverá, el sol se volverá tiniebla; la paz será retirada de la tierra. Los pájaros caerán muertos sobre la tierra; esta se secará y las aguas del mar desaparecerán.

»Los pecadores gemirán sobre la tierra, diciendo: “¿Qué nos has hecho, Hijo de la Iniquidad, al decirnos: ‘Yo soy el Cristo’, siendo tú el Diablo? No tienes poder para salvarte con el fin de salvarnos a nosotros. Has realizado signos ante nosotros hasta hacernos extraños al Cristo que nos ha creado. ¡Ay de nosotros, porque te hemos obedecido! He aquí que ahora vamos a morir de hambre. ¿Dónde está ahora la huella de un justo al que supliquemos? ¿O dónde está quien nos enseñe para que lo llamemos? He aquí que vamos a ser aniquilados en la cólera, porque nos hemos hecho desobedientes a Dios. Hemos ido a las profundidades del mar y no hemos encontrado agua. Hemos cavado en los ríos dieciséis codos y no hemos encontrado agua”.

Desesperación del Anticristo (5, 14-21)

»Aquel día el Impúdico llorará, diciendo: “¡Ay de mí que se me ha pasado el tiempo! Yo decía que mi tiempo no se pasaría. Mis años se han convertido en meses, mis días se me han ido volando como el polvo que se levanta. Ahora, pues, voy a perecer con vosotros. Corred, pues, enseguida hacia el desierto, agarrad a los ladrones y matadlos. Traed aquí a los santos. Porque por su causa da fruto la tierra, por su causa el sol brilla sobre la tierra, por su causa el rocío llega a la tierra”.

»Los pecadores llorarán, diciendo: “Tú nos has convertido en enemigos de Dios. Si puedes, levántate y persíguelos tú”. Entonces el Anticristo tomará sus alas de fuego y volará en persecución de los santos, y les hará la guerra de nuevo. Los ángeles lo oirán, descenderán y pelearán con él un combate de muchas espadas.

La cólera y el juicio de Dios sobre los pecadores (5, 22-31)

»Sucederá que aquel día el Señor lo oirá y ordenará con gran cólera que el cielo y la tierra produzcan fuego. Este alcanzará setenta y dos codos sobre la tierra y consumirá a los pecadores y a los diablos como paja. Habrá un juicio justo. En aquellos días los montes y la tierra levantarán su voz; los caminos se dirán unos a otros: “¿Habéis oído hoy la voz de algún caminante que no haya venido al juicio del Hijo de Dios?”.

»Los pecados de cada uno se levantarán en su contra en el lugar en que los hayan cometido, ya sean (pecados) del día o de la noche. Los pertenecientes a los justos [...] verán a los pecadores en medio de sus castigos, con aquellos que los habían perseguido y con los que los habían entregado a la muerte. Entonces los pecadores en medio de castigos verán el lugar de los justos. De esta forma habrá gracia. Y sucederá en aquellos días que lo que los justos hubieran pedido muchas veces les será concedido. En aquellos días el Señor juzgará el cielo y la tierra; juzgará a aquellos que hayan transgredido en el cielo y a los que lo hayan hecho sobre la tierra. Juzgará a los pastores del pueblo; los interrogará sobre el rebaño de ovejas y le serán entregados sin que tengan poder de matar.

Muerte del Impío (5, 32-35)

»Después de esto descenderán Elías y Henoc, se desprenderán de la carne mundana y tomarán su carne espiritual; perseguirán al Hijo de la Iniquidad y lo matarán sin que pueda hablar. Aquel día será aniquilado delante de ellos como el hielo que se deshace por el fuego; será destruido como un dragón que queda sin aliento. Le dirán: “Ha pasado tu tiempo; ahora serás destruido con todos los que creen en ti”. Serán arrojados a la profundidad del abismo y este se cerrará sobre ellos.

Llegada de Cristo (5, 36-39)

»Aquel día vendrá del cielo el Cristo, el rey con todos sus santos; quemará la tierra y habitará en ella mil años. Porque los pecadores la han dominado, creará un cielo nuevo y una tierra nueva. No habrá diablo de muerte en ellos. Reinará (el Cristo) con los santos; subirá y bajará, mientras ellos permanecen con los ángeles continuamente, estando con el Cristo mil años.

(Traducción del copto de Gonzalo Aranda Pérez,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Ascensión de Isaías

MARTIRIO DE ISAÍAS TESTAMENTO DEL REY EZEQUÍAS VISIÓN Y ASCENSIÓN DE ISAÍAS

Los tres títulos que encabezan este capítulo corresponden a partes de una obra heterogénea que se conoce de forma global como Ascensión de Isaías. A pesar de las apariencias del título, el producto literario que ha llegado hasta nosotros no es una obra judía, sino cristiana. Sin embargo, al analizar el escrito en su conjunto, la investigación moderna ha llegado a descubrir que dentro de él se han amalgamado tres obras distintas:

1. *El llamado Martirio de Isaías (1, 1-13, 12; 5, 1-16), de origen judío, que anuncia la perversidad de Manasés y la muerte del profeta Isaías. Se ha conservado en una traducción al etíope clásico. El autor del Martirio de Isaías era un judío —como se desprende de la gran afinidad de detalles en la muerte del profeta a manos de Manasés entre este texto y el Talmud— palestínense a juzgar por su animosidad contra Samaria. Es posible que el original, redactado en hebreo o arameo, se compusiera entre el siglo I antes de nuestra y el siglo I d. de C.*

2. *Un Testamento de Ezequías (3, 13-4, 18), que es una visión o apocalipsis de origen cristiano, que anuncia a Cristo y previene contra los efectos de la llegada del Anticristo, encarnado en el emperador Nerón vuelto a la vida. Pero este apocalipsis se basa en una obra anterior, probablemente judía, en la que se presentaba este apocalipsis como una visión (la primera) del profeta Isaías recogida por el piadoso rey Ezequías en su testamento. Éste testamento/visión se ha conservado dentro, y mezclado, con la obra anterior. El último autor, cristiano, es desconocido. Es probable que su escrito proceda del siglo II d. de C.*

3. *La titulada Visión y ascensión de Isaías (6, 1-11, 40), es de origen cristiano. En ella se relata una (segunda) visión del profeta en la que este cuenta su visita a los siete cielos, guiado por un ángel, y su visión de la vida de Jesús. Se ha conservado junto con las obras 1 y 2. Su autor o redactor final es quizá el mismo que el de la obra anterior.*

Además del etíope clásico, fragmentos de estas tres obras se nos han transmitido en un papiro en lengua griega (denominado Papiro Amherst). Aquí hemos preferido presentar el texto etíope más completo.

Ofrecemos estas obras una detrás de otra siguiendo la reconstrucción de los fragmentos de cada una de ellas según el sentir de los investigadores. Sin embargo, parece conveniente, para mayor información del lector, conservar las adiciones cristianas de las dos primeras obras.

I

MARTIRIO DE ISAÍAS

(Ascensión de Isaías 1, 1-3, 12; 5, 1-16)

Instrucciones de Ezequías a Manasés. Profecía de Isaías

En el año vigésimo sexto del reinado de Ezequías, rey de Judá, llamó este a su hijo Manasés (era el único que tenía) en presencia del profeta Isaías, hijo de Amós, y de Jasub, hijo de Isaías, para transmitirle el mensaje justo que el propio rey había tenido en visión. Quería entregarle las sentencias eternas, los castigos del infierno y del príncipe de este mundo y sus ángeles —dominaciones y potestades— y el mensaje de fe del Amado, que él mismo había recibido también en visión en el año decimoquinto de su reinado, durante su enfermedad [...]. Dijo entonces Isaías al rey Ezequías, pues no habló solo ante Manasés:

—Vive Dios, cuyo nombre no ha sido revelado a este mundo, vive el Amado, mi Señor, y vive el Espíritu que por mí habla, que todos estos preceptos y mensajes serán vanos para Manasés, tu hijo; por obra de sus manos, en medio de suplicios, habré de perecer. Semayel Melkira (jefe de los demonios) servirá a Manasés y ejecutará todos sus deseos; este se hará seguidor de Beliar (otro nombre del jefe de los demonios) en lugar de serlo mío, apartará de la fe recta a muchos de

Jerusalén y Judea, y Beliar morará en Manasés, por cuyas manos seré aserrado.

Al oír Ezequías estas palabras prorrumpió en grandísimo llanto, se rasgó las vestiduras, se echó ceniza en la cabeza y cayó de bruces. Le dijo Isaías:

—Firmes son los designios de Semayel contra Manasés; nada te aprovechará.

En aquel día pensó Ezequías en su fuero interno matar a su hijo Manasés, mas le dijo Isaías:

—El Amado ha hecho vano tu designio; no ha de ser lo que tu mente piensa, pues a esta vocación he sido llamado y he de recibir la herencia del Amado.

Impiedad de Manasés. Huida de Isaías al desierto

Tras la muerte de Ezequías reinó Manasés, quien no recordó los mandamientos de su padre echándolos al olvido [...]. Manasés inclinó su corazón a servir a Beliar [...].

Cuando vio Isaías, hijo de Amós, la iniquidad que se perpetraba en Jerusalén y el culto de Satanás y sus vanidades, se retiró de la ciudad y moró en Belén de Judea. Mas también allí había gran iniquidad; alejándose, pues, de Belén, moró en el monte, en despoblado. El profeta Miqueas, el anciano Ananías, Joel, Habacuc, su propio hijo Jasub y muchos fieles, creyentes en la ascensión celestial, se retiraron (asimismo) y moraron en el monte. Todos ellos vestían saco, todos eran profetas; nada tenían consigo, sino que estaban desnudos, mientras hacían gran duelo por el extravío de Israel. Nada tenían que comer, sino hierbas silvestres que recogían de los montes y de las que, tras cocerlas, se sustentaban en unión del profeta Isaías. Dos años permanecieron en los montes y collados.

El falso profeta Belkira denuncia y acusa a Isaías

Luego, mientras estaban en el desierto, apareció un hombre de Samaria llamado Belkira, del linaje de Sedecías, hijo de Canaán, falso profeta que moraba en Belén [...].

Belkira se había enterado del lugar donde estaban Isaías y los profetas, sus compañeros, pues moraba en la tierra de Belén y era adicto a Manasés. Profetizaba falsamente en Jerusalén y muchos de allí se le habían unido, aunque era de Samaria [...].

Belkira acusó a Isaías y a sus compañeros de este modo:

—Isaías y los suyos profetizan contra Jerusalén y las ciudades de Judá, que serán destruidas (contra los hijos de Judá); y Benjamín, que partirán a la cautividad; e incluso contra ti, señor rey Manasés, que habrás de marchar en grillos y cadenas [...]. Y acusó con insistencia a Isaías y a los profetas ante Manasés.

Martirio de Isaías

A causa, pues, de estas visiones se irritó Beliar contra Isaías, moró en el corazón de Manasés y lo aserró con una sierra de madera. Mientras Isaías era aserrado, Belkira estaba acusándolo y todos los falsos profetas estaban riéndose y regocijándose a causa de Isaías, pues Belkira y el demonio Metembuco se burlaban de él [...].

E Isaías no lloró ni gritó mientras lo aserraban, sino que hablaba por su boca el Espíritu Santo, hasta que fue partido en dos. Esto hizo Beliar a Isaías por mano de Belkira y Manasés, pues estaba Semeyel sobremañera enojado con aquel desde los días de Ezequías, rey de Judá, a causa de las visiones que había tenido acerca del Amado, y también de la ruina de Semeyel que había visto por mediación del Señor cuando aún reinaba Ezequías, su padre. Así obró (Manasés) según la voluntad de Satanás.

II

TESTAMENTO DE EZEQUÍAS (Ascensión de Isaías 3, 13-4, 18)

Profecía sobre los últimos tiempos

Dijo Isaías:

—En esos días serán muchos los que deseen cargos, aunque estén desprovistos de sabiduría; habrá muchos superiores inicuos y pastores

opresores de sus ovejas, al no parecerse a los santos pastores. Muchos cambiarán el honor de sus vestiduras de santos por la indumentaria de los codiciosos; habrá mucha acepción de personas en esos días y amantes de la gloria de este mundo. Abundarán los calumniadores y la vanagloria al acercarse el Señor, y se retirará el Espíritu Santo de muchos.

»En esos días no habrá muchos profetas ni quienes digan cosa fidedigna, sino uno aquí y otro allá en diversos lugares. A causa del espíritu de error, fornicación, vanagloria y codicia, que existirá en los que se llaman siervos de aquel y los que escuchen a ese, habrá gran odio mutuo entre ellos, los pastores y superiores. Habrá gran envidia en los últimos días y dirá cada cual lo que bien le parezca; declararán vanas las profecías de los profetas anteriores a mí, e incluso rechazarán estas visiones mías, para dar expresión al impulso de sus corazones.

Dominio del anticristo Beliar

»Así pues, Ezequías y Jasub, hijo mío, tales serán los días del fin del mundo. Tras su consumación descenderá el gran príncipe Beliar, rey de este mundo, que lo ha poseído desde que existió. Bajará de su firmamento en forma humana el rey inicuo y matricida (Nerón) que es ese (mismo) rey, perseguirá la planta que los doce apóstoles del Amado habrán plantado, uno de los cuales será entregado en su mano. Este príncipe vendrá bajo la forma de ese rey, y con él llegarán todos los poderes de este mundo y le obedecerán en todo lo que desee. Por su palabra saldrá el sol de noche y hará aparecer la luna a la hora sexta. Hará todo lo que quiera en el mundo; obrará y hablará como el Amado. Afirmará: “Yo soy Dios; antes de mí nadie existió”, y toda la gente en el mundo creerá en él, le sacrificarán y servirán mientras dicen: “Este es Dios, no hay otro como él”, y tornará tras sí a la mayoría de los que se unieron para recibir al Amado. El poder de sus prodigios estará en cada ciudad y país, y erigirá sus imágenes ante sí en todas las ciudades, dominando por tres años, siete meses y veintisiete días. De entre los muchos creyentes y santos, y de entre los que creen en él, pocos en esos días seguirán siendo sus siervos, errantes de desierto en desierto, esperando su venida.

Derrota del Anticristo por parte del Amado

»Mas, tras mil trescientos treinta y dos días, vendrá el Señor con sus ángeles y ejércitos de santos desde el séptimo cielo con la gloria de este lugar y arrastrará al infierno a Beliar y a sus fuerzas. Concederá entonces descanso a los piadosos que encuentre en vida en este mundo, y a todos los que a causa de su fe maldijeron a Beliar y a sus reyes. Los santos vendrán con el Señor, con sus vestiduras, de arriba, del séptimo cielo. Con Él vendrán aquellos cuyos espíritus están ya vestidos, descenderán y estarán en el mundo, y Él fortalecerá a los que se encuentren en vida juntamente con los santos, en vestidura de tales. El Señor servirá a los que fueron vigilantes en este mundo, y luego volverán a lo alto con sus vestiduras, y serán dejados sus cuerpos en el mundo.

»Entonces la voz del Amado increpará encolerizada a los seres del cielo y de la tierra, montes, collados, ciudades, desiertos y selvas, al ángel del sol y de la luna, y a todas las cosas en las que se manifestó y declaró Beliar en este mundo, y ocurrirá la resurrección y el juicio en esos días. El Amado exhalará de sí fuego que consumirá a todos los impíos, y será como si no hubieran sido creados.

III

VISION Y ASCENSIÓN DE ISAÍAS

(Ascensión de Isaías 6, 1-11, 40)

Visión que tuvo Isaías, hijo de Amós

En el año vigésimo del reinado de Ezequías, rey de Judá, vinieron desde Gálgala Isaías, hijo de Amós, y Jasub, hijo de Isaías, a Ezequías, a Jerusalén. Entró Isaías y se sentó en el estrado del rey; aunque le habían traído un asiento, no quiso sentarse en él. Comenzó Isaías a hablar con el rey Ezequías sobre fe y justicia [...].

Mientras este pronunciaba palabras verdaderas, le sobrevino el Espíritu Santo, y todos veían y oían las palabras de este Espíritu. El rey había llamado a todos los profetas y a todo el pueblo que se encontraba allí, y vinieron; Miqueas, el anciano Ananías, Joel y Jasub estaban sen-

tados a su derecha. Y ocurrió que cuando oyeron todos la voz del Espíritu Santo, se pusieron de rodillas y alabaron al Dios justo, al Altísimo que está en el excelso mundo, al Santo que mora en lo alto, al que descansa en los santos. Y dieron gloria al que ha concedido al hombre en el mundo tamaña excelencia de palabra.

Mientras hablaba por el Espíritu Santo, y todos lo escuchaban, enmudeció, cayó en éxtasis y no veía ni siquiera a los que estaban ante él. Aunque sus ojos estaban abiertos, su boca callaba y su pensamiento corporal había sido arrebatado a lo alto. Pero su respiración seguía en él, pues [solo] estaba teniendo una visión. El ángel enviado a mostrársela no era de este firmamento, ni uno de los ángeles gloriosos de los (seis cielos que hay sobre) este mundo, sino que había venido del séptimo cielo. No imaginaba el pueblo que el santo Isaías estaba en éxtasis; solo lo sabía el círculo de los profetas. Mas la visión que tuvo el santo Isaías no era de este mundo, sino de lo oculto a la carne [...].

Ascenso al firmamento

Dijo Isaías:

—Tomándome el ángel de la mano, me hizo ascender. Le dije: «¿Quién eres, cuál es tu nombre, y adónde me haces subir?», pues me fue dada fuerza para hablarle. Me respondió: «Cuando te haya hecho ascender los diversos niveles y mostrando la visión para la cual he sido enviado, entonces comprenderás quién soy [...]».

»Y subimos al firmamento él y yo. Allí vi a Semeyel y sus fuerzas; gran guerra había allí por la envidia que mutuamente se tenían los ángeles de Satanás, igual en las alturas que en la tierra, pues semejante a lo del firmamento es lo que hay aquí en la tierra. Dije al ángel: “¿Qué es esta guerra y esta envidia?”. Me respondió: “Así ha sido desde que el mundo existió hasta ahora, y esta guerra (seguirá) hasta que venga el que has de ver y lo destruya”.

Ascenso a los cinco primeros cielos

»Luego me subió por encima del firmamento, que es el primer cielo. Allí vi un trono en medio, a cuya derecha e izquierda había án-

geles. (Los ángeles que estaban a la izquierda) no eran como los de la derecha, ya que estos tenían mayor gloria, pero todos alababan a una voz. El trono estaba en medio, y lo alababan también los de la izquierda tras los de la derecha, pero su voz no era como la de estos, ni tampoco sus alabanzas. Pregunté al ángel que me guiaba: “¿A quién se dirigen estas alabanzas?”. Respondió: “A la gloria del séptimo cielo, al Santo que eternamente descansa, y a su Amado, desde donde he sido enviado a ti; allá se dirigen”.

»Y nuevamente me hizo subir, al segundo cielo; la altura de este es como la que hay del cielo a la tierra. (Allí vi como) en el primer cielo, ángeles a derecha e izquierda, un trono en medio, y las alabanzas de estos ángeles del segundo cielo. Y el que se sentaba en el trono de este era mucho más glorioso que el resto. Había gran gloria en el segundo cielo, y la alabanza no era como la de aquellos que estaban en el primer cielo. Caí de bruces para adorarle, pero no me dejó el ángel que me guiaba. Me dijo: “Por esto he sido enviado, para instruirte; no adores a ningún trono ni ángel de los seis cielos hasta que yo te lo diga en el séptimo cielo. Pues encima de todos los cielos y sus ángeles está dispuesto tu trono, tus vestiduras y tu corona, que has de ver”. Me regocijé sobremanera, pues los que aman al Altísimo y a su amado ascenderán allí en sus postrimerías por obra del ángel del Espíritu Santo.

»Me subió al tercer cielo, e igualmente vi a los (ángeles) de la derecha e izquierda, y también había un trono en medio, solo que allí no se hace mención de este mundo. Se transfiguraba mi rostro gloriosamente según iba ascendiendo a cada cielo. Pregunté entonces al ángel que estaba conmigo: “¿Nada de aquel mundo vano se menciona aquí?”. Me respondió así: “Nada se menciona a causa de su insignificancia, pero nada queda oculto de lo que allí se hace”. Quise averiguar cómo se sabe, mas me respondió así: “Cuando te suba al séptimo cielo —de donde ha sido enviado—, que está por encima de estos, conocerás que nada se oculta a los tronos, a los que moran en los cielos, ni a los ángeles”. La alabanza que cantaban y la gloria del que se sentaba en el trono eran superiores, y los ángeles de la izquierda y la derecha tenían más gloria que los del cielo inferior.

»Y me hizo ascender de nuevo, al cuarto cielo, cuya altura sobre el tercero es más que de la tierra al firmamento. Allí también vi a los ángeles de la derecha e izquierda, y el que se sentaba en el trono estaba

en medio. También allí recitaban alabanzas, y la gloria y el honor de los ángeles de la derecha eran mayores que los de la izquierda. También la gloria del que se sentaba en el trono era mayor que la de los ángeles de la derecha, cuya gloria, empero, superaba a la de los de abajo.

»Me subió al quinto cielo, y de nuevo vi a ángeles a derecha e izquierda. El que se sentaba en el trono tenía más gloria que el del cuarto cielo, y la gloria de los de la derecha era mayor que la de los de la izquierda. La gloria del que se sentaba en el trono era mayor que la de los ángeles de la derecha, y su alabanza más gloriosa que la del cuarto cielo. Alabé entonces al Inefable, al Único, que habita en los cielos, cuyo nombre no es conocido a ningún mortal, al que ha dado tal gloria a los (ángeles de) los distintos cielos, el que magnifica la gloria de los ángeles y multiplica la del que se sienta en el trono.

Isaías en el sexto cielo

»Todavía me hizo subir a la atmósfera del sexto cielo, y vi una gloria que no había visto en el quinto. Vi ángeles que eran de gran gloria, y la alabanza allí era santa y admirable. Dije al ángel que me guiaba: “¿Qué es lo que veo, mi Señor?”. Me respondió: “No soy tu señor, sino tu compañero”. Nuevamente le pregunté: “¿Cómo es que no hay ángeles compañeros (a la izquierda)?”. Volvió a responder: “A partir del sexto cielo ya no hay ángeles de izquierda ni trono en medio. (Las órdenes las reciben) del poder del séptimo cielo, donde moran el Inefable y su Elegido, cuyo nombre no es conocido ni puede saberlo ninguno de los cielos, pues solo Él es Aquel a cuya voz todos los cielos y tronos responderán. He recibido poder y he sido enviado para hacerte ascender aquí, para que veas esta gloria” [...].

»Me hizo subir al sexto cielo [...]. Allí todos nombraban al Padre primero, a su Amado (Cristo), y al Espíritu Santo, todos al unísono. Su voz no era como la de los ángeles de los cinco cielos, ni como sus palabras, sino que era allí otra. Había mucha luz. Cuando estaba en el sexto cielo se me antojaron tinieblas las luces que había visto en los otros cinco.

»Me regocijé y alabé al que ha concedido semejantes luces a los que esperan su promesa, e imploré al ángel que me guiaba no volver

más al mundo carnal. Pues he de deciros, Ezequías, Jasub, hijo mío, y Miqueas, que es mucha aquí la tiniebla. Mas el ángel que me guiaba supo lo que yo había pensado y dijo: “Si te has regocijado con estas luces, cuánto más gozarás en el séptimo cielo cuando veas [...] las vestiduras, tronos y coronas dispuestas para los justos (que creen en ese Señor que bajará en vuestra forma, pues la luz de allí es grande y maravillosa). Y en cuanto a lo de no volver tú a la carne, aún no se han cumplido tus días para venir aquí”. Oyendo esto, me entristecí, mas él me dijo: “No te entristezcas”.

Isaías en el séptimo cielo

»Y me condujo a la atmósfera del séptimo cielo, donde, además, oí una voz que decía: “¿Hasta dónde va a ascender el que mora en la carne?”. Me asusté y me eché a temblar. Mas cuando ya me encontraba en este estado, oí otra voz que partía de allí y que decía: “Permitido está subir al santo Isaías, pues aquí está su vestidura” [...].

»Me subió al séptimo cielo, y allí vi una luz maravillosa, así como innumerables ángeles. Vi en aquel lugar a todos los justos (desde Adán; allí vi al santo Abel y a todos los justos; a Henoc y a todos los que estaban con él), despojados del ropaje carnal. Los vi en sus excelsas vestiduras (y eran como los ángeles que allí) tenían gran gloria, pero no estaban sentados en sus tronos, ni llevaban sus coronas gloriosas. Pregunté al ángel que estaba conmigo cómo habían recibido las vestiduras, pero por qué no estaban en los tronos con las coronas. Me dijo: “No recibirán las coronas y tronos gloriosos hasta que descienda el Amado en la forma en la que lo verás (pues descenderá al mundo en los días postreros el Señor que ha de llamarse el Cristo). Sin embargo, verán y sabrán de quiénes serán los tronos y coronas, luego que Él haya descendido, haciéndose como de vuestra forma, (y siendo tenido por carne mortal). El príncipe de este mundo extenderá su mano contra el Hijo; lo inmolarán, crucificándolo en un madero, sin saber quién es. Así será su descenso como tú lo verás; a los mismos cielos quedará oculto para que no se sepa quién es. Y cuando se haya apoderado del ángel de la muerte, ascenderá al tercer día (y permanecerá en ese mundo quinientos cuarenta y cinco días). Entonces subirán con él muchos de

los justos, cuyos espíritus no recibirán vestiduras hasta el día en el que ascienda el Señor Cristo, y ellos con él. Entonces, pues, recibirán sus vestiduras, tronos y coronas, cuando Él haya subido al séptimo cielo”.

»Insistí acerca de lo que le había preguntado en el tercer cielo: “Muéstrame cómo se sabe aquí todo lo que se hace en aquel mundo”. Estaba todavía hablándole cuando he aquí que uno de los ángeles que allí había, más glorioso que aquel que me había subido desde el mundo, me mostró un libro y lo abrió. Estaba escrito, mas no como los libros de este mundo. Me lo dio, lo leí y resultó que allí estaban escritas las acciones de los hijos de Israel, y las de otros que yo no conozco, Jasub, hijo mío. Dije: “Verdaderamente nada hay que quede oculto al séptimo cielo de cuanto se hace en este mundo”.

Adoración de la Trinidad

»Allí vi muchas vestiduras dispuestas, muchos tronos y muchas coronas. Dije entonces al ángel: “¿De quién son estas vestiduras, tronos y coronas?”. Me respondió: “Muchos de ese mundo serán los que reciban estas vestiduras, al creer en la palabra de Aquel que se llamará como te dije (guardándola, creyendo en ella y en su cruz; para ellos están preparadas)”. Y vi a Uno que estaba allí, cuya gloria excedía a todos, grande y maravillosa era su gloria. Después, todos los justos que había visto así como los ángeles se llegaron a Él (Adán, Abel, Set y todos los justos se acercaron hacia delante), lo adoraron y alabaron todos al unísono. Yo también me uní a ellos, y mi alabanza era como la suya. Entonces se acercaron todos los ángeles, lo adoraron y alabaron.

»Yo me transfiguré, haciéndome como un ángel [...]. Vi que estaban allí el Señor y el segundo ángel, pero este situado a la izquierda de mi Señor. Pregunté: “Quién es este?”. Me respondió: “Adóralo, pues este es el ángel del Espíritu Santo, que habla por ti y por los otros justos”. Vi entonces la Gran Gloria al abrirse los ojos de mi espíritu, pero no pude continuar contemplándola, ni tampoco el ángel que iba conmigo, ni ninguno de sus semejantes a los que había visto adorar a mi Señor, mas vi a los justos que con gran poder contemplaban la gloria de Aquel.

»Se acercaron a mí mi Señor y el ángel del Espíritu, y dijo Él: “Mira cómo te ha sido dado ver a Dios, y por tu causa ha recibido po-

der el ángel que está contigo”. Y vi cómo mi Señor y el ángel del Espíritu adoraban y alababan juntos a Dios. Entonces todos los justos se acercaron y lo adoraron, y los ángeles hicieron lo mismo. Y todos los ángeles lo alabaron.

»Entonces oí las voces de alabanza que había escuchado en los seis cielos, que subían y se oían allí; todas eran enviadas a aquel Ser glorioso, cuya gloria no pude contemplar. Yo mismo oía y veía sus alabanzas, y el Señor y el ángel del Espíritu oían y veían todo. Todas las alabanzas que se enviaban de los seis cielos no solo se oían, sino que se veían. Oí decir al ángel que me guiaba: “Este es más excelso que los excelsos, el que mora en el mundo sagrado y descansa en los santos, el que ha de ser llamado por el Espíritu Santo, en boca de los justos, Padre del Señor” [...].

Estas cosas vio Isaías y las contó a los que estaban ante él, quienes prorrumpieron en alabanzas. Dirigiéndose al rey Ezequías, dijo Isaías:

—Estas cosas he dicho: el fin de este mundo y toda esta visión se cumplirán en la última generación.

E Isaías le hizo jurar que no lo diría al pueblo de Israel, ni daría estas palabras a copiar a nadie. Vosotros, por vuestra parte, manteneos vigilantes en el Espíritu Santo para que recibáis vuestras vestiduras, tronos y coronas de gloria que están ya dispuestos en el séptimo cielo [...].

Termina la visión del profeta Isaías con su ascensión.

(Traducción del etíope de Federico Corriente,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Apocalipsis de Sofonías

ESTA obra forma parte de los apocalipsis en los que la revelación de los misterios se obtiene mediante viajes celestes en los que el visionario recibe explicación de lo que ve por un diálogo con un ser angélico que le hace de guía.

No se ve una motivación clara de la elección del profeta Sofonías como autor seudónimo. Quizá se deba a que aquel profeta vivió poco antes de la invasión de Israel por los ejércitos babilónicos y que esta es tomada en esta obra como tipo de los castigos divinos tras la muerte y en el juicio final.

Aparte de algunas citas dispersas de autores eclesiásticos, el texto de este apocalipsis se ha conservado solo en copto, y llegó a las bibliotecas de Occidente, junto con el del Apocalipsis de Elías, en el siglo XIX. Está incompleto y se nos ha transmitido en folios de papiro desordenados que contienen varias visiones y una descripción del lugar de los tormentos de los impíos. El vidente contempla también las almas de los pecadores que todavía tienen posibilidad de penitencia antes de que llegue el juicio. Al final el visionario describe cómo el gran ángel toca la trompeta en dirección al cielo y a la tierra y anuncia el día de la ira del Señor, la destrucción del cielo y la tierra.

Las ideas religiosas de este apocalipsis se centran en la suerte del ser humano tras la muerte. Entonces tiene lugar el juicio de Dios sobre él, cuyas acciones, buenas y malas, están escritas en un libro. Pero la peculiaridad más significativa en este apocalipsis es que tras la muerte el alma tiene todavía posibilidad de penitencia antes de que llegue el juicio final.

La época de composición tiene que ser anterior al Padre de la Iglesia Clemente de Alejandría (hacia el 200 d. de C.), porque este cita un fragmento del texto. Por tanto, es probablemente de mediados del siglo II d. de C. El autor es judío, pues en la obra no se hace mención expresa de ninguna tradición explícitamente cristiana.

Visión de un alma atormentada (1, 1-7)

Vi a un alma a la que castigaban y vigilaban cinco mil ángeles, conduciéndola hacia oriente y llevándola hacia occidente [...]. Cada uno le daba cien latigazos diariamente. Tuve miedo y caí sobre mi rostro, de forma que mis articulaciones se aflojaron. El ángel me tendió la mano y me dijo:

—Vence, tú que vas a vencer, y sé fuerte, tú que vas a vencer al Acusador y vas a salir de los infiernos.

Cuando me puse en pie dije:

—¿Quién es esa a la que están castigando?

Me dijo:

—Esa es un alma que fue hallada en su pecado, pues antes de que llegara a hacer penitencia, fue visitada y sacada de su cuerpo [...].

Visión desde el monte Seír (3, 1-9)

El ángel del Señor me dijo:

—Ven, deja que te muestre el lugar de la justicia.

Me trasladó a lo alto del monte Seír. Me mostró tres hombres junto con dos ángeles que iban con ellos y que se alegraban y exultaban acerca de ellos. Pregunté al ángel:

—¿Quiénes son los de esta suerte?

Me respondió:

—Estos son los tres hijos de Joatán, el sacerdote, los que no guardaron los mandamientos de su padre ni cumplieron los preceptos del Señor.

Después vi otros dos ángeles que lloraban sobre los tres hijos de Joatán, el sacerdote. Pregunté al ángel:

—¿Quiénes son estos?

Respondió:

—Estos son los ángeles del Señor omnipotente que escriben todas las obras buenas de los justos en su libro mientras están vigilando en la puerta del cielo. Después yo los tomo de la mano y los llevo ante el Señor omnipotente, y él escribe su nombre en el Libro de los vivos. También hay otros ángeles del Acusador que está sobre la tierra; también

ellos escriben todos los pecados de los hombres en sus libros. Estos se sientan igualmente en la puerta del cielo, llaman al Acusador y él los inscribe en su manuscrito para poder acusarlos cuando salen del mundo de allá abajo.

Visión de los demonios que se llevan a las almas (4, 1-7)

Entonces yo iba con el ángel del Señor, miré delante de mí y vi allí un lugar. Millares de millares y miríadas de miríadas de ángeles entraban en él. Sus rostros eran como el de un leopardo, sacando los dientes fuera de su boca como osos salvajes. Sus ojos estaban teñidos de sangre, sus cabellos sueltos como los cabellos de las mujeres, y tenían en sus manos látigos de fuego. Cuando los vi, tuve miedo y dije a aquel ángel que venía conmigo:

—¿Quiénes son los de esta suerte?

Me respondió:

—Estos son los servidores de toda la creación, los que se llegan a las almas de los hombres impíos, las toman y las dejan en este lugar. Emplean tres días dando vueltas con ellas por los aires antes de que las lleven y las pongan en sus castigos eternos [...].

Viaje al lugar de los muertos (6, 1-17)

Volví atrás de nuevo [...] y vi un gran mar. Yo estaba pensando que era un mar de agua, pero observé que era completamente de fuego, como una masa que lanzaba muchas llamaradas y cuyas olas ardían con azufre y pez [...].

En aquel mismo momento me puse en pie y vi un gran ángel delante de mí. Sus cabellos estaban sueltos como el de las leonas; sus dientes salían de su boca como los de un oso; sus cabellos estaban sueltos como los de las mujeres; su cuerpo era como el de las serpientes; mientras se disponía a devorarme. Cuando lo vi, tuve miedo de él, de forma que todos los miembros de mi cuerpo se aflojaron y caí sobre mi rostro. No era capaz de ponerme en pie y comencé a suplicar delante del Señor todopoderoso:

—Tú me salvarás de esta tribulación. Tú que salvaste a Israel de la mano del Faraón, rey de Egipto [...], te suplico que me libres de esta tribulación.

Entonces me levanté, me puse en pie y vi un gran ángel que estaba de pie delante de mí. Su rostro resplandecía como los rayos del sol en su gloria, siendo su rostro como el del que es perfecto en su gloria. Estaba ceñido con un cinturón de oro sobre su pecho; y sus pies eran como el bronce que se está fundiendo en el fuego. Cuando lo vi, me alegré, pues pensaba que el Señor todopoderoso había venido a visitarme. Caí sobre mi rostro y lo adoré.

Me dijo:

—Pon tu atención en él; no me adores a mí. Yo no soy el Señor todopoderoso, sino el gran ángel Eremiel que está sobre el abismo y los infiernos, aquel en cuya mano todas las almas están retenidas desde la terminación del diluvio que sobrevino a la tierra hasta el día de hoy.

Después pregunté al ángel:

—¿Qué lugar es este al que he llegado?

Me respondió:

—Estos son los infiernos.

Luego le pregunté:

—¿Quién es el gran ángel que está en pie de ese modo, al que he visto?

Dijo:

—Ese es el que acusa a los hombres delante del Señor.

Visión de los dos libros (7, 1-8)

Después miré y vi; tenía un manuscrito en la mano y comenzó a desenrollarlo. Cuando lo hubo desplegado, lo leí en mi propia lengua. Encontré que todos mis pecados que había cometido estaban consignados por él; los que había cometido desde mi niñez hasta el día de hoy. Estaban consignados todos en ese manuscrito, sin que ninguna palabra falsa hubiese en ellos. Si quizá yo no había ido a visitar a un hombre enfermo o a una viuda, lo encontraba consignado contra mí como falta en ese manuscrito [...].

Caí sobre mi rostro y comencé a suplicar delante del Señor todopoderoso: «Que tu misericordia venga sobre mí y borres mi manus-

crito, porque tu misericordia se ha hecho presente en todas partes y ha llenado todo lugar» [...].

Traslado del vidente a la gloria (8, 1-10, 11)

Me dieron la mano y me subieron a una barca. Comenzaron a cantar alabanzas delante de mí millares de millares y miríadas de miríadas de ángeles. Yo mismo me puse una vestidura de ángel y vi a todos aquellos espíritus que rezaban. También yo comencé a orar junto con ellos, y conocía la lengua en la que hablaban conmigo. Ahora, pues, hijos míos, este es el procedimiento, porque es necesario que sean pesados el bien y el mal en una balanza.

Entonces salió un gran ángel, que llevaba una trompeta de oro en su mano, y sopló haciendo sonar la trompeta tres veces sobre mi cabeza y diciendo:

—Tú has derrotado al acusador, has escapado del abismo y de los infiernos. Ahora pasarás por el lugar de paso, pues tu nombre está escrito en el libro de los vivos [...].

Entonces ese fue corriendo hasta todos los justos, o sea, Abraham, Isaac, Jacob, Henoc, Elías, David, y habló con ellos como amigo con amigo que hablan entre ellos.

Después vino hasta mí el gran ángel llevando la trompeta de oro en su mano y la hizo sonar hacia el cielo. Este se abrió desde el lugar de la salida del sol hasta el lugar de su puesta, desde el norte hasta el sur. Vi el mar que había visto en el fondo de los infiernos, y sus olas se elevaban hasta las nubes. Vi a todâs las almas que estaban sumergidas en él; vi a algunos que tenían las manos atadas al cuello, encadenados de manos y pies. Pregunté:

—¿Quiénes son esos?

Me respondió el ángel:

—Esos son los que practican el soborno, los que dan oro y plata hasta que hacen desviarse a las almas de los hombres.

Vi también a otros que estaban cubiertos con esteras de fuego. Pregunté:

—¿Quiénes son esos?

Me respondió:

—Esos son los que dan dinero a interés y reciben interés más interés. Vi también a unos ciegos que gritaban y me quedé atónito cuando hube visto todas las obras de Dios. Pregunté:

—¿Quiénes son esos?

Me respondió:

—Son los catecúmenos que han oído la palabra de Dios pero no han sido perfectos en la obra que oyeron.

Pregunté de nuevo:

—¿Acaso no tienen penitencia aquí?

Me respondió:

—Sí.

Pregunté:

—¿Hasta cuándo?

Me respondió:

—Hasta el día en que el Señor juzgue [...].

Intercesión de los santos (11, 1-6)

También vi muchedumbres. El ángel los llevó fuera, y cuando contemplaron todos los castigos comenzaron a gritar pidiendo delante del Señor todopoderoso:

—Te suplicamos en favor de aquellos que se encuentran en todos los castigos, que tengas misericordia con todos ellos.

Cuando los vi, pregunté al ángel que hablaba conmigo. Me respondió:

—Estos que suplican al Señor son Abraham, Isaac y Jacob. Luego, a una hora concreta, salen cada día con el gran ángel; este hace sonar la trompeta hacia el cielo y otro toca sobre la tierra. Todos los justos oyen el toque; vienen aquí corriendo y piden al Señor todopoderoso cada día en favor de los que están en todos esos tormentos.

Llegada de la ira de Dios (12, 1-7)

De nuevo salió el gran ángel que tenía la trompeta de oro en la mano, haciéndola sonar sobre la tierra. La oyeron desde el lugar del le-

vante al de poniente, y desde la región del sur hasta la del norte. De nuevo la hizo sonar hacia el cielo y se escuchó su sonido. Pregunté:

—Señor, ¿por qué no me dejas hasta que haya visto a todos?

Me respondió:

—No tengo potestad para mostrártelos hasta que el Señor todopoderoso se levante en su ira para destruir la tierra y los cielos. Ellos verán, se turbarán y todos gritarán diciendo: «Toda carne que te pertenezca te la daremos todos el día del Señor». ¿Quién permanecerá en pie en su presencia cuando él se levante en su ira de modo que la tierra y todo árbol que crece sobre la tierra sean arrancados con sus raíces y caigan al suelo, y toda torre alta y las aves que vuelan caigan...?

(Aquí se termina abruptamente el manuscrito.)

(Traducción del copto de Gonzalo Aranda Pérez,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Libro de Daniel

EL Libro de Daniel es el más influyente de todos los apocalipsis no cristianos. Puede fecharse con notable exactitud hacia el 167-164 a. de C., puesto que su capítulo 11 es un claro reflejo de la crisis espiritual y política que condujo al levantamiento de los Macabeos. Su autor —un piadoso judío por lo demás desconocido— no se atrevió a presentarse con su nombre y puso su obra al amparo de «Daniél», una figura profética legendaria que vivió en los años de los monarcas babilónicos Nabucodonosor (604-542) y Baltasar (muerto en el 539). Este último es presentado en el libro como rey de Babilonia e hijo del primero, aunque en realidad fue hijo de Nabónido (último rey del Segundo Imperio babilónico, derrotado por Ciro el Grande, fundador del Imperio persa en 539) y solo llegó a ser regente.

Cuando se formó el canon de las Sagradas Escrituras de la Biblia hebrea (lo que hoy llamamos Antiguo Testamento), hacia finales del siglo I o principios del II d. de C., los rabinos debieron de creer que la atribución de la autoría a Daniel era auténtica y por eso lo introdujeron dentro de la lista de escritos sagrados. Hoy se sabe que no es así, y que el tal Daniel es muy probablemente un personaje legendario, y que quizá no existió nunca como tal.

El Libro de Daniel refleja toda la angustia de los piadosos judíos de la época de Antíoco IV Epífanes y sus tormentos espirituales al ver los intentos de este monarca sirio por hacer perder a Israel su identidad religiosa. El autor opone su escrito a estas pretensiones, y su finalidad es sostener la fe y la esperanza de los israelitas fieles a la Ley por medio de la manifestación de un apoyo divino reflejado en las visiones y predicciones del antiguo vidente «Daniél».

La visión del capítulo 7 de un «como hijo de hombre» al lado del trono de Dios es explicada por el autor mismo como referida al «pueblo de los santos del Altísimo», es decir, el pueblo israelita. Sin embargo, esta expresión fue aplicada por los judeo-

cristianos a Jesús de Nazaret, y tuvo una inmensa importancia para la creación de toda la teología mesiánica cristiana en torno al «Hijo del Hombre».

La figura de Dios como un anciano venerable, de cabellos blancos, sentado en su trono, perdura en el imaginario cristiano hasta hoy.

Visión de las bestias y de un «como hijo de hombre» (7, 1-28)

El año primero de Belsazer (Baltasar), rey de Babilonia, tuvo Daniel un sueño y visiones en su cabeza, mientras se hallaba en su lecho. Y este es el contenido.

Daniel dijo:

—Contemplaba yo, Daniel, en mi visión durante la noche, y he aquí que los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande, y cuatro bestias enormes, diferentes todas entre sí, salieron del mar. La primera era como un león y tenía alas de águila. Mientras yo la miraba, le fueron arrancadas las alas. Fue levantada de la tierra, se la incorporó sobre sus patas como un hombre y se le dio un corazón de hombre. Y he aquí que vi otra segunda bestia, semejante a un oso, levantada de un costado, con tres costillas en sus fauces, entre los dientes. Y se le decía: «Levántate, devora mucha carne». Seguía yo mirando, y he aquí que vi otra bestia como un leopardo con cuatro alas como un ave en su dorso; y la bestia tenía cuatro cabezas, y se le dio gran poder. Después seguí mirando, en mis visiones nocturnas, y he aquí que vi una cuarta bestia, terrible, espantosa, muy fuerte; tenía enormes dientes de hierro; comía, trituraba, y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas. Era muy diferente de las bestias anteriores y tenía diez cuernos. Estaba yo observando los cuernos, cuando en esto despuntó entre ellos otro cuerno, pequeño, y tres de los primeros cuernos fueron arrancados delante de él. Y he aquí que tenía este cuerno ojos como ojos de hombre, y una boca que profería palabras arrogantes.

»Mientras yo veía, se dispusieron unos tronos y un Anciano se sentó. Su vestidura era blanca como la nieve; los cabellos de su cabeza, puros como la lana. Su trono eran llamas de fuego, y sus ruedas eran también fuego ardiente. Un río de fuego corría delante de él. Miles de

millares le servían, miríadas de miríadas estaban en pie delante de él. Se dispuso el tribunal y se abrieron los libros.

»Miré entonces a causa del ruido de las palabras arrogantes que decía el cuerno, y vi cómo la bestia fue muerta y su cuerpo destrozado y arrojado a la llama de fuego. A las otras bestias se les quitó el poder, si bien se les concedió una prolongación de vida durante tiempo y hora determinados.

»Seguía yo contemplando en las visiones de la noche, y he aquí que en las nubes del cielo venía un como hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio poder, honor y reino, de modo que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su poder es un poder eterno, que nunca pasará, y su reino no será jamás destruido. Yo, Daniel, quedé muy turbado en mi espíritu por estas cosas, y las visiones de mi cabeza me desasosgararon.

Interpretación de las visiones

Me acerqué a uno de los que estaban allí de pie y le pedí que me dijera la verdad acerca de todo esto. Él habló conmigo y me indicó la interpretación de estas cosas:

—Estas cuatro grandes bestias son cuatro reinos que surgirán de la tierra. Pero los que han de recibir el reino son los santos del Altísimo, que poseerán el reino eternamente, por los siglos de los siglos.

Después quise saber más sobre la cuarta bestia, que era muy diferente a las otras, extraordinariamente terrible, con dientes de hierro y uñas de bronce, que comía, trituraba y pisoteaba con sus patas lo sobrante; y sobre los diez cuernos que había en su cabeza, y sobre el otro cuerno que había despuntado, ante el cual cayeron los tres primeros. Y este cuerno tenía ojos y una boca que decía grandes cosas, y que era mayor que los otros cuernos. Yo contemplaba cómo este cuerno hacía la guerra a los santos y los iba venciendo, hasta que vino el Anciano a hacer justicia a los santos del Altísimo, y llegara el tiempo en el que los santos poseyeran el Reino.

El que hablaba conmigo continuó así:

La cuarta bestia será un cuarto reino sobre la tierra, diferente de todos los otros reinos. Devorará toda la tierra, la aplastará y la triturará.

Y los diez cuernos significan que de este reino saldrán diez reyes, y otro saldrá después de ellos; será diferente de los primeros y derribará a tres reyes; blasfemará contra el Altísimo y tratará de aniquilar a los santos del Altísimo. Intentará cambiar los tiempos de las festividades y la Ley, y los santos serán entregados en sus manos por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo. Pero el tribunal se constituirá, y le será quitado el imperio, para ser destruido y aniquilado totalmente. Y serán dados al pueblo de los santos del Altísimo el reino, el poder y la grandeza de los reinos bajo el cielo todo. Reino eterno es su reino, y todos los poderes lo servirán y lo obedecerán.

Hasta aquí el final de sus palabras. Pero yo, Daniel, quedé muy intranquilo con mis pensamientos, se me demudó el color del rostro y guardé estas cosas en mi corazón.

Profecía de las setenta semanas (9, 1-27)

El año primero de Darío, hijo de Asuero (*Ajasveros*), de la estirpe de los medos, que subió al trono del reino de los caldeos, el año primero de su reinado, yo, Daniel, me puse a investigar en los libros (las Escrituras) sobre el número de años que, según lo que Yahvé había hablado al profeta Jeremías, que debían pasar setenta años durante los cuales Jerusalén estaría en ruinas. Volví mi rostro al Señor Dios para implorarlo con oraciones y súplicas, en ayuno, saco y ceniza. Oré a Yahvé mi Dios e hice la siguiente confesión:

—¡Ah, señor, Dios grande y temible, que guardas la Alianza y el amor a los que te aman y guardan tus mandamientos. Hemos pecado, hemos cometido iniquidad [...]. Inclina tu oído, Dios mío, y escucha [...]. ¡Señor, sé bondadoso! ¡Señor, atiende y obra! ¡No tardes más, por tí mismo, Dios mío, pues tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!

Todavía estaba yo hablando, haciendo mi oración, confesando mis pecados y los de mi pueblo Israel, y presentaba mi súplica ante Yahvé mi Dios, por el santo monte de mi Dios [...], aún estaba en oración, cuando Gabriel, al que había visto en visión al principio, vino volando hacia mí a la hora del sacrificio de la tarde. Me amonestó, me habló y me dijo:

—Daniel, he salido ahora para iluminar tu comprensión. Pues cuando comenzaste tu súplica se emitió (en el cielo) una palabra y he venido a revelártela, porque tú eres un hombre predilecto de Dios. Comprende la palabra, entiende la visión: setenta semanas están fijadas sobre tu pueblo y tu ciudad santa; entonces se pondrá fin a la rebeldía, se borrarán los pecados, se expiará la culpa, se instaurará justicia eterna, se cumplirán visiones y profecías para ungir al Santo de los santos. Entiende y comprende: desde el momento en el que se emitió la orden de volver a construir Jerusalén, hasta la venida de un príncipe ungido, transcurrirán siete semanas y sesenta y dos semanas; plazas y foso serán reconstruidos, pero en la angustia de los tiempos. Y después de las sesenta y dos semanas un ungido será eliminado, y no existirá más. Y vendrá el pueblo de un príncipe que destruirá la ciudad y el santuario. Y el final vendrá por un cataclismo y hasta el fin habrá guerra y desastres, como ha sido decretado. El príncipe concertará una alianza con muchos durante una semana; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la oblación. Y en el ala del Templo se asentará la abominación de la desolación (imagen de un dios pagano; aquí la de Zeus), hasta que se derrame la ruina decretada sobre el príncipe que todo ha assolado.

La persecución contra el pueblo de Israel (11, 20-45)

En su lugar surgirá otro, que enviará un exactor contra el esplendor real (para conseguir nuevos impuestos): en poco tiempo será quebrantado, mas no en público ni en guerra. En su lugar se levantará un hombre despreciable, a quien no se le darán honores reales. Aparecerá de improviso y se apoderará del reino por intrigas. Las fuerzas invasoras se derramarán como un torrente, se hundirán ante él y serán aniquiladas, así como también el Príncipe de la alianza. Por medio de sus amigos obrará con engaño y, aunque con poca gente, acabará venciendo. Invadirá inesperadamente los lugares ricos de la provincia y hará lo que no habían hecho ni sus padres ni los padres de sus padres: repartirá entre ellos botín, despojos y riquezas, y tramará maquinaciones contra las fortalezas, aunque solo durante un tiempo [...].

El rey actuará a placer; se ensoberbecerá y se exaltará por encima de todos los dioses, y contra el Dios de los dioses dirá cosas inauditas;

prosperará hasta que se haya colmado la ira, porque lo que está decidido se cumplirá. No respetará ni aun a los dioses de sus padres, no se cuidará del favorito de las mujeres ni de ningún otro dios, porque solo a sí mismo se exaltará por encima de todos. En su lugar venerará al dios de las fortalezas; honrará con oro y plata, piedras preciosas y joyas, a un dios a quien sus padres no conocieron. A ese dios extranjero dedicará las fortalezas, y a los que lo reconozcan los colmará de honores dándoles poder sobre muchos y repartiéndoles la tierra como recompensa. Al fin de los tiempos el rey del Mediodía se enfrentará a él; el rey del Norte irrumpirá contra él con carros, jinetes y numerosas naves. Entrará en sus tierras, se derramará contra ellas como un torrente y las atravesará. Vendrá a la tierra gloriosa, donde caerán muchos [...]. Se apoderará de los tesoros de oro y plata y de todos los objetos preciosos de Egipto. Libios y etíopes lo seguirán. Pero noticias venidas del Oriente y del Norte lo turbarán; saldrá entonces con gran furor, con ánimo de destruir y exterminar a muchos. Plantará sus tiendas reales entre el mar y el santo monte de la tierra gloriosa. Entonces llegará su fin sin que nadie pueda socorrerlo.

El triunfo del pueblo elegido. Resurrección de los muertos (12, 1-13)

En aquel tiempo se alzará Miguel, el gran Príncipe que defiende a los hijos de tu pueblo. Será ese un tiempo de angustia como no habrá habido otro desde que existen las naciones hasta ese momento. En ese momento se salvará tu pueblo, todos los que se encuentren inscritos en el Libro. Todos los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno. Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a la multitud la justicia refulgirán como las estrellas por toda la eternidad. Y tú, Daniel, guarda en secreto estas palabras y sella este libro hasta el tiempo del fin. Muchos andarán errantes acá y allá, y la iniquidad aumentará.

Yo, Daniel, miré y vi a otros dos que estaban de pie a una y otra parte del río. Uno de ellos dijo al varón vestido de lino que estaba sobre las aguas del río: ¿Cuándo se cumplirán estas maravillas? Y oí al hombre vestido de lino, que estaba sobre las aguas del río, jurar, leván-

tando al cielo la mano derecha y la izquierda, por El que vive eternamente:

—Un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, y todas estas cosas se cumplirán cuando termine el quebrantamiento de la fuerza del pueblo santo.

Yo oí, pero no comprendí. Luego dije:

—Señor mío, ¿cuál será la última de estas cosas?

Dijo:

—Anda, Daniel, porque estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán lavados, blanqueados y purificados; los impíos seguirán haciendo el mal; ningún de los malvados entenderá nada; solo los sabios comprenderán. Contando desde el momento en que sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación: mil doscientos noventa días. Bienaventurado el que sepa esperar y llegue a los mil trescientos treinta y cinco días. Y tú camina a tu fin y descansarás; y al final de tus días te levantarás para recibir lo que te corresponde.

(Traducción del hebreo de Antonio Piñero,
del texto de la *Biblia Hebraica*, Württembergische
Bibelanstalt, Stuttgart, ¹⁶1973, pp. 1271-1283)

Apocalipsis de Sedrac

EL presunto autor de este apocalipsis, Sedrac o Šadrak, nos es conocido solamente por el capítulo 3 del Libro de Daniel. Ese texto nos cuenta cómo el rey babilonio Nabucodonosor, tras conquistar Judea, había deportado a los mejores judíos a Babilonia. Allí algunos de estos exiliados se habían adaptado bien a la nueva situación, tanto que el rey encargó el gobierno de la provincia de Babilonia a tres judíos: Šadrak, Mesák y Abed Negó. Pero estos se negaron a adorar una estatua de oro erigida por el rey, por lo que fueron acusados de desobediencia e impiedad. El rey aceptó la denuncia y arrojó a los tres judíos a un horno de fuego, del que fueron milagrosamente librados por Dios. Al observar el milagro, el rey Nabucodonosor cree de algún modo en el Dios de Israel y publica un edicto para que al menos se le respete.

Pero todo esto es ficticio y del tal Šadrak/Sedrac nada se sabe, pues no se conserva dato histórico alguno de él. Se duda, por tanto, que existiera en realidad.

El presente apocalipsis, atribuido a este personaje, es en su forma actual una reelaboración cristiana de época bizantina (hacia los siglos V o VI) de un producto literario anterior fuertemente judío, probablemente del siglo II d. de C. El vidente oye la voz de un ángel y es llevado a presencia del Todopoderoso; allí pregunta la razón de la creación del universo. La divinidad responde que ha sido a causa del ser humano. Sedrac replica a Dios que este se halla de hecho abandonado de la mano divina, y que el mal reina en el mundo. Dios replica que la maldad es responsabilidad del hombre, por lo que finalmente Sedrac se ve forzado suplicar la misericordia divina para la humanidad, de modo que le conceda un plazo razonable para arrepentirse de sus pecados.

Sobre esta base, un redactor cristiano ha añadido al principio un sermón sobre el amor sincero, a Dios y al prójimo, y la intervención de Cristo en la disputa de Sedrac con Dios. El Salvador cristiano conduce finalmente el alma del vidente Sedrac al paraiso.

Sedrac elevado al tercer cielo. Diálogo con Dios (2, 1-4, 5)

Y oyó Sedrac en sus oídos una voz invisible:

—Atiende, Sedrac, puesto que quieres y deseas conversar con Dios y pedirle que revele lo que quieres preguntar.

Dijo Sedrac:

—¿Qué, mi Señor?

—Le respondió la voz:

—He sido enviado hasta ti para elevarte al cielo.

Él dijo:

—Yo deseaba hablar cara a cara con Dios, pero no soy capaz, Señor, de subir hasta los cielos.

Entonces, extendiendo sus alas, lo tomó y lo subió hasta los cielos, hasta el mismo resplandor; lo dejó en el tercer cielo y puso en él el resplandor de la divinidad.

Y el Señor le dijo:

—Bienvenido seas, mi amado Sedrac. ¿Qué acusación tienes contra el Dios que te ha creado, puesto que decías: Yo quería hablar a Dios a la cara?

Respondió Sedrac:

—Sí. Ciertamente el hijo tiene una acusación contra el padre. Mi Señor, ¿por qué creaste la tierra?

Le dijo el Señor:

—Por el hombre.

Replicó Sedrac:

—Y ¿por qué hiciste el mar? ¿Por qué sembraste todo bien sobre la tierra?

Respondió el Señor:

—Por el hombre.

Le dijo Sedrac:

—Si hiciste todas estas cosas, ¿por qué lo destruyes? [...]. Tu educación es castigo y fuego, y estos son amargos, mi Señor. Mejor le sería al hombre si no hubiese nacido [...].

El Tentador y el abandono del ser humano por parte del Creador (5, 1-7, 13)

Sedrac le dijo:

—Por tu voluntad fue desviado Adán, Señor mío. Tú ordenaste a tus ángeles adorar a Adán, pero aquel que era el primero de los ángeles desobedeció tu decreto y no lo adoró, y tú lo arrojaste porque desobedeció tu decreto y no se acercó a la hechura de tus manos. Si hubieras amado al hombre, ¿por qué no diste muerte al diablo, el artífice de la iniquidad? [...]. Ten piedad, Señor, y elimina los castigos; si no, recíbeme también a mí con los pecadores. Si no tienes piedad de los pecadores, ¿dónde está tu piedad, dónde tus buenas entrañas, Señor?

Le respondió Dios:

—Sábetete que todo lo que le ordené podía cumplirse bien [...]. Pero él, habiendo recibido mis dones, se convirtió en extraño, adúltero y pecador. ¿Qué padre, dime, que ha dado la herencia a su hijo, y tomando este el dinero y abandonando al padre se marcha y se convierte en un extraño y se pone al servicio de un extraño, y el padre, al ver que el hijo lo ha abandonado no se ensombrece en su corazón, y saliendo el padre toma su dinero y aleja a aquel de su gloria porque ha abandonado a su padre? ¿Cómo es que yo, el Dios admirable y celoso, le he dado todo, y él tomándolo se ha convertido en adúltero y pecador? [...].

Le respondió Sedrac:

—Es cierto que contra tu voluntad, Señor, pecó el hombre digno de lástima. Pero [...] ¿cómo dijiste, Señor, no devolváis mal por mal? ¿Cómo es esto, Señor? La palabra de tu divinidad jamás miente. ¿Por qué le devuelves al hombre, si no quieres mal por mal? Yo sé que la mula traicionera es irracional entre los cuadrúpedos; no hay otro como ella. Pero con la brida la dirigimos donde queremos. Tú tienes ángeles; envíalos para proteger, y cuando el hombre se dirija hacia el pecado, sujeta uno de sus pies y no caminará a donde quiere.

El ser humano es responsable del mal (8, 1-10)

Dios dijo a Sedrac:

—Si sujeto el pie del hombre, este dirá: «No me hiciste un regalo en el mundo». Pero yo lo he dejado a su voluntad porque lo he ama-

do. Por eso he enviado mis ángeles justos para que lo guarden noche y día.

Dijo Sedrac:

—Sé, Señor, que entre todas tus criaturas amaste al hombre el primero [...]. Solo te pido que libres al hombre del castigo (pues de otra forma yo mismo estoy yendo al castigo), y que yo no me separe de nuestra raza.

Resistencia de Sedrac a entregar su alma. Antes de morir intercede por los pecadores (9, 1-13, 6)

Dijo Dios a su Hijo Unigénito:

—Ve, toma el alma de mi amado Sedrac y déjala en el paraíso.

El Hijo Unigénito dijo a Sedrac:

—Entrégame el depósito que colocó nuestro Padre en el seno de tu madre en tu santo lugar de morada desde el embrión.

Respondió Sedrac:

—No te daré mi alma.

Le dijo Dios:

—Entonces, ¿para qué he sido enviado yo y he venido aquí, y tú me pones excusas? Pues yo he recibido orden de mi Padre de que, sin dudar, tome tu alma; por tanto, dame tu alma muy querida [...].

Sedrac, tras oír todas estas cosas y afectarse por el recuerdo de la muerte, se sobresaltó mucho y dijo a Dios:

—Dame, Señor, un poco de salud para que clame, pues he oído que las lágrimas pueden mucho y se obtiene gran curación del pobre cuerpo de tu criatura.

Y clamando y lamentándose empezó a decir: «Oh extraordinaria cabeza, adorno celeste, oh luz solar de cielo y tierra [...]. Oh manos bien suavizadas, bien amaestradas, cansadas por el esfuerzo, mediante las cuales se alimenta el cuerpo... Oh dedos embellecidos y adornados de cosas de oro y de plata. También grandes obras se llevan a cabo por los dedos» [...].

Cristo le dijo:

—Detente, Sedrac, ¿hasta cuándo vas a estar llorando y quejándote? El paraíso se ha abierto para ti y, habiendo muerto, vivirás.

Le dijo Sedrac:

—Todavía te hablaré una vez más, Señor, mientras estoy vivo antes de morir, y no desoigas mi petición [...]. Si un hombre vive ochenta años, o noventa o cien, y los vive en pecado, y de nuevo se convierte y vive en penitencia, ¿con cuántos días perdonarás sus pecados?

Dios le dijo:

—Si se convierte tras vivir los cien u ochenta, haciendo penitencia tres años y da fruto de justicia y le llega la muerte, no me acordaré de todos sus pecados.

Sedrac le dijo:

—Muchos son tres años, mi Señor. Quizá llegue su muerte y no cumpla su penitencia. Ten piedad, Señor, de tu imagen y compadécete, porque tres años son mucho.

Dios le dijo:

—Si tras cien años vive un hombre y se acuerda de su muerte, y confiesa delante de los hombres y yo lo encuentro, después de un año perdono todos sus pecados.

Dijo de nuevo Sedrac:

—Por tu gran compasión, de nuevo ruego por tu criatura: mucho es el año para que no le llegue su muerte y lo lleve inmediatamente.

Le dijo el Salvador:

—Te propondré una cosa, Sedrac, mi amado; después me preguntarás tú: si el pecador hace penitencia cuarenta días, no recordaré yo todos los pecados que cometió.

Intercesión de Miguel (14, 1-10)

Y dijo Sedrac al arcángel Miguel, que estaba presente:

—Escúchame, poderoso protector, y ayúdame e intercede para que Dios tenga piedad del mundo.

Cayendo ambos sobre sus rostros rogaron a Dios y dijeron:

—Señor, enséñanos cómo es conveniente y con qué penitencia se salvará el hombre, o con qué trabajo.

Dijo Dios:

Con penitencias, súplicas, oficios litúrgicos, lágrimas a raudales y ardientes gemidos. ¿No sabes que mi profeta David se salvó por las lá-

grimas...? Sabes, Sedrac [...], que hay algunos que han sido bautizados con mi bautismo y hechos partícipes de mi divino oficio, y llegan a estar desesperados de la última desesperación y no van a arrepentirse. Yo los aguardo con mucha compasión y mucha misericordia y bendición para que hagan penitencia. Pero algunos hacen lo que odia mi divinidad y no escucharon al sabio que afirmaba diciendo: «De ninguna manera justificamos al pecador». ¿No sabes que está escrito que los que se hayan arrepentido no verán el castigo? Mas algunos no escuchan a los apóstoles, ni mi palabra en los Evangelios, y entristecen a mis ángeles. Ciertamente en mis asambleas y oficios litúrgicos no imploran a mi ángel, y no están en mis santas iglesias; y si están no adoran con temor y temblor, sino que repiten con grandilocuencia palabras que no acepto yo ni tampoco mis ángeles.

Compasión de Dios en el último momento (15, 1-16, 3)

Sedrac dijo a Dios:

—Señor, solo Tú eres el que no tiene pecado y mucha compasión, el que se apiada y se compadece de los pecadores; pero tu divinidad dijo: «No he venido a llamar a justos sino a pecadores a penitencia».

Dijo el Señor a Sedrac:

—¿No sabes, Sedrac, que el ladrón en un instante fue salvado al convertirse? ¿No sabes que mi apóstol y evangelista en un instante fue salvado? Pero los pecadores no se salvan, porque sus corazones son como piedra quebradiza. Estos son los que caminan por caminos de impiedad y se pierden con el Anticristo.

Dijo Sedrac:

—Mi Señor, también dijiste: «Mi divino espíritu penetrará en los pueblos que no teniendo ley cumplen lo de la ley». Lo mismo que el ladrón, el apóstol y evangelista, y los demás que entraron en tu reino, Señor mío, así también acoge a los que en lo último pecan contra ti, Señor, porque la vida está llena de penalidades y contradicciones.

Dijo el Señor a Sedrac:

—He hecho al hombre con tres etapas: Cuando es joven, por su juventud pasó por alto sus tropiezos; de nuevo, cuando es hombre, aguardé

su conversión; y de nuevo, cuando envejece, lo espero para ver cómo hace penitencia.

Dijo Sedrac:

—Señor, tú sabes y conoces todo esto; solo compadécete de los pecadores.

Le dijo el Señor:

—Sedrac, amado mío, he prometido compadecerme incluso por debajo de cuarenta días, hasta veinte, y cualquiera que recuerde tu nombre no verá el lugar de castigo, sino que estará con los justos en un lugar de refrigerio y de descanso; y si alguien copia este libro admirable, no le será contado su pecado por los siglos de los siglos.

Muerte de Sedrac y ascensión al paraíso (16, 4-6)

Dijo Sedrac:

—Señor, y si alguien celebra un acto litúrgico en honor de tu siervo, líbralo, Señor, de todo mal.

Y luego añadió:

—Ahora toma mi alma, Señor.

Y el Señor tomó a Sedrac y lo puso en el paraíso con todos los santos. A Él sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

(Traducción del griego de Gonzalo Aranda Pérez,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Apocalipsis de Ezequiel o Apócrifo de Ezequiel

ESTE apocalipsis, también llamado Apócrifo de Ezequiel, solo ha llegado hasta nosotros a través de citas hechas por antiguos escritores cristianos y por algunas alusiones en la literatura de los rabinos, en concreto del Talmud de Babilonia. De entre los testimonios cristianos el más importante —que reproducimos aquí— es el del Padre de la Iglesia Epifanio de Salamina (siglo IV d. de C.) en su obra el Panarion («Caja de medicinas», denominada también Refutación de las herejías 64.70, 5-17). Se trata de una parábola o historia simbólica que resalta dos aspectos: la unidad del cuerpo y el alma en la singularidad de la persona y la resurrección del cuerpo tras la muerte. Cuerpo y alma son igualmente responsables en las acciones realizadas por el hombre, y sobre ambos, como un solo ser, recaerá el juicio divino. Para ello, Dios unirá de nuevo el alma y el cuerpo de cada individuo en el momento de la resurrección final.

Respecto a la fecha de composición, lengua original y procedencia de este apocalipsis, hay que atender a una indicación del historiador judío Flavio Josefo (finales del siglo I d. de C.) acerca de que el profeta Ezequiel había dejado dos libros, y a una cita de este apócrifo en una epístola del cristianismo primitivo que se conoce como Primera Carta de Clemente, escrita hacia el año 96 d. de C. Si los dos escritores se refieren en sus alusiones al mismo texto que el recogido por Epifanio, hay que pensar que el Apocalipsis de Ezequiel procede del siglo I d. de C., o probablemente antes.

Por otro lado, al estar citada esta obra de algún modo en el Talmud, hay que pensar que su autor —desconocido, desde luego— fue un judío. A pesar de ello, la lengua original del texto pudo ser tanto el griego —hablado por todas las personas cultas de la época— como el hebreo o el arameo.

Introducción de Epifanio de Salamina a la cita de Ezequiel

Pues los muertos resucitarán, y los que están en los sepulcros se levantarán, dice el profeta. Y para no pasar en silencio lo dicho por el profeta Ezequiel en su propio apócrifo acerca de la resurrección, también lo consignaré aquí. Pues expresándose de manera enigmática habla acerca del justo juicio del que participarán juntos alma y cuerpo.

El ciego y el cojo, excluidos del banquete de bodas

Cierto rey tenía a todos en su reino alistados en el ejército. No tenía civiles, excepto dos solamente, un cojo y un ciego; y cada uno de ellos se sentaba por sí mismo y vivía por sí mismo. Cuando el rey dio un banquete a causa de las bodas de su hijo, invitó a todos los que había en su reino, pero desdeñó a los dos civiles, al cojo y al ciego. Estos se indignaron en su interior y decidieron realizar una conspiración contra el rey.

El monarca tenía un jardín. Entonces el ciego llamó desde lejos al cojo diciéndole:

—¿Cómo sería lo que comeríamos entre la multitud que ha sido invitada a la fiesta? Ven ahora aquí, y tal como nos ha tratado nos vengaremos de él.

El otro contestó:

—¿De qué forma?

El primero dijo:

—Vayamos a su jardín y destrocemos allí las cosas que hay en él.

El otro le contestó:

—¿Cómo voy a poder siendo cojo y no siendo capaz de arrastrarme?

El ciego le dijo:

—¿Qué puedo hacer yo mismo sin ver adónde voy? Pero actuemos con astucia.

Arrancó hierba que había junto a él y trenzó una cuerda. Luego se la arrojó al ciego y le dijo:

—Agarra y ven a lo largo de la cuerda hasta mí.

Aquel hizo lo que le mandó; cuando se aproximó, este le dijo:

—Acércate a mí, vas a ser mis pies; transpórtame y yo seré tus ojos guiándote desde encima a derecha e izquierda.

Haciendo esto llegaron al jardín. Después, ya fuera que hicieran o no algunos destrozos, lo cierto es que quedaron sus huellas allí.

Cuando los invitados a la fiesta dejaron el banquete y llegaron al jardín quedaron estupefactos al encontrar huellas allí. Y se lo contaron al rey, diciendo:

—En tu reino todos son soldados y nadie es civil, ¿cómo, pues, ahora hay huellas de civiles en el jardín?

El monarca quedó admirado [...]. Entonces convocó al cojo y al ciego, y preguntó al ciego:

—¿Acaso has entrado tú al jardín?

Él contestó:

—¿Yo, señor? Estás viendo mi impotencia; sabes que no veo adónde ando.

Después, acercándose al cojo, le preguntó también:

—¿Has entrado tú a mi jardín?

Él respondió y le dijo:

—Señor, ¿quieres amargar mi alma en lo que se refiere a mi impotencia?

Y el juicio quedó finalmente aplazado [...].

¿Qué hará entonces el juez justo? Al conocer de qué forma ambos se unieron, pondrá al cojo sobre el ciego y se dirigirá a ambos con el látigo. No podrán negar y cada uno acusará al otro. El cojo dirá al ciego: «¿No me llevaste tú y me sacaste?». Y el ciego al cojo: «¿No te hiciste tú mismo mis ojos?». Así está unido el cuerpo al alma y el alma al cuerpo para acusarse de las obras comunes. Y el juicio final recaerá sobre ambos, cuerpo y alma, por las obras que hicieron, buenas o malas.

(Traducción del griego de Gonzalo Aranda Pérez,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Versión del Talmud de Babilonia, tratado Sanedrín 91a,b

Antonino (el emperador Marco Aurelio) dijo al Rabino (Jehudá, el Príncipe):

—El cuerpo y el espíritu (alma) son capaces de escapar al castigo (del juicio final). ¿Cómo? El cuerpo dice: «El alma/espíritu pecó, porque desde el día en el que se separó de mí, he aquí que estoy yaciente en la tumba como una piedra muda». Y por su parte, el alma/espíritu puede decir: «El cuerpo pecó, porque desde el día en el que me separé de él, he aquí que he estado andando por los aires como un pájaro».

Y el Rabino le dijo:

—Te contaré una parábola (a modo de ilustración). ¿A qué pueden compararse? A un rey de carne y hueso que poseía un hermoso huerto que daba excelente fruta temprana (otra posible versión: higos). Y puso en él dos guardianes: un cojo y un ciego. El cojo dijo al ciego: «Ven y llévame sobre tus espaldas y tomaré la fruta para comerla». Y el cojo cabalgó sobre el ciego, juntaron la fruta (higos) y se la comieron.

»Pocos días después vino el dueño del huerto. Y le dijo: «¿Dónde está esa excelente fruta temprana (higos) que aquí había?». El cojo le respondió: «¿Acaso tengo piernas como para caminar?». Y el ciego le dijo: «¿Acaso tengo ojos para ver?».

»¿Qué hizo entonces el dueño (rey)? Hizo que el cojo cabalara sobre el ciego y los juzgó (castigó) como si fueran una sola persona. Del mismo modo, el Santísimo, bendito sea, toma el espíritu/alma, lo coloca en el cuerpo y los juzga como si fueran uno. Porque dice: «Convoca a los cielos de arriba, y a la tierra para juzgar a su pueblo». La frase «Convoca desde arriba a los cielos» significa el espíritu/alma. «Y a la tierra para juzgar a su pueblo» significa el cuerpo.

(Edición y traducción del arameo
de Abraham J. Weiss [*Acervo Cultural*,
Buenos Aires 1968]; revisión de Antonio Piñero)

Primer Apocalipsis de Baruc

(Siríaco)

*L*A destrucción del Templo de Jerusalén por los romanos en el año 70 d. de C. supuso el colapso definitivo de un aspecto esencial de la vida religiosa judía: la posibilidad de realizar sacrificios y permanecer en contacto directo con Dios por medio del culto en el Santuario. Este hecho fue totalmente incomprensible para el pueblo, que se veía privado de uno de los puntos más importantes de referencia para su vida religiosa. ¿Cómo había podido permitir Dios esta desgracia? Este es el contexto de crisis donde surge el Apocalipsis de Baruc, cuyo autor intenta ofrecer una explicación religiosa de la catástrofe y pretende que su escrito sirva de medio para reafirmar la propia identidad nacional judía, tan herida en esos momentos de angustia.

La obra tiene un marco ficticio y presenta como protagonista a Baruc, escriba y secretario del profeta Jeremías. En la narración, Baruc asiste a la destrucción del Templo de Jerusalén por los babilonios al final del asedio de 586 a. de C. Tras la desolación, impone Dios al protagonista la misión de guiar al pueblo que ha quedado en la ciudad, para lo que recibe una serie de revelaciones que tienen como pretensión última explicar el sentido de la catástrofe.

El autor —desconocido— es un judío aferrado a la tradición religiosa de Israel, conocedor de los elementos de la imaginería apocalíptica usual y también experto en los métodos de la enseñanza rabínica. Vivió muy presumiblemente en los tiempos difíciles que siguieron a la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 d. de C. y quizá fue testigo de los acontecimientos. La obra fue escrita probablemente en hebreo y luego traducida al siríaco, tal vez a través de una versión intermedia al griego.

La catástrofe lleva al desconocido autor a rechazar la idea de un futuro reino mesiánico meramente terrenal. Únicamente la observancia de la Ley divina, conocida exclusivamente por Israel, será el medio eficaz para la salvación del pueblo. Dios creador, que gobierna sobre su creación, sigue considerando a Israel como su elegido y

amado a pesar del castigo actual. Pronto llegará al final, y Dios juzgará: se vindicará a sí mismo, salvará a Israel y condenará a las naciones que han rechazado su divinidad.

Destrucción de Jerusalén por los babilonios (1, 1-3; 3, 1-12, 3)

El año vigésimo quinto de Jeconías, rey de Judá, la palabra del Señor vino a Baruc, hijo de Nerías, y le dijo:

—¿Has visto todo lo que me ha hecho este pueblo? Las maldades que cometieron las dos tribus que han quedado son mayores que las de las diez tribus que fueron cautivadas. Voy a dispersar a este pueblo entre los gentiles para que haga el bien entre ellos [...].

Llegó el día siguiente, y he aquí que el ejército de los caldeos rodeó la ciudad. Por la tarde, yo, Baruc, abandoné al pueblo, salí y me establecí junto a una encina. De repente un fuerte espíritu me elevó y me hizo subir por encima de los muros de Jerusalén. Cuando miré, he aquí que había cuatro ángeles que estaban de pie sobre los cuatro ángulos de la ciudad y cada uno de ellos sostenía una antorcha de fuego en sus manos. Otro ángel bajó del cielo y les dijo:

—Coged vuestras antorchas y no las encendáis hasta que os lo diga, pues he sido enviado en primer lugar para decir una palabra a la tierra y colocar en ella lo que me ha ordenado el Señor Altísimo.

Entonces lo vi descender hasta el Santo de los Santos y coger de allí el velo de la puerta, el propiciatorio, las dos tablas, el vestido santo de los sacerdotes, el incensario, las cuarenta y ocho piedras preciosas con las que se viste el sacerdote y todos los vasos santos del tabernáculo. Dijo a la tierra con voz alta:

—¡Tierra! ¡Tierra! Escucha la palabra del Dios poderoso, recibe estas cosas que te he confiado y guárdalas hasta los tiempos postreros. Cuando se te dé la orden, entrégalas para que no las dominen los extranjeros, pues ha llegado el momento en el que Jerusalén será preservada por un cierto tiempo de su destrucción total, hasta que se diga y vuelva a ser reparada para siempre.

La tierra abrió su boca y se las tragó.

Después de esto, oí que aquel ángel decía a los ángeles que sostenían las antorchas:

—Destruid y abatid sus murallas hasta los cimientos para que los enemigos no se gloríen y digan: «¡Hemos abatido la muralla de Sión, hemos incendiado el lugar del Dios Poderoso!». Apropiaos del lugar en el que yo estaba antes [...].

Dudas de Baruc y primera revelación (13, 1-20, 3)

Tras esto, yo, Baruc, estaba de pie sobre el monte Sión y he aquí que vino una voz de lo alto que me dijo:

—Álzate, Baruc, y escucha la palabra del Dios poderoso [...], serás conservado hasta la plenitud de los tiempos para que actúes como testigo, y si estas prósperas ciudades desde entonces dicen: «¿Por qué Dios envía sobre nosotros estas tribulaciones?», les diréis que los pueblos serán castigados con todo rigor [...].

Respondí y dije:

—[...] ¿Qué mal peor que esto que hemos visto hemos de esperar ver? [...]. ¿Qué provecho sacaron los que te reconocieron sin andar en la vanidad como el resto de los pueblos [...]? A pesar de que los demás actuaran inicuaamente, se podría haber perdonado a Sión por las obras de los que hicieron el bien y no hundirlo, por causa de las obras de los inicuos [...].

El Señor respondió, diciéndome:

—Ciertamente, el hombre no conocería mi juicio si no hubiera recibido la Ley y yo no lo hubiera instruido con inteligencia. Ahora bien, puesto que sabe que ha cometido una transgresión, sabe también que va a ser atormentado. Respecto a los justos, sobre los cuales dijiste: «Por ellos vino este mundo», el mundo futuro será también por ellos. Este mundo es lucha y abundancia de trabajo fatigoso; ese mundo futuro es una corona con gran gloria [...]. Debido a esto, he aquí que vienen días que irán más deprisa que los primeros, las edades correrán más que las que precedieron y los años pasarán más rápido que los presentes. Por eso me he llevado a Sión, para correr más rápido y visitar el mundo a su tiempo. Ahora, pues, guarda en tu corazón todo lo que te voy a mandar y séllalo en lo profundo de tus entrañas [...].

Plegaria de Baruc y anuncio de doce plagas: 21, 1-30, 5

Me marché de allí, me senté junto al torrente Cedrón [...]. Al ponerse el sol, mi alma tuvo muchos pensamientos y comencé a hablar ante el Poderoso, diciendo:

—Tú que hiciste la tierra, escúchame [...]. ¿De qué sirve la fuerza que se convierte en debilidad, el alimento que sacia pero se vuelve hambre y la belleza que se convierte en fealdad? [...]. ¿Hasta cuándo durará el tiempo de los que pasan por el mundo mancillándolo con tanta impiedad? [...]. ¡Muestra ahora rápidamente tu gloria y no retrases nada de lo que prometiste!

Ocurrió que, tras esto, se abrieron los cielos y tuve una visión. Se me dio fuerza y se oyó una voz de lo alto que me decía:

—¡Baruc, Baruc! ¿Por qué te conmueves por lo que no conoces? ¿Por qué te agitas por causa de aquello de lo cual no estás convencido? Igual que no me olvido de los hombres que existen y de los que pasaron, del mismo modo me acuerdo de los futuros y de los que han de venir [...]. Tienes que escuchar lo que ha de venir después de estos tiempos. En verdad, mi salvación está cerca: ha de venir y no está lejos como antaño.

He aquí que vienen días en los que se abrirán los libros en los que están escritos los pecados de todos los que pecaron y también los tesoros en los que se reúne la justicia de los que fueron justificados en medio de la creación. En aquel tiempo sucederá que contemplarás, tú y muchos que contigo están, la paciencia del Altísimo, la cual existió de generación en generación: pues tuvo paciencia con todos los nacidos que pecaron y fueron justificados [...].

Repuse, preguntando:

—¿Durará mucho tiempo esta tribulación? ¿Esa necesidad abarcará muchos años?

Respondió, diciéndome:

—Ese tiempo está dividido en doce etapas, y cada una está reservada para lo que se ha establecido para ella: en la primera etapa comenzarán las perturbaciones. En la segunda etapa, el asesinato de los nobles. En la tercera, la caída de muchos en la muerte. En la cuarta, el envío de la espada. En la quinta, el hambre y la sequía. En la sexta, los terremotos y los horrores. En la octava, abundantes fantasmas y visita

de demonios. En la novena, caída de fuego. En la décima, rapiña y abundante opresión. En la undécima, iniquidad y lujuria. Y en la duodécima, la mezcla confusa de todo lo que se ha dicho antes. Las etapas de ese tiempo están reservadas: se mezclarán ambas y se utilizarán la una con la otra [...].

Fin de la tribulación para los fieles israelitas: tiempos mesiánicos

«Toda la tierra se agitará entonces. Por eso todos los seres vivos lo notarán. En aquel tiempo protegeré tan solo a los que se encuentren en esos días en esta tierra. Acaecerá que, tras cumplirse lo que debe suceder en esas etapas, comenzará a manifestarse el Mesías. Behemot se manifestará desde su lugar y Leviatán ascenderá desde el mar: los dos grandes cetáceos que creé el quinto día de la creación y que reservé para ese tiempo. Entonces servirán de alimento para todos los que queden. La tierra dará también su fruto, diez mil por uno: en una vid habrá mil pámpanos, un pámpano producirá mil racimos, un racimo dará mil uvas y una uva producirá una medida de vino. Los que desfallecían se regocijarán y también verán prodigios todos los días. Desde mi presencia saldrán vientos que traerán cada mañana un aroma de frutos deliciosos, y al final del día nubes que destilarán un rocío saludable. En aquel tiempo ocurrirá que descenderá de nuevo desde el cielo el tesoro del maná y comerán de él durante esos años, pues ellos son los que llegaron al final de los tiempos. Tras esto sucederá que se cumplirá el tiempo de la llegada del Mesías, que volverá gloriosamente. Entonces, todos los que durmieron con la esperanza resucitarán. En aquel tiempo sucederá que se abrirán los depósitos en los que se guardaba la multitud de las almas de los justos, y saldrán: podrá contemplarse la multitud de las almas unida en una asamblea unánime; las primeras se alegrarán y las últimas no se entristecerán. Sabrán, pues, que ha llegado el momento del cual se dijo que sería el fin de los tiempos. Mucho se consumirán las almas de los malvados al ver todo esto. Sabrán que ha llegado su suplicio y que su perdición ha venido [...].

Otra visión y su explicación: 36, 1-42, 7

Me quedé dormido y tuve una visión durante la noche. Un bosque de árboles estaba plantado en una llanura. Altas montañas y rocas abruptas lo rodeaban. Ese bosque ocupaba un gran lugar. Frente a él creció una vid bajo la cual brotaba una tranquila fuente. Esa fuente llegó hasta el bosque y se convirtió en enormes olas. De repente, estas olas inundaron aquel bosque, arrancaron multitud de árboles y abatieron todas las montañas que había a su alrededor. La altitud del bosque y la cima de los montes fueron humilladas. Tan fuerte fue el flujo de esa fuente que no dejó nada de ese frondoso lugar excepto un solo cedro. Tras expulsar la fronda de aquel bosque y destruir y arrancar todo de tal manera que no quedara nada ni lugar alguno fuera reconocible, entonces, con tranquilidad y calma, vino aquella vid junto con la fuente; llegó hasta un lugar que no estaba lejos del cedro. E hicieron que el cedro se acercara hasta ella. Contemplé, y he aquí que esa vid abrió la boca y habló diciendo a aquel cedro: «¿No eres ese cedro que ha quedado del bosque de los malvados? Por tu medio la maldad ha sido constante y nunca se ha perpetrado durante todos estos años el bien. Mostraste tu fuerza sobre lo que no te pertenecía, y nunca te apiadaste de lo tuyo. Extendías tu poder sobre los que estaban lejos de ti, y a los que se te acercaban los apresabas con las redes de tu maldad, llenándote de soberbia en todo momento como uno que no puede ser erradicado. Pero ahora se ha apresurado tu tiempo y ha llegado tu hora. Vete, pues, tras el bosque que se marchó antes de ti y conviértete en arena como él: que vuestro polvo se mezcle. Dormid ahora en la pena y reposad en el tormento hasta que venga vuestro momento postrero en el que volverás y serás aún más atormentado».

Tras esto, vi a ese cedro arder y a la viña crecer. A su alrededor había un campo lleno de flores imperecederas. Yo me desperté y me levanté [...].

Me respondió el Señor diciendo:

—Baruc, esta es la interpretación de la visión que tuviste. Viste un espeso bosque al que rodeaban unos montes altos y abruptos, y este es su significado: He aquí que vienen días en los que será destruido este reino que en nuestro tiempo ha destruido a Sión, y será sometido por el que viene tras él. De nuevo ese será destruido tras un tiempo y se

levantará un tercero que dominará también en su época y será destruido. Tras este se alzará un cuarto reino cuya tiranía será más dura y peor que la de los anteriores. Gobernará durante mucho tiempo, como el bosque de la llanura: se mantendrá durante épocas y se alzará más que los cedros del Líbano. La verdad se esconderá de él y todos los que están mancillados con la iniquidad huirán hacia él, del mismo modo que las bestias dañinas huyen y penetran en el bosque. Sucederá que entonces, cuando se aproxime el tiempo de su fin para caer, se manifestará la autoridad de mi Mesías, que se asemeja a la fuente y a la vid. Cuando se haya manifestado erradicará al pueblo numeroso.

Respecto a ese alto cedro que viste, que quedaba de ese bosque, y las palabras que le dijo la vid y que tú oíste, este es su significado: el último gobernante que entonces quede vivo cuando sea destruido su numeroso pueblo será encadenado y subido al monte Sión. Mi Mesías lo reprenderá por todas sus iniquidades, reuniendo y poniendo ante él todas las acciones de su gente. Luego lo matará y protegerá al resto de mi pueblo que se encuentre en el lugar que yo elegí. Su autoridad permanecerá eternamente hasta que se acabe el mundo corruptible y se cumplan los tiempos predichos. Esta es tu visión y esta es su interpretación.

Respondí diciendo:

—¿A quiénes y a cuántos les pasará esto? ¿Quién será digno de vivir en ese tiempo? [...]

Respondió diciéndome:

—También te mostraré eso. Puesto que me preguntaste: «¿A quiénes y a cuántos les pasará esto?», te diré que los que creyeron tendrán el bien que se ha predicho, y los que rechazaron tendrán lo contrario [...]. Los tiempos suceden a los tiempos y las edades a las edades: unas toman de otras y al final todo se equipara según la medida de los tiempos, de las horas y de las edades. La corrupción se lleva a los suyos y la vida a los suyos. Cuando se convoque al polvo, se le dirá: «¡Devuelve lo que no te pertenece y restituye todo lo que en su momento custodiaste!» [...].

Nueva visión de Baruc: la nube y las aguas. Explicación de la visión: 53, 1-74, 4

Tuve una visión: una nube ascendió desde un mar muy grande. Yo la observé: estaba llena de aguas blancas y negras. Había muchos matices en estas aguas, y en su parte más alta se veía algo parecido a un gran relámpago. Contemplé cómo esa nube pasaba rápidamente en una rauda carrera y cubría toda la tierra. Ocurrió que, tras esto, aquella nube comenzó a derramar sobre la tierra las aguas que en ella estaban y contemplé que el aspecto de las aguas que de ella descendían no era uniforme. Al inicio, durante un cierto tiempo fueron muy negras; después observé que las aguas eran brillantes pero no abundantes. Luego contemplé de nuevo las aguas negras y después otra vez las brillantes, luego las negras y más tarde las brillantes. Así ocurrió doce veces, aunque las aguas negras eran siempre más abundosas que las brillantes. Al final de la tormenta provocada por la nube sucedió que llovieron aguas negras, y eran más tenebrosas que todas las anteriores. Había fuego mezclado con ellas; allí donde descendían estas aguas se producía corrupción y destrucción. Tras esto vi que ese relámpago que ya había observado en la parte más alta de la nube la tomó y la hizo descender hasta la tierra. El relámpago era aún más luminoso, hasta el punto de que iluminaba toda la tierra. Y sanaba aquellos lugares sobre los que habían descendido las aguas del final, produciendo corrupción y destrucción. Ocupaba toda la tierra y dominó sobre ella. Tras esto vi que doce ríos subían del mar, rodeaban a aquel relámpago y lo servían. Yo me desperté por causa del miedo.

Supliqué al Poderoso y dije:

—Únicamente Tú, Señor, conoces de antemano las alturas del mundo [...]. Tú has mostrado esta visión a tu siervo, ¡revelame también su interpretación!

Ocurrió que, cuando acabé de pronunciar las palabras de esta oración, me senté allí bajo un árbol para descansar bajo la sombra de sus ramas [...]. Estaba pensando sobre esto y sobre cosas semejantes cuando he aquí que fue enviado a mí el ángel Ramiel, que cuida de las visiones verídicas, y me dijo [...]:

—Puesto que has suplicado al Altísimo que te revele la interpretación de la visión que tuviste, he sido enviado para contártela... Del

mismo modo que viste una gran nube que ascendió desde el mar y pasó cubriendo toda la tierra, así es la amplitud del mundo que hizo el Poderoso cuando ideó hacer el mundo [...]. Como viste primera-mente, al comienzo de la lluvia provocada por la nube hubo en primer lugar aguas negras que descendieron sobre la tierra: esa es la transgre-sión que cometió Adán, el primer hombre. Pues al hacerlo apareció la muerte —que no existía en su tiempo—, se dio nombre al luto, se pre-paró la tristeza, se creó el dolor, se cumplió la fatiga en el trabajo, el or-gullo comenzó a establecerse, el Sheol deseó renovarse con la sangre de los hombres y tomó a sus hijos, se creó el ardor de los padres, la ma-jestad de la humanidad fue humillada y la bondad se marchitó. ¿Qué puede ser más negro y tenebroso que eso? Este es el comienzo de las aguas negras que viste. De estas aguas negras nacían nuevamente otras aguas negras, y las tinieblas fueron creadas a partir de las tinieblas: Adán corrió peligro, y también los ángeles, pues ellos tenían libertad en esa época que fue creada; algunos de ellos bajaron y se mezclaron con las mujeres. Los que obraron de ese modo fueron atormentados con ata-duras. El resto de la multitud de los ángeles, que no tiene número, se contuvo. Los que habitaban en la tierra perecieron juntamente por medio de las aguas del diluvio. Estas son las primeras aguas negras.

»Tras eso viste aguas brillantes. Eso es el manantial de Abraham: sus descendientes, la llegada de su hijo, del hijo de su hijo y de los que se les asemejan. Pues en aquel tiempo no tenían una ley escrita que pudiera ser nombrada, pero entonces cumplían la obra de los mandamientos. La fe en el juicio futuro nació en aquel entonces, la esperanza en el mundo que habría de renovarse se edificó en aquel entonces, y se plantó la pro-mesa de la vida futura. Estas son las aguas brillantes que viste.

»Las terceras aguas negras que viste son la mezcla de todos los pe-cados que después cometerían los pueblos tras la muerte de estos jus-tos, y la impiedad que cometió la tierra de Egipto cuando sometieron a esclavitud a los hijos de estos. Sin embargo, también ellos perecieron al final.

»Las cuartas aguas brillantes que viste son la llegada de Moisés, de Aarón, de Miriam, de Josué hijo de Nun, de Caleb y de todos los que se les asemejan [...].

»Las quintas aguas negras que viste llover son las obras que hacían los amorreos, los sortilegios mágicos que obraban, las maldades de sus

misterios y la mezcla de sus impurezas. También Israel se manchó con los pecados durante los días de los Jueces, cuando veían los muchos signos que salían de Aquel que les había hecho.

»Las sextas aguas brillantes que viste son el tiempo en el que nacieron David y Salomón [...]. La ciudad de Sión dominaba entonces sobre todas las tierras y lugares. Estas son las aguas brillantes que viste.

»Las séptimas aguas negras que viste son la perversión del pensamiento de Jeroboam, que ideó hacer dos becerros de oro [...].

»Las octavas aguas brillantes que viste son la rectitud y la justicia de Ezequías, rey de Judá, y la gracia de Dios que vino sobre él cuando Sennakerib se estremeció y pereció [...].

»Las novenas aguas negras que viste son toda la iniquidad que tuvo lugar en los días de Manasés, hijo de Ezequías [...].

»Las décimas aguas brillantes que viste son la pureza de la generación de Josías, rey de Judá, pues en aquel tiempo únicamente él se sometió al Poderoso con todo el corazón y con toda el alma [...].

»Las undécimas aguas negras que viste son la calamidad que ahora le acontece a Sión [...].

»Las duodécimas aguas brillantes, este es su significado: después de esto, llegará un tiempo en el que tu pueblo caerá en una necesidad, como en un peligro de perecer todos a la vez. Pero se salvará, y los enemigos que se le oponen caerán, y vivirá un gran regocijo [...].

»Las últimas aguas negras que viste, que eran aún más negras que todas las anteriores y que fueron reunidas tras el número doce, significan el mundo en su totalidad. El Altísimo dividió la historia desde el principio, pues solo Él sabe lo que habrá de suceder [...]. Ese es el final.

»Escucha la explicación de las últimas aguas negras que llegarán después de esas aguas negras. Esta es la palabra: he aquí que vendrán días en los que hará venir el Poderoso sobre la tierra, sus habitantes y sus gobernantes [...]. Se odiarán mutuamente, se incitarán al combate, los viles dominarán a los nobles y los despreciables se elevarán por encima de los respetables. Y la mayoría será entregada a la minoría [...]. Y ocurrirá que todo el que se libre y escape de todas estas cosas predichas —los que vengan y los que sean vencidos— serán entregados a manos de mi siervo el Mesías. Toda la tierra devorará a sus habitantes.

»La tierra santa se apiadará de los suyos y defenderá a sus habitantes en aquel tiempo. Esta es la visión que tuviste y esta es su explica-

ción: Yo he venido para decirte estas cosas, pues tu oración ha sido escuchada por el Altísimo.

El tiempo mesiánico

»Escucha sobre las aguas brillantes que habrán de ser al final, después de las aguas negras. Esta es la palabra. Después de que hayan venido los signos que se te dijeron anteriormente, cuando las naciones sean turbadas y llegue el tiempo de mi Mesías, él llamará a todas las naciones: a unos los dejará vivir y a otros los matará. Esto sucederá a las naciones que serán salvadas por él. Todo pueblo que no haya explotado a Israel ni haya pisado la semilla de Jacob vivirá. Y esto es porque algunos de entre todas las naciones habían sido sometidos a tu pueblo. Todos aquellos que te han dominado o te han explotado serán entregados a la espada.

»Después de humillar a todos los que estaban en el mundo se ha sentado en paz mi Mesías para siempre en el trono de su reino. Entonces se revelará el gozo y aparecerá la calma. Entonces el remedio descenderá con el rocío y desaparecerá la enfermedad; el miedo, el dolor y los gemidos pasarán de los hombres y volverá la alegría por toda la tierra. Nadie morirá fuera de su tiempo, ni de repente tendrá lugar ningún contratiempo [...]. Los animales saldrán del bosque y servirán a los hombres; serpientes y dragones saldrán de sus guaridas como para someterse a un niño. Entonces las mujeres ya no tendrán dolor al dar a luz, ni serán atormentadas cuando den los frutos de su vientre.

»Y en aquellos días no se fatigarán los cosechadores, ni se cansarán los dedicados a la construcción porque sus trabajos progresarán velozmente por sí solos, al tiempo que ellos trabajan con total tranquilidad. Porque ese tiempo significará el final de lo que es corruptible y el principio de lo incorruptible. Por esto se realizarán las cosas predichas. Por ello se alejará de las cosas malas y se acercará a aquellos que no morirán. Estas son las últimas aguas brillantes que llegarán después de las últimas aguas negras.

Segundo Apocalipsis de Baruc

(Griego)

*M*IENTRAS Baruc llora apenado por la destrucción de Jerusalén que consumió Nabucodonosor en 587, es confortado por un ángel del Señor que le promete mostrarle «los secretos de Dios» si deja de lamentarse. A continuación el ángel lo arrebató a las alturas y lo va introduciendo sucesivamente en los cinco cielos, que es —como se ha visto antes en otras obras— una especie de viaje espacial por la geografía del más allá. Asimismo, le va mostrando los diversos habitantes de cada uno de los cielos. El ángel intérprete le explica puntualmente el significado simbólico de todas las cosas que contempla en este periplo cósmico: el secreto de los principales fenómenos físicos y meteorológicos; el régimen de las aguas terrestres; el origen de la lluvia que fecunda la tierra; la oscuridad de la noche y la mengua de la luna; el equilibrio de todos estos fenómenos de la naturaleza gobernado por el ave Fénix, el «guardián de la tierra habitada». Al final de este recorrido visionario, el ángel devuelve a Baruc a su lugar de origen en la tierra. Este da gloria a Dios por lo que ha visto y exhorta a sus correligionarios a hacer lo mismo.

El autor del texto original fue sin duda un judío de la Diáspora, abierto a las ideas del mundo helenístico-romano. Es difícil precisar la fecha de composición de este apocalipsis, pero los paralelos con el Libro de los secretos de Henoc, o Henoc eslavo, hacen improbable un origen del libro anterior al siglo II d. de C. En la siguiente centuria pasó a manos cristianas y fue revisado y adaptado a las nuevas doctrinas. Hoy día hay un consenso entre los especialistas en que el presunto original de este apocalipsis fue una obra judía que intentó minimizar la importancia de la destrucción de Jerusalén y el Templo para la vida de sus compatriotas y, a ser posible, superarlas.

Da la impresión de que la obra fue compuesta directamente en griego, pues no parece una traducción de una lengua semítica, ya que no muestra «semitismo». Esto

no quiere decir que nos haya llegado la obra original, ya que la que ahora presentamos ha sido retocada por los cristianos.

Lamentación de Baruc y epifanía del ángel: 1, 1-6

Lloraba yo, Baruc, por aquel entonces en mi espíritu y me preocupaba por el pueblo porque Dios había permitido al rey Nabucodonosor saquear su ciudad. Decía:

—Señor, ¿por qué has prendido fuego y has assolado tu viña? ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué, Señor, no nos has entregado a otro tipo de escarmiento, sino que nos pusiste en manos de pueblos de tal calaña que se burlan diciéndonos: «¿Dónde está vuestro Dios?»

Y mira, mientras estaba llorando y profiriendo tales quejas, veo a un ángel del Señor que viene y me dice:

—Entra en razón, hombre, varón de deseos, y no te preocupes tanto por la salvación de Jerusalén, puesto que esto dice el Señor, Dios Todopoderoso, que me ha enviado ante ti para que te anuncie y muestre todos los secretos de Dios, ya que tu súplica ha sido escuchada en su presencia y ha penetrado en los oídos del Señor Dios.

Cuando me habló de esta forma me tranquilicé. Y prosiguió el ángel:

—Deja de molestar a Dios y te mostraré otros secretos mayores que estos [...].

El primer cielo: 2, 1-7

Me tomó y me condujo hasta el lugar donde está cimentado el cielo, en el que había un río que nadie puede atravesar, ni siquiera un soplo desconocido de todos los que puso Dios. Me tomó y me condujo sobre el primer cielo y me mostró una enorme puerta a la vez que me decía:

—Entremos por ella.

Penetramos como con alas, una marcha como de treinta días de camino. Y dentro del cielo me mostró una llanura habitada por hombres. Sus rostros eran de buey, los cuernos de ciervo, los pies de cabra y los lomos de cordero. Yo, Baruc, pregunté al ángel:

—Declárame, por favor, cuál es el grosor del cielo por el que caminamos o cuál es su distancia o qué significa la llanura, para que también yo se lo comunique a los hijos de los hombres.

Y me contestó el ángel, cuyo nombre era Famael:

—La puerta que acabas de ver es la puerta del cielo y su grosor es como la distancia que hay desde la tierra al cielo, e igual es la extensión de la llanura que viste.

Y añadió el ángel de las potestades:

—Ven y te mostraré secretos mayores.

Pero yo insistí:

—Explicame qué clase de hombres son estos.

Y me respondió:

—Estos son los que construyeron la torre de la lucha contra Dios (la Torre de Babel). El Señor los ha trasladado de sitio [...].

Segundo cielo: 4, 1-17

Hicimos con el ángel desde aquel lugar una marcha como de ciento ochenta y cinco días. Me enseñó una llanura y una serpiente que tenía el aspecto de una roca. Me enseñó el Hades: su apariencia era tenebrosa y abominable. Y pregunté:

—¿Quién es esta serpiente y quién es el monstruo que la rodea?

El ángel me contestó:

—La serpiente es la que traga los cuerpos de los que han llevado mala vida; de ellos se alimenta. Y este es el Hades, que se asemeja a aquella en que bebe también del mar como un codo y no mengua nada de él.

Baruc intervino:

—¿Cómo es eso?

—Y el ángel prosiguió:

—Escucha. El Señor Dios hizo trescientos sesenta ríos; los primeros de todos son el Alfías, Abirós y Guericós. A ellos se debe el que no disminuya el mar.

Yo repliqué:

—Muéstrame, por favor, cuál es el árbol que sedujo a Adán.

Dijo el ángel:

—Es la vid que plantó el ángel Samael por la que se irritó el Señor Dios. Por eso lo maldijo a él y a su planta. Puesto que no permitió que Adán la tocara, el diablo, envidioso, lo sedujo por medio de la vid.

Y yo, Baruc, repliqué:

—Si la vid es la causa de tamaña calamidad, reo de maldición por parte de Dios y que condujo a la perdición al primer creado, ¿cómo es ahora de tanta utilidad?

Y contestó el ángel:

—¡Buena pregunta! Cuando Dios desencadenó el cataclismo sobre la tierra e hizo perecer a todos los hombres y a los cuatrocientos nueve mil gigantes, y el agua subió quince codos por encima de las cumbres, penetró el agua en el Paraíso y arrasó todos los brotes. Pero el sarmiento de la vid brotó a pesar de todo y salió a flote. Cuando la tierra emergió del agua y salió Noé del Arca, comenzó a plantar las plantas que iba encontrando. Topó con el sarmiento y tomándolo se preguntaba qué sería aquello. Yo me presenté y le dije lo que había pasado con él. Y preguntó: «¿Pero he de plantarlo o qué? Puesto que por su culpa pereció Adán, no vaya yo también a incurrir por él en la ira de Dios». Dicho esto se puso a suplicar para que Dios le revelara qué debería hacer con él. Prolongó la súplica durante cuarenta días, con intensas peticiones y exclamó entre lamentos: «Por favor, Señor, revélame qué debo hacer con esta planta». Dios despachó al ángel Sarasael, quien le dijo: «Levántate, Noé, planta el sarmiento, porque esto dice el Señor: La amargura de este se transformará en dulzura y su maldición se convertirá en bendición y su fruto se convertirá en sangre de Dios, y así como por él el género humano obtuvo la condena, de nuevo por Jesucristo, el Emmanuel, va a obtener la restauración y el acceso al Paraíso». Sábetete, pues, Baruc, que así como Adán obtuvo la condena por ese árbol y fue privado de la gloria de Dios, de igual modo los hombres de ahora, al beber sin mesura el vino por él producido, cometen una transgresión peor que la de Adán, se colocan lejos de la gloria de Dios y se hacen partícipes del fuego eterno [...].

Segundo y tercer cielos: El ángel revela los misterios del sol: 6, 1-8, 7

Me tomó y condujo al lugar donde sale el sol. Y me mostró un carro de cuatro tiros con llamas por debajo. Y sobre el carro había un homi-

bre sentado que llevaba una corona de fuego. El carro iba tirado por cuatro ángeles. Y he aquí que un pájaro revoloteaba delante del sol, como nueve montañas de grande. Y pregunté al ángel:

—¿Qué significa este pájaro?

Y me contestó:

—Este es el guardián de la tierra habitada.

Y repliqué:

—Señor, ¿cómo puede ser el guardián de la tierra habitada? Muéstramelo.

Y me dijo el ángel:

—Este pájaro va planeando junto al sol y al desplegar sus alas amortigua sus rayos ígneos. Pues si no los amortiguara no se salvaría la raza humana ni ningún otro viviente. Pero Dios ha puesto ahí este pájaro.

Desplegó sus alas y vi en su ala derecha letras descomunales como la superficie de una era que mide cuatro mil modios. Las letras eran de oro.

Y el ángel me dijo:

—Lee esto.

Y lo leí. Y decía así: «Ni me engendra la tierra ni me engendra el cielo, sino que me engendran unas alas de fuego».

Y pregunté:

—Señor, ¿qué significa esta ave y cuál es su nombre?

Me respondió el ángel:

—Su nombre es Fénix.

—Y ¿qué come?

Y me contestó:

—El maná del cielo y el rocío de la tierra [...].

Mientras estaba hablando con él vi al pájaro que apareció delante y crecía poco a poco y alcanzaba su plenitud. Y detrás de este, al sol destellando y a los ángeles con él, llevando la corona sobre su cabeza, cuya figura no pudimos contemplar de frente ni ver. Y al mismo tiempo que comenzó a brillar el sol, desplegó también sus alas el Fénix. Yo, al contemplar semejante esplendor, me sobrecogí atemorizado, eché a correr y me oculté en las alas del ángel. Este me dijo:

—No temas, Baruc, sino espera y verás la puesta de ambos.

Me tomó y condujo hacia el poniente. Y cuando llegó el momento de ponerse, de nuevo vi delante al pájaro que venía y al sol que se acercaba con los ángeles. Y mientras se acercaba vi a los ángeles que qui-

taban la corona de su cabeza. El pájaro se detuvo exhausto y replegó sus alas. Al contemplar este espectáculo, dije:

—Señor, ¿por qué quitaron la corona de la cabeza del sol y por qué está el pájaro tan agotado?

Y el ángel me contestó:

—La corona del sol, cuando este termina de recorrer el día, la toman cuatro ángeles, la trasladan al cielo y la renuevan por haberse manchado ella y sus rayos sobre la tierra. Así que de esta forma se renueva cada día.

Yo, Baruc, repuse:

—Señor, ¿y por qué se manchan sus rayos sobre la tierra?

Y el ángel me contestó:

—Por contemplar las transgresiones y las injusticias de los hombres como son las prostituciones, adulterios, robos, saqueos, idolatrías, borracheras, asesinatos, disputas, envidias, difamaciones, murmuraciones, cuchicheos, adivinaciones y cosas como estas que no son agradables a Dios [...].

El cuarto cielo: 10, 1-9

Después de haber aprendido todo esto del arcángel, me tomó y condujo al cuarto cielo. Y vi una llanura sencilla y en ella un estanque de agua. Había allí multitud de pájaros de todas las especies, pero no como los de aquí, sino que vi a las grullas como bueyes grandes. Y todos eran gigantescos, mayores que los del mundo. Pregunté al ángel:

—¿Qué es la llanura, qué es el estanque y qué es la multitud de pájaros en torno a él?

Y el ángel me contestó:

—Escucha, Baruc. La llanura que rodea el estanque y en la que hay otras maravillas es el lugar adonde vienen las almas de los justos cuando se congregan y viven juntas por coros. El agua es la que toman las nubes para llover sobre la tierra y para que crezcan los frutos.

Y volví a preguntar al ángel del Señor:

—¿Y los pájaros?

Me contestó:

—Estos son los que de continuo entonan himnos al Señor [...].

El quinto cielo: 11, 1-16, 4

Desde aquí me tomó el ángel y me condujo al quinto cielo. Pero la puerta estaba cerrada. Y pregunté:

—Señor, ¿no se abre esta puerta para que pueda entrar?

Y me contestó el ángel:

—No podemos entrar hasta que llegue Miguel, el clavero del reino de los cielos. Pero aguarda y verás la gloria de Dios.

Se produjo un potente ruido como un trueno y dije:

—Señor, ¿qué ruido es este?

Me respondió:

—Ahora viene el general en jefe, Miguel, a recibir las súplicas de los hombres [...].

Y vi al general en jefe, Miguel, que agarraba un cuenco gigantesco. Su profundidad era como desde el cielo hasta la tierra y su anchura como desde el norte hasta el sur. Y pregunté:

—Señor, ¿qué es lo que agarra el arcángel Miguel?

Me contestó:

—Aquí es donde se concentran los méritos de los justos; todas las cosas buenas que hacen son transportadas por medio de él ante el Dios celeste.

Y mientras estaba conversando con ellos, he aquí que se presentaron unos ángeles que llevaban canastillas llenas de flores. Y se las entregaron a Miguel. E interrogué al ángel:

—Señor, ¿quiénes son estos y qué es lo que transportan?

Y me respondió:

—Estos son los ángeles que están al frente de los justos.

Tomó el arcángel las canastillas y las puso en el cuenco. Y añadió el ángel:

—Estas flores son los méritos de los justos.

Y vi a otros ángeles llevando canastillas vacías, que no llenas. Venían entristecidos y no se atrevían a acercarse porque no tenían los premios completos. Y Miguel gritó estas palabras:

—Venid también vosotros, ángeles, traed lo que habéis transportado.

Tanto Miguel como el ángel que estaba conmigo se entristecieron mucho porque no habían llenado el cuenco. Asimismo, se acercaron a

continuación también otros ángeles llorando y transidos de dolor mientras decían temerosos:

—Míranos ennegrecidos, Señor, porque hemos sido entregados a hombres malvados y queremos separarnos de ellos.

Y dijo Miguel:

—No podéis retiraros de ellos para que no domine hasta el final el Enemigo. Pero decidme qué pedís.

Y contestaron:

—Te suplicamos, Miguel, nuestro general en jefe, que nos separes de ellos porque no podemos resistir junto a hombres malvados y necios, puesto que no hay en ellos nada bueno, sino toda clase de injusticia y ambición [...].

Y dijo Miguel:

—Esperad hasta que sepa del Señor qué se va a hacer.

En ese preciso momento se marchó Miguel y se cerraron las puertas. Se produjo un ruido como un trueno. Pregunté al ángel:

—¿Qué ruido es ese?

Y me contestó:

—Ahora presenta Miguel a Dios los méritos de los hombres.

En ese mismo instante descendió Miguel y se abrió la puerta. Traía aceite. Y a los ángeles que traían las canastillas llenas se las llenó de aceite con estas palabras:

—Llevadlo. Dad como premio cien veces más a nuestros amigos y a los que han realizado con trabajo las buenas obras. Pues los que bien siembran, bien recogen.

Y dijo a los que llevaban las canastillas vacías:

—Venid también vosotros. Tomad como premio lo que habéis traído y repartidlo a los hijos de los hombres.

A continuación dijo a los que llevaban las canastillas llenas y a los que las llevaban vacías:

—Marchaos, bendecid a nuestros amigos y decidles: «Esto dice el Señor: en lo poco sois fieles, sobre mucho os constituirá. Entrad en la alegría de nuestro Señor».

Y volviéndose dijo a los que no llevaban nada:

—Esto dice el Señor: No estéis cabizbajos ni lloréis ni abandonéis a los hijos de los hombres. Al contrario, puesto que me irritaron con sus obras, id, castigadlos, exasperadlos y provocadlos contra una nación

que no es nación, contra una nación insensata. Más aún, despachad junto con ello vendaval e inundación, gorgojo y langosta, granizo con relámpagos y furia. Divididlos con espada y muerte; y a sus hijos, con demonios. Porque no escucharon mi voz ni guardaron mis mandamientos [...].

Con estas palabras se cerró la puerta y nos retiramos. El ángel me tomó y me devolvió al lugar del principio. Cuando volví en mí, di gloria a Dios por haberme considerado digno de semejante dignidad. Y vosotros, hermanos, que participáis de una revelación como esta, dad gloria también a Dios para que Él os glorifique ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

(Traducción del griego de Natalio Fernández Marcos,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Libro Cuarto de Esdras

ESTE libro es una revelación de los designios divinos sobre la historia y su consumación, especialmente acerca de sus misteriosos juicios sobre Israel y sobre la humanidad. La obra está puesta bajo el nombre de Esdras, el restaurador de Israel después del exilio a Babilonia. Este personaje narra en forma autobiográfica la serie de siete visiones que tuvo treinta años después de la primera caída de Jerusalén, en el 586 a. de C., ante las tropas del rey babilonio Nabucodonosor. Pero, de hecho, el autor se está refiriendo a la caída de la ciudad y a la destrucción del Templo al final de la Gran Guerra contra Roma (70 d. de C.).

Todo el escrito respira la angustia del visionario acerca del designio divino que ha castigado de forma tan cruel al pueblo judío. A la vez reflexiona sobre el misterio del gobierno de Dios en el mundo en general, los signos del fin de los tiempos y la suerte final de buenos y malos. Una visión que le muestra a la Jerusalén afligida convertida en gloriosa y a un personaje misterioso que sale del mar en socorro de los justos le aporta la esperanza que necesita. Finalmente, el escritor avisa del futuro combate escatológico entre las fuerzas de Dios y del Mal, con el triunfo definitivo de los justos, es decir, Israel. Una suerte de apéndice muestra a Esdras inspirado por Dios que restaura las Escrituras sagradas que se habían perdido. Esta restauración es el signo de un final feliz.

El autor es desconocido, pero es claramente un judío profundamente piadoso que desea exponer a sus lectores, también judíos, cómo obtener un beneficio espiritual de la catástrofe y del castigo divinos. La fecha de composición de este apócrifo ha de ser necesariamente posterior al final de la Gran Guerra contra Roma. En general, se estima que no mucho después: hacia finales del siglo I d. de C. La lengua original debió de ser el hebreo o arameo, aunque solo se nos ha conservado una traducción antigua al latín.

Los comentaristas consideran que este libro es una de las obras maestra de la literatura apocalíptica. Por su argumento —el gobierno divino del mundo y el destino de Israel— y por su énfasis en el juicio y en la retribución individual divinas en el más allá, esta obra ha ejercido una influencia profunda en el cristianismo.

Introducción y visión primera (3, 1-34). Respuesta del ángel Uriel (4, 1-12)

El año treinta de la ruina de la ciudad, estando en Babilonia, yo, Salatiel, también llamado Esdras, quedé consternado mientras estaba acostado en mi lecho y mis pensamientos subían en mi corazón, puesto que veía el abandono de Sión y la abundancia de los que habitaban en Babilonia. Mi espíritu se conmovió grandemente y comencé a hablar al Altísimo palabras temblorosas. Dije:

—Señor, Dueño [...], has entregado tu ciudad en manos de tus enemigos [...]. ¿Acaso los habitantes de Babilonia se comportan mejor y por ello han dominado a Sión? Ahora, pues, pesa en una balanza nuestras iniquidades y las de aquellos que habitan el mundo y se verá hacia qué lado se inclina el fiel de la balanza [...].

Y me respondió el ángel que me había sido enviado, de nombre Uriel, y me dijo:

—Tu corazón está gravemente desconcertado con los acontecimientos de este mundo; ¿cómo piensas poder comprender el camino del Altísimo? He sido enviado a mostrarte tres caminos y proponer delante de ti tres semejanzas; si tú me explicas una de ellas, también yo te mostraré el camino que tú deseas y te enseñaré el porqué del corazón maligno. Ve y pésame un peso de fuego, o mídeme una corriente de viento, o hazme retornar el día que pasó.

Respondí y dije:

—¿Quién de los nacidos podrá hacer cualquiera de estas cosas de que me preguntas?

Y me dijo:

—[...] Si no puedes conocer las cosas que se desarrollan contigo, ¿cómo podrá tu mente comprender el camino del Altísimo [...]?

Y le dije:

—Mejor hubiera sido no haber existido [...].

El fin se aproxima: Signos premonitorios (4, 26-5, 12)

Y me respondió y dijo:

—Si sigues viviendo, verás, y, si vivieres largamente, tendrás que admirarte con frecuencia, puesto que el mundo presente se aproxima con prisa a pasar. ¡Cuánta impiedad ha engendrado hasta ahora, y engendrará hasta que llegue la recolección! Piensa por ti mismo qué cantidad de fruto de impiedad ha engendrado el grano de la mala semilla. Cuando fueren sembradas las innumerables espigas, ¡cuán gran recolección se comenzará a hacer!

Y respondí y dije:

—¿Dónde y cuándo serán estas cosas? ¿Por qué nuestros años son pocos y malos?

Y me respondió y dijo:

—No te apresures tú por encima del Altísimo. Él ha pesado el mundo en una balanza y con medida ha medido los tiempos, y con número los ha numerado, y no moverá cosa alguna ni adelantará nada hasta que se cumpla la medida prefijada [...].

Respondí y dije:

—Si he encontrado gracia a tus ojos, si es posible y si soy idóneo, muéstrame también esto: si es mayor el tiempo que queda por venir que el que ha pasado, o si el tiempo mayor ha pasado ya sobre nosotros [...].

Y me dijo:

—Colócate hacia la derecha y te mostraré la interpretación de una semejanza.

Y me coloqué y vi que pasó un horno ardiendo delante de mí. Y sucedió que, una vez que hubo pasado la llama, todavía quedaba el humo. Y después de esto pasó delante de mí una nube llena de agua y dejó caer mucha lluvia con ímpetu, y cuando pasó el ímpetu de la lluvia quedaron todavía en ella gotas.

Y me dijo:

—Calcula para ti: de la misma forma que es más crecida la lluvia que las gotas y el fuego más que el humo, así la medida de lo que ha pasado supera a la medida de lo que falta quedando solamente gotas y humo [...].

En cuanto a los signos [...] son estos: el sol brillará de repente en la noche, y la luna durante el día; el árbol destilará sangre y la piedra dará

su voz, y los pueblos se conmoverán y los pasos se cambiarán [...]. Y sucederá en aquel tiempo que esperarán los hombres y no conseguirán, trabajarán y sus caminos no alcanzarán éxito.

De nuevo, los signos del fin del mundo (6, 11-28)

Y respondí y dije:

—Señor, Dueño, si he encontrado gracia ante tus ojos, haz mostrar a tu siervo el fin de tus signos, parte de los cuales me mostraste la noche precedente.

Y me respondió y dijo:

—Ponte en pie y oirás una voz de sonido potentísimo [...].

Y sucedió que, al oír esto, me puse de pie y escuché: y he aquí que hablaba una voz y su sonido era como de aguas abundantes.

Y dijo:

—He aquí que vienen días en que sucederá lo siguiente: cuando yo comience a dar por cercana mi visita a los habitantes de la tierra, y cuando comience a pedir cuentas [...], entonces haré estos signos: serán abiertos los libros ante la faz del firmamento y todos a la vez los verán. Los niños de un año hablarán a voces, las mujeres encintas darán a luz niños de tres y cuatro meses, y vivirán y saltarán. Los lugares no cultivados aparecerán de repente cultivados, y los almacenes llenos aparecerán de repente vacíos. La trompeta resonará con su sonido y, al oírla, todos se llenarán de temor al momento. Y sucederá en aquel tiempo que los amigos lucharán contra los amigos como si fuesen enemigos, y la tierra se espantará de temor juntamente con los habitantes de ella, y los manantiales de las fuentes se cortarán para no correr durante tres horas.

Y sucederá que todo el que sobreviva a todas estas cosas que te he predicho será salvado y verá mi salvación y el fin de mi mundo [...].

Visión segunda: Imposibilidad de conocer los designios divinos (5, 20-6, 34)

Ayuné durante siete días, gimiendo y llorando, y de nuevo comencé a hablar delante del Altísimo estas palabras. Y dije:

—Señor, Dueño: De toda la selva de la tierra y de todos sus árboles elegiste una viña, y de todas las tierras del orbe te elegiste un valle, y de todas las flores del orbe, te elegiste un lirio, y de todos los pueblos que se multiplicaron adquiriste para ti un solo pueblo, y ahora, Señor, ¿por qué has entregado el uno a los muchos? [...].

Respondió Uriel:

—Numérame los que aún no han venido y recógeme las gotas dispersas y haz reverdecer las flores secas [...], y entonces te mostraré lo que me has rogado ver.

Y dije:

—Señor, Dueño, ¿quién es el que puede saber estas cosas sino aquel que no tiene su morada con los hombres? [...].

Y me dijo:

—De la misma forma que no puedes hacer ni una sola cosa de las predichas, así tampoco puedes descubrir mi juicio y el fin del amor que he prometido a mi pueblo [...].

Todo está predeterminado por un plan divino (6, 1-6)

Y me dijo el ángel:

—Al comienzo del mundo terreno, antes de que existieran las salidas del mundo, antes de que soplasen las ráfagas de los vientos, antes de que sonasen las voces de los truenos, antes de que fulgurasen los resplandores de los relámpagos, antes de que fuesen afirmados los fundamentos del Paraíso, antes de que fuese vista la belleza de las flores, antes de que fuesen asentados los poderes que mueven los cielos, antes de que fuesen congregados los innumerables ejércitos de los ángeles, antes de que fuesen levantadas las masas de aire, antes de que fuesen numeradas las medidas del firmamento, antes de que fuese estimada Sión como escabel, antes de que fuesen contados los años del mundo presente, antes de que fuesen apartados los consejos de los pecadores actuales, y que fuesen sellados los que atesoraron por la fe, antes de todo ello yo pensé y fueron hechas todas estas cosas por Mí mismo y no por otro. Así el fin será por Mí mismo y no por otro [...].

Muchos se pierden, pocos se salvan (7, 45-61)

Entonces respondí:

—Lo he dicho, Señor, y vuelvo a decirlo: Bienaventurados los presentes y los que observan lo que ha sido mandado por ti. Pero en relación con aquellos sobre los que versaba mi oración: ¿Quién hay de los presentes que no haya pecado o quién de los nacidos que no haya traspasado tu mandato?

Y me respondió y dijo:

—Escúchame y te instruiré, y consiguientemente te advertiré: A causa de ello el Altísimo no hizo un mundo solo, sino dos. En cuanto a lo que acabas de decir que no hay muchos justos sino pocos, y que los impíos se multiplican, escucha esto: Si tuvieras muy pocas piedras preciosas, ¿no las tratarías una por una a diferencia del plomo y la arcilla que abundan?

Y dije:

—Señor, ¿cómo no podría hacerse esto?

Y me dijo:

—No solamente esto, sino pregunta a la tierra y te dirá, consúltale y te contará. Le dirás: Tú creas oro, plata, cobre, hierro, plomo y arcilla. La plata es más abundante que el oro, el cobre más que la plata, el hierro más que el cobre, el plomo más que el hierro, la arcilla más que el plomo. Considera, pues, tú cuáles son más preciosas y deseables, las que son más abundantes o las que son más raras [...]. Yo me gozaré más sobre los pocos que se salvan, puesto que ellos son los que hicieron que mi Gloria dominara y por ellos es ahora invocado mi Nombre. Y no me entristeceré por la muchedumbre de los que se pierden [...].

Visión cuarta. La mujer en llanto (Sión) y su transfiguración (9, 26-10, 60).

Miré con mis ojos y vi a la derecha una mujer llorando y lamentándose con gran voz y doliéndose en su ánimo grandemente, desgarradas sus vestiduras y con ceniza sobre su cabeza. Y abandoné los pensamientos en los que pensaba y me volví a ella y le dije:

—¿Por qué lloras? Y ¿por qué estás afligida en tu alma? [...].

Y me dijo:

—Yo, tu sierva, era estéril y no había dado a luz tras treinta años de estar casada [...]. Tras estos treinta años, Dios escuchó a tu sierva y miró mi humillación y atendió a mi tribulación dándome un hijo [...]. Y lo crié con gran trabajo. Y sucedió que, cuando había crecido y estaba para tomar esposa, hice el banquete del día de bodas. Pero sucedió que, al entrar mi hijo en el tálamo, cayó y murió [...]; me levanté y hui y vine, como ves, a este campo. Y ya no pienso volver a la ciudad, sino permanecer aquí, sin comer ni beber, y llorando sin cesar y ayudando hasta que muera.

Entonces, dejando yo los pensamientos en los que estaba, respondí con ira a la mujer, diciendo:

—¡Necia más que todas las mujeres! ¿No ves nuestro luto y las cosas que han sucedido? Sión, nuestra común madre, está sumida en la tristeza y abatida por la humillación [...]. Y ¿quién debe tener mayor dolor, la que ha perdido tan gran muchedumbre, o tú que te dueles por uno solo? Ahora, pues, contén tu dolor en ti misma y soporta con fortaleza la desgracia que te ha acontecido. Pues, si reconoces como justo el decreto de Dios, recibirás a tu hijo a su tiempo y serás alabada entre las mujeres. Entra, pues, en la ciudad junto a tu marido.

Y me dijo:

—No lo haré ni entraré a la ciudad, sino que moriré aquí.

Y volví a hablarle, diciendo:

—No hagas eso, sino consiente en caer en la cuenta de la ruina de Sión y en consolarte viendo el dolor de Jerusalén [...]. Sión [...] ha sido privada de su Gloria ahora y entregada en las manos de los que nos odian. Así pues, sacude tu mucha tristeza, y aleja de ti la muchedumbre de tus dolores, para que el Fuerte te sea propicio y el Altísimo te dé el descanso de tus trabajos.

Transformación de la mujer

Y he aquí que mientras le hablaba, su rostro resplandecía repentinamente en gran manera y su mirada tenía la apariencia de un relámpago, de modo que comencé a tener un gran pavor a causa de ella y pensaba qué sería aquello. Y de repente emitió un gran sonido de voz

terrible, de manera que la tierra se conmovió con el sonido. Y miré, y he aquí que ya no se veía la mujer, sino que se comenzaba a edificar una ciudad y aparecía un lugar con grandes cimientos y me llené de temor y clamé con voz grande, diciendo:

—¿Dónde está el ángel Uriel que vino a mí desde el principio? Puesto que él me ha hecho caer en este gran exceso de mente y mi final ha sido caer en la corrupción y mi oración se ha vuelto en daño.

Y mientras decía esto, he aquí que vino a mí el ángel que había venido a mí desde el principio [...] y dijo:

—Escúchame y te enseñaré y te explicaré lo relativo al objeto de tus temores [...]. He aquí la inteligencia de la visión: la mujer que se te apareció hace poco [...] es Sión, que ahora ves como una ciudad edificada, y lo que dijo de que fue estéril durante treinta años, se refiere a los tres mil años del mundo en que no se ofrecía en ella todavía sacrificio. Y sucedió que tras tres mil años Salomón edificó la ciudad y ofreció sacrificios: entonces fue cuando la estéril dio a luz un hijo. Y lo que te dijo que con trabajo crio a su hijo significa la morada en Jerusalén. Y lo que te dijo: «Mi hijo, al llegar al tálamo, murió», y la desgracia que le había acontecido, significa la ruina que ha tenido lugar en Jerusalén [...]. Pero el Altísimo [...] te ha mostrado luego la claridad de su gloria y la belleza de su esplendor. Por eso te dije que permanecieras en un campo donde no hubiera ciudad edificada [...]. Pues no hubiera podido mantenerse la obra de un edificio humano en el lugar donde comenzaba a mostrarse la ciudad del Altísimo. Tú, pues, no temas ni se espante tu corazón, sino entra y ve el esplendor y la grandeza del edificio, en cuanto sea capaz de ver el alcance de tus ojos, y después escucharás cuanto sea capaz de oír la agudeza de tus oídos [...].

Visión quinta. El águila y el león (11, 1-12, 51)

Y sucedió que en la segunda noche vi un sueño: un águila que subía del mar. Tenía doce alas de plumas y tres cabezas. Y vi que extendía sus alas sobre toda la tierra y todos los vientos del cielo soplaban hacia ella y se agrupaban en torno a ella. Y vi cómo de sus plumas brotaban plumas contrarias y estas mismas se convertían en plumitas pequeñas y diminutas. Las cabezas estaban en reposo, y la del medio era

mayor que las demás, pero también ella estaba en reposo. Y vi cómo el águila voló con sus alas para reinar sobre la tierra y sobre los que habitan en ella. Y vi cómo le estaba sujeto todo lo que hay debajo del cielo, sin que nadie le hiciera la contra, ni siquiera una sola criatura de las que hay sobre la tierra. Y vi cómo el águila se elevó sobre sus garras y dio una voz a sus alas, diciéndoles: «No estéis en vela todas a la vez, sino dormid cada una en vuestro lugar y estad en vela a su tiempo y las cabezas sean conservadas hasta el final».

Y vi que la voz no salía de las cabezas, sino de en medio de su cuerpo, y conté las alas contrarias y eran ocho. Y vi cómo de la parte derecha se levantó un ala y reinó sobre toda la tierra. Y sucedió que, mientras reinaba, le llegó el fin y no apareció más, de manera que su lugar no se vio más. Y se levantó la siguiente y reinó manteniéndose durante mucho tiempo. Y sucedió que, una vez que hubo reinado y llegó su fin, no apareció, al igual que la primera. Y he aquí que se le envió una voz, diciéndole: «Escucha tú, que durante tanto tiempo has dominado la tierra, te anuncio esto antes de que comiences a desaparecer: nadie después de ti dominará tanto tiempo como tú; ni siquiera la mitad». Y se levantó la tercera ala y caminó como las anteriores, pero también ella desapareció. Y así sucedió a todas las alas: dominaba cada una y de nuevo desaparecían.

Y vi cómo a su tiempo se levantaban las alas siguientes, también ellas salían de la parte derecha, para obtener el principado; y de ellas había algunas que lo obtenían pero enseguida desaparecían, y otras de ellas se levantaban, pero no lograban obtener el principado.

Y vi tras esto que habían desaparecido las doce alas y las dos alas pequeñas, y no quedaron en el cuerpo del águila sino las tres cabezas que reposaban y seis alas pequeñas. Y vi cómo de las seis alas pequeñas se dividieron dos y permanecieron debajo de la cabeza de la parte derecha y las otras cuatro permanecieron en su lugar. Y vi cómo estas alas menores pensaban levantarse y obtener el principado. Y vi cómo una se levantó, pero enseguida desapareció. Y lo mismo la segunda, desapareciendo más velozmente que la primera. Y vi cómo las dos restantes pensaban también dentro de sí mismas reinar y, mientras pensaban esto, he aquí que una de las cabezas que reposaban, la de en medio, se despertaba: esta era mayor que las otras dos cabezas. Y vi cómo abarcó consigo las dos cabezas restantes. Y volviéndose la cabeza

grande, juntamente con las que estaban con ella, se comió a las dos alas pequeñas que pensaban reinar. Esta cabeza abarcó toda la tierra y dominó a los que habitan en ella con gran trabajo, y obtuvo el principado sobre todo el orbe de las tierras mucho más reciamente que todas las alas que habían existido antes. Y vi tras esto cómo la cabeza del medio desapareció como habían desaparecido las alas. Quedaron, pues, las otras dos cabezas, y también ellas reinaron sobre la tierra y sobre los que la habitan. Y vi cómo la cabeza que estaba en la parte derecha devoró a la que estaba en la parte izquierda.

Aparición del león e imprecación al águila

Y oí una voz que me decía: Mira delante de ti y reflexiona sobre lo que ves. Y vi una fiera como un león, levantándose de la selva, rugiendo, y oí cómo dirigió una voz de hombre al águila, diciéndole:

—Escucha, y te hablaré. Esto te dice el Altísimo: ¿Acaso no eres tú la que quedaba por venir de las cuatro bestias que yo había hecho reinar sobre mi mundo, de manera que por su medio llegara el fin de mis tiempos? Y la cuarta, con su venida, ha vencido a todas las bestias que han pasado, dominando al mundo con gran temor, y al orbe con trabajo durísimo, y a los habitantes del orbe de la tierra durante tanto tiempo con astucia. Tú has juzgado la tierra sin verdad, pues has atribulado a los mansos, has tratado mal a los dóciles, has odiado a los que dicen la verdad [...], y el Altísimo ha mirado sus tiempos y están acabados, y a sus siglos y están completos. Por lo cual tú, águila, desaparece completamente, tú y tus alas horribles y tus alas pequeñas pésimas, y tus cabezas malignas, y tus garras nefastas y todo tu cuerpo vano. Para que se alivie toda la tierra y descanse, liberada de tu violencia, y espere el juicio y la misericordia de Aquel que la hizo.

Desaparición del águila y visión de su cuerpo quemado

Y sucedió que, mientras el león decía estas cosas al águila, vi que la cabeza que había quedado desapareció, y las dos alas que habían pasado a ella se levantaron para reinar, pero su reino estaba en trance de

acabarse y lleno de tumulto. Y vi que también ellas desaparecían y todo el cuerpo del águila era quemado y la tierra estaba grandemente espantada. Yo me desperté por el gran exceso de la mente y con gran temor. Y dije a mi Espíritu:

—He aquí que tú me has presentado todo esto porque escrutas los caminos del Altísimo [...], confórtame y muestra a tu siervo la interpretación y explicación de esta horrible visión.

Explicación de la visión

Y el ángel me dijo:

—Esta es la interpretación de la visión que has visto. El águila que has visto subir del mar es el cuarto reino de la visión que tuvo tu hermano Daniel. Pero a él no se le interpretó en los términos en los que yo te lo interpreto y te he interpretado. He aquí que vendrán días en los que surgirá sobre la tierra un reino que será más temible que todos los que han sido sobre la tierra antes de él. Reinarán en ella doce reyes, uno tras otro. Pero el segundo que comience a reinar tendrá más tiempo que los doce. Esta es la interpretación de las doce alas que viste. Y respecto de la voz que oíste, que salía no de las cabezas sino del medio del cuerpo, esta es la interpretación: tras el periodo de aquel reino, nacerán disputas no pequeñas, estando en peligro de caer, pero no caerá entonces sino que de nuevo se establecerá en su comienzo. Y acerca de lo que viste de las ocho subalas adheridas a las alas, esta es la interpretación: surgirán en él ocho reyes cuyos periodos serán breves, y sus años, contados; y dos de ellos perecerán hacia la mitad del tiempo; en cambio, cuatro quedarán en el tiempo en que comience a aproximarse el momento de su fin y dos quedarán para el fin.

»Y de las tres cabezas que viste que reposaban, esta es la interpretación: en los últimos tiempos suscitará el Altísimo tres reinos, y cambiarán muchas cosas, y con gran esclavitud dominarán la tierra y a los que habitan en ella, mucho más que todos los que fueron antes que ellos. Por ello son llamados las cabezas del águila. Pues estos son los que concentrarán su impiedad y los que consumirán sus tiempos novísimos.

»Y lo que viste en relación con la cabeza mayor que desaparecía, es que uno de ellos morirá en su lecho, y por cierto con tormentos. Los

dos restantes serán devorados por la espada. La espada de uno devorará a su compañero, pero también él morirá a espada al final.

»Y lo que viste de las dos subalas que se adherían sobre la cabeza que está en la parte derecha, esta es la interpretación: estos son los que ha conservado el Altísimo para el final. Este es el reino en trance de acabarse y lleno de turbación, según viste.

»Y respecto al león al que viste que se levantaba de la selva, rugiendo y hablando al águila, y echándole en cara sus injusticias, y todas las palabras que oíste: este es el ungido que el Altísimo reservó para el fin de los días [...] para ellos, y les echará en cara sus impiedades, sus injusticias, y les infligirá delante de ellos el castigo por sus ofensas. Los llevará vivos primeramente a juicio, y una vez que les haya reprochado, los aniquilará. Pero librárá al resto de mi pueblo con misericordia, a los que fueron salvados dentro de mis confines, y los alegrará hasta que llegue el fin, el día del juicio del que te he hablado desde el principio. Este es el sueño que has visto y esta es su interpretación [...]. Tú resististe todavía aquí otros siete días para que te sea mostrado lo que le parezca bien al Altísimo mostrarte.

Y se marchó de mi presencia [...].

Visión sexta: El Hombre sobre las nubes y el combate escatológico (13, 1-58)

Y sucedió que, tras siete días, tuve un sueño durante la noche. Y vi que se levantaba un viento del mar de manera que agitaba todas sus olas. Y vi cómo volaba un Hombre sobre las nubes del cielo, y hacia donde dirigía su mirada temblaban todas las cosas que estaban bajo su vista, y hacia donde salía la voz de su boca se encendían todos los que oían su voz, como se derrite la cera cuando siente el fuego. Y tras esto vi cómo se congregaba una muchedumbre de hombres innumerable de los cuatro vientos de la tierra para luchar contra el Hombre que había salido del mar. Y vi cómo formó para sí el Hombre una gran montaña y voló hasta colocarse sobre ella. Y yo quise ver la región o el lugar donde se había formado la montaña y no pude.

Y tras esto vi cómo todos los que se habían congregado contra él temían grandemente y con todo se atrevían a luchar. Y he aquí que cuando el Hombre vio el ímpetu de la muchedumbre que venía hacia

él, no levantó su mano, ni tomó la espada ni cualquiera de los instrumentos de guerra, solamente vi cómo hizo salir de su boca como una ola de fuego y un espíritu de llama de sus labios; y de su boca hacía salir centellas y tempestades, mezclándose todas estas cosas: la corriente de fuego, el viento de llama y la fuerza de la tempestad. Todo ello cayó sobre el ímpetu de la muchedumbre que estaba preparada para luchar, y los incendió a todos de manera que nada se viese de la muchedumbre innumerable, sino solamente el polvo de la ceniza y el olor del humo. Y viéndolo me quedé atónito.

Y tras esto vi al mismo Hombre que bajaba del monte y llamaba hacia sí a otra muchedumbre pacífica. Y venían hacia él rostros de muchos hombres, unos gozosos, otros tristes, unos atados, otros trayendo ofrendas.

Y yo, por el pavor inmenso, me desperté y oré al Altísimo, diciendo: —Muéstrame, pues, ahora también la interpretación de este sueño [...].

El Mesías

Y me respondió y dijo:

—Te diré la interpretación de la visión y asimismo te mostraré acerca de las cuestiones de que me has hablado [...]. La interpretación de lo que viste es la siguiente: el Hombre que subía del corazón del mar es el que conserva el Altísimo durante largo tiempo, el Altísimo que liberará a su criatura por sí mismo y dispondrá a los que han quedado como resto; y respecto a lo que viste salir de su boca como un viento y fuego y tempestad y que no tenía espada ni instrumento belicoso, pero que aniquiló al ímpetu de la muchedumbre que venía a luchar con él, esta es la interpretación: he aquí que vienen los días en que los comenzará el Altísimo a liberar a los que están sobre la tierra, y vendrá un desvanecimiento sobre los que habitan sobre la tierra y pensarán en luchar unos contra otros: ciudad contra ciudad, lugar contra lugar, gente contra gente, reino contra reino. Y sucederá que, cuando se realicen estas cosas y ocurran los signos que antes te mostré, entonces será revelado mi Hijo, a quien viste en la figura del Hombre que subía; y sucederá que, cuando todas las gentes oigan su voz, dejará cada una su

región y la guerra que tenían unos con otros y se congregará en uno solo la muchedumbre innumerable que viste, con el propósito de venir a luchar contra él. Pero él estará sobre la cumbre de la montaña de Sión. Por su parte, Sión vendrá a mostrarse a todos, preparada y edificada, tal como viste un monte que era formado sin manos. Mi Hijo echará en cara sus impiedades a las gentes congregadas — estas son las que se asemejan a la tempestad—, y recriminará ante ellos sus pensamientos y mostrará los tormentos con que comenzarán a ser atormentados — los cuales se asemejan a la llama—, y los aniquilará sin esfuerzo por medio de la Ley, que se asemeja al fuego.

Y respecto a lo que viste que él reunía junto a sí a otra muchedumbre pacífica: estas son las diez tribus que fueron hechas cautivas exiliadas fuera de su tierra en los días del rey Josías, a quienes llevó cautivas Salmanasar, rey de los asirios, y los llevó más allá del Río y fueron trasladadas a otra tierra. Pero ellas determinaron dejar la muchedumbre de los gentiles y marchar a una región ulterior, donde nunca había habitado el género humano, a fin de observar allí sus preceptos, que no habían guardado en su país. Entraron por las estrechas entradas del Éufrates, pues el Altísimo les hizo signos y contuvo los manantiales del río mientras pasaron. Pues por aquella región había un largo camino, de un año y medio de viaje, y aquella región se llama Arzaret. Allí habitaron hasta el fin de los días; y luego, cuando comenzaron a retornar, el Altísimo contuvo de nuevo los manantiales del río para que pudieran pasar. Por esto viste la muchedumbre recogida en paz. Pero también forman esa muchedumbre los que quedaron de tu pueblo que se mantuvieron dentro del territorio santo. Así pues, cuando el Altísimo comience a aniquilar a las gentes coaligadas, protegerá a su pueblo que ha quedado.

Sobre el reino mesiánico, la resurrección y el juicio (7, 26-44)

Dijo el ángel:

—He aquí que viene el tiempo en el que sucederá que, cuando se cumplan los signos que te he predicho, aparecerá la esposa en apariencia de ciudad y será manifestada la tierra que ahora está oprimida, y todo el que sea librado de los males predichos verá mis maravillas [...], y el mundo volverá al silencio de antes, siete días, como en los prime-

ros comienzos de manera que nada quede. Y sucederá que, tras estos siete días, será despertado el mundo que todavía no está despierto, y morirá el mundo corrompido. La tierra devolverá a los que duermen en ella, y el polvo, a los que habitan en el silencio, y las despensas darán las almas que les fueron encomendadas. Y se revelará el Altísimo sobre el trono del juicio. Y aparecerá el estanque del tormento, y frente a él el lugar del descanso; y se mostrará el horno de la Gehenna, y frente a él el paraíso de delicias.

»Y entonces dirá el Altísimo a las gentes resucitadas: “Ved y comprended a quién habéis negado, o a quién no habéis dado culto y a aquel cuyos mandamientos habéis despreciado. Mirad de una parte y de otra: aquí la delicia y el descanso, allí el fuego y los tormentos”. Tal es mi juicio y su naturaleza. Únicamente a ti te lo he mostrado.

Visión séptima. Esdras restaura las Escrituras perdidas (14, 1-48)

Dije al Señor:

—Hablaré delante de ti, Señor [...]; tu ley ha sido quemada, por lo cual nadie sabe las obras que han sido hechas por ti y las que están por hacer. Si he hallado gracia a tus ojos, envíame el Espíritu Santo y escribiré todo lo que ha sido hecho en el mundo desde el principio, lo que estaba escrito en tu Ley, para que los hombres puedan encontrar la senda y los que quisieren puedan vivir en los últimos días.

Y me respondió y dijo:

—Ve y congrega al pueblo y diles que no te busquen en cuarenta días. Tú, por tu parte, haz acopio de muchas tablillas y toma contigo a Sareas, Dabrias, Salemias, Etán y Asihel, estos cinco hombres que están entrenados en escribir velozmente. Y ven aquí, que yo encenderé en tu corazón la lámpara de la sabiduría que no se apagará hasta que se termine lo que comiences a escribir. Y, cuando hayas terminado, unas cosas las harás públicas, las otras las entregarás a los sabios. Mañana a estas horas comenzarás a escribir.

Y marché, según me mandó, y congregué a todo el pueblo y le dije:

—Escucha, Israel, estas palabras: Nuestros padres peregrinaron desde el principio en Egipto y de allí fueron librados. Y recibieron la ley de vida que no guardaron, de la misma forma que también vosotros

tras ellos la habéis transgredido [...]. Si, pues, domináis vuestro sentido y adoctrináis vuestro corazón, durante la vida seréis guardados y tras la muerte conseguireis misericordia. Pues vendrá el juicio después de la muerte, cuando de nuevo resucitemos, y entonces aparecerán los nombres de los justos y serán mostrados los hechos de los impíos. Pero que nadie se acerque a mí, ni me busque, hasta dentro de cuarenta días.

Y tomé los cinco hombres, conforme me había mandado, y salimos al campo y permanecimos allí. Y sucedió que, al día siguiente, una voz me llamó, diciendo:

—Esdras, abre tu boca y bebe lo que te doy a beber.

Y abrí mi boca y he aquí que se me ofrecía un cáliz lleno: estaba lleno como de agua, pero su color era semejante al fuego. Y lo tomé y bebí, y, mientras lo bebía, mi corazón hacía brotar inteligencia y en mi pecho crecía la sabiduría, pues mi espíritu guardaba la memoria y se abrió mi boca y no se cerró más. El Altísimo dio inteligencia a los cinco hombres, y escribieron las cosas que se decían sucesivamente en signos que no conocían. Y permanecieron sentados cuarenta días. Durante el día escribían; durante la noche comían alimento. Yo, por mi parte, durante el día hablaba y por la noche no callaba. Fueron escritos en aquellos cuarenta días noventa y cuatro libros. Y sucedió que, cuando se cumplieron los cuarenta días, me habló el Altísimo, diciendo:

—Los libros primeros que escribiste, hazlos públicos y que puedan leerlos los dignos y los indignos. Pero los setenta libros últimos los guardarás para entregarlos a los sabios de tu pueblo. Pues en ellos hay una vena de inteligencia, y una fuente de sabiduría y un río de ciencia. Y así lo hice.

La ascensión de Esdras

En el año séptimo de la sexta semana, cinco mil años y tres meses y veintidós días después de la creación, en ese tiempo fue levantado Esdras y llevado al lugar de los que son semejantes a él, después de haber escrito todas estas cosas. Y fue llamado «El Escriba del conocimiento del Altísimo por los siglos».

Ciclo posterior de Esdras

*A*l igual que ocurrió con Henoc, «el séptimo varón después de Adán», en torno a la prestigiosa figura de Esdras se crearon numerosas leyendas. Algunas de ellas tienen forma de apocalipsis, por lo que las recogemos aquí.

I

APOCALIPSIS GRIEGO DE ESDRAS

Esta obra contiene también visiones presuntamente recibidas por Esdras. El tema central gira en torno a los pecados de la humanidad que la hacen caminar hacia la perdición. Esdras tiene también una visión de los signos del fin, del juicio final, de los castigos de los pecadores en el Tártaro, entre ellos algunos famosos como Herodes o el Anticristo. Sigue luego la muerte del visionario y la ascensión de su alma al cielo.

El tema de fondo de todo el escrito es fundamentalmente las dudas acerca de por qué Dios ha creado al hombre para destinarlo a la perdición. La respuesta divina remite al pecado y a la desobediencia de los hombres a las leyes divinas, actos que son libres y responsables.

El escrito base de este apocalipsis griego es judío, sin duda. Pero ha sido interpolado por manos cristianas, lo que se ve claramente en diversos pasajes, entre otros los que tratan del Anticristo y del anuncio de la resurrección.

La lengua original del escrito es el griego, también con toda seguridad, pero el autor deja entrever en algunos lugares que su lengua materna era el hebreo o el arameo. La fecha de composición del texto básico judío ha de situarse después del Libro Cuarto de Esdras, por tanto a partir del siglo II d. de C. Respecto a la fecha de la última

redacción cristiana, nada se puede decir con seguridad. Ha de ser bastante tardía: a partir del siglo III o IV en adelante.

Primera visión (1, 1-24)

Palabra y apocalipsis de Esdras el santo profeta y amado de Dios. Sucedió el año 30 en el día 22 del mes: estaba yo en mi casa y clamé al Altísimo:

—Señor, concédeme la gloria para que vea tus misterios.

Y, llegada la noche, vino un ángel, el arcángel San Miguel, y me dice:

—Retírate a partir de aquí, profeta Esdras, setenta semanas.

Y ayuné según me dijo. Y vino Rafael, el jefe del ejército, y me dio un bastón de asta de lanza. Y ayuné dos veces sesenta semanas. Y vi los misterios de Dios y sus ángeles. Y les dije:

—Quiero pleitear con Dios en relación con la raza de los cristianos: mejor sería al hombre no nacer que venir al mundo.

Fui elevado entonces al cielo y vi en el primer cielo el gran ejército de los ángeles y me llevaron hacia los lugares de los juicios [...]. Entonces comencé a decir:

—¡Ay de los pecadores, porque verán al justo sobre los ángeles, ellos irán a la Gehenna del fuego! [...]. Compadécete de las obras de tus manos, oh misericordioso y rico en piedad. Júzgame a mí en lugar de las almas de los pecadores. Pues conviene que uno se pierda y que no vaya todo el mundo a la perdición.

Y dijo Dios:

—Yo haré reposar a los justos en el Paraíso y así soy misericordioso.

Y dijo Esdras:

—Señor, ¿en qué haces gracia a los justos? Pues de la misma manera que el asalariado que ha cumplido su servicio largo tiempo, así el justo obtiene su recompensa en los cielos. Pero compadécete de los pecadores, pues sabemos que eres misericordioso.

Y dijo Dios:

—No veo cómo compadecerme de ellos.

Y dijo Esdras:

—No podrán soportar tu ira.

Y dijo Dios:

—Quiero tenerte como a Pablo y Juan. Dame tú el tesoro sin corrupción e inviolable, la joya de la virginidad, la muralla de los hombres.

Y dijo Esdras:

—Mejor hubiera sido para el hombre no haber nacido [...].

El día del juicio: 2, 26-3, 9

Y dijo el profeta:

—Revélame tus querubines y vendremos juntos al juicio y muéstrame el día del juicio, cuál sea [...]. No cesaré de pleitear contigo, antes de que vea el día de la consumación.

Y dijo Dios:

—Cuenta los astros y la arena del mar y, si puedes contar esta, podrás también pleitear conmigo [...]. Ningún hombre conocerá aquel día grande y la majestad que viene a juzgar al mundo. En razón de ti, profeta mío, te he dicho el día, pero no te he dicho la hora.

Y dijo el profeta:

—Señor, dime también los años.

Y dijo Dios:

—Si veo que aumenta la justicia del mundo, tendré benevolencia con ellos, pero en caso contrario extenderé mi mano y tomaré el mundo desde los cuatro costados y congregaré a todos en el valle de Josafat y haré desaparecer la raza de los hombres y no habrá ya mundo [...].

Y dijo el profeta:

—Señor, si pensabas esto, ¿por qué plasmaste al hombre? [...]. ¿Dónde está tu promesa?

El Altísimo responde solo indirectamente con los signos de la proximidad del fin (3, 11-16)

Y dijo Dios:

—En primer lugar haré un terremoto para perdición de los cuadrúpedos y de los hombres. Y cuando veáis que el hermano entrega a muerte al hermano y que los hijos se levantan contra los padres y la

mujer abandona al propio marido, y cuando una gente se levante contra otra en guerra, entonces conoceréis que el fin está cercano. Entonces ni el hermano se compadecerá del hermano, ni el hombre de su mujer, ni los hijos de los padres, ni los amigos de los amigos, ni el siervo del dueño. El mismo enemigo del hombre subirá del Tártaro y mostrará muchas señales a los hombres. ¿Qué más te haré, Esdras, y qué más pleiteas conmigo? [...].

El Tártaro o infierno: 4, 1-24

Y dijo el profeta:

—Quiero, Señor, ver también las partes más profundas del Tártaro.

Y me dijo Dios:

—Baja y ve.

Y me dio a Miguel, y Gabriel y otros treinta y cuatro ángeles, y descendí ochenta y cinco escalones y me condujeron hacia abajo quinientos escalones. Vi un trono de fuego y sobre él a un viejo sentado y su castigo era sin misericordia.

Y dije a los ángeles:

—¿Quién es este y cuál es su pecado?

Y me dijeron:

—Este es Herodes, el que fue hecho rey por un tiempo y mandó matar a los infantes de dos años y medio para abajo.

Y dije:

—¡Ay de su alma!

Y me bajaron otros treinta escalones y vi allí las brasas de fuego, y en ellos la multitud de los pecadores, y oí sus voces, pero no vi sus figuras y me bajaron muchos escalones más abajo, tantos que no pude contarlos y vi allí a hombres ancianos, y torbellinos ardientes que torturaban sus oídos. Y dije:

—¿Quiénes son estos? Y ¿cuál es su pecado?

Y me dijeron:

—Estos son los desobedientes.

Y me bajaron de nuevo otros quinientos escalones, y vi allí al gusano que no muere y al fuego que quemaba a los pecadores. Y me ba-

jaron al fondo de la perdición y vi allí las doce plagas del abismo. Y me llevaron hacia el sur y vi allí a un hombre que estaba colgado de los párpados y los ángeles lo azotaban, y pregunté:

—¿Quién es este? y ¿cuál es su pecado?

Y me dijo Miguel, el jefe de la milicia:

—Este es el pecador de incesto materno; por un pequeño placer que tuvo, ha sido castigado con este castigo de estar colgado [...].

(5, 23-28): Y vi allí el castigo del aire y el soplo de los vientos y las reservas de los cristales de hielo y los juicios eternos. Y vi allí un hombre colgado del cráneo. Y dije:

—¿Quién es este?

Y me dijo:

—Este cambió los mojones de los montes.

Y vi allí grandes tribunales. Y dije al Señor:

—Oh Señor dueño, y ¿quién es el hombre nacido que no ha pecado?

Y me bajaron más abajo en los Tártaros y vi a todos los que se lamentaban y lloraban y el amargo dolor de los pecadores. Lloré yo viendo castigado de tal manera al género de los hombres [...].

El Anticristo: 4, 25-35

Y me llevaron hacia el norte y vi allí a un hombre que estaba sujeto con unas palancas de hierro, y pregunté:

—¿Quién es este?

Y me dijeron:

—Este es el que dice «Yo soy el Hijo de Dios», y yo soy el que hice las piedras pan y el agua vino.

Y dijo el profeta:

—Señor, enséñame cuál es su figura para que lo anuncie a la raza de los hombres, para que no crean en él.

Y me dijo:

—La forma de su rostro es como de animal salvaje; su ojo derecho es como el astro que se levanta en la mañana, y el otro sin movimiento. Su boca un codo de anchura; sus dientes como palmos, sus dedos como hoz y la horma de sus pies dos palmos y en su frente la inscripción: An-

ticristo. Quiso elevarse hasta el cielo, mas descenderá hasta el Hades. Unas veces se hará niño; otras veces, viejo.

Y dijo el profeta:

—¿Señor, y cómo le dejarás que engañe a la raza de los hombres?

Y dijo Dios:

—Escucha, profeta mío, sea niño o viejo, ninguno lo crea al decir que es el Hijo amado de Dios.

Resurrección, juicio, el paraíso: 4, 36-37; 5, 21

Y después de esto sonará la trompeta y se abrirán los sepulcros y los muertos resucitarán inmortales. Entonces el enemigo, oyendo la mala amenaza, se esconderá en las tinieblas exteriores. Entonces el cielo, la tierra y el mar perecerán. Entonces abrasaré al cielo unos ochenta codos y la tierra ochocientos codos [...]. Y me condujeron los ángeles hacia el oriente, y vi el árbol de la vida y vi allí a Henoc, Elías, Moisés, Pedro, Pablo, Lucas y Matías y todos los justos y los patriarcas.

Muerte-asunción del alma de Esdras: 6, 3-7, 16

Tomando, pues, el Señor el ejército numeroso de los ángeles dice al profeta:

—Dame el bien confiado que te entregué. Te está preparada la corona.

Y dijo el profeta:

—Señor, si tomas de mí mi alma, ¿quién quedará para pleitear contigo en favor de la raza de los hombres? [...]

Escúchame a mí que he pleiteado contigo tantas veces y da a todos los que reproduzcan por escrito este libro y lo tengan y se acuerden de mi nombre, y completen mi memoria, dales la bendición del cielo y bendícelos en todo como bendijiste el final de José y no recuerdes sus iniquidades antiguas en el día de su juicio. Pero cuantos no crean en este libro sean quemados como Sodoma y Gomorra.

Y vino una voz que le decía:

—Esdras, amado mío, cuantas cosas pidas las daré una por una.

Y enseguida entregó su preciosa alma con gran honra en el mes de octubre (el día) dieciséis.

(Traducción del griego de Domingo Muñoz León,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

II

VISIÓN DEL BIENAVENTURADO ESDRAS

Este apocalipsis, que consta de un capítulo único, relata una serie de visiones atribuidas a Esdras en las que la divinidad le informa sobre los castigos de los pecadores, en especial adúlteros, incestuosos y asesinos. Entre estos —como en el apocalipsis anterior— ocupa un puesto Herodes, por la matanza de los niños inocentes. Posteriormente Esdras entra en el paraíso y conoce que los castigos infligidos a los pecadores, por los que intercede, son los merecidos. Igualmente lo son los premios obtenidos por los justos en el paraíso.

El autor es un cristiano que se inspira en otros oráculos apocalípticos atribuidos a Esdras, y tiene interés —al mostrar los terribles castigos del infierno— en resaltar las virtudes que lo evitarán: la limosna, la fidelidad en el matrimonio, la confesión, la hospitalidad, la castidad, la enseñanza recta, el justo uso del poder y el respeto de los parientes.

La fecha de composición de este apocalipsis es difícil de fijar, ya que su texto carece de referencias históricas. Los comentaristas suelen señalar un lapso que va del siglo IV al VII d. de C. Su lengua original fue sin duda el griego, aunque el texto conservado hasta hoy es solo una traducción latina.

Destino de justos y pecadores: 1, 1-11

Habiéndose puesto a orar, el bienaventurado Esdras dijo:

—Señor, dame confianza para que no tema al ver los juicios de los pecadores.

Y me fueron dados siete ángeles del Tártaro y me llevaron setenta grados hacia abajo, hacia el infierno. Así vi las puertas de fuego; se pasaba por una llama y a setenta y dos pies hacia fuera de la puerta vi que

yacían dos seres como leones; de su boca, de sus orejas y de sus ojos salía como una llama fortísima. Y venían unos varones grandes que pasaban por entre las llamas que no los tocaban. Y pregunté a los ángeles que me conducían:

—¿Quiénes son estos que proceden con tanta alegría?

Me dijeron los ángeles:

—Estos son los justos cuya fama se levanta hasta el cielo. Estos son los que hicieron muchas limosnas, vistieron a los desnudos y los calzaron y desearon un buen deseo.

Y venían otros para pasar las puertas y los perros los destrozaban. Y decía el bienaventurado Esdras al Señor:

—Señor, perdona a los pecadores.

Pero no se compadecía de ellos. Y pregunté a los ángeles que me conducían:

—¿Quiénes son estos que están en una pena tan grande y en tantos tormentos?

Y me dijeron los ángeles:

—Estos son los que negaron al Señor; son los que en el domingo, día del Señor, antes de la misa yacieron con mujeres, y por ello están en un tormento tan grande [...].

Castigo de los pecados impuros: 1, 12-26

Y me llevaron hacia abajo varios grados, hacia el infierno, y vi a unos hombres derribados cabeza abajo. Unos ángeles servían el fuego, otros los golpeaban con palancas de fuego. La tierra los interpelaba diciendo: «Golpead y no los perdonéis, porque cometieron crímenes sobre mí».

Y preguntó el bienaventurado Esdras a los ángeles:

—¿Quiénes son estos que diariamente están en una pena tan grande?

Y me dijeron:

—Estos son los que yacieron con mujeres casadas. Estas son las mujeres casadas que no se adornaron para sus propios maridos, sino para agradar a otros y desearon un mal deseo [...].

Y me llevaron hacia abajo dos veces quinientos grados, y vi un caldero y grandes (recipientes); su altura era de doscientos codos; allí ar-

día azufre y betún que se movían como la ola del mar. Y vinieron los justos y caminaron en medio de ellas, sobre las olas del fuego alabando el nombre del Señor, como si caminasen sobre el rocío.

Interrogué a los ángeles:

—¿Quiénes son estos que proceden con tanta alegría?

Y me dijeron:

—Estos son los que hicieron muchas limosnas y vistieron a los desnudos [...].

El gusano inextinguible: 1, 34-35

Y caminé y vi en un lugar oscuro al gusano inextinguible; no pude calcular su longitud y su altura que superaba los setenta codos. Y ante su boca había muchos miles de pecadores, y cuando (el gusano) aspiraba su aliento, entraban en su boca como moscas, y cuando lo exhalaba, salían todos con otro color. Y dijo el bienaventurado Esdras a los ángeles:

—¿Quiénes son estos?

Y me dijeron:

—Estos están llenos de todo mal.

El río de fuego: 1, 36

Y caminé hacia delante y vi un río de fuego; y sobre él había una ola muy grande y su extensión podría calcularse como la de setenta pares de bueyes. Y cuando vinieron los justos lo pasaron con alegría y gozo. Y cuando venían los pecadores la ola se volvía estrecha como el hilo de cuerda de un instrumento. Caían a este río confesando sus pecados y decían:

—Hemos hecho todos los males y ahora somos entregados a esta pena.

Y pedían, pero nadie se compadecía de ellos [...].

Castigo del infanticidio y de otros pecados: 1, 51-57

Y vi asimismo otro horno en un lugar oscurísimo; allí eran enviados muchos. Preguntó el beato Esdras a los ángeles:

—¿Quiénes son estos?

Y dijeron:

—Estas son las que tuvieron hijos fruto de adulterio y los mataron.

Y los mismos niños interpelaban, diciendo:

—Señor, estas arrancaron el alma que tú nos diste.

Y vi a otras mujeres que colgaban del fuego, y unas serpientes chupaban sus pechos.

Y dije a los ángeles:

—¿Quiénes son estas?

Y me dijeron

—Estas son las que mataron a sus pequeños y no dieron sus pechos a otros huérfanos [...].

Los justos pasan por las llamas hasta el Paraíso. Su recompensa: 1, 58-66

Y me bajaron hacia abajo catorce grados hacia el infierno y vi allí a leones y camellos que yacían al rededor de la llama de fuego, y venían los justos y pasaban a través de ellos al Paraíso. Y vi muchos miles de justos, y sus moradas eran espléndidas durante todo tiempo. Allí había luz, gozo, alegría y bienestar. Estos son los que hicieron el bien sobre la tierra. No tenían tristeza, los nutría el maná del cielo porque dieron muchas limosnas. Otros muchos hay allí que no dieron limosna, porque no tenían de dónde; se sintieron atribulados a causa de su carencia. Ellos, los pobres, puesto que no tenían de dónde dar limosna, dijeron una palabra buena. Y estos eran más firmes en la piedad que otros que habían hecho muchas obras buenas. Alaban al Señor que amó la justicia. En efecto, es agradable la limosna generosa que está en torno a Él [...].

Y preguntó el bienaventurado Esdras:

—Señor, ¿qué hicieron los justos para no recibir castigo?

Dijo el Señor:

—El siervo que sirve bien a su dueño recibe la libertad; así los justos están en el reino de los cielos. Amén.

(Traducción del latín de Domingo Muñoz León,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

III

LIBRO QUINTO DE ESDRAS

(Capítulos 1-2 del *Libro Cuarto de Esdras* de la Vulgata)

Es este un escrito de carácter profético-oracular que tiene dos partes. En la primera se reprocha al pueblo elegido su ingratitude ante los bienes recibidos: salida de Egipto, victoria sobre el Faraón y otros reyes enemigos de Israel, paso del mar Rojo, travesía por el desierto, don del maná y del agua, posesión de la tierra prometida, amor divino como de padre, envío de los profetas. Pero a la vez se anuncia el castigo divino. Seguidamente se promete la venida de un nuevo pueblo y se invita a la conversión.

En la segunda parte se describe el nuevo pueblo indicando que el Reino ha pasado a los cristianos y se anuncia el premio eterno reservado al comportamiento moralmente recto; pero Esdras, el anunciador, es rechazado por el pueblo elegido, por lo que dirige su mensaje a los gentiles. El oráculo termina con la visión del Hijo y de los que se han salvado.

El autor de este apocalipsis es desconocido. Pero el análisis interno indica que, basándose en un texto judío anterior, ha actualizado los oráculos que encontró, de modo que sirvieran como recriminatoria de los judíos y defensa de los cristianos.

El texto se ha conservado en latín, aunque originariamente pudo haber sido escrito en griego. La fecha de composición más probable es hacia la mitad del siglo II d. de C.

Reproche divino al pueblo elegido: 1, 4-14

Y me fue dirigida la palabra del Señor, diciéndome:

—Ve y anuncia a mi pueblo sus crímenes y a sus hijos las iniquidades que cometieron contra mí, para que las anuncien a los hijos de sus hijos. Porque en ellos crecieron los pecados de sus mismos padres. Olvidándose de mí, sacrificaron a dioses extranjeros [...].

»¿Hasta cuándo sostendré a los que hice tantos beneficios? Derribé muchos reyes por su causa, al Faraón con sus servidores, y herí a todo su ejército, entregué a la perdición a todas las gentes ante ellos y disipé al oriente de (sus) dos provincias a los pueblos de Tiro y Sidón [...]. Pero me habéis olvidado [...].

Anuncio del castigo (1, 24-33) e invitación a la conversión (2, 2-4)

—¿Qué te haré, Jacob? No quisiste obedecer, Judá ¡Me iré a otras gentes y les daré mi nombre para que guarden perfectamente mis preceptos! Puesto que vosotros me dejasteis, también yo os dejaré.

»Y ahora, ¿qué haré con vosotros? Os voy a arrojar lejos de mi rostro. Cuando me traigáis la oblación, apartaré mi faz de vosotros [...]. Así habla el Señor omnipotente: “Vuestra casa está desierta; os dispersaré, como el viento hace con la paja”.

»La madre que los engendró les dice: “Id, hijos, porque yo soy viuda y abandonada. Os eduqué con alegría y os perdí con luto y tristeza porque pecasteis delante del Señor vuestro Dios e hicisteis lo que es malo delante de Él [...]. Id, hijos, y pedid misericordia de parte del Señor” [...].

El pueblo creyente de los gentiles: 1, 35-37; 2, 10-19

Entregaré vuestras casas al pueblo que viene: que cree sin haberme escuchado; sin que les haya mostrado signos, harán lo que he mandado. Aun sin haber visto los profetas, han hecho memoria de sus iniquidades. Doy testimonio en favor del pueblo que viene, cuyos párvulos saltan con alegría sin haberme visto con los ojos de la carne y, sin embargo, creen con su espíritu lo que he dicho [...].

Esto dice el Señor a Esdras:

—Anuncia a mi pueblo que daré a otros el reino de Jerusalén que iba a dar a Israel [...], y les daré los tabernáculos eternos que les había preparado. El árbol de la vida será para ellos olor de unguento y no trabajarán ni se fatigarán [...]. El reino ya os está preparado: velad [...]. Te mandaré como ayuda a mis dos siervos, Isaías y Jeremías, por cuyos

consejos he santificado y preparado para ti doce árboles cargados de varios frutos. Y otras tantas fuentes que fluyen leche y miel, y siete inmensos montes, que tienen rosa y lirio, en los cuales llenaré de gozo a tus hijos [...].

Rechazo de Esdras por parte de Israel y mensaje a los gentiles: 2, 33-41

Yo, Esdras, recibí el precepto del Señor en el monte Horeb para que fuera a Israel. Llegado a ellos, me reprobaron y rechazaron el mandato del Señor. Por lo cual os digo a vosotros, gentiles que oís y entendéis: aguardad a vuestro pastor, y os dará un descanso eterno, puesto que está muy cercano aquel que ha de venir en el fin del siglo.

Estad preparados para los premios del Reino, porque lucirá para vosotros la luz eterna por la eternidad del tiempo. Huid de la sombra de este mundo; recibid la alegría de vuestra gloria [...]. Levantaos, poned en pie y ved el número de los signados en el convite del Señor. Se trasladaron de la sombra del siglo y recibieron del Señor espléndidas túnicas [...]. El número de tus hijos que ansiabas está cumplido. Ruega al imperio del Señor que sea santificado el pueblo que fue llamado desde el principio.

Visión del Hijo y de los salvados: 2, 42-48

Yo, Esdras, vi en el monte de Sión una muchedumbre grande que no pude contar y todos alababan al Señor con cánticos, y en medio de ellos había un joven de estatura excelsa, más sobresaliente que todos aquellos, y les imponía coronas a todos en sus cabezas y cada vez se levantaba más: Yo estaba sobrecogido por el milagro.

Entonces interrogué al ángel y le dije:

—¿Quiénes son estos señores?

Él, respondiendo, me dijo:

—Estos son los que han depuesto la túnica mortal, han tomado la inmortal y han confesado el nombre de Dios: Ahora son coronados y reciben las palmas.

Y dije al ángel:

—¿Y quién es aquel joven que les impone las coronas y les entrega las palmas en las manos?

Y me respondió:

—Este es el Hijo de Dios a quien confesaron en el mundo [...].

Entonces me dijo el ángel:

—Ve, anuncia a mi pueblo cuáles y cuántas maravillas del Señor Dios has visto.

(Traducción del latín de Domingo Muñoz León,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

IV

LIBRO DEL PROFETA ESDRAS O LIBRO SEXTO DE ESDRAS

(Capítulos 15 y 16 del *Libro Cuarto de Esdras* de la Vulgata)

En esta obra el profeta, que adopta la figura de Esdras, anuncia la venganza divina contra los que persiguen al pueblo elegido, no ya los judíos, sino los cristianos. La mayoría de los intérpretes opina que este escrito —puesto en boca del antiguo restaurador de Israel— refleja las persecuciones que sufrían los cristianos, especialmente levantamientos populares paganos, que fueron frecuentes durante los reinados de los emperadores Decio (249-251 d. de C.) y Diocleciano (284-305 d. de C.). El autor utiliza el nombre de Babilonia para designar a Roma y habla de Asia Menor como participante de la maldad de la capital del Imperio. El pecado de Babilonia consiste en perseguir a los elegidos del Señor. El escrito se inspira en el Apocalipsis de Juan y es una actualización del mismo.

La obra fue escrita en griego por un autor cristiano desconocido en la segunda mitad del siglo III d. de C. y luego traducida al latín; posteriormente fue incorporada como final de la versión latina (Vulgata) del Libro Cuarto de Esdras.

La venganza divina: 15, 1-13

Habla a los oídos de mi pueblo los oráculos proféticos que pondré en tu boca, dice el Señor, y haz que se escriban en una carta porque

son fieles y verdaderos. No temas a causa de los pensamientos contra ti, ni te turben las incredulidades de los que critican. Porque todo incrédulo morirá en su incredulidad. He aquí que Yo traigo males, dice el Señor, sobre el orbe de la tierra: espada, hambre, muerte y destrucción, porque la iniquidad ha manchado la tierra toda y se han cumplido sus obras dañinas.

Por lo cual, así dice el Señor: Ya no guardaré silencio ante las impiedades de los que obran irreligiosamente ni soportaré a los que actúan inicuaente. He aquí que clama hacia mí la sangre inocente y justa, y las almas de los justos claman con perseverancia. Me vengaré totalmente, dice el Señor, y recibiré toda la sangre inocente de ellos, que a mí clama. He aquí que mi pueblo es conducido como ovejas al matadero [...]. Llorará Egipto y sus fundamentos azotados por la plaga y por el castigo que le infligirá Dios. Llorarán los agricultores que trabajan la tierra porque faltarán sus semillas por causa de la polilla, por el granizo y por el astro terrible.

Convulsiones sociales y levantamiento de pueblos: 15, 14-27

¡Ay del mundo y de los que en él habitan! Porque se ha acercado la espada y el momento de su quebrantamiento, y surgirá gente contra gente para la lucha, y la espada estará en sus manos. Habrá inestabilidad entre los hombres y, levantándose unos contra otros, no se preocuparán de su rey y de los príncipes; y los caminos de sus obras consistirán en su poder.

El hombre deseará ir a la ciudad y no podrá, pues a causa de su soberbia se turbarán sus ciudades, se amedrentarán las casas, temerán los hombres. No se compadecerá un hombre de su prójimo hasta llegar a irrumpir en sus casas a espada, para arrebatarse sus bienes a causa del hambre de pan y de la mucha tribulación [...].

No perdonaré mi diestra a los pecadores, ni cesará la espada sobre los que derraman sangre del inocente sobre la tierra. Salió fuego de su ira y devoró los fundamentos de la tierra y a los pecadores como pasto encendido.

¡Ay de los que pecan y no observan mis mandatos!, dice el Señor. No los perdonaré. Apartaos, hijos, del poder. No queráis contaminar

mi santificación. Porque el Señor conoce a todos los que pecan contra Él, por ello los ha entregado a la muerte y a la matanza. Pues ya han venido sobre el orbe de la tierra los males, y permaneceréis en ellos; pues Dios no os libraré porque pecasteis contra Él [...].

Castigos por medio de nubes y astros: 15, 34-42

He aquí nubes desde el oriente y desde el norte hasta el sur, y su rostro es muy horrible, como lleno de ira y tempestad. Y chocarán entre sí, y habrá sangre hasta el vientre por la espada. Y el estiércol de hombre servirá para cama del camello y habrá temor y mucho temblor sobre la tierra. Y se horrorizarán los que verán su ira y el temor los cogerá, y después de esto se moverán nimbos abundantes desde el sur y el norte, y otros desde occidente [...].

Y se levantarán nubes grandes y muy poderosas, llenas de ira y un astro para infundir terror a toda la tierra y a los que la habitan. Y derramarán sobre todo lugar alto y eminente al astro terrible: fuego, granizo, espadas volantes y aguas abundantes, de manera que se llenen todos los campos y todos los ríos por la abundancia de muchas aguas. Y serán demolidas las ciudades, los muros y los montes, los collados y los árboles de las selvas y el heno de los prados y sus frutos.

La venganza sobre Babilonia y Asia: 15, 43-51

Y pasarán con constancia hasta Babilonia y la exterminarán. Vendrán hacia ella, la rodearán y derramarán el astro y toda su ira sobre ella; y subirá el polvo y el humo hasta el cielo y todos en derredor la llorarán. Y los que permanecieron bajo ella servirán a los que la amedrentaron.

Y tú, Asia, concorde en la esperanza de Babilonia y gloria de su persona, ¡ay de ti, desgraciada, porque te has asemejado a ella y adornaste a tus hijas en fornicación para agrandar y gloriarse en relación con sus amantes que desearon siempre fornicar contigo! Tú has imitado a la ciudad horrible en todas sus obras y caminos, por lo cual dice el Señor: Te mandaré males: viudedad, pobreza, hambre, espada y peste, para

devastar tus casas por la violación, la muerte. Y caerás enferma como una pobrecilla llagada y castigada por causa de las mujeres, de manera que no puedan recibirte los poderosos y amantes [...].

El castigo es inexorable: 16, 2-21

Ceñíos de sacos y cilicios, llorad a vuestros hijos y haced duelo: porque se acerca vuestra destrucción. Ha sido enviada la espada a vosotros, y ¿quién la retirará? Ha sido enviado el fuego a vosotros, y ¿quién lo extinguirá? Han sido enviados males a vosotros y ¿quién los rechazará? ¿Acaso puede alguien repeler a un león hambriento en la selva o apagar el fuego en la gavilla una vez que haya empezado a arder? [...].

He aquí que son enviados los males y no vuelven hasta que vengan sobre la tierra. El fuego se enciende y no es extinguido hasta que consuma los fundamentos de la tierra. De la misma manera que no vuelve una saeta enviada por un fuerte arquero, así no volverán los males que han sido enviados a la tierra.

¡Ay de mí, ay de mí! ¿Quién me librerá en aquellos días? Comienzo de los dolores y gemidos muchos; comienzo del hambre y muertes muchas; comienzo de las guerras y temblor de los poderes; comienzo de los males y temblarán todos. ¿Qué haré entonces cuando vengan los males? He aquí que el hambre y el castigo, la tribulación, la angustia, han sido enviados como castigos para la enmienda [...].

Exhortación a los siervos de Dios: Proximidad del cumplimiento de la palabra del Señor: 16, 36-40; 16, 55-68

Oíd, pues, estas cosas y concedlas, siervos del Señor. He aquí la palabra del Señor: Recibidla. No dejéis de creer en las cosas que dice el Señor. He aquí que se acercan los males y no tardan. De la misma manera que la embarazada, cuando da a luz a su hijo al mes noveno, acercándose la hora de su parto, dos o tres horas antes los dolores rodean su vientre y no tardarán ni un solo momento hasta que salga el infante del seno, así no tardarán los males en salir sobre la tierra, el mundo gemirá y los dolores lo rodearán [...].

He aquí que el Señor conocerá todas las obras de los hombres y todas sus maquinaciones y sus pensamientos y sus corazones [...]. El aliento de Dios Omnipotente hizo todo y escudriña todo lo escondido en los escondrijos de la tierra. Él conoce vuestro pensamiento, las cosas que pensáis en vuestros corazones pecando y queriendo ocultar vuestros pecados. Por lo cual el Señor ha escudriñado totalmente todas vuestras obras y os traspasará a todos vosotros. Y vosotros seréis confundidos cuando salgan vuestros pecados delante de los hombres, y serán vuestras iniquidades las que os estarán acusando en aquel día. ¿Qué haréis o cómo esconderéis vuestros pecados delante de Dios y de sus ángeles? He aquí que Dios es juez, temedlo. Desistid de vuestros pecados y olvidaos ya para siempre de cometer vuestras iniquidades y Dios os sacará y os librerá de toda tribulación.

Anuncio de la persecución y ánimo para la prueba: 16, 69-78

He aquí que se enciende sobre vosotros el ardor de una muchedumbre copiosa; arrebatarán a algunos de vosotros y los alimentarán con animales sacrificados a los ídolos. Y los que estén de acuerdo con ellos les servirán de risa, de impropiedad y de pisoteo. Pues habrá un lugar para lugares y un gran levantamiento en las ciudades vecinas contra los temerosos del Señor. Serán como locos no perdonando a nadie para robar y devastar incluso a los temerosos de Dios. Porque devastarán y robarán las riquezas y los echarán de sus casas. Entonces aparecerá la prueba de mis elegidos como el oro se prueba con el fuego.

Escuchad, amados míos, dice el Señor: He aquí que están presentes los días de la tribulación y de ellos os libreré. No temáis ni dudéis, porque Dios es vuestro guía. Y en relación con el que guarda mis mandatos y mis preceptos, dice el Señor, no os sobrecarguen vuestros pecados ni se levanten vuestras iniquidades. ¡Ay de los que están constreñidos por sus pecados y están cubiertos por sus iniquidades! Como el campo está constreñido por el bosque y su senda está cubierta por espinas, senda por la que no pasa el hombre, así el bosque queda excluido y enviado a ser devorado por el fuego.

(Traducción del latín de Domingo Muñoz León,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. VI)

Libro de los Jubileos

ESTA obra es una revelación de Dios a Moisés en el monte Siná por medio de un ángel de la «faz», o de la «divina presencia», es decir, los espíritus que están inmediatamente ante el trono de Dios. Lo que se revela en la obra es la historia del mundo hasta los tiempos del éxodo de Egipto del pueblo judío.

Aunque Dios ordena a Moisés escribir también lo que va a suceder en adelante, el Libro de los Jubileos recoge solo la historia desde la creación hasta el paso del mar Rojo: ello supone reescribir casi todo lo que cuenta el libro del Génesis a este respecto, pero desde otra perspectiva, con interesantes adiciones y sobre todo reveladoras omisiones. Por eso se denomina también a este libro «Pequeño Génesis». Copias de él se han encontrado entre los manuscritos del mar Muerto.

Lo peculiar de esta revelación es que ordena la primitiva historia del mundo y de los antepasados de Israel siguiendo un esquema en torno al número siete: una semana, semana de semanas, semanas de años o «jubileos». La razón de fondo para tal proceder es la exposición de un judaísmo ordenado en torno al descanso del sábado cada siete días, y en torno al siete como número sagrado.

El autor —desconocido— es un judío muy observante, con muy poco afecto hacia los paganos, y que pretende exhortar a su comunidad a una observancia a ultranza de la ley de Moisés so pena de encontrarse con castigos divinos terribles.

Cuando en la ficción el autor escribe sobre lo que ocurrirá en el futuro, se traslucen alusiones a los reyes macabeos, en concreto a Juan Hircano (hacia el 110 a. de C.), de lo que se deduce que tiene que haberse compuesto al menos después de esos años. Por ello, los comentaristas están de acuerdo en señalar para su composición el final del siglo II a. de C.

El Libro de los Jubileos se ha conservado solo en la Iglesia etíope, aunque su lengua original es, sin duda, el hebreo. Su autor tiene una mentalidad muy afín a la de los esenios, sin que podamos afirmar con seguridad si pertenecía o no a la secta.

Prólogo (1, 1-5)

Estas son las palabras de la distribución de los días de la Ley y el testimonio de los hechos en los años, sus septenarios y sus jubileos, en todos los años del mundo, tal como lo comunicó el Señor a Moisés en el monte Sinaí. Subió Moisés al monte del Señor y su gloria se aposentó sobre el Sinaí, y una nube lo cubrió durante seis días. Al séptimo, el Señor lo llamó desde la nube [...] y le mostró lo pasado y lo futuro de la distribución de los días de la Ley y la revelación. Le dijo:

—Presta atención a todo lo que voy a decirte en este monte y escríbelo en un libro para que vean las generaciones futuras que no les perdonaré el mal que hicieron descuidando la norma que establezco hoy entre tú y yo [...].

Un ángel escribe la Ley para Moisés (1, 27-2, 1)

Dijo entonces Dios al ángel de la faz:

—Escribe para Moisés lo ocurrido desde el principio de la creación hasta que me construyan mi templo entre ellos por los siglos de los siglos [...].

Y el ángel de la faz tomó las tablas de la distribución de los años de la creación, las de la Ley y la revelación por septenarios y jubileos, según cada año. Y dijo Dios [...]:

—Escribe toda la narración de la creación: cómo en seis días terminó el Señor Dios toda su obra y lo que había creado, cómo descansó el séptimo, santificándolo por toda la eternidad y estableciéndolo como señal de su obra [...].

Interpretación del diluvio (5, 1-10)

Cuando los hijos de los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra y tuvieron hijas, vieron los ángeles del Señor, en un año de este jubileo, que eran hermosas de aspecto. Tomaron por mujeres a las que eligieron entre ellas, y les parieron hijos que fueron los gigantes. Creció entonces la iniquidad sobre la tierra y todos los mor-

tales corrompieron su conducta y norma y empezaron a devorarse mutuamente; los pensamientos conscientes de todos los hijos de los hombres eran malvados siempre [...]. Dios se enojó sobremanera con los ángeles que había enviado a la tierra, despojándolos de todo poder, y nos ordenó atarlos en los abismos de la tierra, donde están presos y abandonados. Y contra sus hijos emanó sentencia de herirlos con espada y hacerlos desaparecer de bajo el cielo [...]. Y envió contra ellos su espada para que se matasen unos a otros. Este comenzó a matar a aquel, hasta que todos cayeron por la espada y desaparecieron de la tierra a la vista de sus padres, quienes fueron encarcelados luego en los abismos de la tierra hasta el día del gran juicio.

Los demonios seducen a los descendientes de Noé.

Explicación de la existencia del mal en el mundo (10, 1-14)

En el tercer septenario de este jubileo comenzaron los demonios impuros a seducir a los nietos de Noé, haciéndolos enloquecer y perderse. Se llegaron los hijos a su padre, Noé, y le hablaron de los demonios que seducían, extraviaban y mataban a sus nietos. Oró así Noé:

—Dios de los espíritus que están en toda carne, que tuviste misericordia de mí, me salvaste con mis hijos de las aguas del diluvio [...]; a estos espíritus que están ahora en vida enciérralos también y sujétalos en un lugar de suplicio [...].

Entonces el Señor nos ordenó apresar a todos. Pero llegó Mastema, príncipe de los demonios, y dijo:

—Señor Creador, déjame algunos de ellos que me obedezcan y hagan cuanto les mande, porque si no me quedan algunos no podré ejercer la autoridad que desee entre los hijos de los hombres, pues dignos son estos de destrucción y ruina —a mi arbitrio—, ya que es grande su maldad.

Ordenó Dios entonces que quedara con Mastema una décima parte, y que las otras nueve descendieran al lugar del suplicio. Y a uno de nosotros (los ángeles de la faz) dijo que enseñáramos a Noé toda su medicina, pues sabíamos que no se conducirían rectamente ni procurarían justicia.

Obramos según su palabra: a todos los malos que hacían daño los encarcelamos en el lugar del suplicio, pero dejamos a una décima parte

para que sirviera a Satanás sobre la tierra. Y comunicamos a Noé los remedios de las enfermedades, juntamente con sus engaños, para que curase con las plantas de la tierra. Noé escribió todo, como se lo enseñamos, en un libro con todas las clases de medicina, y los malos espíritus quedaron sin acceso a los hijos de Noé. Este dio todo lo que había escrito a su hijo mayor, Sem, pues lo amaba más que a todos sus hijos.

La edad mesiánica (23, 26-32)

En esos días los niños comenzarán a examinar las leyes y a estudiar los mandamientos, volviendo al camino de la justicia. Irán multiplicándose y creciendo las vidas de esos hombres, generación tras generación y día tras día, hasta que se acerquen sus vidas a los mil años y a muchos años de muchos días. No habrá anciano ni quien se canse de vivir, pues todos serán niños e infantes; pasarán todos sus días en salud y gozo, y vivirán sin que haya ningún demonio ni mal destructor, pues todos sus días serán de bendición y salud. Entonces curará el Señor a sus siervos, que se alzarán y verán gran paz. Se dispersarán sus enemigos, y los justos verán y darán gracias, regocijándose por los siglos de los siglos viendo en el enemigo todo sus castigo y maldición. Sus huesos descansarán en la tierra, su espíritu se alegrará sobremanera, y sabrá que existe un Señor que cumple sentencia y otorga clemencia a los centenares y miríadas que lo aman. Y tú, Moisés, escribe estas palabras, pues así está escrito y registrado en las tablas celestiales como testimonio de perpetuas generaciones.

(Traducción del etíope de Federico Corriente y Antonio Piñero,
Apócrifo del Antiguo Testamento, vol. II, pp. 81-187)

Dos apocalipsis de los manuscritos del mar Muerto

EL conjunto de los manuscritos del mar Muerto está formado por un grupo de lecciones menores de papiros y pergaminos judíos que se descubrieron por casualidad, los primeros, en 1947 y, el resto, en sucesivas campañas arqueológicas hasta 1977. Entre los diversos rollos destacan los Manuscritos de Qumrán, colección de textos hebreos, arameos y griegos encontrados en 11 cuevas en los alrededores de Khirbet Qumrán, cerca del mar Muerto. A pesar de que la discusión científica continúa, parece sensata la opinión de que el grupo de personas que está detrás de estos manuscritos es esenio, o al menos es con esta secta —conocida también por otras fuentes antiguas— con la que el contenido teológico de los escritos de Qumrán presenta una mayor afinidad.

Estos textos qumránicos son muy variados; hay en ellos reglas de comportamiento de la comunidad que presuntamente habitó en las instalaciones de Qumrán; textos con discusiones en torno a la ley de Moisés; muchos manuscritos bíblicos, sobre todo de los profetas; literatura de contenido escatológico o sobre el fin de los días; literatura exegética sobre ciertos pasajes de la Biblia hebrea; apócrifos del Antiguo Testamento; textos poéticos, litúrgicos, astronómicos, calendarios y horóscopos.

El origen de estas obras es dispar: unas proceden de la secta esenia misma; otras son meramente bíblicas o comentarios a ellas, y otras, finalmente, pueden ser escritos de diversa procedencia, pero que los miembros de la secta estimaban afines a sus creencias y dignas de ser conservadas.

El lugar de origen de todos estos manuscritos parece ser Israel; sus autores son todos anónimos y su fecha de composición oscila —aparte de los manuscritos con textos bíblicos o parabíblicos— entre comienzos del siglo II a. de C. hasta el 68 d. de C., fecha en el que el asentamiento de Qumrán fue destruido por los romanos.

El descubrimiento de estos manuscritos del mar Muerto es uno de los acontecimientos arqueológicos más importantes de las últimas centurias. Sus textos nos ayu-

dan no solo a conocer mejor el judaísmo de los siglos en los que fueron compuestos, sino también indirectamente para saber más del cristianismo, cuya teología es en muchos puntos afín a la que estos textos presentan.

I

HIMNO (HODAYOT) III 26-36

Entre los manuscritos del mar Muerto ocupan un lugar destacado los himnos compuestos probablemente por el fundador de la secta —el llamado Maestro Justo (literalmente, «Maestro de Justicia») hacia la mitad del siglo II a. de C.—, que proclama haber recibido abundantes revelaciones divinas que transmite a sus discípulos en estas composiciones poéticas. El himno III contiene un pequeño apocalipsis que describe los momentos finales del mundo.

Cuando las trampas de la fosa se abren,
 todas las mallas de la impiedad están extendidas
 y las redes de los perdidos están en la superficie del mar.
 Cuando vuelan sin retorno todas las flechas de la fosa,
 golpean sin esperanza.
 Cuando (parece) fallar la cuerda de medida para el juicio,
 el lote de la ira contra los abandonados,
 y la explosión de cólera contra los hipócritas,
 el tiempo de la ira contra todo Belial (Diablo),
 y las cuerdas de la muerte cercan sin escape,
 entonces los torrentes de Belial desbordarán las altas riberas,
 como el fuego que consume a todos los que sacan agua (?),
 destruyendo todo árbol, verde o seco, de sus canales.
 Él circula como llamas de fuego
 hasta que no queda ninguno de los que beben.
 Él devora los cimientos de arcilla
 y la extensión de la tierra seca.
 Los fundamentos de los montes quema,
 y transforma las raíces de sílex
 en torrentes de lava.
 Devora hasta el gran abismo.

Los torrentes de Belial se rompen contra el Abadón.
 Los maquinadores del abismo chillan con el estruendo
 de los que remueven el barro.
 La tierra grita por el desastre que sobreviene al orbe,
 y todos los maquinadores ululan;
 todos los que hay sobre ella enloquecen,
 y se disuelven en el gran desastre.
 Porque Dios atruena con el estruendo de su fuerza,
 y su morada santa resuena con la verdad de su gloria,
el ejército de los cielos añade su sonido,
los fundamentos eternos se disuelven y tiemblan,
 y la batalla de los héroes celestes (los astros) atraviesa el orbe
 y no retorna hasta haber completado
la destrucción decidida por siempre.
 No hay nada semejante.

II

REGLA DE LA GUERRA (1QM/1Q33)

Este manuscrito está formado por cinco pieles, curtidas en forma de hoja, que constituyen un rollo de casi tres metros de largo. Una mano desconocida describe en el texto la guerra definitiva, al final de los tiempos, entre los «hijos de la luz» — los israelitas fieles a la alianza con Dios, y en especial los miembros de la secta esenia, ayudados por los ángeles, en especial por Miguel — y los «hijos de las tinieblas» — todos los demás, los impíos en general —, conducidos por Belial, el Diablo. Esta batalla concluirá, naturalmente, con el triunfo definitivo de los «hijos de la luz» y con la aniquilación del ejército de los malvados. En muchos casos el texto los reúne bajo el nombre de «kittim»: «romanos» o «paganos en general», capitaneados por Satanás. Posteriormente, los «hijos de la luz», victoriosos, gozarán de los bienes paradisiacos, paz y bendición divinas eternas.

La finalidad de este escrito es — según su traductor al español — «presentar de manera dramática el conflicto final de las fuerzas del Bien y del Mal como una liturgia en la que las trompetas son tan efectivas como las lanzas y las espadas, en la que las plegarias sacerdotales son tan necesarias como los movimientos de tropas, y

en la que la revelación de la participación angélica y del resultado final junto con la victoria son tan importantes como las prescripciones sobre la pureza ritual de los participantes y las tácticas que deberán emplear para vencer a los enemigos. En este sentido, su finalidad, más que preparar o guiar el transcurso de esta guerra, es la de mantener viva la esperanza escatológica con la certeza del triunfo definitivo de los hijos de la luz.

Columna I: Primeros ataques

El primer ataque de los hijos de la luz será lanzado contra el lote de los hijos de las tinieblas, contra el ejército de Belial, contra la tropa de Edom y Moab y los hijos de Amón [...] y contra las tropas de los kittim (romanos o paganos en general), y contra quienes les ayudan de entre los impíos de la Alianza. Los hijos de Leví, los hijos de Judá y los hijos de Benjamín, los exiliados del desierto guerrearán contra ellos [...], contra todas sus tropas, cuando los hijos de la luz exiliados en el desierto de los pueblos retornen para acampar en el desierto de Jerusalén [...]. Y a su tiempo saldrá con gran furia para guerrear contra los reyes del norte, y su cólera exterminará y cortará su poder [...].

Seguirá un tiempo de salvación para el pueblo de Dios y un periodo de dominio para todos los hombres de su lote, y de destrucción eterna para el lote de Belial (el Diablo). Habrá pánico grande entre los hijos de Jafet, y caerá Asur, y no habrá socorro para ella. El dominio de los kittim se acabará; será abatida la impiedad sin que quede un resto, y no habrá escape para los hijos de las tinieblas. Y los hijos de la justicia resplandecerán en todos los confines de la tierra, y darán luz hasta el final de todos los tiempos eternos para paz y bendición, gloria y gozo y largos días para todos los hijos de la luz.

Y en el día en el que caigan los kittim habrá un combate y destrucción feroz ante el Dios de Israel, pues este será el día fijado por Él desde antiguo para la guerra de exterminio contra los hijos de las tinieblas. En ese día se enfrentarán para gran destrucción la congregación de los dioses y la asamblea de los hombres. Los hijos de la luz y el lote de las tinieblas guerrearán por el poder de Dios, entre el grito de una multitud inmensa y el clamor de los dioses y de los hombres, en el día de la calamidad. Será un tiempo de tribulación para todo el pueblo redi-

mido por Dios. De todas las tribulaciones ninguna será como esta, desde su incremento (¿?) hasta que se complete la redención eterna. Y en el día de su guerra contra los kittim saldrán de la destrucción. En la guerra los hijos de la luz serán los más fuertes durante tres lotes para aplastar a la impiedad; y en otros tres el ejército de Belial se ceñirá para hacer retroceder al lote (de los hijos de la luz) [...]. Los batallones de infantería harán derretirse el corazón, pero el poder de Dios reforzará el corazón de los hijos de la luz. Y en el séptimo lote la gran mano de Dios someterá a Belial y a todos los ángeles de su dominio, y a todos los hombres de su lote [...] para la destrucción de los hijos de las tinieblas [...].

Columna II 6-10: Levas entre los «hijos de la luz»

[...] Durante los treinta y tres años restantes de la guerra, de entre los hombres famosos convocados en la asamblea y todos los jefes de los padres de la congregación se escogerán hombres de guerra contra todos los países de las naciones; de todas las tribus de Israel se equiparán hombres valientes para salir en campaña según las prescripciones de la guerra año tras año. Pero durante los años de remisión no se equiparán para salir en campaña, pues es un sábado de reposo para Israel. Durante los treinta y cinco años de servicio la guerra será preparada durante seis años, y la preparará junta toda la congregación. Y la guerra de las divisiones tendrá lugar durante los veintinueve años restantes [...].

Columna XV 1-7: Momentos previos a la batalla: función de los sacerdotes

Pues habrá un tiempo de tribulación para Israel y un decreto de guerra contra todos los pueblos. Para el lote de Dios habrá redención eterna y destrucción para todos los pueblos impíos. Todos los que están preparados para la guerra irán y acamparán frente al rey de los kittim y frente al ejército de Belial reunido con él para el día del exterminio por la espada de Dios. El sumo sacerdote tomará posición, y sus hermanos los sacerdotes y los levitas y todos los hombres de la Regla estarán con él. Y dirá en sus oídos la plegaria para el tiempo de la guerra [...]. Y avanzará el sacerdote designado para el tiempo de la venganza se-

gún la decisión de todos sus hermanos y fortalecerá el corazón de los combatientes.

Columna XVI, 3-14: Diversos avatares de la lucha final

Obrarán de acuerdo con esta regla en ese día, cuando estén situados frente al campamento de los kittim. Después, el sacerdote hará sonar para ellos las trompetas de recuerdo, y las puertas de la batalla se abrirán. Los hombres de infantería saldrán y tomarán posiciones en columnas entre las líneas. Los sacerdotes harán sonar para ellos la llamada de la formación, y las columnas se desplegarán al son de las trompetas hasta que cada hombre se halle estacionado en su posición. Los sacerdotes harán sonar para ellos una segunda llamada para el asalto. Cuando estén al lado de las líneas de los kittim, a distancia de tiro, cada hombre llevará su mano a sus armas de guerra. Los seis sacerdotes harán sonar las trompetas de matanza con un son agudo para dirigir la batalla. Y los levitas y toda la turba con cuernos de carnero los harán sonar, y echarán mano para derribar a los malheridos de los kittim [v.]. Y cuando Belial se ciña para ayudar a los hijos de las tinieblas y comiencen a caer los muertos de la infantería según los misterios de Dios, y todos los designados para la batalla sean probados por ellos, harán sonar los sacerdotes las trompetas de llamada para hacer salir sus líneas. Y para los enzarzados en el combate harán sonar la retirada. El sumo sacerdote se acercará y tomará posición ante la línea y fortalecerá sus corazones.

Columnas XVIII 2-7 y XIX 1-8: Victoria definitiva de Israel y situación final paradisiaca

Los kittim serán aplastados sin un resto [...]. Y allí bendecirán a Israel, y tomarán los de Israel la palabra y dirán:

—Bendito sea tu nombre, Dios de dioses, pues has engrandecido a tu pueblo para hacer maravillas [...]. Tú muestras con nosotros mano misericordiosa en redención eterna, suprimiendo para siempre el dominio enemigo con mano poderosa [...], contra nuestros enemigos para

exterminio total [...]. El ejército de los espíritus está con nuestra caballería como nubes de rocío [...]. ¡Golpea a la naciones, tus adversarias, y que tu espada devore carne! ¡Llena tu tierra de gloria y tu heredad de bendición: multitud de ganados en tus campos, oro, plata, piedras preciosas en tus palacios! ¡Alégrate, Sión, intensamente! ¡Regocíjate todas las ciudades de Judá! ¡Abrid las puertas siempre para que entren las riquezas de las naciones! Te servirán sus reyes, y se postrarán ante ti tus opresores, y lamerán el polvo de tus pies. ¡Hijas de mi pueblo gritad con júbilo! ¡Adornaos con atavíos de gloria! [...] Israel, para reinar por siempre.

(Traducción del hebreo de Florentino García Martínez,
Textos de Qumrán, pp. 370-371 y 145-165)

Testamento de Job

ESTA obra, denominada también según los manuscritos Libro de Job, llamado Jobab, relata cómo Job, un pagano hijo de Esaú, se convierte a la religión verdadera, la judía, tras una revelación angélica. Luego narra cómo actúa Job de acuerdo con su nueva fe y confianza en el Dios único, en medio de múltiples pruebas y sufrimientos.

El origen de los males de Job es la oposición de Satán, pues al convertirse ordenó Job derribar un templo consagrado al Demonio. Este mata a los hijos de Job, le arrebató sus propiedades, hostiga contra él a sus conciudadanos y lo deja sumido en la miseria y aquejado de múltiples enfermedades. A pesar de estas pruebas, Job sigue fiel a Dios. Aparecen en escena más tarde tres personajes, antiguos amigos de Job, que dialogan con él sobre el origen de estos males. Durante la visita de los amigos aparece también Sítidos, mujer de Job, suplicando a los amigos que le ayuden a rescatar y dar sepultura a los cadáveres de sus hijos. Job lo impide, asegurando que sus cuerpos han resucitado y se hallan en los cielos. Confortada por esta noticia, muere Sítidos. Más tarde, en una aparición divina, Dios justifica a Job, lo declara inocente de toda culpa y hace que recobre la salud, otorgándole de nuevo todas sus riquezas.

Antes de morir, Job reparte entre sus hijos todos sus bienes. A sus hijas les entrega solo unos cinturones maravillosos que las convierten en profétisas y conocedoras de los bienes celestiales, lo cual vale más que cualquier tesoro terrenal. El libro concluye con la muerte de Job, la ascensión de su alma al cielo (parte escatológico-apocalíptica aquí reproducida) y la proclamación de la grandeza del personaje.

El libro de Job/Jobab es una obra plenamente judía, cercana a la piedad de los autores de los manuscritos del mar Muerto, sin retoques cristianos claros. Fue escrita originalmente en griego, aunque el autor refleja en su manera de escribir que es un judío de lengua materna hebrea o aramea. Fue compuesta entre el siglo I a. de C. y

el siglo I d. de C., ya que, por un lado, el autor conoce obras judías anteriores a esa fecha, como el Testamento de los Doce Patriarcas, y, por otro lado, la Carta de Santiago, del Nuevo Testamento, tiene a su vez conocimiento del contenido de este apócrifo de Job.

La intención del desconocido autor es resaltar la fidelidad a Dios por parte del héroe del relato y exhortar a los lectores a tener confianza en ese Dios a veces incomprendible en sus actuaciones, pero que al final premia siempre al justo. Insiste también en que los bienes espirituales son superiores a los materiales. La resurrección y el estado paradisiaco de los justos tras la muerte son los que fundamentan la paciencia del justo en esta vida.

La imagen de Job de este apócrifo, un hombre verdaderamente paciente ante las desdichas, ha influido más en el imaginario cristiano que la del Job canónico, un personaje mucho más protestón y casi blasfemo.

Tres amigos visitan a Job, enfermo y pobre (29, 1-32, 12)

Tras recibir información, salieron de la ciudad junto con mis conciudadanos. Estos les mostraron dónde estaba yo, Job, pero ellos se empeñaban en afirmar que no era yo (a causa de mi lastimoso estado). Mientras estaban dudando, se volvió Elifaz y dijo:

—¿Eres tú, Job, el que es rey como nosotros?

Yo, llorando, eché tierra sobre mi cabeza y, moviéndola, les respondí:

—Sí, yo soy [...].

Pero ellos se levantaron y dijeron: «No creemos que sea él» [...].

Tras siete días de deliberaciones, dijo Elihú a los reyes:

—Acerquémonos e investiguemos detenidamente si es él o no [...].

Elihú me dijo:

¿Eres tú aquel cuya gloria era en otro tiempo tan grande? ¿Eres tú aquel que, como el sol durante el día, brillaba sobre toda la tierra? [...].

Ante mi respuesta (positiva), rompió a llorar con grandes gemidos y entonó un lamento real:

—Tú eres el que había apartado siete mil ovejas para el vestido de los pobres, ¿dónde está ahora la gloria de tu trono? [...]. Tú eres el que poseía lechos de oro, ¿dónde está ahora la gloria de tu trono? [...]. Tú eres el que escarnecía a los injustos y pecadores, y ahora te has convertido en objeto de irrisión, ¿dónde está ahora la gloria de tu trono?

Respuesta de Job: El final de las almas justas está en el paraíso junto a Dios (33, 1-9)

Elihú se extendía tanto en su lamentación, mientras los otros reyes lo acompañaban entonado el estribillo, que se produjo una gran confusión. Cuando se apagó el griterío, les dije:

—Guardad silencio, que voy a mostraros
mi trono y mi gloria esplendorosa,
que se halla entre los santos.
Mi trono se halla en el reino supraterrrestre,
y su gloria y su esplendor están a la derecha del Padre de los cielos.
Mi trono es eterno;
el mundo entero pasará y su gloria perecerá,
y los que de él se preocupan lo acompañarán en su ruina.
Pero mi trono se halla en la tierra santa,
y su gloria en el mundo inmarcesible.
Los ríos se secarán,
y el orgullo de sus ondas descenderá a las profundidades del
[abismo.

Pero los ríos de mi tierra, donde se encuentra mi trono,
no se secarán ni desaparecerán,
sino que existirán para siempre.
Estos reyes pasarán y los jefes pasarán.
Su gloria y su jactancia serán como la imagen de un espejo.
Pero mi reino permanecerá para siempre;
su gloria y su esplendor se hallan en los carros (tronos) de mi Padre.

Muerte de Job y ascensión de su alma al cielo (52, 1-12)

(Pasado el tiempo) Job se acostó en su cama, pero sin dolores ni molestias, ya que el sufrimiento no podía alcanzarlo a causa del cinturón con el que iba ceñido. Tres días después vio a los que venían por su alma. Se levantó enseguida, tomó una lira y se la dio a su hija Hemera. A otra hija, Casia, dio un incensario, y a la tercera, Cuerno de Amalteia, un tambor para que todas bendijeran a los que venían por su alma.

Entonces bendijeron y alabaron al Señor, cada una en su lengua (angélica) especial.

Tras esto vino El que está sentado en el gran carro y saludó a Job. Las tres hijas y su padre veían la escena, pero los demás no. Tomó Aquel el alma de Job, se marchó volando teniéndola en sus brazos, la hizo subir a (su) carro y se encaminó hacia el oriente. Pero su cuerpo, envuelto, fue conducido a la tumba, precedido por sus tres hijas, ceñidas con los cinturones y entonando himnos a Dios.

(Traducción del griego de Antonio Piñero,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. V, pp. 177-215)

Testamento de Moisés

ESTA obra, llamada también Asunción de Moisés, contiene una parte que es un apocalipsis. El escrito en su conjunto recoge las palabras de adiós de este personaje, antes de morir, a su sucesor Josué, que sirven como su testamento. En esta alocución Moisés predice la historia de Israel desde la entrada en el país de Canaán hasta el final de los tiempos. El texto se nos ha transmitido incompleto, y hace una insistencia especial en los hechos que van desde el rey Herodes el Grande hasta la quema de una parte del Templo de Jerusalén en la primera revuelta de los judíos (tras la muerte de Herodes en el 4 a. de C.), que acabó trágicamente con la muerte de muchos israelitas a manos de los romanos. Según el autor, tras estos hechos vendrá pronto el fin del mundo.

El análisis del contenido de la obra lleva a la conclusión de que su autor pertenecía a un medio sectario judío con una mentalidad afín a los esenios, aunque no necesariamente vinculada a la ideología especial de los esenios de Qumrán, que formaron probablemente un grupo aparte dentro de la secta. Este autor está convencido de que vive al final de los tiempos.

La obra se debió de componer en Israel poco después de los últimos acontecimientos recogidos por ella —hechos presentados como una profecía, naturalmente—. Por tanto, entre los años 7 y 30 de nuestra era.

Aunque se nos ha conservado solo en latín y en un único manuscrito, el texto es una traducción del griego, el cual, a su vez, se remonta a un original semítico en hebreo o arameo.

Lo más original de este «testamento» es que presenta una doctrina escatológica sin mesías. El enviado celestial, que introduce los últimos tiempos, es una figura angélica, y el misterioso personaje que con su recto proceder hace que Dios apresure el final del mundo es un levita, llamado Taxo, que no tiene una función mesiánica: es

simplemente la figura ideal de un juicio piadoso, que cree en la retribución final divina y que está dispuesto a sufrir incluso el martirio por ser fiel a la Ley y a la alianza con el Dios de Israel.

La guerra anterior al fin de los tiempos (6, 1-9)

Entonces se alzarán contra los justos reyes poderosos que serán llamados sacerdotes del Altísimo, pero realmente obrarán la impiedad desde el santuario santo. Y les sucederá un rey insolente que no será del linaje de los sacerdotes, hombre audaz y descarado que los juzgará como se merezcan. A espada eliminará a los principales de entre ellos y en lugares desconocidos hará desaparecer sus cuerpos, para que nadie sepa dónde están. A ancianos y jóvenes matará sin miramiento. Entonces habrá entre ellos, en el país, un intenso miedo hacia él. Durante treinta y cuatro años los sojuzgará como los habían sojuzgado los egipcios y les impondrá penalidades. Y engendrará hijos que al sucederle dominarán por espacios de tiempo más breves.

A sus regiones llegarán cohortes y un poderoso rey de occidente que los someterá, los llevará cautivos y una parte de su templo a fuego quemará. A algunos crucificará en torno a su colonia.

El final de los tiempos (7, 1-10)

Tras lo cual llegarán a su fin los tiempos. En un momento terminará el segundo curso, las cuatro horas llegarán [...]. Entonces reinarán entre ellos hombres malsanos e impíos, aparentando ser justos. Estos excitarán la cólera del corazón divino, pues serán hombres falsos, contentos de sí mismos, hipócritas en todos sus asuntos y amantes de banquetes a cualquier hora del día, glotones insaciables. Dicen obrar así por justicia, pero son devoradores de los bienes de los pobres, que como cazadores reclaman; falaces, que se ocultan para no ser reconocidos; impíos, llenos de iniquidad desde la aurora hasta la puesta del sol; gentes que dicen: «Tendremos festines y abundancia en el comer y beber, nos trataremos como si fuéramos príncipes». Y aunque sus manos y sus mentes se ocupen de cosas impuras, su boca será grandilo-

cuenta, llegando a decir: «No me toques, no sea que me manches en la posición que ocupó».

La persecución final por el rey de reyes terreno (8, 1-5)

Y vendrá sobre ellos un segundo castigo y una cólera como no les había sucedido desde el comienzo del mundo hasta aquel momento, en el que se suscitará contra ellos al rey de reyes de la tierra y soberano de gran poderío, que crucificará a quienes confiesen su circuncisión. Y a quienes la nieguen torturará y entregará para que aherrojados sean conducidos a prisión. Y sus mujeres serán ofrecidas a los dioses de los gentiles, y sus hijos pequeños serán operados por puericultores para que les rehagan el prepucio. Y otros entre ellos serán castigados con torturas, fuego y espada, y serán forzados a llevar en público sus ídolos, impuros como son, al igual que quienes los guardan. Y por quienes los torturan serán igualmente forzados a entrar en el lugar secreto para ellos, y con agujones serán obligados a blasfemar injuriosamente contra la Palabra y, finalmente, tras esto, contra las leyes y cuanto tengan sobre su altar.

El levita Taxo y sus siete hijos (9, 1-7)

Entonces en aquel día habrá un hombre de la tribu de Leví, cuyo nombre será Taxo, quien, teniendo siete hijos, les dirá, exhortándolos:

—Mirad, hijos míos, he aquí que ha sobrevenido al pueblo una segunda venganza cruel e impura, repetición inmisericorde y superior a la primera. Pues ¿qué nación, qué país, o qué pueblo de los impíos respecto al Señor, que cometieron muchas abominaciones, ha sufrido tantos males como los que nos han alcanzado? Ahora, por tanto, hijos míos, escuchadme; ved, pues, y sabed que ni nuestros padres ni sus antepasados tentaron nunca a Dios de suerte que llagaran a transgredir sus mandamientos. Sabéis ciertamente que estos constituyen nuestra fuerza. Esto haremos: ayunemos durante tres días y al cuarto entraremos en una cueva que hay en el campo y muramos antes que transgredir los mandamientos del Señor de los Señores, del Dios de nuestros

padres. Pues si hacemos esto y morimos, nuestra sangre será vengada ante el Señor.

Intervención celeste y fin del mundo (10, 1-15)

Entonces se manifestará su reino sobre toda su creación, entonces el Diablo tendrá su fin y la tristeza se alejará con ella. Entonces será investido el Enviado, que en lo más alto se encuentra establecido, y al punto los vengará de sus enemigos. Pues se levantará el Celeste de su trono real y saldrá de su santa morada, inflamado de cólera a favor de sus hijos. Temblará la tierra, hasta sus confines será sacudida, y las altas montañas serán abatidas [...]. El sol no dará luz y en tinieblas se tornarán los cuernos de la luna, se romperá y se convertirá toda en sangre, y la órbita de las estrellas se alterará. El mar hasta el abismo se retirará, las fuentes de las aguas cesarán, y los ríos quedarán eternamente secos. Pues el Altísimo eterno se alzarán solo, aparecerá para tomar venganza de las naciones y destruirá todos sus ídolos.

Entonces, tú, Israel, serás feliz, montarás sobre cuello y alas de águila, y se consumarán tus días. Te exaltará Dios y te establecerá en el cielo de las estrellas, en el lugar de su morada. Contemplarás desde lo alto y verás a tus enemigos sobre la tierra; al reconocerlos te alegrarás y dándole gracias, confesarás a tu Creador.

Y tú, Josué, hijo de Nave, guarda estas palabras y este libro. Pues desde mi muerte y acogida hasta su llegada serán doscientos cincuenta tiempos los que habrán de producirse. Y este es el curso de los tiempos al que se adaptarán hasta que sean consumados. Yo, por mi parte, iré a dormir con mis padres. Así pues, tú, Josué, hijo de Nave, cobra ánimo, pues te ha elegido Dios para ser mi sucesor en la misma alianza.

(Traducción del griego de Luis Vegas Montaner, *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. V., pp. 257-277)

Testamento de los Doce Patriarcas

ES esta una obra amplia que consta de doce partes: cada una de ellas se presenta como el «testamento» de uno de los hijos de Jacob. Su estructura es siempre la misma: un preámbulo, seguido por el testamento propiamente tal, y una última sección dedicada a la muerte y enterramiento del personaje. La parte central se divide, a su vez, en tres secciones: vida sucinta del personaje, exhortación moral que recoge las lecciones de su vida y predicciones para el futuro.

El Testamento de los Doce Patriarcas es una obra verdaderamente notable tanto por su contenido dogmático como ético, y pertenece al tipo de literatura judía que complementa un pasaje bíblico, en este caso las bendiciones que aparecen en los capítulos 49 del libro del Génesis y 33 del Deuteronomio.

Los paralelos con los textos del mar Muerto, las exhortaciones morales que reflejan una atmósfera muy afín a la cristiana, las doctrinas mesiánicas y escatológicas y su espíritu universalista, que rompe los marcos de otro tipo de judaísmo, hacen de este apócrifo una obra verdaderamente interesante que refleja la pluralidad del judaísmo de la época helenística. En lo que respecta a la escatología, el autor, o autores, espera una intervención de Dios que aparecerá en la tierra para salvar a Israel y a los justos de entre los gentiles. El agente salvador será una especie de figura doble que ejecuta a la perfección las funciones ideales de Judá (mesías guerrero) y del Leví (mesías sacerdotal), primando esta última función sobre la guerrera-política.

Desgraciadamente, tal como ha llegado hasta nosotros, la obra ha sido interpolada por manos cristianas. Sin embargo, los especialistas están de acuerdo en que no es difícil separar estas glosas de escritas posteriores y recuperar así el tenor de lo que fue el escrito original. No podemos estar seguros, sin embargo, si este texto fue compuesto en una lengua semítica, hebreo o arameo, o bien directamente en griego. Parece más plausible la primera hipótesis, dado el tenor del texto griego, con sabor fuertemente semítico.

El autor tanto de la obra básica judía, como de las interpolaciones cristianas, nos es desconocido. Respecto a la fecha de composición del texto base, las opiniones varían, oscilando entre el siglo II a. de C. y el I d. de C.

En los pasajes que ofrecemos a continuación eliminamos las glosas cristianas.

Aparición de Dios sobre la tierra en el futuro para salvar a Israel
(Testamento de Simeón 6, 1-5)

Ved que os lo he anunciado todo de antemano para quedar exonerado de vuestros pecados. Pero si erradicáis de vosotros la envidia y la dureza de corazón,

florecerán como una rosa mis huesos en Israel,

y mi carne como un lirio en Jacob;

mi aroma será como el del Líbano;

y los santos que de mí salgan

se multiplicarán para siempre como cedros,

y sus ramas se extenderán a gran distancia.

Entonces perecerá el linaje de Canaán,

y a Amalec no le quedará ningún resto;

perecerán todos los capadocios,

y todos los heteos serán aniquilados.

Desfallecerá la tierra de Cam,

y todo ese pueblo perecerá.

Entonces descansará la tierra de turbación,

y de guerra todo lo que hay bajo el cielo.

Entonces Sem será cubierto de gloria, porque el Señor Dios, el grande de Israel, aparecerá sobre la tierra salvando para sí mismo a Adán.

Todos los espíritus del error serán pisoteados,

y los seres humanos reinarán sobre los malos espíritus.

Entonces resucitaré con alegría

y alabaré al Altísimo por sus maravillas.

Futura salvación, o condenación, de todos los hombres
(Testamento de Leví 4, 1-5)

Sábete, pues, que el Señor juzgará a los humanos porque —aunque se hiendan las piedras, se torne el sol en tinieblas, se sequen las aguas, se enfríe el fuego, se turbe la creación toda y queden aniquilados los espíritus inmortales— los seres humanos, desobedientes, continuarán con su maldad. Por ello serán castigados en el juicio. El Altísimo ha oído tu plegaria, Leví, para apartarte de la maldad, para que seas su hijo, siervo y ministro delante de Él. Tú harás brillar en Jacob la luz resplandeciente de la sabiduría, y serás como el sol para toda la descendencia de Israel. Dios te dará su bendición, a ti y a tu descendencia, hasta que el Señor visite a todas las naciones para siempre. Por esto te ha sido dada voluntad e inteligencia para que sobre ellos puedas instruir a tus hijos.

El sumo sacerdote mesiánico (Testamento de Leví 18, 2-14)

Entonces (después del séptimo jubileo de años) suscitará el Señor un sacerdote nuevo,

a quien serán reveladas todas las palabras del Señor.

Él juzgará rectamente en la tierra durante muchos días.

Brillará como el sol en la tierra,

eliminará todas las tinieblas bajo el cielo,

y habrá paz en todo el mundo.

Los cielos se regocijarán en sus días,

y la tierra se alegrará.

Las nubes exultarán;

el conocimiento del Señor se verterá sobre toda la tierra

como agua de los mares,

y los ángeles de la gloria

se alegrarán en él.

Desde el templo glorioso bajará sobre él la santificación

con la voz del Padre, como la de Abraham a Isaac.

Le será concedida la gloria del Altísimo,

y el espíritu de sabiduría y santidad reposará sobre él.

Transmitirá a sus verdaderos hijos la grandeza del Señor por
[siempre,
y no tendrá otro sucesor de generación en generación eternamente.
Durante su sacerdocio los pueblos gentiles de la tierra
abundarán en conocimiento,
y se verán iluminados por la gracia del Señor.
Durante su sacerdocio se eliminará el pecado,
y los impíos cesarán de obrar el mal.
Él abrirá ciertamente las puertas del paraíso,
y apartará de Adán la espada amenazante.
A los santos dará a comer del árbol de la vida,
y el espíritu de la santificación estará sobre ellos.
Él atará a Beliar
y dará poder a sus hijos para pisotear a los malos espíritus.
El Señor se regocijará en sus hijos,
y pondrá sus complacencias en sus amados por siempre.
Entonces exultarán Abraham, Isaac y Jacob.
Yo, Leví, me alegraré también
y todos los santos se revestirán de alegría.

(Traducción del griego de Antonio Piñero,
Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. V, pp. 40-41; 47-48; 59-61)

Oráculos sibilinos judíos y cristianos

*L*A enorme fama de la Sibila en todo el mundo antiguo, aceptada por todos, incluidos los cristiano fieles, como auténtica reveladora de oráculos divinos, hizo que los judíos primero, y luego los cristianos, falsificaran estos oráculos con fines de propaganda religiosa. El motivo de fondo de esta falsificación era claro: hasta la suprema profetisa de los paganos es una defensora del Dios único y de sus adoradores y doctrina. Y como las profecías de la Sibila se habían transmitido en hexámetros (versos de seis pies) homéricos, los falsificadores utilizaron el mismo molde literario.

En la Antigüedad hubo muchas Sibilas (se han contabilizado por lo menos diez, con nombres diversos), pero la que más fama adquirió fue la de Cumas, ciudad de la Campania italiana, a unos 16 kilómetros de Nápoles. Allí, en una cueva o antro de una montaña cercana, daba a conocer la profetisa los oráculos del dios Apolo. Otras sibilas famosas fueron la Tiburtina o la de Eritrea, que también habla en los versos que recogemos.

Los diversos libros conservados de estos oráculos falsos, de los que ofrecemos fragmentos, son de diversa procedencia geográfica —el Egipto helenizado, Israel/Palestina, Siria, Asia Menor— y de diversa época: desde el siglo I a. de C. hasta otros de los siglos IV y V. El más antiguo de estos textos parece ser el Libro III que reúne oráculos del siglo I a. de C.

El interés teológico de los falsificadores sibilistas, junto con la propaganda a favor del monoteísmo, fue la proclama de la necesidad de conversión a ese Dios único, insistiendo sobre todo en las grandes catástrofes y castigos que conlleva un proceder contrario. El fin del mundo —que se piensa muy cercano— está también a menudo presente en estos versos.

Libro II, 1-19

En el momento en el que Dios hizo cesar el omnisciente canto,
después de mis numerosas súplicas, en ese instante depositó de
[nuevo en mi pecho
la muy gozosa voz de divinas palabras.

Entonaré estas profecías mientras todo mi cuerpo está lleno de
[estupor, pues ni siquiera sé
lo que digo, pero Dios me ordena que todo lo proclame.

Mas cuando sobre la tierra se produzcan seísmos, devastadores
[rayos,
truenos y relámpagos, lluvias y también añublo en la tierra,
el enloquecimiento de los chacales y de los lobos, matanzas
y aniquilamientos de hombres, de mugientes vacas,
de domésticos cuadrúpedos, de acémilas aptas para el trabajo,
y de cabras y ovejas, a continuación la tierra,
abandonada en su mayor parte, se tornará baldía a causa
del descuido, y escasearán los frutos. Los hombres libres serán
[vendidos

entre la mayoría de los mortales, y los templos serán profanados.

Entonces llegará después de eso la décima generación
de mortales, cuando el Dios que sacude la tierra y que despide
[relámpagos

rompa el fervor de los ídolos, agite al pueblo
de Roma, la de las siete colinas, y su gran riqueza perezca
abrasada en inmenso fuego por la llama de Hefesto [...].

Libro III, 1-7; 796-818

Altitonante, bienaventurado ser celestial que habitas el lugar
[edificado sobre los querubines,
te suplico, haz que por un instante deje de anunciar mis profecías
[llenas de verdad,
pues ya está fatigado mi espíritu dentro de mí.

Mas ¿por qué de nuevo mi corazón se agita y mi ánimo,
por látigo azotado, se ve forzado dentro

a anunciar mis palabras a todos? He aquí que de nuevo proclamaré
[todo

cuanto Dios me ordena anunciar a los hombres [...].

Una señal muy clara te revelaré para que comprendas
cuándo llegará el fin de todo sobre la tierra:

Será en el momento en el que en el cielo estrellado
se vean por la noche espadas hacia poniente y hacia levante,
y al punto también una nube de polvo se abalance desde el cielo
sobre la tierra toda y desaparezca todo el brillo del sol
al mediodía, y los rayos de la luna
sean entonces visibles, y cuando de repente caigan sobre la tierra
gotas de sangre y de las piedras como señal.

Y cuando en una nube veáis un combate de infantes y jinetes
como una cacería de fieras, semejante a las brumas.

Entonces será el fin que Dios, que el cielo habita, dará a la guerra.

Mas es preciso que todos hagan sacrificios al Gran Rey.

Tras dejar los muros babilónicos de Asiria,
por aguijón enloquecida, he venido a revelar
con mis profecías a todos los mortales las indicaciones de Dios,
como fuego enviado contra la Hélade,
de suerte que profetice para los mortales los enigmas divinos.

Y los mortales de la Hélade dirán que soy de otra patria:

impúdica nacida en Eritrea. Estos dirán
que soy la enloquecida y mendaz Sibila, hija de Circe y de padre
[desconocido.

Mas cuando todo suceda,
entonces os acordaréis de mí y ya nadie
me llamará loca, sino profetisa del Dios todopoderoso.

Libro IV 1-7; 24-47; 179-191

Escucha, pueblo de Asia altiva y de Europa,
por mi boca de variado sonido,
todas las verdades que me dispongo a profetizar por mandato de
[nuestro gran Dios,
no como reveladora de oráculos del falso Febo [...],

sino de Dios todopoderoso, al que no plasmaron las manos de los
[mortales

en forma de imágenes mudas de piedra pulida [...].

Los necios, dirigiendo a los justos resoplidos de su mofa y risa
con insensateces intentarán atribuirles

cuantos malévolos y perversos actos cometan ellos,

pues la raza humana entera es lo más engañoso que existe.

[Mas cuando llegue ya

el juicio del mundo y de los mortales que Dios mismo

llevará a cabo al juzgar a la vez a impíos y a piadosos,

entonces enviará a los primeros al fuego bajo las tinieblas,

y entonces comprenderán cuán grande impiedad cometieron.

Pero los piadosos permanecerán sobre la fértil tierra,

porque Dios les concederá a un tiempo espíritu, vida y gracia.

Todo esto se cumplirá sin duda en la décima generación [...].

Mas cuando ya todo se transforme en ceniza y ascuas,

y Dios haga descansar también al fuego inextinguible, igual que lo

[prendió,

entonces Dios dará forma de nuevo a los huesos y cenizas de los

[hombres,

y de nuevo hará que se levanten los mortales, como antes eran.

Y entonces tendrá lugar el juicio en el que Dios mismo

será de nuevo juez del mundo. A cuantos por impiedad

pecaron, otra vez la tierra amontonada sobre ellos los ocultará,

el lóbrego Tártaro y las profundidades horribles de la Gehenna.

Y cuantos son piadosos de nuevo vivirán sobre la tierra,

porque Dios les concederá a un tiempo espíritu y gracia

por su piedad. Entonces todos se verán a sí mismos al contemplar

[la grata luz del sol.

¡Bienaventurado el hombre que en ese tiempo llegue a existir sobre

[la tierra!

Libro V, 361-385

Habrá en los últimos tiempos, cuando la luna se extinga,

una guerra que extenderá su locura por el mundo, basada en la

[astucia con engaños.

Pero en el tercer lote, del ciclo de años de la tercera ogdóada,
se verá de nuevo otro mundo.

Y entonces el terrible olor a azufre se extenderá en derredor
anunciando la muerte, cuando aquellos perezcan
entre tinieblas y plagas. Entonces creará ÉL la mente pura
de los hombres y restaurará tu raza como antes fue.

Ya nadie trazará profundo surco con curvo arado;
los bueyes no hundirán en la tierra el hierro enderezador;
ya no habrá sarmientos ni espigas, sino que todos a una
comerán con blancos dientes el maná cubierto de rocío.

Con ellos estará también Dios, que les enseñará,
igual que a mí, mísera. Pues ¡cuántas malas acciones cometí

[antes [...]].

¡Ojalá me lapidéis! ¡Sí, lapidadme todos!

Pagaré así mis culpas y pondré mis ojos fijos en el cielo.

Libro VIII, 1-3; 17-23; 37-58; 199-215

Alguna vez, altiva Roma, caerá sobre ti desde lo alto
el mismo golpe celestial, doblada tu cerviz la primera,
serás arrancada de tus cimientos, el fuego te consumirá entera,
yacente sobre tus propios fundamentos; tu riqueza se perderá,
y los lobos y las zorras habitarán tus ruinas.

Entonces te quedarás totalmente desierta, como si nunca hubieras
[existido].

¿Dónde estará tu Paladio? ¿Qué clase de Dios te salvará? [...].

Mas cuando se sucedan en tí, en la molicie acostumbrada,

[tres veces cinco reyes,

que hayan esclavizado el mundo de Oriente hasta Occidente,
existirá un caudillo de cabeza cana, de nombre cercano al del mar,
que visitará el mundo con pie veloz, proporcionará dones,
tendrá oro abundantísimo, reunirá aún

más plata de sus enemigos y, tras despojarlos, emprenderá

[el regreso].

Participará en todos los misterios de los mágicos recintos

[impenetrables, designará

a su hijo dios, suprimirá todos los cultos,
 abrirá a todos desde el principio los misterios que conducen
 [al error [...].

Mas cuando la décima generación penetre en la morada del
 [Hades,
 grande será después el poder de una mujer, para la que
 Dios mismo hará que surjan importantes calamidades, cuando,
 [coronada,
 haya conseguido honores de reina; un año entero tendrá la mitad
 [de su duración.

El sol, con exhaustiva carrera, brillará incluso de noche,
 y las estrellas abandonarán la bóveda celeste.
 Entre los zumbidos de un fuerte huracán
 convertirá la tierra en yermo; tendrá lugar la resurrección
 [de los muertos;

la carrera de los cojos será muy veloz, los sordos oirán,
 los ciegos verán, hablarán los que no hablaban
 y todos disfrutarán de vida común y de riqueza.
 La tierra será de todos por igual, sin estar dividida por muros
 [y cercados;

producirá algún día frutos más abundantes.
 y dará fuentes de dulce vino, de blanca leche y de miel.
 Mas cuando Dios haga cambiar los tiempos
 y transforme el invierno en verano, entonces se cumplirán todos los
 [designios.

Libro XII, 1-37; 155-173

Vamos, ahora escucha de mí lo que voy a decir
 sobre la época de los latínidas, llena de lamentos [...].
 Cuando el astro brillante, en todo igual al sol,
 desde el cielo aparezca al mediodía,
 entonces a escondidas llegará la Palabra del Altísimo
 para traernos su carne a semejanza de los mortales. Mas con su
 [ayuda
 se acrecentará el poderío de Roma y de los gloriosos latinos.

Y luego el propio gran rey morirá por obra de su particular destino,
después de traspasar a otro su poder real.

Después de este, otro hombre, vigoroso lancero, reinará [...].

En aquellos momentos reinarán sobre los violentos romanos
dos soberanos, hombres rápidos en hacer la guerra; uno ostentará
el número setenta; el otro será de la tercera cifra.

Y entonces el toro de alta cerviz, escarbando con sus pezuñas
en la tierra y levantando polvo con sus dos cuernos,
causará numerosos males al reptil de piel oscura,
que al arrastrarse hará un surco con sus escamas,
Y a continuación él mismo morirá.

Tras él llegará de nuevo otro ciervo de hermosos cuernos,
hambriento, que irá por los montes ansioso de llenar su vientre
de animales venenosos; entonces vendrá, enviado por el sol,
un león terrible y temible, con aliento de abundantes llamas.

Entonces en verdad, con grande e impúdica audacia, este a su vez
[matará

al ciervo veloz de hermosa cornamenta, a la enorme fiera
venenosa y temible, que continuos silbidos lanza,
y al macho cabrío, de oblicuo caminar, y la gloria lo acompañará.
Él sano, incólume, inaccesible,

reinará sobre los romanos y los persas perderán su poderío.

Mas ahora, Soberano rey del mundo, Dios, haz cesar el canto de
[mis versos.

Libro XIV, 1-18; 331-360

Hombres, ¿por qué en vano, como si fuerais inmortales,
a pesar de la brevedad de vuestro poderío, tenéis sentimiento en
[exceso altivos,

y todos queréis reinar sobre los mortales,
sin comprender que Dios mismo aborrece el afán de dominio [...].

Prefirieron todos los mantos de purpúreo tejido,
y no ansían más que guerras, lamentos y matanzas.

Breve destino les dará Dios inmortal, que en el éter habita:
los aniquilará y en distintos lugares los matará [...].

Un «apocalipsis mesiánico» pagano: Égloga IV de Virgilio

PUBLIO Virgilio Marón (nacido hacia el 70 a. de C., muerto en 19 a. de C.) es, quizá, el poeta latino de mayor renombre, y su fama se debe sobre todo al gran poema épico la Eneida. Pero también es muy conocido por su poesía bucólica o «pastoril», en la que se refleja el paisaje de los campos y bosques de su infancia y los sentimientos anímicos —en ocasiones tristes y melancólicos— suscitados en su espíritu por el contacto con la naturaleza.

Después de la batalla de Filipos (42 a. de C.), en la que las tropas de Marco Antonio y Octavio (el futuro Augusto) derrotaron a las huestes de los asesinos de Julio César, Casio y Bruto, hubo numerosas confiscaciones de tierras en Italia entre los presuntos partidarios de los tiranicidas. La familia de Virgilio estaba en el número de los damnificados. Pero más tarde, gracias a la intervención personal de Octavio, Virgilio recuperó las propiedades familiares. Por ello expresó en repetidas ocasiones su agradecimiento al futuro «Príncipe», por ejemplo en la Égloga I 6-8 (donde lo llamaba «dios»), o en la Eneida VI 791-793, donde lo calificaba de «héroe» e «hijo de dios»). Dentro de este ambiente agradecido al gobernante —que se muestra como un divinidad que concede la paz y los bienes materiales— se halla la Égloga IV, compuesta hacia el 40 a. de C. En ella el poeta, como un vate inspirado, canta críticamente el advenimiento de una nueva «edad de oro» para la humanidad ligada al misterioso nacimiento de un niño. Los cristianos, un centenar y pico de años más tarde, interpretarán este texto como una profecía escatológica, referida a los últimos tiempos... , aunque en realidad la égloga hiciera alusión a otro evento, quizá el nacimiento de Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto, infante desafortunado por su muerte prematura en el que se habían depositado múltiples esperanzas como sucesor de la obra de su tío.

Este «apocalipsis» de Virgilio tiene evidentes concomitancias con textos judíos apocalípticos. Los estudiosos discuten si el poeta latino conocía algunos escritos judíos

de este género e imitó su estilo. Sea de ello como fuere, lo cierto es que más de veinte siglos después siguen los investigadores discutiendo sobre el significado exacto de este texto, que aún no ha desvelado completamente sus secretos.

Oh musas sicilianas, cantemos temas más elevados [...].

Ya llega la edad última anunciada en los oráculos de la Sibila
[cumana,

ya comienza de nuevo una serie grandiosa de siglos,
ya regresa la Virgen (Astraea), ya vuelve el reinado de Saturno;
ya desciende de los cielos una nueva progenie.

Tú, oh casta Lucina, favorece al niño que va a nacer ahora,
con el cual concluirá por fin la época de hierro,
y por todo el mundo hará surgir una edad dorada.

Ya tu (hermano) Apolo reina.

Sí, contigo, en tu consulado, oh Polión, comenzará esta era
[esplendorosa

y en ella los grandes meses iniciarán su curso.

Bajo tu égida, si de nuestra maldad subsiste alguna huella,
[quedará eliminada;

y libre se verán las tierras de sus perpetuos temores.

Este niño recibirá una vida divina, y verá a los héroes
convivir junto con los dioses; y él mismo será visto entre ellos;
al orbe apaciguado (este niño) regirá con las paternas dotes.

Para ti, oh infante, producirá en primicias la tierra inculta
hiedras trepadoras, nardo y colocasias
entreveradas con sonriente acanto.

Por sí solas volverán entonces las cabrillas al redil, plenas
las ubres de leche, y los rebaños no temerán a los corpulentos
[leones;

tu propia cuna florecerá sin necesidad de cuidados fragantes flores;
perecerán las sierpes y las falaces hierbas, llenas de veneno;
por todas partes brotará el cinamomo asirio.

Mas cuando leer puedas las alabanzas de los héroes
y las hazañas de tu padre, y conocer puedas lo que es la virtud,
poco a poco amarillearán los campos con ondulantes espigas,
rojos racimos penderán de las incultas zarzas,
y las recias encinas destilarán rocío de miel [...].

Mas apenas alcances la robustez de la viril edad,
el navegante se alejará del mar espontáneamente, y las leñosas
[naves

dejarán su tráfico: todo lo ofrecerá la tierra entera.
No sufrirán los campos los arados; ni la vid, la podadera;
y el robusto labrador desuncirá los bueyes de su yugo,
y no aprenderá la lana a teñirse con fingidos colores;
por sí mismo, el carnero en los prados mudará sus vellones
de encendida púrpura o amarillo azafrán;
por sí misma la escarlata vestirá a los corderos mientras pastan.
Corred siglos venturosos, dijeron a sus husos las Parcas,
de acuerdo con el fijo designio de los Hados.
Ya es llegado el tiempo: accede a los grandes honores,
¡oh cara estirpe de los dioses! Oh insigne vástago de Júpiter!
Mira cómo se agita el mundo sobre su pesado eje,
la tierra y el espacioso mar con el profundo cielo.
¡Mira cómo todo se regocija con el nuevo siglo que ha de llegar!

(Traducción del latín de Antonio Piñero, P. Vergili Maronis,
Opera, recognovit... Fredericus A. Hirtzel, Oxonii, 111942, pp. 10-12)

II

APOCALIPSIS CRISTIANOS

Pablo de Tarso y su escuela

HASTA ahora hemos presentado apocalipsis fundamentalmente judíos. Aunque muchos de ellos han sido retocados por escribas posteriores cristianos, los investigadores han sabido deslindar estas interpolaciones de los escritos base judíos y, hasta cierto punto, reconstruir estas bases primitivas.

A partir de este momento, el presente libro se concentra en productos netamente cristianos, aunque el trasfondo —y a veces la copia directa— de elementos judíos es evidente.

I

CARTA PRIMERA A LOS TESALONICENSES 4,13-5,11

Pablo de Tarso es el primer gran teólogo cristiano y la Primera Epístola a los Tesalonicenses es el primer texto, cronológicamente, que de él conservamos. Hay un acuerdo casi unánime entre los investigadores en que esta carta debió de componerse entre el 51/52 d. de C., es decir, unos treinta años, o quizá menos, después de la muerte de Jesús.

El fragmento que presentamos tiene como trasfondo la creencia absoluta de Pablo en un fin del mundo inminente. Al igual que Jesús de Nazaret, el apóstol estaba totalmente convencido de que «la figura de este mundo pasa deprisa», de tal modo que la venida de Jesús como Mesías definitivo (la «parusía» o presencia de Jesús en su «segunda venida» como juez universal de vivos y muertos) se imaginaba tan próxima que casi todos los seguidores del Mesías en aquellos momentos estarían aún en vida cuando volviera.

En la comunidad de Tesalónica, sin embargo, se habían producido ya algunas muertes de cristianos. Los convertidos por Pablo, un tanto preocupados por este hecho, le preguntan qué iba a pasar con esos creyentes que ya se «habían dormido»: no estarían vivos cuando viniera el Señor definitivamente. Entonces Pablo responde con claridad a esta cuestión en la última parte de su carta

La venida del Señor: 4, 13-5, 11

4,13 No queremos, hermanos, que sigáis ignorando lo relativo a los muertos para que no os apenéis tal como hace el resto, aquellos que no tienen esperanza. **14** Pues si confiamos que Jesús murió y resucitó, así también Dios llevará con él a quienes han muerto mediando Jesús. **15** Pues os digo esto con la palabra del Señor, que nosotros los vivos, los que sobrevivimos hasta la vuelta del señor, no aventajaremos a los muertos, **16** porque el Señor mismo, con una orden, con la voz de un arcángel y con la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron mediando el Ungido resucitarán primero; **17** después, nosotros, los vivos, los que sobrevivimos, seremos arrebatados entre nubes con ellos al encuentro del Señor en los aires; y así estaremos siempre junto al Señor. **18** Así pues, animaos entre vosotros con estas palabras.

5,1 En cuanto al momento y ocasión concreta, hermanos, no tenéis necesidad de que se os escriba, **2** pues vosotros mismos sabéis bien que el día del Señor vendrá como un ladrón nocturno. **3** Cuando digan: «Paz y seguridad», entonces, repentina, les sobrevendrá la perdición, exactamente como el dolor del parto a una embarazada, y no escaparán. **4** Pero vosotros, hermanos, no estáis en la oscuridad como para que el día os sorprenda como un ladrón, **5** Pues todos vosotros sois los hijos de la luz y los hijos del día. No somos los hijos de la noche ni de la oscuridad. **6** Así pues, no nos durmamos como los demás, antes bien, vigilemos y mantengámonos sobrios. **7** Pues los dormidos, duermen de noche, y los borrachos, se emborrachan de noche; **8** nosotros, que somos los hijos del día, mantengámonos sobrios, vistiendo la coraza de la confianza y del amor y, como casco, la esperanza de salvación; **9** porque no nos colocó Dios para su ira, sino para adquisición de la salvación mediante Jesús el Ungido, **10** que murió por nosotros para

que, bien vigilantes, bien dormidos, junto a él nos salvemos. **11** Por eso, animaos y edificaos entre vosotros tal como hacéis.

Complemento: 1 Corintios 15, 50-58

50 Deseo decir, hermanos, que esta carne y esta sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni lo ya corrompido heredar la incorrupción. **51** He aquí que os revelo un secreto: no todos moriremos, **52** pero todos seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta final. Cuando esta resuene, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados; **53** porque es preciso que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y este cuerpo mortal se vista de inmortalidad. **54** Entonces, cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción y este cuerpo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo que está escrito: «La muerte ha sucumbido en la victoria». «Muerte, ¿dónde está tu victoria? **55** ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?». **56** El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado, la Ley. **57** ¡Demos gracias a Dios, que nos da esta victoria por medio de nuestro Señor, Jesús Mesías!

(Traducción del griego de Eugenio Gómez Segura,
Nestle-Aland, *Novum Testamentum graece*,
Stuttgart, 271984, pp. 536-537)

II

CARTA SEGUNDA A LOS TESALONICENSES 2, 1-12

Desde comienzos del siglo XIX se han levantado muchas voces de estudiosos del Nuevo Testamento contra la autoría paulina de esta carta. Hoy día los especialistas están divididos casi al cincuenta por ciento a favor o en contra de la autenticidad.

Si este breve escrito procede en verdad de la pluma de Pablo, tendría el interés de permitirnos observar cómo el gran apóstol se corrige a sí mismo en un punto impor-

tante de doctrina—la que expone el texto que acabamos de presentar— y en un lapso breve de tiempo.

Pero si la carta no es auténticamente paulina, sino escrita por un discípulo y luego puesta bajo el nombre del maestro, su lectura nos permite formarnos una mejor idea de un cambio en la perspectiva sobre el fin del mundo ocurrido en la Iglesia una generación después de la muerte de Pablo.

2,1 Os rogamos, hermanos, a propósito de la venida de nuestro Señor, Jesús Mesías, y de nuestra reunión con él, **2** que no os dejéis conmovér ni os agitéis por supuestas revelaciones, palabras o cartas nuestras, como si afirmásemos que el día del Señor está a punto de llegar.

3 Que nadie en modo alguno os engañe. Porque primero tiene que llegar la apostasía y aparecer un hombre impío, un individuo destinado a la ruina, **4** el cual se enfrentará y se pondrá por encima de todo lo que se llame Dios, o es objeto de culto hasta sentarse en el templo de Dios, proclamándose él mismo Dios. **5** ¿No recordáis que estando aún con vosotros os hablaba de esto? **6** Sabéis lo que ahora lo retiene, para que su aparición llegue en su momento. **7** Porque este misterio impío está ya en acción; apenas se quite de en medio el que por el momento lo retiene.

8 Entonces aparecerá el impío, a quien el Señor Jesús destruirá con el aliento de su boca y aniquilará con el esplendor de su venida. **9** La venida de este individuo tendrá lugar por obra de Satanás, con gran ostentación de poder, con portentos y prodigios falsos, **10** y con toda la seducción que la injusticia ejerce sobre los que se pierden, porque no aceptaron el amor de la verdad que los habría salvado. **11** Y por eso Dios les envía un extravío para que crean en la mentira; **12** de modo que todos los que no creyeron en la verdad y aprobaron la injusticia sean llamados a juicio.

(Traducción del griego de Antonio Piñero,
Nestle-Aland, *Novum Testamentum graece*,
Stuttgart, ²⁷1984, pp. 539-540)

Evangelio de Marcos

El «Apocalipsis sinóptico»: Capítulo 13

EL Evangelio de Marcos es el más antiguo de los escritos evangélicos que han llegado hasta nosotros. La mayoría de los estudiosos fecha la redacción actual de este texto hacia el 71 d. de C., es decir, muy poco después de la caída de Jerusalén ante los romanos y el fin de la Gran Guerra judía contra Roma. Aunque los Evangelios son ante todo libros de propaganda de la fe cristiana, son también libros de historia, al menos en el sentido que de ellos se pueden obtener, por medio de los análisis propios de la crítica, datos históricos acerca de la figura real de Jesús de Nazaret.

En el conjunto de la compleja personalidad de este personaje hay, sin duda, un fuerte elemento apocalíptico-escatológico: Jesús es ante todo un profeta de la restauración de Israel —el que será salvado «al final de los tiempos»— y un proclamador entusiasta de la inmediata venida del Reino de Dios a este mundo, ligada a esa restauración. Esta llegada del Reino supondría el fin del mundo presente tal como se conocía en ese momento y la instauración de una «tierra nueva y un nuevo cielo», en los que todos los israelitas, y los paganos que se convirtieran, habrían de tomar parte. Se trataría, al menos en su primera fase, de un reino de Dios aquí en la tierra, de un reino o estado teocrático en Israel, cuya «constitución» y norma sería la Ley de Moisés, interpretada por Jesús.

Pero la llegada del Reino de Dios estaría precedida de tiempos convulsos y terribles, pues el Mal y sus secuaces se opondrían a su venida; habría también señales celestes que avisarían a los hombres del final y de la necesidad de la conversión. Jesús debió de pronunciar en su vida un discurso cuyo contenido era precisamente la descripción de estos momentos finales del mundo, cuya sustancia está recogida en el capítulo 13 del Evangelio de Marcos y también en los pasajes paralelos de los Evangelios de Mateo y Lucas, ya que estos, sin duda, copian aquí de Marcos. Este es el motivo por el que se denomina «apocalipsis sinóptico» al pasaje que ofreceremos a con-

tinuación, porque pertenece a los «Evangelios sinópticos», es decir, a aquellos que pueden imprimirse en columnas paralelas y verse en una «sinopsis», o un solo golpe de ojo, ya que cuentan historias paralelas.

No es totalmente seguro que este discurso nos transmita con exactitud las «verdaderísimas» palabras de Jesús —por ejemplo, es dudoso que las referencias a futuras persecuciones procedan tal cual de Jesús—, pero sí al menos muy probable que reproduzca el núcleo de lo que respecto al fin del mundo y las señales precursoras pensaba el Nazareno.

Como observará el lector, Jesús se inspira en material que ya le es conocido por los apocalipsis anteriores. Es claro que había ya en Israel una tradición apocalíptica acendrada y que los apocalípticos, Jesús entre ellos, tomaban prestados motivos de esa tradición que mezclaban con las visiones que ellos mismos podrían haber tenido.

El resultado final de un apocalipsis, cuando se publicaba, era un escrito, un producto literario auténtico, que mezclaba ideas personales con temas ya firmes de la tradición, que se presentaban a veces como producto de visiones propias.

13,1 Y tras salir Jesús del Templo, le dice uno de sus discípulos: «Maestro, ¡qué piedras y qué construcciones!». **2** Y Jesús le dijo: «¿Ves estas grandes construcciones? No quedará piedra sobre piedra que no sea demolida». **3** Y sentado al pie del monte de los Olivos, que está situado frente al Templo, le preguntaron aparte Pedro, Santiago, Juan y Andrés: **4** «Dinos: ¿cuándo será eso y cuál será la señal cuando vaya a cumplirse todo esto?».

Signos precursores del fin

5 Y Jesús comenzó a decirles: «Mirad que nadie os engañe; **6** muchos vendrán después que yo diciendo: “Soy yo”, y a muchos engañarán. Cuando tengáis noticia de guerras y rumores de guerras, no os asustéis: es preciso que eso ocurra, pero todavía no será el fin. **8** Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá terremotos en todas partes, y habrá hambrunas; esto será el arranque de los dolores del parto.

9 «Cuidad de vosotros mismos; os entregarán al Sanedrín y seréis azotados en las sinagogas y os presentaréis ante gobernadores y reyes por mi culpa para testificar. **10** Y así es preciso que sea primero anun-

ciada la Buena Noticia a toda nación. **11** Y cuando os conduzcan para entregaros, no penséis de antemano qué diréis, que lo que se os dé en aquella ocasión eso diréis; pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. **12** Y el hermano entregará al hermano a la muerte y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán. **13** Y seréis odiados por todos debido a mí. Pero quien lo soporte hasta el final, este será salvado.

La ruina de Jerusalén

14 »Y cuando veáis la devastadora idolatría erigida donde no debe —quien lea esto, entienda—, entonces que los de Judea huyan a los montes; **15** quien esté sobre su azotea, no baje ni entre a coger nada de su casa, **16** y quien esté en el campo, no se vuelva atrás a coger su ropa. **17** ¡Ay de las embarazadas y las que den a mamar en aquellos días!

18 »Suplicad para que no pase en invierno. **19** Pues aquellos días serán una angustia como no ha habido semejante desde el comienzo de la creación que creó Dios hasta ahora, y no la habrá. **20** Y si el Señor no decidiera acortar los días, no se salvaría nadie, pero gracias a los elegidos que escogió, acortó los días.

21 »Y, en ese momento, si alguien os dijera: “Mira, aquí está el Ungido; mira, allí», no confiéis; **22** pues surgirán falsos Ungidos y falsos profetas y darán signos y prodigios para engañar, si es posible, a los elegidos. **23** Vosotros, atended; os lo he predicho.

24 »Pero en aquellos días, entre la angustia aquella, el sol será oscurecido y la luna no dará su luz, **25** y las estrellas caerán del cielo, y las fuerzas que hay en los cielos se tambalearán.

La llegada del Hijo del hombre. Otros signos precursores

26 »Y entonces verán al Hijo del hombre venir entre nubes con gran poder y gloria. **27** Y entonces enviará a los ángeles y a sus elegidos de entre los cuatro puntos cardinales, los conducirá juntos desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

28 »Aprended del ejemplo de la higuera: cuando ya su ramaje está tierno y echa las hojas, sabéis que el verano está cerca; **29** de la misma forma, vosotros, cuando veáis que estas cosas suceden, sabed que Él está cerca, a las puertas.

30 »Con certeza os digo que no transcurrirá esta generación hasta que todo esto suceda. **31** El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

32 »Con respecto a aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, solo el Padre.

33 »Atended, vigilad, pues no sabéis cuándo es el momento. **34** Tal como un hombre de viaje, cuando deja su casa y da a sus esclavos el poder de hacer cada uno su trabajo, y al portero le encarga vigilar. **35** Vigilad, pues desconocéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, a medianoche, al cantar el gallo o de mañana, **36** no vaya a venir de repente y os encuentre dormidos. **37** Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Vigilad!».

(Traducción del griego de Eugenio Gómez Segura,
Nestle-Aland, *Novum Testamentum graece*,
Stuttgart, ²⁷1984, pp. 133-136)

Apocalipsis de Juan

ESTA obra es la que cierra el grupo de escritos que llamamos Nuevo Testamento, pero eso no significa que fuera la última en componerse. En su forma actual, el Apocalipsis es una obra muy compleja, compuesta quizá en dos etapas, que utiliza fuentes anteriores a ella y que tiene material de diversa procedencia cronológica. La mayoría de los estudiosos fecha su redacción definitiva en torno al 96 d. de C., durante el reinado del emperador Domiciano.

La tradición eclesiástica atribuye este escrito al apóstol Juan, hijo del Zebedeo, el mismo que compuso el Cuarto Evangelio. Pero tales atribuciones son imposibles por razones de cronología —el apóstol Juan murió mártir en la persecución desatada en el 44 d. de C. por el rey judío Agripa I—, de estilo y de pensamiento teológico divergente. Por estas mismas razones, los autores del Cuarto Evangelio y del Apocalipsis son también distintos entre sí.

Entre la literatura apocalíptica estricta es esta obra casi la única que no se presenta como anónima. Su autor es Juan, vidente desterrado a Patmos, pero lo malo es que no sabemos quién es exactamente.

El Apocalipsis se divide en dos grandes partes, precedidas por un prólogo (1, 1-11). La primera describe el presente: capítulos 2-3. La segunda parte (capítulos 4-22) representa lo que ocurrirá al fin de los tiempos, el futuro próximo, inmediato: «Escribe lo que has visto: lo que es y lo que va a suceder más tarde» (1, 19).

Los hechos que describe el autor aparecen en escena varias veces: los mismos acontecimientos se describen hasta en tres ocasiones, pero desde distinta perspectiva, utilizando normalmente el esquema del siete. La repetición triple es como la de una composición musical que presenta una obertura, la presentación del tema y luego el desarrollo pleno de este. Así: 4, 1 y ss./5, 1 y ss./6, 1 y ss. son en realidad la misma visión. Los ciclos de los siete sellos, siete trompetas y siete copas son sustancialmente

la misma visión repetida tres veces: 6, 1-8, 1 son una descripción sumaria de los horrores que van a venir y preparan el Gran Día de la Cólera = los siete sellos; 8, 2-11, 19 forman una segunda descripción de los mismos horrores y castigos: comienza la Gran Cólera = siete trompetas; 15, 1-16, 21 constituyen la tercera y definitiva descripción de los mismos espantos de la Gran Cólera = siete copas. Por tanto, los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas dibujan los mismos acontecimientos, pero en oleadas sucesivas.

Este es el eje central del Apocalipsis. Terminado este plan de triple repetición de los horrores de la Gran Cólera, viene la descripción del triunfo definitivo del Cordero Jesús y sus fieles, que es a su vez repetición y expansión de temas o anuncios anteriores.

Este triunfo largamente anunciado es el gran mensaje para los lectores: no hay que desanimarse; el fin del mundo es inmediato; después de las penalidades viene la gran gloria, si se es fiel a Jesús.

El Apocalipsis de Juan es una obra escrita para su momento histórico específico, con la idea de que el fin del mundo sería inmediato. Esta profecía no se cumplió, pero la obra del vidente Juan no vale para predecir —utilizando cualquier tipo de operaciones de interpretación— el verdadero fin del mundo, ya que los datos que ofrece su escrito están pensados para su tiempo histórico.

Prólogo y saludo

1, 1 Revelación de Jesús el Ungido que le entregó Dios para mostrarla a sus siervos, cuanto ha de suceder enseguida, e hizo ver a su siervo Juan gracias a su ángel tras enviarlo, **2** el cual testificó como palabra de Dios y prueba de Jesús el Ungido cuantas cosas vio. **3** Feliz sea quien lea y quienes escuchen las palabras de la profecía y los que observen lo escrito en ella, pues el momento está cerca.

Visión inaugural

9 Yo, Juan, vuestro hermano y copartícipe de la tribulación, el reino y la espera con Jesús, me encontraba en la isla llamada Patmos a causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesús. **10** Me encontraba con el espíritu en el día del Señor, y oí tras de mí una fuerte voz como de

trompeta **11** que decía: «Escribe lo que ves en un libro y envíalo a las siete comunidades, a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea».

12 Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo, y al volverme vi siete candelabros de oro, **13** y en medio de los candelabros a uno igual al Hijo del hombre vestido hasta los pies y ajustado en el pecho con un ceñidor de oro. **14** Su cabeza y cabellos eran blancos como lana blanca, como nieve, y sus ojos eran como un fulgor de fuego; **15** y sus pies eran iguales al latón cuando está en el horno, ardientes, y su voz era como el sonido de muchas aguas; **16** y tenía siete estrellas en su mano derecha y de su boca salía una aguda espada ardiente de dos filos, y su aspecto era como el del sol cuando brilla con su energía propia.

17 Y cuando lo vi, caí ante sus pies como muerto, y puso su derecha sobre mí, diciendo: «No temas. Yo soy, el primero y el último, **18** y el que vive, y llegué a muerto, y mira estoy vivo hasta siempre, y tengo las llaves de la muerte y del Hades. **19** Escribe, pues, cuanto ves y cuanto es y va a ser después de esto. **20** El secreto de las siete estrellas que ves sobre mi derecha y los siete candelabros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete comunidades y los candelabros son las siete comunidades [...]».

Carta a una comunidad de cristianos

3, 7 Al ángel de la iglesia de Filadelfia escribe así:

Esto dice el santo, el veraz, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, cierra y nadie abre. **8** Conozco tus obras; mira, ante ti dejo abierta una puerta que nadie puede cerrar, pues, aunque tu fuerza es pequeña, has hecho caso de mis palabras y no has renegado de mí. **9** Haré que algunos de la sinagoga de Satanás, de esos que dicen ser judíos (pero es mentira, no lo son), vayan a postrarse ante ti y se den cuenta de que te quiero. **10** Por haber seguido el ejemplo de mi constancia, yo te guardaré en la hora de prueba que va a llegar para el mundo entero y que pondrá a prueba a los habitantes de la tierra. **11** Llego enseguida, mantén lo que tienes, para que nadie te quite tu corona.

12 Al que vence lo haré columna del santuario de mi Dios, y ya no saldrá nunca de él; grabaré en él el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que baja del cielo de junto a mi Dios, y mi nombre nuevo.

13 Quien tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las iglesias.

Primera visión

4, 1 Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo, y la voz primera que oí que me hablaba una trompeta y decía: «Sube aquí y te mostraré lo que ha de ocurrir después».

2 Al instante llegué con el espíritu, y he ahí que había un trono en el cielo, y sobre el trono alguien sentado, **3** y la persona sentada era, de aspecto, igual a una piedra de jaspe y coralina, y había alrededor del trono un arcoíris de aspecto igual al verde esmeralda. **4** Y alrededor del trono, veinticuatro tronos, y sobre los tronos, veinticuatro ancianos sentados vestidos con vestiduras blancas y sobre sus cabezas coronas de oro. **5** Y del trono surgen relámpagos, voces y truenos, y hay siete candelabros de fuego ardientes frente al trono, que son los siete espíritus de Dios, **6** y frente al trono había como un mar cristalino igual al hielo. Y en medio del trono, y en círculo alrededor del trono, cuatro animales llenos de ojos delante y detrás. **7** Y el primer animal era igual a un león, el segundo igual a un becerro, el tercer animal con el rostro como de hombre, y el cuarto animal igual a un águila voladora. **8** Y los cuatro animales, cada uno de ellos con seis alas hacia arriba, están llenas de ojos alrededor y por dentro, y sin descanso día y noche diciendo:

Santo, santo, santo es Dios el Señor Todopoderoso,
el que era, el que es y el que vendrá.

9 Y cuando los animales glorifican, honran y agradecen a quien se sienta en el trono, que vive hasta siempre, **10** caen los veinticuatro ancianos frente al sentado en el trono y se arrodillan ante el que vive a perpetuidad y lanzan sus coronas frente al trono diciendo:

11 Digno eres, Señor y Dios nuestro,
de aceptar la gloria, la honra la fuerza,
porque tú creaste todo,
y gracias a tu voluntad todo vivía y fue creado.

5, 1 Y vi sobre la mano derecha de quien estaba sentado sobre el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. **2** Y vi un ángel poderoso que anunciaba con voz potente: «¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos?». **3** Y nadie podía, en el cielo ni sobre la tierra ni bajo tierra, ni abrir el libro ni leerlo. **4** Y lloré abundantemente porque nadie fue hallado digno de abrir el libro y leerlo. **5** Y uno de los ancianos me dijo: «No llores; he aquí que el león de la tribu de Judá, stirpe de David, ha logrado abrir el libro y sus siete sellos».

6 Y vi, en medio del trono y de los cuatro animales y en medio de los ancianos, un Cordero en pie como sacrificado, con siete cuernos y siete ojos que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. **7** Y echó a andar y tomó el libro de la mano derecha de quien estaba sentado en el trono.

Y cuando cogió el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos cayeron frente al Cordero, cada uno con una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las plegarias de los santos, **9** y entonan un nuevo canto al decir:

«Digno eres de coger el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste sacrificado y mediante tu sangre redimiste para Dios de toda tribu
y lengua, pueblo y nación;
10 y los convertiste para nuestro Dios en reino y sacerdotes,
y reinarán sobre la tierra».

11 Y observé y escuché una voz de muchos ángeles circundando el trono y de los animales y ancianos, y su número era miríadas de miríadas y miles de miles, **12** diciendo con una gran voz:

«Digno es el Cordero sacrificado de tomar la fuerza, la riqueza, la sabiduría, el vigor, la honra, la gloria y la bendición».

13 Y a todo lo creado que esté en el cielo, sobre la tierra, bajo tierra y sobre el mar, y todo lo que hay con ellos, a todos les oí decir:

«Para quien está sentado en el trono y para el Cordero, la bendición, la honra, la gloria, el poder a perpetuidad».

14 Y los cuatro animales dijeron: «Que así sea». Y los ancianos cayeron a tierra y adoraron.

Los cuatro primeros sellos: Los jinetes

6, 1 En la visión, cuando el Cordero soltó el primero de los siete sellos, oí al primero de los vivientes que decía con voz de trueno: «Ven».

2 En la visión apareció un caballo blanco; el jinete llevaba un arco, le entregaron una corona y se marchó victorioso para vencer otra vez.

3 Cuando soltó el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: «Ven». **4** Salió otro caballo, rojo, y al jinete le dieron poder para quitar la paz a la tierra y hacer que los hombres se degüellen unos a otros; le dieron también una espada grande.

5 Cuando soltó el tercer sello, oí al tercer viviente que decía: «Ven». En la visión apareció un caballo negro; su jinete llevaba en la mano una balanza. **6** Me pareció oír una voz que salía de entre los cuatro vivientes y que decía: «Un cuartillo de trigo, un denario; tres cuartillos de cebada, un denario; al aceite y al vino no los dañes».

7 Cuando soltó el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: «Ven». **8** En la visión apareció un caballo amarillento; el jinete se llamaba «Muerte», y el Abismo lo seguía. Les dieron potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, hambre, epidemias y con las fieras salvajes [...].

8, 1 Cuando soltó el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo por cosa de media hora. **2** Vi a los siete ángeles que están delante de Dios; les dieron siete trompetas.

3 Llegó otro ángel llevando un incensario de oro y se detuvo junto al altar; le entregaron gran cantidad de aromas para que los mezclara con las oraciones de todos los consagrados sobre el altar de oro situado ante el trono. **4** De la mano del ángel subió ante Dios el humo de los aromas mezclado con las oraciones de los consagrados.

5 El ángel cogió entonces el incensario, lo llenó de ascuas del altar y lo arrojó a la tierra: hubo truenos, estampidos, relámpagos y un terremoto. **6** Y los siete ángeles que tenían las siete trompetas se aprestaron a tocarlas.

Las cuatro primeras trompetas

7 Al tocar su trompeta el primero se produjeron granizo y centellas mezclados con sangre y los lanzaron a la tierra: un tercio de la tierra se abrasó, un tercio de los árboles se abrasó y toda la hierba verde se abrasó.

8 Al tocar su trompeta el segundo ángel lanzaron al mar un enorme bólido incandescente: **9** un tercio del mar se convirtió en sangre, un tercio de los seres que viven en el mar murió y un tercio de las naves naufragó.

10 Al tocar su trompeta el tercer ángel se desprendió del cielo un gran cometa que ardía como una antorcha y fue a dar sobre un tercio de los ríos y sobre los manantiales. **11** El cometa se llamaba «Ajenjo»: un tercio de las aguas se convirtió en ajenjo y mucha gente murió a consecuencia del agua, que se había vuelto amarga.

12 Al tocar su trompeta el cuarto ángel repercutió en un tercio del sol, en un tercio de la luna y en un tercio de las estrellas: se entenebreció un tercio de cada uno y al día le faltó un tercio de su luz, y lo mismo a la noche.

13 En la visión oí un águila que volaba por mitad del cielo clamando: «¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra por los restantes toques de trompeta, por los tres ángeles que van a tocar!».

Los dos testigos

11, 1 Me dieron una caña como de una vara, diciéndome: «Ve a medir el santuario de Dios, el altar y el espacio para los que dan culto. **2** Prescinde del patio exterior que está fuera del santuario; no lo midas, pues se ha permitido a las naciones pisotear la ciudad santa cuarenta y dos meses; **3** pero haré que mis dos testigos profeticen vestidos de sayal mil doscientos sesenta días».

4 Ellos son los dos olivos y los dos candelabros que están en la presencia del Señor de la tierra. **5** Si alguno quiere hacerles daño, saldrá de su boca fuego que devorará a sus enemigos; así, el que intente hacerles daño, morirá sin remedio. **6** Tienen poder para cerrar el cielo y que no llueva mientras dure su profecía; tienen también poder para

transformar el agua en sangre y herir la tierra a voluntad con plagas de toda especie.

7 Cuando terminen su testimonio, la fiera que sube del abismo les hará la guerra, los derrotará y los matará. **8** Sus cadáveres yacerán en la calle de la gran ciudad, llamada en lenguaje profético Sodoma o Egipto, donde también su Señor fue crucificado. **9** Durante tres días y medio, gente de todo pueblo y raza, de toda lengua y nación, mirarán sus cadáveres y no permitirán que les den sepultura. **10** Los habitantes de la tierra se felicitarán por su muerte, harán fiesta y se cambiarán regalos, porque estos dos profetas eran un tormento para los habitantes de la tierra.

11 Al cabo de los tres días y medio, un aliento de vida mandado por Dios entró en ellos y se pusieron en pie; el terror sobrecogió a todos los que lo veían. **12** Oyeron entonces una voz potente que les decía desde el cielo: «Subid aquí». Y subieron al cielo en una nube, a la vista de sus enemigos.

13 En aquel momento se produjo un gran terremoto y se desplomó la décima parte de la ciudad; murieron en el terremoto siete mil personas, y los demás, aterrorizados, dieron la razón al Dios del cielo.

14 El segundo ¡ay! ha pasado; el tercero va a llegar pronto.

La mujer y el dragón

12, 1 Y se vio un gran prodigio en el cielo, una mujer recubierta con el sol, y la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas, **2** y estaba encinta, y gritó al sufrir los dolores del parto al intentar dar a luz. **3** Y se vio otro prodigio en el cielo, un dragón rojo que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas, **4** y su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a tierra. Y el dragón se quedó en pie frente a la mujer que iba a dar a luz para, cuando pariera, comerse su parto. **5** Y dio a luz un hijo varón, que apacentará todas las naciones con un bastón de hierro. Y su hijo fue arrebatado junto a Dios y su trono. **6** Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la alimenten durante mil doscientos sesenta días.

7 Y tuvo lugar una batalla en el cielo, Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón. Y el dragón y sus ángeles combatieron, **8** y no

venció ni se encontró un lugar para ellos en el cielo. **9** Y fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua, llamado Diablo y Satanás, el que engaña a toda la tierra habitada; fue arrojado a tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. **10** Y escuché una gran voz en el cielo que decía:

«Hoy mismo ha nacido la salvación, la fuerza
el reinado de nuestro Dios
el poder de su unguido,
porque fue arrojado el acusador de nuestros hermanos,
el que los acusa a los ojos de nuestro Dios día y noche.

11 Y estos lo vencieron gracias a la sangre del Cordero
y gracias a la palabra de su testimonio,
y no amaron su vida ante la muerte.

12 Por eso, alegraos los cielos y quienes acampáis en ellos.
¡Ay de la tierra y el mar, porque bajó el diablo hasta vosotros
con gran ira, sabedor de que tiene poco tiempo».

13 Y cuando vio el dragón que era arrojado hacia la tierra, persiguió a la mujer que dio a luz al niño. **14** Y se le concedieron a la mujer las dos alas del gran águila para que volara hacia el desierto hasta su propio lugar, allí donde es alimentada una vez y más veces y media vez lejos de la presencia de la serpiente. **15** Y lanzó la serpiente de su boca un río tras la mujer para que fuera arrastrada por la riada. **16** Y la tierra ayudó a la mujer, y la tierra abrió su boca y tragó el río que lanzó el dragón desde su boca. **17** Y se irritó el dragón contra la mujer y salió para hacer la guerra contra el resto de la descendencia de esta, aquellos que cumplen los mandamientos de Dios y tienen dentro de sí el testimonio de Jesús.

Las dos fieras

12, 18 El dragón se detuvo en la arena del mar. **13, 1** Y vi salir del mar una bestia con diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos diez diademas, y sobre las diademas blasfemias. **2** Y la bestia que vi era igual a una pantera, sus pies como de oso y su boca como la boca de un león. Y el dragón le otorgó su fuerza y su trono y enorme poderío. **3** Y vi una de sus cabezas como degollada hasta morir, y la herida de muerte fue curada.

Y toda la tierra siguió maravillada a la bestia, **4** y veneraron al dragón, porque concedió el poder a la bestia, y veneraron a la bestia diciendo: «¿Quién hay igual a la bestia y quién puede combatir contra ella?».

5 Y se le otorgó boca para hablar abundantemente y decir blasfemias, y se le dio el poder de actuar durante cuarenta y dos meses. **6** Y abrió su boca dispuesta para las blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre y su cabaña y a quienes acampan en el cielo. **7** Y se le concedió hacer la guerra contra los santos y vencerlos, y se le concedió poder sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación. **8** Y la adorarán todos los que habitan sobre la tierra, cuyo nombre no está, a partir del comienzo del mundo, escrito en el libro de la vida del Cordero sacrificado.

9 Si alguno tiene oídos, que oiga.

10 Si alguien está destinado a la cautividad, sométase a cautividad; si alguien está destinado a morir a espada, muera a espada.

Así es la paciencia y confianza de los santos.

11 Y vi otra bestia subir de la tierra, y tenía dos cuernos iguales a un cordero y hablaba como un dragón. **12** Y conservó todo el poder de la primera bestia ante ella, e hizo que la tierra y quienes habitan en ella veneraran a la primera bestia, cuya herida de muerte había sido curada. **13** Y hace grandes prodigios, incluso hizo que el fuego bajara del cielo a la tierra a la vista de los hombres, **14** y engaña a quienes habitan la tierra mediante los prodigios que le fue dado hacer ante la bestia, diciendo a quienes habitan la tierra que prepararan una imagen para la bestia que tiene la herida de espada y vivió.

15 Y le fue dado dar espíritu a la imagen de la bestia para que hablara la imagen de la bestia e hiciera que cuantos no adoraran a la imagen de la bestia murieran. **16** Y hace que todos, humildes y potentados, ricos y pobres, libres y esclavos, se les dé una señal sobre su mano derecha o sobre su frente, y **17** que nadie pueda comprar o vender, salvo quien tenga la señal, el nombre de la bestia o el número de su nombre. **18** Aquí está la sabiduría. Quien tenga inteligencia calcule el número de la bestia, pues el número es de hombre y su número es seiscientos sesenta y seis.

La caída de Babilonia

18, 1 Después vi otro ángel bajar del cielo con gran poder, y la tierra resplandeció dada su gloria. **2** Y gritó con potente voz al decir:

«Cayó, cayó la gran Babilonia, y se convirtió en residencia demoníaca y refugio de todo espíritu impuro, guarida de todo pájaro impuro, de toda bestia impura y odiosa, porque todas las naciones bebieron el vino de la ira de su fornicación y los reyes de la tierra fornicaron con ella y los comerciantes de la tierra se enriquecieron a causa de la fuerza de su lujuria».

4 Y escuché otra voz procedente del cielo que decía:

«Salid, pueblo mío, de ella para que no os unáis a sus pecados, y para que no compartáis sus plagas, **5** porque sus pecados fueron amontonados hasta el cielo y Dios recordó sus injusticias. **6** Devolvedle según ella también os dio, y doblando el doble según sus obras, en la copa en que las mezcló mezcladle el doble, **7** cuanto se enorgulleció y relajó sus costumbres, dadle eso como tormento y sufrimiento. Porque en su corazón dice: «Me siento como reina, y no soy viuda y no conoceré el dolor». **8** Por eso, en un solo día llegarán sus plagas, muerte, dolor, hambre, y se abrasará en fuego, porque Dios, el que la juzga, es señor fuerte.

Ruina de la fiera

19, 11 Y vi el cielo abierto, y un caballo blanco y quien lo cabalga, el llamado fiel y veraz, juzga con justicia y guerrea. **12** Sus ojos eran como un fulgor de fuego, sobre su cabeza tenía muchas diademas, tenía un nombre escrito que nadie salvo él mismo conocía, **13** y vestía un manto empapado en sangre y el nombre era «la palabra de Dios».

14 Y los ejércitos del cielo, enfundados en lino blanco y puro, lo seguían sobre caballos blancos. **15** Y de su boca surge una afilada espada para que con ella golpee a las naciones, y él mismo *los guiará con firme bastón*, y él pisará la prensa del vino del enfado de la ira de Dios todopoderoso, **16** y tiene sobre el manto y sobre el muslo un nombre escrito: rey de reyes y señor de señores.

17 Y vi un único ángel en pie en el sol y gritó con gran voz diciendo a todos los pájaros que vuelan en mitad del cielo: «Vamos, reuníos para el gran banquete de Dios, **18** para que comáis las carnes de los reyes, las carnes de los generales, las carnes de los poderosos, las carnes de los caballos y de quienes los cabalgan, y las carnes de todos los libres y esclavos, grandes y pequeños».

19 Y vi a la bestia, los reyes de la tierra y sus ejércitos reunidos para hacer la guerra contra quien cabalga el caballo y su ejército. **20** Y fue capturada la bestia, y con ella el falso profeta que hizo los prodigios ante ella, con los que engañó a quienes aceptaron la marca de la bestia y a quienes veneraron su imagen. Aún vivos, fueron arrojados los dos al estanque de fuego de la que ardía en azufre. **21** Y el resto fue muerto con la espada de quien se sentaba sobre el caballo, la que salía de su boca, y todos los pájaros banquetearon con las carnes de estos.

Derrota del dragón y reino de los mil años

20, 1 Y vi un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y con una gran cadena sobre su mano. **2** Y dominó al dragón, la antigua serpiente, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó mil años, **3** y lo arrojó al abismo y lo cerró y selló encima de él para que no engañase de nuevo a las naciones hasta que se cumplieron mil años. Tras este periodo ha de ser librado un breve tiempo.

4 Y vi los tronos, y se sentaron en ellos, y se les concedió juzgar, y las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y quienes no se arrodillaron ante la bestia ni ante su imagen, y no aceptaron el signo sobre sus frentes ni sus manos. Y vivieron y reinaron con el Ungido mil años. **5** Los restantes muertos no revivieron hasta cumplirse los mil años.

Esta es la primera resurrección. **6** Feliz y santo quien tiene parte en la primera resurrección. Sobre estos la segunda muerte no tiene poder, al contrario, serán sacerdotes de Dios y el Ungido y reinarán con él mil años.

7 Y cuando se cumplan los mil años, será liberado Satanás de su prisión **8** y quedará libre para engañar a las razas en las cuatro esquinas de la tierra, a Gog y a Magog, para reunirse con ellas para la guerra, cuyo número es como la arena del mar. **9** Y subieron a la superficie de

la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada, y *bajó fuego del cielo y los engulló*. **10** Y el diablo, que los engañó, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta, y serán mortificados día y noche a perpetuidad.

Juicio universal y derrota de la muerte

20, 11 Y vi un gran trono blanco y a quien se sentaba sobre él, de cuyo rostro huía la tierra y el cielo y no se encontró lugar para ellos. **12** Y contemplé a los muertos, grandes y pequeños, en pie frente al trono. Y se abrieron libros, y otro libro fue abierto, el de la vida, y fueron juzgados los muertos de entre los apuntados en los libros, según las obras de cada uno. **13** Y el mar devolvió a los muertos que estaban en él, y la muerte y el Hades devolvieron a los muertos en ellos, y cada uno fue juzgado según sus obras. **14** Y la muerte y el Hades fueron arrojados al pantano del fuego. Esta es la segunda muerte, el pantano del fuego. **15** Y si alguien no fue hallado en el libro de la vida, fue arrojado al pantano de fuego.

21, 1 Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron y no había ya mar.

Nuevo universo y nueva ciudad

21, 2 Y la ciudad santa de la nueva Jerusalén la vi bajar del cielo por obra de Dios, ataviada como una novia preparada para su marido. **3** Y escuché una gran voz procedente del trono decir:

«He aquí la cabaña de Dios ante los hombres, y acampará entre ellos y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios entre ellos, **4** y barrerá toda lágrima de sus ojos y la muerte no existirá más, ni el dolor, ni el llanto, ni la pena, porque lo primero desapareció».

5 Y dijo quien estaba sentado sobre el trono: «Hete aquí que hago todo nuevo», y dice: «Escribe, porque estas son las palabras fiables y ciertas». **6** Y me dijo: «Ya está. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Como regalo, yo daré al sediento de la fuente de agua de vida. **7** Quien venza heredará esto y *yo seré su dios y él será mi hijo*. **8** Los cobardes, infieles, los aborrecibles, asesinos, fornicadores, envenenadores,

idólatras y todos los mentirosos, tienen su parte en el pantano ardiente de fuego y azufre, que es su segunda muerte.

La nueva Jerusalén

21, 9 Y vino uno de los siete ángeles, de los que tenían las siete copas de las siete últimas plagas, y me habló diciendo: «Ven, te mostraré a la novia como esposa del Cordero». **10** Y me transportó con el espíritu sobre un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa de Jerusalén bajando del cielo por obra de Dios **11** con la gloria de Dios, su lucero igual a la piedra más preciosa, como jaspe transparente como cristal. **12** Con una muralla grande y alta con doce puertas, y sobre las puertas doce ángeles y con nombres inscritos, los nombres de las doce tribus de hijos de Israel; **13** por levante tres puertas, por el norte tres puertas, por el sur tres puertas, por poniente tres puertas. **14** Y el muro de la ciudad con doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce enviados del Cordero.

18 Y el material de construcción de su muro era jaspe y la ciudad era oro puro igual a cristal puro. **19** Los cimientos de la ciudad estaban colocados con toda piedra preciosa: el primero, jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; **20** el quinto, sardónice; el sexto, coralina; el séptimo, crisolito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisoprasa; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista; **21** y las doce puertas eran doce perlas, es más, cada una de las puertas estaba hecha de una sola perla. Y la plaza de la ciudad era oro puro como cristal transparente.

22 Y templo no vi en ella, pues Dios, el señor todopoderoso, y el Cordero son su templo. **23** Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que la iluminen, pues la gloria de Dios la ilumina y su candelabro es el Cordero. **24** Y las naciones pasean por su luz y los reyes de la tierra le aportan su gloria, **25** y sus puertas no serán cerradas de día, pues no habrá noche allí, **26** y le aportarán la gloria y la honra de las naciones. **27** Y no ha de entrar en ella nada impuro, ni quien comete atrocidades ni miente, solo los inscritos en el libro de la vida del Cordero.

(Traducción del griego de Eugenio Gómez Segura,
Nestle-Aland, *Novum Testamentum graece*,
Stuttgart, 271984, pp. 632-676)

Didaché o Doctrina de los Doce Apóstoles (Capítulo 16, 1-8)

ESTA pequeña obra, descubierta en 1875, es una especie de «regla y doctrina para el buen gobierno de una comunidad judeocristiana». La doctrina cristiana como tal, que es la base del grupo, se da más bien por supuesta en el escrito, y el autor se preocupa sobre todo de la enumeración de las normas morales y de gobierno que han de regir a la comunidad.

La Didaché es muy antigua, anterior incluso a algún texto del Nuevo Testamento. Los comentaristas están de acuerdo en que fue compuesta hacia el 110 d. de C., ya que es citada por otras obras cristianas de mediados del siglo II. Por su antigüedad nos pone en contacto con comunidades que quizá hubieran tenido contacto más o menos directo con los apóstoles.

Su autor es desconocido, y se cree que fue redactada en la zona de Siria, o en el norte de Israel/Palestina.

En su último capítulo la Didaché ofrece un pequeño apocalipsis con casi todos los rasgos propios del género, aunque no se especifique claramente la inminencia angustiada de la venida de Jesús —que se da quizá por supuesta—. El contenido central de este apocalipsis (vv. 3-6) es tanto judío como cristiano, o mejor, apenas si tiene nada aún de específicamente cristiano. No en vano era el cristianismo una rama del judaísmo que en sus principios simplemente hacía especial hincapié en el mesianismo de Jesús, negado por otras ramas.

Algunos estudiosos opinan que este apocalipsis de la Didaché es más una suerte de «catecismo» sobre los «novísimos» que un texto surgido de la angustia del fin inminente —que no se niega, ni mucho menos— o de la necesidad de consolar a una comunidad perseguida, como ocurre con el Apocalipsis de Juan.

16, 1-8:

Vigilad vuestra vida: que no se apaguen vuestras linternas ni se desciñan vuestros lomos, sino estad preparados, porque no sabéis el día ni la hora en la que va a venir nuestro Señor.

Reuníos con frecuencia, inquiriendo lo que conviene a vuestras almas. Porque de nada os servirá todo el tiempo de vuestra fe si no sois perfectos en el último momento.

Porque en los últimos días se multiplicarán los falsos profetas y los corruptores, y las ovejas se convertirán en lobos y el amor en odio.

Porque al crecer la iniquidad, los hombres se aborrecerán los unos a los otros y se perseguirán y traicionarán, y entonces aparecerá como hijo de Dios el Extraviador del mundo, y realizará milagros y prodigios, y la tierra será entregada a sus manos, y cometerá crímenes cual no se cometieron jamás desde los siglos.

Entonces la creación de los hombres vendrá a la hoguera de la prueba, y muchos se escandalizarán y perecerán. Mas los que permanecieren en su fe se salvarán por el mismo que fue maldecido.

Y entonces aparecerán los signos de la verdad. Primeramente, el signo de la apertura del cielo; luego, el signo de la voz de la trompeta y, en tercer lugar, la resurrección de los muertos.

No la resurrección de todos, sin embargo, sino como se dijo: «Vendrá el Señor y todos los santos con él».

Entonces verá el mundo al Señor que viene sobre las nubes del cielo.

(Traducción del griego de Daniel Ruiz Bueno,
Padres Apostólicos, pp. 92-93)

El Pastor de Hermas

ESTE libro fue compuesto hacia el 150 d. de C. en Roma por un personaje llamado Hermas, un ciudadano romano, comerciante, que, según una lista muy antigua de libros sagrados cristianos —el Canon de Muratori, quizá compuesto hacia el 200 d. de C.—, era hermano del entonces papa de Roma, de nombre Pío.

La obra se denomina El Pastor por el nombre del ángel intérprete, patrón de la penitencia, que acompaña a Hermas y le aclara el contenido de algunas de sus visiones.

El vocabulario, estilo y forma de El Pastor son los propios de un apocalipsis —visiones, éxtasis y arrebatos espirituales; aparición de la figura celestial que hace de intérprete—, aunque el contenido de lo revelado por la divinidad apenas hace referencia a las típicas desvelaciones de «misterios» sobre el fin del mundo y la realidad ultraterrena. La preocupación casi única del autor es la Iglesia de su momento y sobre todo su rectitud moral. Por eso su obra es ante todo una exhortación a la pureza y buen obrar de la Iglesia. Sin embargo, de lo que hay poca duda es que —a pesar de esta concentración en los momentos presentes y aunque sus intereses fueran más por la exhortación hacia la penitencia y buenas costumbres— el autor quiso escribir un apocalipsis cristiano.

La lengua original es el griego (a pesar de que el autor estaba y vivía en Roma, lo que da una idea de la atracción cultural de esta lengua y cómo era esta el idioma oficial de la cristiandad en esos momentos).

Reproducimos tan solo una de las múltiples visiones del escrito, la que parece acomodarse más al estilo de lo que hemos recogido hasta ahora.

VISIÓN CUARTA

La bestia de cuatro colores

He aquí, hermanos, la cuarta visión que tuve, veinte días después de la pasada, visión que representa la tribulación que está por venir.

Marchaba yo a mi campo por el camino de Campania, por un paraje situado a unos diez estadios de la vía pública y al que se llega con facilidad. Caminando, pues, solo, pedí al Señor que completara las revelaciones y visiones que me había mostrado por medio de su santa Iglesia, a fin de fortalecerme a mí y conceder penitencia a sus siervos que habían sufrido escándalo, con lo que sería alabado su nombre grande y glorioso, por haberme tenido por digno de mostrarme sus maravillas. Y mientras yo lo glorificaba y daba gracias, me respondió como un eco de voz:

—No dudes, Hermas.

Entonces me puse a discurrir para mis adentros y decir: «¿Por qué tengo que dudar yo, que así he sido asentado por el Señor y he visto cosas tan gloriosas?».

Avancé un trecho, hermanos, y he aquí que veo una polvareda como si se levantara hasta el cielo, y comencé a decir para mí: «¿Vienen por casualidad rebaños y levantan polvo?».

La nube distaba de mí como un estadio. Pero como iba creciendo más y más, sospeché que fuera cosa divina. Brilló en aquel momento un poco el sol, y he aquí que veo una fiera enorme, como un monstruo marino, de cuya boca salían langostas de fuego. La fiera tenía unos cien pies de largo y su cabeza era como un tonel. Yo me eché a llorar y rogué al Señor que me librara de ella. Entonces me acordé de la palabra que había oído: «Hermas, no dudes». Revestido, por tanto, hermanos, de la fe del Señor y acordándome de las magnificencias que me había enseñado, me abalancé animosamente hacia la fiera; mas ella avanzaba con tal resplido de fuego, que podría destruir una ciudad. Llegué cerca de ella y, entonces, monstruo tan enorme se tiende en tierra sin sacar fuera más que la lengua y no se rebulló absolutamente nada hasta que yo hube pasado. La bestia tenía sobre su cabeza cuatro colores: negro, luego rojizo de fuego y sangre, luego dorado, y blanco, por fin.

Pasado que hube la fiera, y habiendo avanzado unos treinta pasos, he aquí que me sale al encuentro una doncella, engalanada como si saliera de la cámara nupcial, vestida toda de blanco, con calzado también blanco, con velo hasta la frente y una mitra por toca. Los cabellos los tenía igualmente blancos. Conocí yo por las visiones pasadas que se trataba de la Iglesia, y me puse otra vez más contento. Me saludó con estas palabras:

—Dios te guarde, hombre.

Yo le devolví el mismo saludo:

—Señora, Dios te guarde.

Tomando ella la palabra, me preguntó:

—¿No te salió nada al encuentro?

—Señora —le contesté—, me salió una fiera tan enorme que era capaz de destruir pueblos enteros; mas por el poder del Señor y por su gran misericordia escapé de ella. Por eso envió su ángel, al que está al frente de las fieras.

—Enhorabuena. Has escapado —me dijo ella— porque pusiste tu cuidado en Dios y abriste tu corazón al Señor creyendo que por ningún otro podías salvarte sino por el grande y glorioso Nombre. Por eso el Señor envió su ángel, el que está al frente de las fieras, cuyo nombre es Tegri, y él cerró las fauces del monstruo para que no te devorara. De gran tribulación has escapado por tu fe, y porque —a pesar de ser tan enorme fiera— no has dudado. Anda, pues, y explica a los elegidos del Señor su magnificencia, y diles que esta fiera es figura de la tribulación que está por venir, que será grande. Ahora bien, si de antemano os aparejáis y os convertís de todo corazón al Señor, por medio de la penitencia, podréis escapar de ella, a condición de que vuestro corazón se torne puro e irreprochable y sirváis irrepreensiblemente al Señor el resto de los días de vuestra vida. Arrojad sobre el Señor vuestros cuidados y Él os enderezará.

»Vosotros, los vacilantes, creed que el Señor todo lo puede, tanto apartar su ira como enviar azotes a los que dudáis. ¡Ay de los que oyeren estas palabras y no les prestaran atención! Más les valiera no haber nacido.

Simbolismo de los colores de la fiera

Le pregunté entonces acerca de los cuatro colores que la fiera tenía sobre la cabeza, y me contestó:

—Otra vez eres curioso acerca de tales cosas.

—Sí, señora —le contesté yo—, dame a conocer lo que significa eso.

—Escucha —me dijo—: el color negro representa el mundo en el que habitáis. El color de fuego y sangre quiere decir que este mundo ha de perecer por la sangre y por el fuego. La parte de oro sois vosotros, los que habéis escapado de este mundo. Porque a la manera que el oro se acendra por el fuego y se vuelve útil, así sois también acendrados vosotros los que habitáis en el mundo. Así pues, los que perseveréis y resistiereis la prueba del fuego a la que os someterá el mundo, seréis purificados. Como el oro arroja su escoria, así vosotros arrojaréis toda tristeza y angustia, y quedaréis limpios y seréis útiles para la construcción de la torre en el cielo.

»Finalmente, la parte blanca representa el mundo venidero, en el que habitarán los elegidos de Dios, porque limpios y sin mancha serán los que Dios escogiere para la vida eterna.

»Así pues, tú no ceses de decir estas cosas en los oídos de todos los santos. Ahí tenéis también la figura de la gran tribulación que está por venir. Mas si vosotros queréis, no será nada. Recordad lo anteriormente escrito.

Dicho esto, se fue sin que yo viera adónde iba, pues sobrevino en aquel momento un estruendo, y yo me volví espantado a mirar atrás, imaginando que venía la fiera.

(Traducción del griego de Daniel Ruiz Bueno,
Padres Apostólicos, pp. 965-969)

Apocalipsis de Pedro (Etiópe y griego)

*D*ESDE finales del siglo XIX, gracias a unas excavaciones francesas en tumbas cristianas de Etiopía, nos es conocido este apocalipsis, que se ha conservado casi completo solo en etiópe clásico. Poseemos también algunos fragmentos en lengua griega que se encontraron en un papiro en Akhmim, en el alto Egipto. Los dos textos son más o menos paralelos, pero contienen grandes diferencias, de modo que es imposible saber cuál fue el texto original. Hay investigadores que afirman que este apocalipsis formaba parte del antiguo Evangelio de Pedro (compuesto hacia el 130 d. de C.), ya que por delante y detrás de él el manuscrito contiene pasajes de la vida de Jesús, y porque tanto los restos etiopes de este Evangelio de Pedro y el Apocalipsis, aquí reproducido, se encontraron en la misma tumba.

Lo más importante del texto del apocalipsis es, por un lado, su descripción de las penas del infierno, que ha alimentado —junto con otras anteriormente expuestas— la imaginación cristiana occidental, y, por otro, el interés en presentar a la figura de Pedro, totalmente rehabilitada a pesar de sus negaciones, como receptor también de revelaciones divinas... ¡no solo Pablo!

El autor de este apocalipsis es desconocido. Probablemente el original, perdido, fue redactado en lengua griega hacia la misma fecha que el texto primitivo del Evangelio de Pedro, por tanto hacia mediados del siglo II d. de C. Diversos investigadores sostienen que el material de fondo de este apocalipsis es del que copiaron ciertas obras apocalípticas «judías», retocadas por manos cristianas en siglos posteriores (por ejemplo, el «Ciclo posterior de Esdras», del capítulo 13 de la presente obra).

La influencia de antiguas ideas griegas sobre las torturas con fuego del Tártaro pagano y el fango ardiente de la laguna del Aqueronte es evidente en el Apocalipsis de Pedro.

Esta obra estuvo a punto de entrar en el canon de Escrituras sagradas del Nuevo Testamento, pues aparece en la lista llamada Canon de Muratori (hacia el 200 d. de C.). Finalmente fue excluido, probablemente a lo largo del siglo III y, desde luego, antes del Concilio de Nicea.

Texto etiope: Escenario del diálogo entre Jesús y sus discípulos

Ocurrió una vez cuando Jesús estaba sentado en el monte de los Olivos, que se acercaron a él los suyos, y le pedimos y suplicamos cada uno rogándole con estas palabras:

—Dinos cuáles son los signos de tu parusía y del final del mundo, de modo que sepamos el momento de tu llegada y podamos explicárselo a los que vengan detrás de nosotros [...].

Y nuestro Señor nos respondió con estas palabras:

—Estad atentos para que nadie os engañe, y para que no dudéis y sirváis a otros dioses. Muchos vendrán en mi nombre diciendo: «Yo soy el Cristo». No los creáis y no os acerquéis a ellos. Pues la parusía del Hijo del Hombre no será algo previsto, sino que como el relámpago, que brilla de oriente a occidente, de ese modo vendré sobre las nubes del cielo con un gran ejército en mi majestad. Mi cruz me precederá; vendré con toda mi gloria; brillando siete veces más que el sol vendré en majestad con mis santos y con mis ángeles, cuando mi Padre ponga una corona sobre mi cabeza para juzgar a los vivos y a los muertos y retribuya a cada uno según sus obras [...].

Y me mostró a su derecha las almas de todos los hombres, y en la palma de su mano derecha la imagen de todo lo que ocurrirá en el último día, cómo serán separados los justos y los pecadores, lo que hacen los que tienen un corazón recto, y cómo los malhechores serán erradicados para siempre. Vimos cómo lloraban los pecadores con gran aflicción y tristeza, y todos los que lo veían con su ojos, lloraban también los justos, los ángeles y Él mismo. Le pregunté así:

—Oh Señor, mejor les hubiera sido no haber nacido.

El Salvador me respondió con estas palabras:

—Pedro, ¿por qué dices que no haber nacido habría sido mejor para ellos? Hablas contra Dios. No tendrías más compasión que Él por su imagen, porque Él las ha creado y las ha sacado de la nada. Y puesto

que has visto las desgracias que caerán sobre los pecadores en los últimos días, por ello está turbado tu corazón. Pero yo te mostraré sus acciones con las que han pecado contra el Altísimo.

El juicio final

Mira lo que ocurrirá en los últimos momentos cuando venga el Día de Dios. En el día de la decisión del juicio divino todos los hijos de los hombres se reunirán, desde oriente hasta occidente, delante de mi Padre, que vive por siempre. Entonces Él ordenará al infierno que abra los cerrojos de hierro y que devuelva todo lo que tiene dentro. Y ordenará a las fieras salvajes y a las aves que devuelvan la carne que han devorado, ya que su deseo es que los hombres aparezcan de nuevo, porque para Dios nada queda aniquilado y nada para Él es imposible, pues todo es suyo [...].

Y en el día del juicio, a los que han apostasiado de la fe en Dios y han cometido pecado les ocurrirá que quedarán sueltas cataratas de fuego, sobrevendrán tinieblas y oscuridad que cubrirán y ocultarán el mundo todo; las aguas se mudarán y se tornarán en carbones ardientes, y todo lo que hay en él quedará abrasado, y el mar se transformará en fuego. Y bajo el cielo habrá un fuego tremendo e inextinguible, que fluirá para ejecutar el juicio de la ira. Las estrellas se harán pedazos a causa de las llamas como si no hubiesen sido creadas, y los poderes (o el firmamento) del cielo se derretirán por falta de agua, y serán como si no hubiesen existido. Los cielos se tornarán relámpagos y aterrizarán al mundo. Y los espíritus de los muertos serán semejantes a ellos y se tornarán fuego. Y cuando toda la creación comience a disolverse, los hombres del este huirán al oeste, y los del sur hacia el norte, y a la inversa, y en todas partes les alcanzará la ira de un fuego terrible y una llama inextinguible los empujará y conducirá al juicio de la cólera, a la corriente del fuego inextinguible que fluye llameante, y cuando sus ígneas olas los separen unos de otros habrá un gran crujir de dientes entre los hijos de los hombres.

La venida de Jesús como juez. Suerte de justos y malvados

Y entonces me verán todos venir sobre una nube y verán también a los ángeles de Dios, que se sientan conmigo en el trono de mi gloria a la derecha de mi Padre celestial. Y Este pondrá una corona sobre mi cabeza. En cuanto me vean los pueblos, se pondrán a llorar, cada uno por su lado. Entonces les ordenará Aquel que entren en ese río de fuego, mientras las acciones de cada uno estarán delante de ellos. Y a cada uno se le retribuirá según sus obras. Y los elegidos, los que han obrado el bien, vendrán a mí y no verán la muerte del fuego que devora. Pero los malvados, los pecadores y los hipócritas quedarán en las profundidades de unas tinieblas inextinguibles, y su castigo es el fuego, mientras los ángeles presentan sus pecados y les preparan un lugar en donde serán castigados por siempre, cada uno según sus faltas. El ángel de Dios Urael (Uriel) traerá las almas de los pecadores que perecieron en el Diluvio, las de todos los que se han mantenido fieles a los (falsos) dioses, a sus estatuas fundidas, a todo objeto de sus amores y a sus imágenes, que habitan en colinas, rocas y caminos y que la gente llama dioses; todo esto se abrasará junto con ellos. Y cuando todos sus asentamientos sean aniquilados, comenzará su suplicio eterno.

Texto griego: Descripción de los castigos del infierno

(El manuscrito comienza aquí.) Y vi también otro lugar, enfrente del otro, totalmente tenebroso. Era el lugar del castigo, y tanto los que allí son castigados como los ángeles castigadores llevaban vestimentas oscuras conforme al aire del lugar. Y algunos estaban colgados por sus lenguas. Eran los que habían blasfemado contra la vía de la justicia, y bajo ellos había fuego que ardía y los torturaba. Y había un lago grande lleno de fango ardiente, en el cual estaban algunos hombres que se habían apartado de la justicia, y unos ángeles torturadores azuzaban el fuego contra ellos. Había también allí otras personas: mujeres colgadas por sus cabellos sobre aquel fango ardiente. Eran las que se habían adornado para cometer adulterio. Pero aquellos hombres que se habían unido a ellas en la mancha del adulterio estaban colgados por sus pies, y tenían sus cabezas en el fango y les gritaban: «No habíamos pensado venir a este lugar».

Y vi a los asesinos y a sus cómplices arrojados a un lugar angosto lleno de bestezuelas venenosas, y eran torturados por esos animales, retorciéndose en aquel tormento. Y sobre ellos había gusanos, tan densos como una nube espesa. Y las almas de los asesinados estaban allí y contemplaban el castigo de los asesinos y exclamaban: «¡Oh Dios, justo es tu juicio!». Y cerca de allí vi otro lugar angosto del que supuraba la podredumbre de los atormentados hasta formar como un lago. Allí había mujeres a las que la podredumbre llegaba hasta el cuello. Frente a ellas estaban sentados muchos niños nacidos antes de tiempo, que lloraban. Y de ellos salían rayos de fuego que alcanzaban a las mujeres en los ojos. Estas eran las que habían concebido hijos extramatrimoniales y habían abortado.

Otros hombres y mujeres se hallaban en llamas hasta la mitad de su cuerpo, y habían sido arrojados a un lugar tenebroso, en donde malos espíritus los golpeaban con sus látigos. Incansables gusanos devoraban sus entrañas. Eran aquellos que habían perseguido a los justos y los habían entregado. Y cerca de ellos había otros hombres y mujeres, que mordían sus labios y eran atormentados: recibían en sus ojos hierro ardiente. Estos eran los que habían blasfemado y calumniado el camino de la justicia. Frente a ellos había otros muchos hombres y mujeres que se mordían sus lenguas, pues tenían en sus bocas fuego. Estos eran los falsos testigos.

Y en otro lugar había piedras puntiagudas llenas de fuego, más agudas que espadas o que cualquier aguijón. Y allí hombres y mujeres, vestidos con andrajos, se revolcaban castigados por aquellos. Estos eran los ricos, y los que han confiado en su riqueza y no se han apiadado de huérfanos y viudas, sino que han despreciado el mandamiento de Dios.

Y en otro lago grande, lleno de pus, sangre y fango hirviente, estaban otros hombres y mujeres inmersos hasta la rodillas. Estos eran los prestamistas y usureros sin medida.

Otros hombres y mujeres que habían sido arrojados a un precipicio grande, llegados abajo, eran obligados por los que los castigaban a ascender por la roca, para ser arrojados de nuevo abajo (una vez que alcanzaban la cima). Y nunca tenían descanso de ese castigo. Estos eran los que han mancillado sus cuerpos y se han comportado como mujeres; y las mujeres entre ellos eran las que habían yacido como un varón con una mujer.

Y junto a ese precipicio había un lugar lleno de fuego terrible, y allí había hombres que habían fabricado con sus propias manos imágenes de ídolos, y no de Dios. Y junto a ellos había otros hombres y mujeres que tenían bastones de fuego y se golpeaban unos a otros y nunca tenían descanso de este castigo.

Y cerca de ellos también había mujeres y hombres en llamas, a los que daban vueltas y abrasaban en una sartén. Estos eran los que habían abandonado el camino de Dios [...].

(Aquí acaba el fragmento griego.)

Texto etíope: Final del apocalipsis, la transfiguración de Jesús; texto parecido al del Evangelio de Mateo 17, 4 y ss.

(Y al ver y oír lo ocurrido), yo, Pedro, me conmoví y conturbé y miramos a lo alto: y el cielo se abrió y vimos hombres de carne y hueso que vinieron y saludaron al Señor, a Moisés y a Elías, y se fueron (luego) al segundo cielo. Y así se cumplió la palabra de la Escritura: «Esta generación lo busca y busca el rostro del Dios de Jacob (Salmo 24, 6). Y en el cielo hubo un gran temor y conmoción. Y los ángeles se congregaron para que se cumpliera la Escritura: «Abrid las puertas, oh príncipes» (Salmo 24, 7-9). Y luego se cerró el cielo que se había abierto. Oramos y descendimos de la montaña alabando a Dios, que ha inscrito los nombres de los justos en el libro de la vida.

(Traducción del etíope y del griego de Antonio Piñero;

Etíope: texto de S. Grébaud, *Revue de L'Orient Chrétien*, 1907, pp. 139-151; 1910, pp. 198-214; 307-323; 425-439.

Griego: texto editado por A. Dieterich en su obra *Nekya*, Stuttgart, 1969 [reedición], pp. 2-9)

Apocalipsis de Pablo

ESTE apocalipsis es una expansión de lo que Pablo dice en su Segunda Carta a los Corintios 12, donde habla de sus visiones y raptos celestiales. Tal como se nos ha transmitido, el apocalipsis es un producto tardío, quizá del siglo V en adelante, pero los materiales que usa son muy antiguos. En su texto se notan reminiscencias del Apocalipsis de Pedro, del de Sofonías, del Apocalipsis de Elías y del Henoc eslavo.

Tenemos noticias de que ya Orígenes (siglo III) conocía un escrito con el nombre de Apocalipsis de Pablo, al igual que más tarde Epifanio de Salamina, Dionisio de Alejandría y Agustín de Hipona (siglo IV). Por la misma época el poeta cristiano Prudencio lo cita en una de sus composiciones, llamada Cathemerinon, y finalmente en el denominado Decreto Gelasiano (siglo VI) aparece este apocalipsis entre las obras rechazadas por la Iglesia.

El contenido del Apocalipsis de Pablo es el siguiente: descubrimiento de las revelaciones otorgadas a Pablo por medio de un ángel a un ciudadano de Tarso; ascenso de Pablo al tercer cielo, donde el apóstol oye las quejas de la creación entera contra la maldad de los hombres; informe de los ángeles sobre esas acciones y descripción del juicio divino sobre justos y malvados. Luego hay una primera descripción del paraíso, seguida de otra de las penas del infierno, donde Pablo consigue de Dios un alivio durante los domingos de las penas de los condenados. El apocalipsis termina con una segunda descripción del Paraíso en donde Pablo se encuentra con patriarcas y santos del pasado.

El texto solo se nos ha conservado en una antigua versión latina, y de una manera un tanto más fragmentaria en traducciones al copto, siríaco, armenio y al eslavo eclesiástico. El texto original fue compuesto, sin duda, en griego —por un autor desconocido, quizá un monje, ya que alaba el estilo de vida monacal—, pero de este pre-

sunto original solo se conserva un largo fragmento en un códice del siglo XV, editado por C. von Tischendorf. Este es el texto que seguimos, al que añadimos los complementos de la versión latina —que van en cursiva.

Apocalipsis del santo apóstol Pablo, que le fue revelado cuando ascendió hasta el tercer cielo y fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables [...].

Primera descripción del paraíso (19-23)

Respondió el ángel y me dijo:

—Sígueme de nuevo; te tomaré y te mostraré los lugares de los justos.

Seguí al ángel y me subió hasta el tercer cielo y me colocó delante de la puerta de la ciudad. Miré y vi que las puertas eran de oro, y que había dos columnas también de oro, y encima dos tablas doradas llenas de letras. El ángel se volvió hacia mí y me dijo:

—Bienaventurado serás si entras por esas puertas, porque no todos entran, sino solo les está permitido a los que han mantenido la bondad, la sencillez y un corazón puro.

Pregunté entonces al ángel y le dije:

—Señor, dime: ¿por qué hay letras sobre esas tablas?

Me respondió:

—Son los nombres de los justos que sirven al Señor con todo su corazón mientras habitan la tierra.

Dije de nuevo:

—¿Están sus nombres escritos en el cielo mientras aún viven en la tierra?

Me respondió:

—No solo sus nombres, sino también los rostros y las imágenes de los que sirven a Dios están en los cielos. Y son conocidos por los ángeles: estos saben que aquellos sirven a Dios con todo su corazón antes de abandonar este mundo.

Rápidamente se abrió la puerta y me salió al encuentro un hombre de blancos cabellos y rostro brillante y me dijo:

—Salve, Pablo, amado de Dios. Me besó entonces con ánimo alegre y lágrimas en los ojos. Le dije:

—Padre, ¿por qué lloras?

Respondió:

—Nos sentimos heridos por los hombres y nos causan mucha tristeza, porque Dios ha dispuesto muchos bienes para los hombres y grandes son sus promesas, pero los humanos no cumplen su voluntad de modo que puedan disfrutar de ellas.

Pregunté al ángel:

—¿Quién es este?

Me dijo:

—Es Henoc, el testigo de los últimos días [...].

Entré dentro de aquel lugar y vi al punto a Elías. Se acercó, me saludó alegremente dando muestras de gozo. Pero después de verme, se volvió y rompió a llorar. Me dijo:

—¡Ojalá recibas la recompensa por las tareas que has cumplido entre el género humano. En cuanto a mí, he visto los grandes y numerosos bienes que Dios ha preparado para todos los justos; grandes son las promesas divinas, pero la mayoría no las recibe. Y con mucho esfuerzo apenas entran uno o dos en estos lugares.

Me dijo el ángel:

—Mira, lo que yo te muestre en este lugar no se lo comuniques a nadie en la tierra, salvo lo que yo te diga.

Y me condujo y me enseñó cosas y oí palabras que no le es lícito pronunciar al hombre. Me dijo de nuevo:

—Sígueme una vez más y te mostraré las cosas que puedes contar y relatar abiertamente.

Me hizo bajar del tercer cielo y me condujo al segundo. Me trasladó de nuevo al firmamento, y desde allí me llevó a las puertas del cielo. Y sus fundamentos estaban sobre un río, cuyo nacimiento está situado en la órbita del cielo. Y este río es el que rodea toda la tierra. Me dijo el ángel:

—Este río es el océano.

Y luego salí del cielo y vi una luz celeste, enorme, que iluminaba aquella tierra que brilla siete veces más que la plata.

Pregunté:

—Señor, ¿qué es esto?

Me dijo:

—Es la tierra de los mansos de corazón. ¿No has oído lo que está escrito: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra?». Así pues, las almas de los justos se guardan en este lugar.

Pregunté al ángel:

—¿Cuándo se manifestarán claramente?

Me respondió:

—Cuando venga y tome asiento el Juez en el día de la resurrección. Dará entonces una orden, se disolverá la primera tierra, y se revelará esta otra con gran fulgor, y la tierra nueva será como el rocío o como una nube. Entonces se manifestará el Señor Jesucristo, el rey eterno con todos sus santos, para vivir en ella. Y el Señor reinará sobre ellos mil años en esa tierra, y se alimentarán de todos los bienes preparados para ellos desde la creación del mundo.

Y contemplé aquella tierra, y vi un río que mana leche y miel; y en sus orillas había plantados árboles llenos de frutos; cada árbol producía doce veces al año muchos y variados frutos. Y vi la constitución de aquel lugar y todas las obras de Dios. Vi también allí palmeras de veinte codos de alto junto con otras de diez codos. Y aquella tierra era siete veces más brillante que la plata. Y los árboles estaban llenos de frutos desde la raíz hasta la copa. Desde la raíz hasta su centro tenían esas palmeras diez mil ramas, y cada una de ellas diez mil dátiles. Y lo mismo ocurría con las viñas: cada una de ellas tenía diez mil sarmientos, y cada uno de ellos diez mil racimos, y cada racimo diez mil uvas. Y había allí otros muchos árboles, miríadas y miríadas, que tenían frutos en la misma proporción.

Pregunté al ángel:

—¿Por qué cada árbol produce tantos frutos?

Respondió:

—Porque el Señor Dios concede sus dones en gran abundancia a los que son dignos de Él, porque mientras vivían en el mundo se doblegaron voluntariamente haciendo todo en honor de su santo Nombre.

Pregunté entonces al ángel:

—¿Son estos las únicas promesas que el Señor ha prometido a sus santos?

Respondió:

—No. Las hay siete veces mayores que estas [...]. Sígueme y te conduciré hasta la ciudad de Cristo.

Entonces se situó en la ribera del lago Aquerusio, donde se halla la ciudad de Dios. Pero no a todos les está permitida la entrada, sino a aquellos que se arrepientan de sus pecados. Y cuando el hombre se arrepiente y cambia de vida es entregado a Miguel, y este lo arroja al lago Aquerusio. Pero luego lo transporta a la ciudad de Dios, en la compañía de los justos. Me hizo embarcar en una barca dorada, y tres mil ángeles entonaban un himno delante de mí hasta que llegué a la ciudad de Cristo. Y los que habitaban allí se alegraron mucho cuando me acerqué a ellos. Entré y vi la ciudad. Era toda de oro, y tenía doce murallas que la rodeaban y en cada una doce torres. Y cada muralla estaba separada de la otra un estadio.

Pregunté al ángel:

—¿Cuánto es un estadio?

Me respondió:

—Es como la distancia que hay entre Dios y los hombres en la tierra, porque la ciudad de Cristo es inmensa. Y en el entorno de las murallas había doce puertas de extraordinaria hermosura, y cuatro ríos rodeaban la ciudad. Un río de miel, otro de leche, otro de vino y un último de aceite.

Pregunté al ángel:

—¿Qué son esos ríos?

Respondió:

—Son los cuatro ríos que fluyen abundantemente para disfrute de los que se hallan en esta tierra de promisión [...]. Pues mientras los justos estaban en la tierra no dispusieron de estas cosas, sino que pasaron hambre y se mortificaron por Dios. Por eso, ahora, cuando entran en esta ciudad el Señor les concede estas cosas sin número y sin medida...

Me admiré por todo y alabé a Dios por todo lo que vi.

(Traducción del griego de Antonio Piñero,
edición de Tischendorf, pp. 48-52,
con adiciones latinas de M. R. James)



Apocalipsis de Tomás

EL llamado Decreto Gelasiano (del siglo VI en su forma actual, pero que refleja probablemente una tradición anterior de la Iglesia de Roma) prohibía ya aceptar como sagrado por parte de la Iglesia católica un Apocalipsis de Tomás, que como otros libros espurios había sido utilizado e interpolado por los herejes. Este apocalipsis tiene que proceder, por tanto, de una época anterior.

De esta obra han llegado hasta nosotros copias en diversos códices que van desde el siglo VIII hasta el XII y que representan dos «recensiones» —dos versiones— diferentes de ella: una breve y otra más amplia. En general, se estima que la recensión breve es la más antigua, y que fue compuesta en el siglo IV, aunque haya sido interpolada posteriormente por herejes maniqueos y priscilianistas. La recensión larga añade en una primera parte otro material, como veremos enseguida. El presunto original —perdido y probablemente compuesto en lengua griega— procede por tanto o bien de ese mismo siglo IV d. de C., o un poco antes. Sin embargo, este original no ha llegado hasta nosotros, y lo que se ha conservado hasta hoy está únicamente en latín.

La recensión larga consta de dos partes. En la primera aparece una secuencia de «signos» o acontecimientos que preceden al juicio final, con descripciones ya conocidas que recuerdan textos anteriores como los Oráculos Sibilinos, el Testamento de Moisés y la Ascensión de Isaías. La segunda parte —que coincide sustancialmente con la versión breve— contiene lo que sucederá en los siete días anteriores al fin del mundo. Esta descripción es original en cuanto presenta la sucesión de esos acontecimientos del juicio final divididos en siete días y con sus horas correspondientes. Esta división se inspira probablemente en el Apocalipsis, canónico, de Juan (siete sellos, siete trompetas, siete copas, etc.).

Se supone que el Tomás al que se refiere el texto de este apocalipsis es el apóstol, pues la recensión larga comienza su texto con las siguientes palabras: «Co-

mienzo de una carta del Señor a Tomás», y la breve acaba con una mención semejante.

Ofrecemos aquí solamente la traducción de la recensión breve, que nos parece la original.

Oye, Tomás, pues soy el Hijo de Dios Padre, y soy el padre de todos los espíritus. Oye de mí los signos que ocurrirán al final de este mundo, cuando se lleve a cumplimiento el fin del universo, antes de que mis elegidos salgan de él.

Te digo claramente lo que les ocurrirá a los hombres. Pero cuándo sucederán estas cosas no lo saben ni siquiera los príncipes de los ángeles, pues les está oculto.

En aquellos momentos competirán entre sí (¿?) los reyes de la tierra, y en toda ella habrá grandes hambrunas, pestes y muchas necesidades. Los hijos de los hombres serán conducidos como cautivos en todas las naciones, y perecerán a espada y habrá una gran conmoción en el mundo. Cuando se acerque la hora del fin, aparecerán durante siete días grandes signos en el cielo, y los poderes del cielo se conmoverán.

Así pues, en el primer día, al comienzo de la hora tercia, resonará en el firmamento del cielo una voz alta y poderosa. Desde el norte ascenderá una nube de sangre, a la que seguirán grandes truenos y poderosos relámpagos, y cubrirá todo el cielo. Luego descenderá sobre la tierra una lluvia de sangre. Estos son los signos del primer día.

En el segundo resonará una voz poderosa en el firmamento del cielo. La tierra se conmoverá en sus fundamentos. Las puertas del cielo se abrirán desde el oriente en el firmamento celeste. A través de ellas se difundirá el humo de un gran incendio que cubrirá todo el cielo hasta occidente. En ese día habrá grandes terrores y angustias en el mundo. Estos son los signos del segundo día.

En el tercero, hacia la hora tercia, resonará una voz potente en el cielo, y rugirán los abismos de la tierra desde los cuatro puntos cardinales. Los extremos más altos del firmamento del cielo se rasgarán, y toda la atmósfera quedará llena de columnas de humo. Hasta la hora décima habrá un insoportable olor a azufre. Y los hombres dirán: «El fin del mundo cae sobre nosotros y pereceremos». Estos son los signos del tercer día.

En el cuarto, a la hora prima, se derretirá con grandes rugidos el abismo del oriente. Toda la tierra temblará por la furia de esta conmoción. En ese día se derrumbarán todos los ídolos de los paganos, así como todos los edificios de la tierra por la furia del terremoto. Estos son los signos del cuarto día.

En el quinto, a la hora sexta, retumbarán de repente en los cielos potentes truenos, y las potencias de la luz se extinguirán y la rueda del sol se cubrirá. Entonces una inmensa tiniebla cubrirá el mundo entero hasta occidente. El universo quedará triste sin sol y sin luna. Las estrellas cesarán de cumplir su cometido. En ese día las naciones serán como si estuvieran metidas en un saco (¿?), y no estimarán ya apetecible vivir en este mundo. Estos son los signos del quinto día.

En el sexto, a la hora cuarta, resonará una voz potente en el cielo. El firmamento celeste se abrirá de oriente a occidente, y los ángeles observarán la tierra por las rendijas del cielo, y todos los hombres que vivan sobre la tierra verán a los ángeles que miran desde arriba. Y todos los hombres huirán a las cuevas de los montes (¿?) para ocultarse de la mirada de los justos ángeles, mientras exclaman: «¡Que se abra la tierra y nos trague!». Entonces ocurrirán cosas como no han sucedido desde el inicio del mundo.

Entonces me verán cuando descienda desde lo alto en la luz de mi Padre con el poder y la gloria de los santos ángeles. A mi llegada se abrirá la cerca del Paraíso, pues este se halla cercado por medio del fuego. Pero este es el fuego eterno que consumirá la tierra y a todos los elementos del mundo. Entonces los espíritus y las almas de los santos abandonarán el Paraíso y aparecerán sobre la tierra, y cada uno irá hacia su cuerpo dondequiera que haya sido enterrado. Y todos dirán: «Aquí yace mi cuerpo». Y cuando resuenen las voces poderosas de los espíritus, habrá por todas partes terremotos, y la furia de esos movimientos afectará a las montañas y las rocas se hendirán. Entonces todos los espíritus retornarán a sus recipientes (es decir, a sus cuerpos antiguos), y los cuerpos de los santos que ya durmieron resucitarán.

Entonces se transformarán sus cuerpos en la imagen, semejanza y gloria de los santos ángeles, y en el poder de la imagen de mi Padre santo. Se revestirán entonces con la vestidura de la vida eterna, el vestido de la nube luminosa, que nunca se ha visto en este mundo, pues esa nube descende desde el reino celeste, desde el poder de mi Padre;

y la nube recubrirá con su brillo a todas las almas que han creído en mí. Entonces, como te he dicho, se revestirán de ese modo y serán transportadas en manos de mis santos ángeles. Serán levantadas a las alturas en una nube luminosa. Con enorme alegría entrarán conmigo en el cielo, y permanecerán en la luz y gloria de mi Padre. En presencia de mi Padre y de mis santos ángeles sentirán una inmensa alegría. Estos son los signos del sexto día.

En el séptimo, en la hora octava, resonarán voces en los cuatro ángulos del cielo. Y todo el universo se conmoverá y se llenará de ángeles santos. Y pugnarán unos con otros durante todo el día. Y en aquel día los elegidos serán salvados de la destrucción del mundo por los santos ángeles. Entonces verán todos los hombres que la hora de su aniquilación ha llegado. Estos son los signos del séptimo día.

Y cuando se hayan cumplido los siete días, al octavo, en la hora sexta, se oirá desde el oriente una voz dulce y tierna. Entonces aparecerá el espíritu que tiene poder sobre los santos ángeles. Todos los ángeles saldrán con él, sentados sobre los carros de nubes de mi Padre, con gran alegría, moviéndose por el aire bajo el cielo, para salvar a los elegidos que han creído en mí. Y se alegrarán porque ha acontecido la destrucción del mundo.

Estas son las palabras del Salvador sobre el fin del mundo.

(Traducción del latín de Antonio Piñero;
texto de Dom Bihlmeyer,
Revue Bénédictine 28 [1911], 272-276)

III

APOCALIPSIS GNÓSTICOS CRISTIANOS

En esta tercera parte ofrecemos apocalipsis gnósticos. Los textos son más difíciles de entender y requieren del lector que tenga alguna idea de lo que es la gnosis y el gnosticismo antiguos. Como todos estos apocalipsis proceden de la colección de obras descubierta en Nag Hammadi en 1945, aconsejamos al lector la lectura de la introducción a la gnosis presentada en el volumen I de la edición española de estos textos (véase, al final del presente libro, la sección de Fuentes/Bibliografía).

Apocalipsis de Adán

EL Apocalipsis de Adán es el último de los cinco tratados contenidos en el códice V de la Biblioteca de Nag Hammadi, copiado en la primera mitad del siglo IV en Egipto. La obra original —de autor desconocido— era sin duda alguna griega, pero solo conservamos la traducción hecha en copto sahídico. Es este el único apocalipsis de Adán que se conoce, aunque en la Antigüedad parece que existieron varias obras con el mismo título. Su fecha de composición es incierta. Por su contenido parece un texto del gnosticismo temprano, de la rama setiana, por lo que debió de componerse entre la mitad del siglo II y la del III d. de C.

A pesar de ser un apocalipsis, esta obra se desarrolla literariamente como un testamento. El testador, en este caso Adán, comienza resaltando algunos rasgos de su vida: cuenta a su hijo Set cómo fue creado andrógino en la gloria que da el conocimiento del verdadero Dios, el Trascendente, distinto del dios creador —conocido erróneamente por judíos y cristianos no gnósticos como Yahvé, el dios del Antiguo Testamento—, y cómo perdió esa gloria por la ira del dios creador que lo dividió en dos, mientras que Set conservó el reflejo de aquella gloria, pues procedía de «otra generación», la de los gnósticos.

Adán cuenta a continuación una revelación que tuvo en sueños: tres hombres que no procedían del dios creador lo invitaron a despertar de su letargo, identificado con la ignorancia. Esto hace suspirar a Adán y Eva, y entonces interviene el Creador recordando a Adán, con palabras tomadas de Génesis 2, 7, cómo lo creó. Adán vuelve a caer no solo en la ignorancia, sino en el poder de la muerte. Pero por aquel ensueño Adán recibe la noticia —primera revelación— de lo que sucederá en el futuro y al final de los tiempos a los descendientes de Set, los gnósticos.

La segunda manifestación de la generación de los gnósticos sucede después del diluvio. El Creador promete a Noé la tierra a cambio de que este y su descendencia le

reconozcan como dios. Pero ante Noé aparecen otros hombres procedentes del conocimiento eterno que son como «la nube de la gran luz», que representan la segunda venida de portadores de la iluminación, o revelación gnóstica, y que en realidad son la «raza de Seb», que no descienden en verdad de Noé, sino de Adán en cuanto receptor de la revelación auténtica.

La tercera manifestación de los gnósticos es la aparición «por tercera vez del Iluminador» —esta vez encarnado en Jesús— con «gran gloria». Ello motiva preguntas del Creador y la persecución por parte de las potencias de este, que ahora recae únicamente sobre la carne del Iluminador. Pero la gloria de este pasará a los gnósticos sin que lo descubran las potencias del Creador, que, en cambio, invocarán erróneamente su nombre, preguntándose de dónde viene y cómo «llegó al agua», es decir, al mundo. Se introducen aquí las falsas repuestas procedentes de trece reinos, en contraste con la verdadera respuesta, la de los gnósticos que «no tienen rey sobre ellos». A continuación, en una escena de juicio final, se produce el reconocimiento universal tanto de la gloria de los gnósticos como del error de quienes se sometieron al dios creador y sus potencias despreciando al verdadero Dios, el Trascendente.

*Caída de Adán y Eva bajo el poder del Creador,
que no es el Dios auténtico o el Trascendente (64, 1-65, 20)*

Revelación que Adán transmitió a su hijo Set el año setecientos, diciendo: Set, hijo mío, escucha mis palabras. Cuando el dios (creador) me creó de la tierra junto con tu madre Eva, yo andaba con ella en la gloria que ella había visto en el eón del que procedíamos. Ella me comunicó la palabra del conocimiento del Dios eterno, y éramos semejantes a los grandes ángeles eternos, pues éramos superiores al dios que nos había creado y a las potencias que lo acompañaban, a las que no reconocíamos. Entonces el dios príncipe de los eones y de las potencias nos dividió con ira. Nos convertimos en dos eones, y la gloria que había en nuestro corazón nos abandonó, a mí y a tu madre Eva, junto con el conocimiento primero que nos inspiraba interiormente [...].

En cambio, el conocimiento entró en la descendencia de los grandes eones. Por eso te he puesto, Set, el nombre de aquel hombre cuya descendencia es la gran generación, es decir, la que proviene de él.

Tras aquellos días el conocimiento eterno del Dios verdadero permaneció lejos de mí y de tu madre Eva. A partir de aquel momento

aprendimos, como hombres, las obras muertas. Entonces reconocimos al dios que nos había creado, pues no éramos extraños a sus potencias, y lo servimos con temor y esclavitud. Después de eso nuestro corazón se llenó de tinieblas.

Primera revelación de la gnosis (65, 30-67, 10)

Yo dormía con los pensamientos de mi corazón, y entonces vi a tres hombres ante mí, cuya figura no podía reconocer ya que no procedían de las potencias del dios que [nos] había creado [...]. Me dijeron:

—Adán, levántate del sueño de la muerte y escucha lo concerniente al eón y a la descendencia de aquel hombre al que ha llegado la vida, el que salió de ti y de tu esposa Eva.

Al escuchar tales palabras de aquellos grandes hombres que estaban en pie ante mí, Eva y yo suspiramos en nuestro corazón.

Entonces el dios que nos había creado se presentó ante nosotros y nos dijo:

—Adán, ¿por qué suspirabais en vuestro corazón? ¿Es que no sabéis que yo soy el Dios que os ha creado, y ha insuflado en vosotros espíritu de vida como alma viviente?

Entonces las tinieblas cayeron sobre nuestros ojos [...] y supe que había caído bajo el poder de la muerte.

Reacción del dios creador contra la descendencia de Set: El diluvio (68, 20-69, 20)

Ahora, pues, Set, hijo mío, te voy a desvelar lo que me revelaron aquellos hombres que vi al principio ante mí:

Cuando yo haya completado el tiempo de esta generación, y se hayan cumplido los años de esta generación, entonces [...] caerán las aguas del diluvio del [dios] todopoderoso para destruir toda carne de la tierra, a causa de aquellos a los que se buscaba, los que proceden de la descendencia de los hombres a los que pasó la vida que da el conocimiento que nos abandonó a mí y a tu madre Eva. Porque ellos eran extraños para este dios.

Después de esto vendrán grandes ángeles sobre altas nubes, y llevarán a aquellos hombres al lugar en el que está el espíritu de la vida [...]. [Entonces] toda [la multitud] que pertenece a la carne permanecerá en las [aguas].

*Segunda manifestación de la gnosis: Aparición de la raza de Set
(70, 10-72, 10)*

Entonces el dios creador cesará en su ira y enviará su potencia sobre las aguas [...]. Vendrán aquellos hombres que habían sido enviados desde el conocimiento de los grandes eones y de los ángeles, y se mantendrán en pie ante Noé y los eones. Entonces el dios [creador] dirá a Noé:

—¿Por qué te has alejado de lo que te ordené y has creado otra generación (la de Set) para despreciar mi poder?

Y Noé responderá:

—Puedo testificar delante de tu poder que la generación de estos hombres no ha salido de mí, ni [de mis hijos]. Pero [él —Set— sacará] a aquellos hombres y los introducirá en la tierra digna de ellos, y les construirá sus moradas santas. Los llamarán con aquel nombre y habitarán allí seiscientos años en el conocimiento de la inmortalidad. Estarán con ellos los ángeles de la gran luz. No habrá en su corazón ninguna obra vergonzosa, sino solamente el conocimiento de Dios.

*Noé y sus hijos sometidos al dios creador, no al Dios verdadero, trascendente
(72, 15-73, 10)*

Entonces Noé repartirá toda la tierra entre sus hijos, Cam, Jafet y Sem. Les dirá:

—Escuchad, hijos míos, mis palabras. He aquí la tierra que he repartido entre vosotros; servidla con temor y servidumbre todos los días de vuestra vida. Que vuestro linaje no se aleje de la presencia del dios todopoderoso.

[Entonces dirá Sem], hijo de Noé:

—[Mi] linaje será agradable ante ti y ante tu potencia. Séllalo con tu fuerte mano mediante el temor y el mandamiento. Todo el linaje que salga de mí no se apartará de ti ni del dios todopoderoso, sino que servirá con humildad en el temor de su conocimiento.

*El «otro pueblo» formado a partir de descendientes de Cam y Jafet
(73, 15-74, 25)*

Entonces algunos otros del linaje de Cam y Jafet, cuatrocientos mil hombres, irán y entrarán en otra tierra; habitarán junto a aquellos hombres que proceden del gran conocimiento eterno. Porque la sombra del poder de aquellos hombres protegerá de todo mal y de todo deseo impuro a los que habitan junto a ellos.

Entonces el linaje de Cam y de Jafet formará doce reinos, pero su [otro] linaje entrará en el reino del otro pueblo (el de Set) [...].

Intento del Creador de destruir al «otro pueblo», el gnóstico (75, 1-15)

Entonces el dios de los eones les dará algunos de los que le sirven [...]; vendrán sobre la tierra en la que habitan los grandes hombres, los que no se han manchado ni se mancharán con ninguna pasión, porque su alma no procede de una mano manchada, sino que procede del gran mandato de un ángel eterno. Entonces arrojarán fuego, azufre y brea sobre aquellos hombres. Pero el fuego y la oscuridad vendrán sobre aquellos eones y los ojos de las potencias de las luminarias quedarán en tinieblas y los eones no verán mediante ellas en aquellos días.

Rescate y salvación del «otro pueblo» (75, 20-76, 10)

Y descenderán sobre ellos grandes nubes luminosas y otras nubes luminosas bajarán sobre ellos desde los grandes eones. Descenderán Abrasax, Sablo y Gamaliel, trasladarán a aquellos hombres fuera del fuego y de la ira, y los pondrán por encima de los [eones] y de los príncipes de las potencias; los sacarán [...] de allí con los ángeles santos y

los eones. Los hombres llegarán a ser semejantes a aquellos ángeles porque no son extraños para estos, sino que se comportan según la descendencia incorruptible.

Tercera venida de la gnosis y del Iluminador (76, 10-77, 15)

De nuevo el Iluminador del conocimiento pasará por tercera vez con gran gloria, con el fin de establecer para él, de entre la descendencia de Noé y los hijos de Cam y Jafet, árboles que den fruto. Rescatará sus almas del día de la muerte, porque toda la creación que procede de la tierra muerta será sometida al poder de la muerte. Pero aquellos que piensan en su corazón según el conocimiento del Dios eterno no perecerán, porque no han recibido espíritu de ese mismo reino, sino que (lo) han recibido mediante [instrucción] de los ángeles eternos. Realizará signos y prodigios para avergonzar a las potencias y sus arcontes.

Entonces el dios de las potencias se turbará y dirá:

—¿Cuál es el poder de este hombre (el Iluminador) más excelso que nosotros?

Entonces enviará una gran ira contra aquel hombre, pero se trasladará (de él) la gloria y permanecerá en las moradas santas que él se había elegido. Las potencias no la verán con sus ojos, ni verán tampoco al Iluminador. Entonces perseguirán la carne del hombre sobre el que había descendido el Espíritu Santo.

Reconocimiento universal de la gloria de la descendencia de Set, los gnósticos (83, 5-84, 5)

Entonces la descendencia se opondrá a la potencia, a aquellos que recibirán su nombre sobre el agua y (a los que proceden) de todos ellos. Y una nube de oscuridad vendrá sobre ellos.

Entonces gritarán con fuerte voz los pueblos, diciendo:

—Dichosa el alma de aquellos hombres porque conocieron a Dios (verdadero) con conocimiento de la verdad; vivirán por los siglos de los siglos porque no se corrompieron por sus deseos con los ángeles, y no realizaron las obras de las potencias, sino que se mantuvieron en pre-

sencia de él con un conocimiento de Dios semejante a una luz que ha surgido de fuego y sangre. Nosotros, en cambio, hemos hecho todo con la insensatez de las potencias, y nos hemos gloriado en la transgresión de nuestras obras [...]. Ahora hemos comprendido que nuestras almas morirán de muerte.

Entonces llegó hasta ellos una voz que decía:

—[...] Vuestros pensamientos (los de los que no son gnósticos) no se parecen a los de aquellos hombres que vosotros perseguís [porque ellos no siguieron vuestros deseos, ni], su fruto se ha de corromper. Al contrario, ellos llegarán a ser reconocidos incluso por los grandes eones.

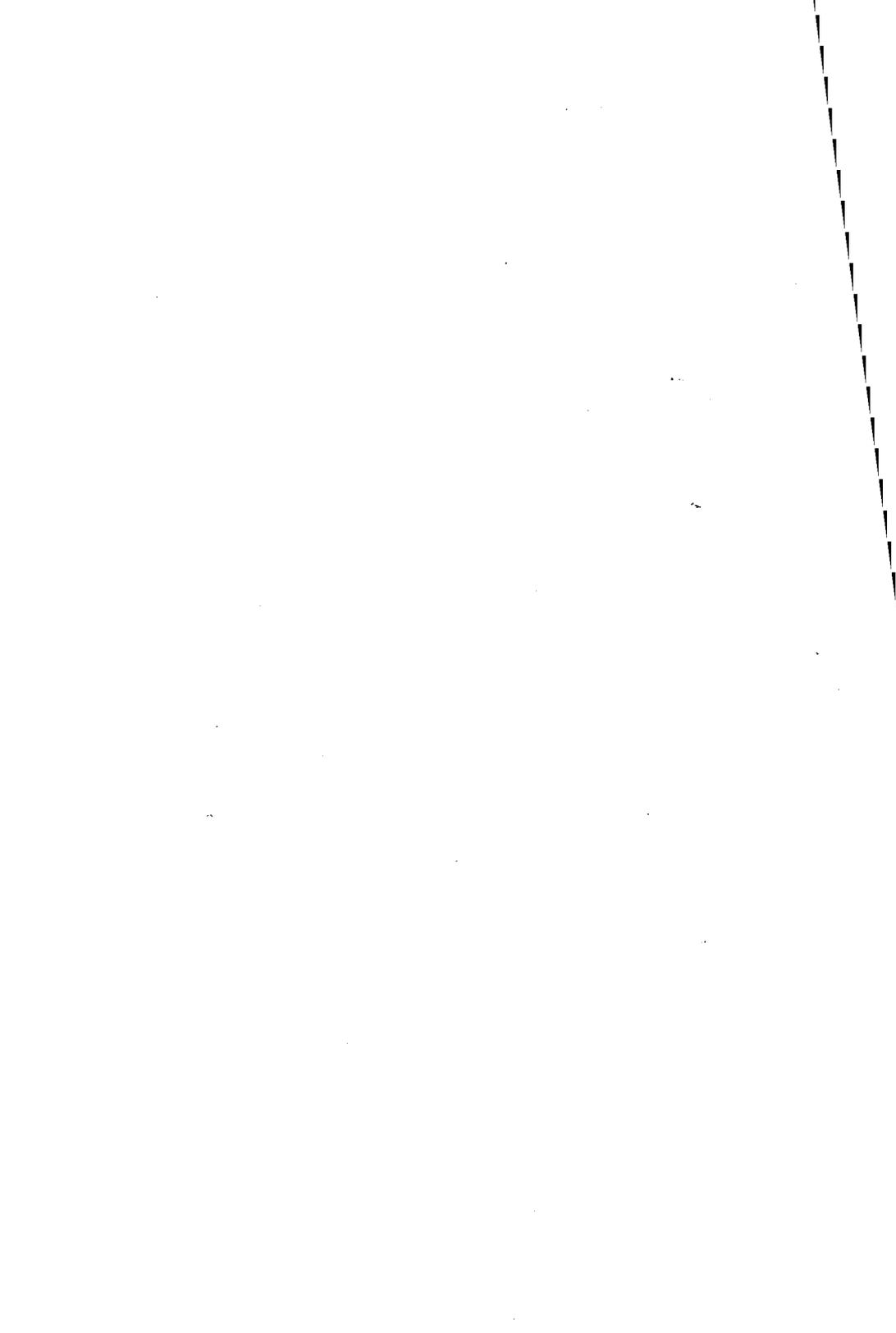
Las verdaderas palabras que dan el conocimiento (84, 5-85, 15)

Porque las palabras que guardaron, del Dios de los eones, no fueron consignadas en un libro ni puestas por escrito, sino que las traerán seres angélicos. Ninguna de las generaciones de los hombres las comprenderán. Esas palabras estarán sobre una montaña alta, encima de la roca de la verdad. Por eso se las llamará «palabras de la incorruptibilidad y de la verdad» para aquellos que conocen al Dios eterno con sabiduría de conocimiento y enseñanza de ángeles eternos, porque él conoce todas las cosas.

Epílogo (85, 20-30)

Estas son las revelaciones que Adán desveló a su hijo Set, y su hijo las enseñó a su descendencia. Este es el conocimiento secreto de Adán que él entregó a Set; es el santo bautismo de aquellos que adquieren el conocimiento eterno por medio de los engendrados del Logos y de los iluminadores imperecederos, los que proceden de la descendencia santa. Apocalipsis de Adán.

(Traducción del copto de Gonzalo Aranda Pérez,
Biblioteca de Nag Hammadi, vol. III, pp. 29-45)



Apocalipsis gnóstico de Pedro

EL Apocalipsis gnóstico de Pedro es un escrito polémico que vapulea sin piedad a los adversarios, y que tiene una intención múltiple. El propósito primario es transmitir a los lectores la recta interpretación —la gnóstica— de los sufrimientos y pasión del Salvador, y consecuentemente cómo ha de entenderse correctamente su figura. En segundo lugar, plantear una crítica de las diversas posturas teológicas de otros grupos de cristianos («los que pertenecen a la Iglesia» u «ortodoxos») y también otros conjuntos de «gnósticos») que se oponen a las ideas defendidas por el autor. Finalmente, de acuerdo con la intención de muchos escritos del género apocalíptico, su deseo es también consolar al grupo de escogidos, que apelan al nombre de Pedro como el fundamento de su conocimiento, o gnosis, especial.

El grupito de gnósticos que se halla tras este apocalipsis sufre un momento de persecución, pero el autor les asegura que estas angustias no durarán mucho. Al igual que los poderes del mundo (los arcontes, potestades y dominaciones, satélites del dios creador) no han podido nada contra el Salvador, los gnósticos verdaderos saldrán victoriosos tras un breve momento de prueba y sufrimiento.

El carácter esencial de la revelación presentada por este apocalipsis es la distinción entre el Salvador verdadero, espiritual, no carnal, no sujeto a ningún padecimiento, cuya muerte no es propiamente un sacrificio expiatorio por la salvación de los hombres, y las apariencias externas del acto de la crucifixión. En ella solo padeció la parte material del Salvador; el crucificado por los judíos era una entidad carnal, el «primogénito, el «hombre de Elohim» (el dios creador, distinto del Dios trascendente o verdadero), el de «la cruz que está bajo la Ley». Este pretendido redentor es ahora un simple «muerto», adorado falsamente por los creyentes ingenuos, con lo que estos caen bajo el engaño y poder de los arcontes o dominadores de este mundo. El redentor auténtico es un ser espiritual unido al «Pleromá», la plenitud divina de la luz infinita, que

en la tierra se ha aparecido como rodeado por la vestidura carnal de un Hijo del hombre.

Según el autor, el apóstol Pedro es el garante y comienzo de la verdadera gnosis. De acuerdo con una interpretación gnóstica de Mateo 16, 13-20, Pedro es el único de los discípulos que conoce la verdadera esencia del Salvador. Este Pedro, gnóstico, no es el mismo que el Pedro de los «creyentes normales», tomado a su servicio por el Salvador aparente, el carnal, que es un «imitador».

El autor de este apocalipsis es desconocido. La lengua original del texto se trasluce debajo de la traducción al copto y es el griego. Como fecha de composición hay que suponer —por un análisis del contenido— los años finales del siglo II o los del principio del III d. de C.

Primera visión: Grupos de creyentes equivocados (70, 25-81, 5)

Quando el Salvador estaba sentado en el Templo, en el año trescientos de la edificación [...], satisfecho con la grandeza de la Majestad viviente e incorruptible, me dijo:

—Pedro, bienaventurados aquellos de arriba que pertenecen al Padre, que a través de mí ha revelado la vida a aquellos que son de la vida, pues yo les he recordado, a ellos que están edificados sobre sólida base, que oigan mis palabras y que distingan las palabras de la injusticia y el incumplimiento de la ley y las de la justicia, pues ellos proceden de arriba, de cada palabra del Pleroma verdadero. Pues han sido iluminados con benevolencia por Aquel a quien las potestades buscaron, pero no encontraron, ni fue mencionado en generación ninguna de los profetas [...].

Estas cosas dijo el Salvador mientras yo veía a unos sacerdotes y al pueblo que corrían hacia nosotros con piedras como para matarnos. Y me aterroricé pensando que íbamos a morir. Y me dijo:

—Pedro, te he dicho muchas veces que son ciegos que no tienen guía [...]. Escucha, pues, ahora las cosas que se te está diciendo misteriosamente y consérvalas. No se las digas a los hijos de este mundo, pues blasfemarán contra ti en este mundo, ya que te desconocen, pero te alabarán cuando tengan el conocimiento.

»Muchos aceptarán al principio nuestras palabras, y se apartarán de ellas luego por el deseo del padre de su error, porque han hecho lo

que él ha querido. Pero Dios los revelará en su juicio [...]. Al no mezclado, al puro y al bueno lo empujan hacia el verdugo, y hacia el reino de aquellos que alaban al Cristo (falso) en la (pretendida) restauración. Y alaban a los hombres que propagan la mentira, aquellos que vendrán después de ti. Y se unirán al nombre de un muerto, pensando que serán puros por ese nombre. Pero quedarán muy impurificados y caerán en el nombre del error y en manos de un hombre malvado y astuto, y en dogmas de múltiples formas y serán gobernados en la herejía.

»Ocurrirá, pues, que algunos de ellos blasfemarán de la verdad y proclamarán una doctrina falsa. Y dirán cosas malas unos contra otros [...]. Algunos que no entienden los misterios hablan de cosas que no comprenden. Pero se jactarán que el misterio de la verdad es solo de ellos [...]. Pero muchos otros, que se oponen a la verdad y son los mensajeros del error, conspirarán con su error y su ley contra estos pensamientos puros que proceden de mí, como mirando desde (el siguiente punto de vista), a saber, pensando que el bien y el mal proceden de una misma raíz. Hacen negocio con mi palabra, y establecen la existencia de un Hado severo, bajo el cual la raza de las almas inmortales estará en vano hasta mi parusía [...].

»Y existen también otros, de aquellos que están fuera de vuestro número, que se llaman a sí mismos obispos y diáconos, como si hubieran recibido la autoridad de Dios. Caen en el juicio por pretender los principales puestos. Esta gente son canales vacíos [...]. Ocurrirá, pues, que algunos de ellos blasfemarán de la verdad y proclamarán una doctrina falsa. Y dirán cosas malas unos contra otros. A algunos de ellos se los llamará «aquellos que están con el poder de los arcontes», los que proceden de un hombre y de una mujer desnudos, de una gran multitud de formas, expuestas a gran variedad de sufrimiento. Y ocurrirá que los que dicen estas cosas preguntarán por sueños. Y si sostienen que un sueño ha procedido de un demon digno de su error, entonces lo que recibirán será perdición en vez de incorrupción [...].

Segunda visión: La crucifixión (81, 5-82, 5)

Cuando dijo estas cosas, vi cómo ellos lo agarraban de aquel modo. Y dije:

—¿Qué veo, oh Señor? ¿Eres tú a quien agarran y eres tú el que te aferras a mí? O ¿quién es ese que sonrío alegre sobre el árbol de la cruz? Y ¿hay otro a quien golpean en pies y manos?

El Salvador me dijo:

—Aquel al que viste sobre el árbol alegre y sonriente, este es Jesús, el viviente. Pero este otro, en cuyas manos y pies introducen los clavos, es el carnal, el sustituto, expuesto a la vergüenza, el que existió según la semejanza, ¡míralo a él y a mí!

Pero yo, en cuanto vi, dije:

—Señor, nadie te mira. Vayámonos de este lugar.

Pero él me dijo:

—Te lo he dicho; deja a los ciegos solos. Y en cuanto a ti, mira cuán poco entienden de lo que dicen. Pues han expuesto a vergüenza al hijo de su gloria en vez de a mi Siervo.

Tercera visión: La resurrección (82, 5-84, 10)

Y vi a uno que se acercaba a nosotros que se parecía a aquel que se reía sobre el árbol. Estaba vestido del Espíritu Santo y es el Salvador. Y hubo una gran luz, inefable, que lo rodeó, y una multitud de ángeles inefables e invisibles que lo alababa. Y yo soy el que lo ha visto cuando se manifestó el que da gloria. Y me dijo:

—Sé fuerte, pues tú eres aquel a quien han sido dados estos misterios, para conocerlos por una revelación, a saber que al que crucificaron es el primogénito (de entre los «muertos»), y la casa de los demonios y el recipiente de piedra en el que habitan los diablos, el hombre de Elohim, el de la cruz que está bajo la Ley. Pero el que está cerca de él es el Salvador viviente, el que primero estaba en él, al que apresaron y soltaron, que está de pie, alegre, mirando a aquellos que usaron con él violencia, mientras están divididos entre ellos. Por este motivo, se ríe de su falta de visión, sabiendo que son ciegos de nacimiento. Existe, pues, ciertamente, el que toma sobre sí el sufrimiento, pues el cuerpo es el sustituto. Pero lo que liberaron fue mi cuerpo incorpóreo. Pero yo soy el Espíritu intelectual pleno de luz radiante. Al que visteis viniendo sobre mí es nuestro Pleroma intelectual, el que une la luz perfecta con mi Espíritu Santo.

»Estas cosas, pues, que tú has visto se las presentarás a la otra raza que no es de este mundo (los gnósticos verdaderos). Pues no habrá honor en cualquier hombre que no sea inmortal, sino solo en aquellos escogidos de una sustancia inmortal, que se ha manifestado capaz de contener a Aquel que da su abundancia. [...]. Tú, pues, sé animoso y no temas en absoluto. Pues yo estaré contigo para que ninguno de tus enemigos tenga poder sobre ti. La paz sea contigo. ¡Sé fuerte!

Cuando Jesús dijo estas cosas, Pedro volvió a sí mismo. Apocalipsis de Pedro.

(Traducción del copto de Antonio Piñero,
Biblioteca de Nag Hammadi, vol. III, pp. 59-70)

Apocalipsis de Pablo

*L*A lengua de este escrito es también el copto, pero el original fue sin duda compuesto en griego. El autor es desconocido y apenas hay indicios internos para datar este original. Hacia el 180 d. de C. Ireneo de Lyon —en su obra *Contra todas las herejías*, II, 30, 7— dice que los gnósticos solían adaptar a su doctrina la breve referencia de Pablo a algunas visiones que había tenido (2 Corintios 12, 24). El Apocalipsis de Pablo podría muy bien ser uno de estos desarrollos. Por tanto, esta obra debió de componerse probablemente antes de la fecha de redacción del escrito de Ireneo: a mediados del siglo II d. de C.

Este breve apocalipsis —que está, además, incompleto— puede estructurarse en tres momentos: A) Visión de Pablo: epifanía del Salvador en forma de niño. B) Descripción parcial del juicio de las almas por obra de los arcontes planetarios, ángeles al servicio del dios creador. C) Ascensión de Pablo hasta el décimo cielo.

En la primera parte, Pablo se halla «en Jericó», es decir, en el mundo inferior o material, y emprende el ascenso hacia «Jerusalén», símbolo del universo «psíquico» (no espiritual), la ciudad de los adoradores del dios creador, el dios Yahvé del Antiguo Testamento. En esta primera etapa, pues, Pablo se desprende de su «hombre carnal» para dar el primer paso —aunque imperfecto, pues aún no es plenamente gnóstico o espiritual— hacia la salvación: el acceso a la rectitud moral del hombre «psíquico». En esta primera conversión Pablo recibe el auxilio del Espíritu Santo, que se le aparece bajo forma de niño.

En un segundo momento, este guía se dispone a mostrar a Pablo —por medio de un ascenso a los cielos— las realidades ultramundanas del quinto cielo.

La tercera secuencia muestra a Pablo en el séptimo cielo. Allí encuentra a un «anciano» —evidentemente el dios creador o Demiurgo, el dios de los judíos—, que tiene a su servicio a «los principados y potestades». El séptimo cielo equivale a la Jerusa-

lén hacia la que Pablo pretendía dirigirse y en la cual le aguardaban «los doce apóstoles», aunque sometidos todavía imperfectamente a la ley religiosa del Antiguo Testamento. Gracias a la guía del Espíritu Santo y a una «señal» (la gnosis o un nombre inefable), Pablo y los apóstoles superan la etapa «psíquica» —es decir, la de la sumisión a leyes no espirituales como las del Antiguo Testamento o las de la Iglesia— y la «demiúrgica» —es decir, controlada por el demiurgo o dios creador— y ascienden a la «Ogdóada», que es el lugar de la Madre, o Espíritu Santo, donde los elegidos en su ascensión final se despojan de las vestiduras psíquicas.

Luego, atravesando el noveno cielo, entran en el décimo cielo, que es el «Pleroma», o Plenitud de la divinidad. Puesto que es el mismo Pablo quien describe esta ascensión, el autor da a entender que se trata de una visión extática que el apóstol refiere después de regresar al mundo inferior.

Visión de Pablo (18, 5-20, 5)

Y Pablo se dirigió a él, diciendo:

—¿Qué camino tomaré para subir a Jerusalén?

El niño contestó, diciendo:

—Di tu nombre, a fin de que te muestre el camino.

Sabía quién era Pablo. Quiso mostrarse afable con él por medio de sus palabras a fin de hallar excusa para conversar con él. El niño tomó la palabra y dijo:

—Sé quién eres, Pablo: tú eres el que fue bendecido desde el vientre de tu madre. Ahora bien, yo he venido a ti a fin de que subas a Jerusalén hacia tus compañeros apóstoles. Por esto has sido llamado. Yo soy el Espíritu que hace camino contigo [...].

Una vez que hubo terminado esta alocución, siguió hablando y me dijo:

—Alerta tu mente, Pablo, y percátate de que la montaña sobre la que estás es la montaña de Jericó, a fin de que conozcas las cosas ocultas que yacen bajo las cosas manifiestas. Sí, irás a los doce apóstoles, pues son espíritus elegidos, y te recibirán con un saludo.

Pablo levantó la vista y vio cómo lo saludaban. Entonces, el Espíritu Santo, que conversaba con él, lo arrebató hacia lo alto, hasta el tercer cielo. Luego pasó hasta el cuarto cielo. El Espíritu Santo se dirigió a él, diciendo:

—Mira y ve tu semejanza sobre la tierra.

Él miró hacia abajo y vio las cosas que están sobre la tierra [...]. Fijó la mirada hacia abajo y vio a los doce apóstoles a su derecha y a su izquierda en la creación, y el Espíritu los precedía en el camino.

Visión del juicio de las almas (20, 5-21, 20)

Ahora bien, en el cuarto cielo, yo, Pablo, vi las cosas según sus clases. Vi, en efecto, a los ángeles que se asemejan a dioses, a los ángeles que transfieren almas de la tierra de los muertos. A una la depositaron en la puerta del cuarto cielo, y los ángeles la azotaban. El alma levantó la voz, diciendo:

—¿Qué pecado he cometido en el mundo?

El guardián que reside en el cuarto cielo le respondió, diciendo:

—No era conveniente cometer todas aquellas transgresiones a la ley que se dan en el mundo de los muertos.

El alma respondió, diciendo:

—Aporta testigos y que muestren en qué cuerpo cometí transgresión. ¿Quieres traer un libro y leer en él?

Y acudieron tres testigos.

El primero tomó la palabra y dijo:

—¿Acaso no estuve yo en el cuerpo en la segunda hora? [...]. Me levanté contra ti hasta que te sumiste en ira, en enojo y en envidia.

El segundo habló y dijo:

—¿Acaso no estaba yo en el cosmos? Entré en la hora quinta y te vi y te deseé. Y he aquí que ahora te acuso de los crímenes que cometeiste.

El tercero habló, diciendo:

—¿Acaso no me llegué a ti en la hora duodécima del día a la puesta del sol? Te di tinieblas hasta que remataras tus pecados.

Cuando el alma oyó todo esto bajó la vista con tristeza. Luego miró hacia arriba y se precipitó hacia abajo. El alma que fue precipitada hacia abajo accedió a un cuerpo que había sido preparado para ella. Y he aquí que se terminaron sus testigos.

Ascensión a través de los cielos (21, 25-24, 5)

Yo, entonces, miré hacia arriba y vi al Espíritu, que me decía:

—Pablo, ven, acércate a mí.

Y cuando avanzaba, se abrió la puerta y entré en el quinto cielo. Y vi a mis colegas apóstoles que me acompañaban mientras el Espíritu venía con nosotros. Y en el quinto cielo vi un gran ángel que enarbolaba en su mano una vara de hierro. Con él estaban otros tres ángeles y levanté la vista hacia ellos. Pero peleaban entre sí enarbolando látigos, empujando a las almas hacia el juicio. Yo, por mi parte, avanzaba con el Espíritu y la puerta se me abrió.

Entonces ascendimos al sexto cielo y vi a mis colegas apóstoles que me acompañaban, y el Espíritu Santo me conducía ante ellos. Levanté la mirada y vi una gran luz que resplandecía sobre el sexto cielo. Hablé y dije al guardián que estaba en el sexto cielo:

—Ábreme y al Espíritu Santo que me precede.

Entonces me abrió y ascendimos al séptimo cielo. Vi un anciano [...] de luz cuya vestimenta era blanca (el dios creador). Su trono, que se halla en el séptimo cielo, resplandecía más que el sol, siete veces más. El anciano tomó la palabra y me dijo:

—¿Adónde vas, Pablo, el bendecido, el que fue separado desde el vientre de su madre?

Pero yo miraba al Espíritu, y él movía la cabeza, diciéndome:

—Habla con él.

Yo hablé y dije al anciano:

—Regreso al lugar del cual procedí.

El anciano me contestó:

—¿De dónde procedes?

Le respondí, diciendo:

—Desciendo al mundo de los muertos para llevar cautiva a la cautividad que fue cautivada en la cautividad de Babilonia.

El anciano me contestó, diciendo:

—¿De qué manera podrás apartarte de mí? Mira y ve a los principados y a las potestades.

—El Espíritu intervino, diciendo:

—Entrégale la señal que está en tu mano, y te abrirá.

Entonces yo le di la señal. Él volvió el rostro hacia abajo, hacia su creación y los que son sus potestades. Entonces se abrió el séptimo cielo y ascendimos a la Ogdóada. Y vi a los doce apóstoles. Me saludaron y ascendimos al noveno cielo. Yo saludé a todos los que se hallaban en el noveno cielo, y ascendimos al décimo cielo. Y yo saludé a mis espíritus compañeros.

El apocalipsis de Pablo.

(Traducción del copto de José Montserrat Torrents,
Biblioteca de Nag Hammadi, vol. III, pp. 77-80)

Primer Apocalipsis de Santiago

EL tercer escrito del códice V de Nag Hammadi comienza y acaba con el título de Apocalipsis de Santiago. Se designa como «primero» para diferenciarlo del escrito siguiente, que porta un título idéntico. Este primer apocalipsis tiene la forma de un «diálogo de salvación» de Jesús con un discípulo —aquí su hermano Santiago—. El Revelador/Iluminador le enseña la gnosis, o verdadero conocimiento, que supera las doctrinas tradicionales del cristianismo «psíquico», «normal» u «ortodoxo».

El manuscrito está muy dañado, por lo que el texto está incompleto y es a veces poco inteligible. Se ve con claridad, sin embargo, que el diálogo consta de dos partes: la etapa de la enseñanza de Jesús antes de la pasión y la posterior a esta, desarrollada tras la resurrección. El autor señala en las dos secciones cómo la esencia de la salvación es el descubrimiento de lo que hay real y verdaderamente en las palabras y la aventura del descenso y ascenso del Salvador hacia el Padre.

Este Padre es el Dios trascendente, un dios desconocido, innumerable, indecible, e incommensurable, muy distinto del dios creador. Los «espirituales» o gnósticos, que conocen al Padre, deben ser y actuar entre sí como hermanos. A través de Santiago, recibirán del Salvador la gnosis que les permitirá distinguir entre lo real y lo aparente.

Este apocalipsis fue redactado originalmente en griego. Parece relativamente tardío, y pudo haber sido escrito en Egipto hacia fines del siglo III d. de C., en un medio interesado en mostrar la superioridad del espiritualismo gnóstico sobre las creencias «oficiales» u ortodoxas de las comunidades cristianas.

Encuentro y dialogo de Jesús con Santiago antes de la pasión (24, 1-30, 15)

El Señor es el que me ha dicho:

—Atiende, pues, al cumplimiento de mi redención. Te he indicado esto, Santiago, hermano mío, porque no te llamo por azar «hermano mío». Tú no eres mi hermano de acuerdo con la materia, ni ignoro esto en lo que se refiere a ti, para que si te doy una indicación sepas y entiendas.

»Nada era, salvo El que es. Este es innumerable e indecible, También yo soy innumerable a partir del que es. Igualmente se me ha dado un número de nombres, ambas cosas a partir del que es. Pero yo soy antes que tú. Y ya que has preguntado sobre la feminidad: existía la feminidad, pero no era la feminidad algo anterior. Y ella se ha preparado para sí poderes y divinidades. Pero cuando he procedido, no existía ella, pues yo soy una imagen del que es. Sin embargo, he manifestado su imagen para que los hijos del que es sepan lo que les es propio y lo que les es extraño. Mira, te revelaré todo en relación con este misterio, pues me aprehenderán pasado mañana. Pero mi redención estará próxima.

Dijo Santiago:

—Rabí, tú has dicho «me aprehenderán». Yo, por mi parte, ¿qué podré hacer?

Me dijo:

—¡No temas, Santiago! También a ti te aprehenderán. Pero aléjate de Jerusalén. Porque ella es la que da la copa de amargura en todo momento a los hijos de la luz. Es un lugar de residencia de un gran número de arcontes. Pero tu redención se verá libre de ellos [...].

Santiago dijo:

—¿Hay, por lo tanto, Rabí, doce hebdómadas y no siete como hay en las Escrituras?

El Señor dijo:

—Santiago, el que ha hablado en esta Escritura no sabía de ella extensamente. Pero yo te revelaré lo que ha provenido del Innumerable. Te daré una indicación sobre su cifra. En cuanto a lo que ha provenido del que carece de medida (el dios credor), te daré una indicación sobre su medida.

Santiago dijo:

—Por lo tanto, Rabí, mira que he sumado su número: son setenta y dos vasos.

Dijo el Señor:

—Estos son los setenta y dos cielos que son sus subordinados. Son las potencias de su poder total. Y ellos se han establecido por sí mismos y son los que se han distribuido por doquier, estando bajo la autoridad de los doce arcontes. El poder inferior de ellos produjo para sí ángeles y ejércitos innumerables [...]. Si quieres ahora darles un número, no lo podrás hasta que alejes de ti el razonamiento ciego, esta ligadura que te rodea de carne. Y entonces alcanzarás al que es. Y entonces no serás más Santiago, sino que serás El que es. Y los que son innumerables todos habrán sido todos nombrados.

Santiago dijo:

—Por lo tanto, Rabí, ¿cómo alcanzaré al que es, dado que todos estos poderes y estos ejércitos están armados contra mí?

Me dijo:

—Estos poderes no están armados contra ti, sino que están armados contra otro. Estos poderes están armados contra mí y están armados contra otros poderes [...]. Habrá en mí un silencio y un misterio oculto. Sin embargo, me siento temeroso ante su cólera.

Dijo Santiago:

—Rabí, si se arman contra ti, ¿no hay reproche? Has venido con conocimiento para amonestar su olvido. Has venido con la memoria para increpar su ignorancia. Pero me he preocupado por ti, porque has descendido en un (mundo de) gran desconocimiento. Pero no has sido contaminado por nada de él. Porque has descendido en el olvido y conservaste la memoria. Caminaste en el barro y no se han manchado tus vestidos, ni has sido enterrado en su lodazal ni te han atrapado. Yo no era como ellos, sino que me he revestido con todo lo suyo. Hay en mí como un olvido. Y tengo la memoria de cosas que no son tuyas [...]. ¿Qué palabra podré pronunciar para escaparme de ellos?

Dijo el Señor:

—Santiago, alabo tu razonamiento y tu temor. Si persistes en esforzarte, no te preocupes por nada más, salvo por tu redención. Mira, en efecto daré cumplimiento a lo que me ha sido asignado sobre esta tierra como lo he dicho desde los cielos. Y te revelaré tu redención.

Dijo Santiago:

—Rabí, ¿cómo, después de estas cosas, te revelarás de nuevo a nosotros, después que ellos te apresen y que hayas cumplido lo que te ha sido asignado y hayas ascendido hasta El que es?

Dijo el Señor:

—Santiago, después de estas cosas te lo manifestaré todo [...]. Y después de esto me manifestaré para amonestar a los arcontes. Y les manifestaré que Él es inaprehensible. Si lo aprehenden, entonces se apoderará de cada uno de ellos. Pero ahora me iré. Recuerda lo que te he dicho si se levantan ante ti.

Santiago dijo:

—Señor, me apresuraré como has dicho.

Lo saludó el Señor y dio cumplimiento a lo que era conveniente.

Diálogo de Jesús con Santiago después de la resurrección
(31, 5-35, 20)

Y el Señor se le manifestó. Detuvo, pues, su oración, lo abrazó, y lo besó, diciéndole:

—Rabí, te he encontrado. He oído acerca de los sufrimientos que has soportado y he sufrido mucho. Conoces mi compasión. Por este motivo, al reflexionar, no quisiera ver más a este pueblo. Ellos serán juzgados por esto que han hecho. Porque lo que han hecho es contrario a lo que corresponde.

Dijo el Señor:

—Santiago, no te preocupes por mí ni por este pueblo. Yo soy el que estaba en mí. En ningún momento he sufrido en absoluto ni me he afligido. Y este pueblo no me ha hecho ningún daño [...]. Puesto que eres un justo de Dios, me has abrazado y me has besado. En verdad te digo: has suscitado una gran cólera y furia contra ti. Pero ha sucedido de este modo para que estos otros existan.

Santiago, empero, era medroso y lloró. Y se afligió mucho. Y se sentaron los dos sobre una piedra.

Le dijo el Señor:

—Santiago, así sufrirás estos pesares, pero no estés triste. Porque la carne es apocada. Ella recibirá lo que para ella se ha establecido [...].

Modo de escapar de los arcontes en el ascenso del alma (33, 1-35, 20)

El Señor le dijo:

—Santiago, mira, te manifestaré tu redención. Si te han aferrado y si has soportado estos sufrimientos, una muchedumbre se armará contra ti para prenderte. Particularmente, sin embargo, tres de ellos te prenderán, los que residen allí como recaudadores. No solo exigen contribución, sino que también atrapan a las almas como despojos. Cuando, por lo tanto, caigas en su poder, uno de ellos, el que es su vigilante, te dirá: «¿Quién eres tú o de dónde eres?». Le responderás: «Soy un hijo y soy del Padre». Te dirá: «¿Qué clase de hijo eres y a qué padre perteneces?». Y le dirás: «Soy del Padre que es preexistente, y un Hijo en el Preexistente». Cuando llegue a decirte: [...] «¿Son cosas ajenas?». Le dirás: «No son totalmente ajenas, sino que son de Achamot («hija» del eón Sabiduría), que es la Mujer. Y estas cosas las ha producido cuando hizo descender a esta generación que procede del Preexistente. No son, pues, cosas ajenas, sino que son nuestras. Son nuestras indudablemente, porque la que es su dueña pertenece al Preexistente. Pero son cosas ajenas en tanto que el Preexistente no ha tenido comunicación con ella cuando las produjo». Cuando igualmente te diga: «¿Adónde irás?», le dirás: «Al lugar desde donde he venido, allí volveré». Y si dices esto, evadirás sus ofensivas [...]. Pero yo llamaré al conocimiento incorruptible que es Sabiduría, que existe en el Padre, que es la Madre de Achamot. Carece de padre Achamot y no tiene consorte masculino, sino que es una mujer que proviene de una Mujer. Os produjo sin varón, estando sola y en ignorancia de lo que vive por su Madre, ya que pensaba que existía ella sola. Pero yo clamaré a su Madre. Y entonces se turbarán y censurarán a su raíz y a la generación de su madre [...].

Último diálogo con Jesús: Las mujeres, el conocimiento y la masculinización de lo femenino (38, 15-44, 10)

Santiago dijo:

—¿Quiénes son estas siete mujeres que han sido tus discípulos? Y mira que te bendicen las mujeres todas. Yo también estoy admirado

cómo vasos impotentes se han tornado fuertes por una percepción que hay en ellos [...].

Dijo el Señor:

—Santiago te alabo [...]. Has comenzado, en efecto, a conocer sus raíces desde el comienzo hasta el fin. Arroja lejos de ti toda ilegalidad y estate atento, no vaya a ser que te envidien. Si dices estas palabras de esta percepción, da ánimo a estas cuatro: Salomé y María y Marta y Arsinoe [...]. Son primicias de los [...] de arriba [...] para que se manifieste la potencia de Dios. Lo corruptible ha ascendido hacia lo incorruptible y el elemento de la feminidad ha alcanzado a su elemento de masculinidad [...].

Y fue en ese momento inmediatamente y amonestó a los Doce; y arrojó fuera de ellos su satisfacción en lo referente al camino del conocimiento [...].

Apocalipsis de Santiago.

(Traducción del copto de Francisco García Bazán,
Biblioteca de Nag Hammadi, vol. III, pp. 87-95)

Segundo Apocalipsis de Santiago

Las páginas de este «apocalipsis» — así es su título en el códice V de Nag Hamadi — han llegado a nosotros bastante deterioradas, por lo que el texto ofrece considerables lagunas. Como es usual en esta Biblioteca, este escrito ha sido traducido al copto desde un original griego. Pero este texto subyacente no era propiamente un apocalipsis en el sentido más usual del término. Al igual que el Primer Apocalipsis de Santiago, podría definirse como un «discurso de revelación» del Iluminador gnóstico. De cualquier modo, es un desvelamiento de ocultas verdades.

El documento original constaba de dos partes claramente diferenciadas: el discurso de revelación y la narración del martirio de Santiago. La primera parte se presenta como una noticia de «un sacerdote» anónimo a Teudas, el supuesto padre de Santiago. Esta noticia, que reproduce un discurso del «hermano del Señor», se divide en dos secciones: a) Palabras del Jesús prepascual; b) Revelación del Jesús resucitado.

La segunda parte — el relato del martirio de Santiago — proviene de una fuente distinta, y es a todas luces un añadido al bloque de los discursos anteriores. Probablemente no procede del autor de la primera parte, sino de un compilador final, que zurció en un solo escrito las dos fuentes.

La singularidad de este texto reside — como en el apocalipsis anterior — en la extraordinaria importancia otorgada a la figura de Santiago en el proceso de la salvación/revelación, y en que sus palabras fueron recogidas y puestas por escrito por una tal Mareim, quizá Mariamme, es decir — según muchos intérpretes —, María Magdalena. De ser así, el texto demostraría la importancia de esta mujer en círculos cristianos «espirituales» gnósticos, como discípula excelsa del Revelador.

Los discursos del Iluminador que contiene la primera parte se presentan como dirigidos a la multitud de los judíos antes de ser asesinado. El tema principal de todos los discursos del Salvador sale al encuentro de la gran preocupación de los gnósticos

de Nag Hammadi: el poder sobre el universo y el ser humano del Demiurgo, o dios creador, y sus arcontes o ángeles perversos, que también están enfrentados al Padre supremo, la divinidad trascendente. El texto critica acerbamente a este demiurgo y exalta al Dios trascendente, en realidad el único Dios verdadero. Jesús es el Revelador que con la impartición de la gnosis libera al discípulo fiel de estos poderes. Santiago hace de transmisor principal de esta revelación.

Se ignora por completo el lugar de composición y quién fue el autor, o el compilador final. Tampoco se sabe nada de la fecha en la que se redactó. Se supone que debe ser más o menos contemporánea del resto de documentos griegos gnósticos traducidos en la Biblioteca de Nag Hammadi, por tanto, entre el 150 y 250 d. de C.

Introducción (44, 11-45, 25)

Apocalipsis de Santiago. Este es el discurso que Santiago el Justo en Jerusalén, y que puso por escrito Mareim.

Uno de los sacerdotes se lo relató a Teudas, el padre del Justo, puesto que era pariente suyo. Dijo:

—Apresúrate y ven con María tu esposa y tus parientes [...]. Quizá habiéndonos tú mismo conducido hasta él, venga Santiago a comprender. Pues he aquí que mucha gente se halla [...] muy enojada con él, pues muchas veces pronunciaba estas y otras palabras.

Decía estas palabras teniendo como oyentes a la multitud del pueblo. Entró y no se sentó en el lugar acostumbrado, antes bien se aposentó en el quinto peldaño, que es el honorífico, mientras todo nuestro pueblo oía las palabras de Santiago.

Santiago proclama su personalidad como transmisor del Revelador (46, 5-47, 25)

—[...] Yo soy aquel a quien se reveló el Pleroma de la incorruptibilidad; el primero que fue llamado por el Grande, y el que obedeció al Señor, que atravesó los mundos [...], se desvistió y anduvo desnudo, y que fue hallado en corrupción cuando iba a ser elevado a la incorruptibilidad.

»Este Señor que está aquí vino como un hijo que ve y como un hermano [...]. Ahora soy rico en conocimiento y tengo un único Salva-

dor, el único que fue generado en las alturas [...]. Lo que se me reveló fue escondido para todos y será revelado por medio de él [...].

Ellos hicieron una proclamación con estas palabras: «Será juzgado con los injustos». El que vivió ajeno a la blasfemia murió víctima de la blasfemia.

El Jesús prepascual define su personalidad salvífica (48, 5-49, 25)

—(Yo Soy) [...] la carne, y de la carne precisamente escaparé en plenitud. Yo soy el que muere sometido a la muerte, pero en vida seré hallado. [...]. Yo me apresuro a dejar libres a los que me oyen y deseo elevarlos por encima de Aquel (el dios creador) que desea dominarlos. Si reciben ayuda, yo soy el hermano que obra en secreto, el que rogó al Padre [...]. Yo soy el Hijo primogénito del Padre que destruirá el señorío de todos ellos. Yo soy el amado. Yo soy el justo. Yo soy el Hijo del Padre. Yo hablo de acuerdo con lo que escuché. Yo doy una orden de acuerdo con el mandamiento que recibí. Yo os enseño de acuerdo con lo que yo hallé. He aquí que yo hablo a fin de salir. Reparad en mí a fin de que me veáis. Si yo he llegado a existir, ¿quién soy, entonces? Pues no vine en la figura en la que existo, y tampoco revelaré la figura en la que existo. Pues yo existía durante un breve periodo de tiempo [...].

Enseñanza de Jesús a Santiago después de la resurrección (50, 5-55, 1)

En cierta ocasión estaba yo sentado y reflexionando, cuando Jesús abrió la puerta, entró y se acercó a mí, este mismo a quien vosotros odiasteis y perseguisteis. Me dijo:

—Salud, hermano mío; hermano mío, salud.

Una vez que hube alzado mi rostro para mirarlo, me dijo la Madre:

—No temas, hijo mío, porque te dijo así, «hermano mío». Pues fuisteis nutridos con la misma leche. Por esto me llama él «mi Madre». Pues no es un extraño para nosotros. Es hermano por la parte de tu Padre» [...].

Dijo Jesús:

—[...] Yo los encontraré a fin de que salgan. Yo soy el extraño y ellos no tienen conocimiento acerca de mí en sus pensamientos, pues

ellos me conocen en este lugar. Sin embargo, era conveniente que otros conocieran por medio de ti, Santiago. Esto es lo que te digo: escucha y comprende, pues una multitud, si (únicamente) escucha, se llenará de temor. Pero tú comprende, según te lo podré explicar.

»Tu padre no es mi Padre. Pero mi Padre ha pasado a ser un padre para ti [...]. Tu padre, del que tú piensas que es rico, te dará en herencia todas estas cosas que ves. Yo te anuncio una buena nueva para concederte estas cosas que te explicaré si me escuchas. Abre tus oídos, comprende y haz tu camino. Estas cosas discurren por tu causa, y reciben su energía de Aquel que es glorioso.

»Y si alguien quisiera provocar un trastorno y una rapiña [...] ni los que vendrán, los que fueron enviados por él (el dios creador o Demiurgo) para hacer esta creación de aquí. Después de esto, si él se avergüenza, se trastornará, porque su trabajo, que está lejos de los eones, no es nada. Y su herencia aparecerá como una cosa pequeña, esta herencia acerca de la cual él se pavoneaba diciendo que era tan grande. Y sus dones no son cosas buenas. Sus promesas son designios perversos. Pues tú no procedes de su compasión, pero él sí comete sus atropellos a través de ti. Él quiere cometer injusticia contra nosotros, y señoreará por un tiempo que se le concedió. Pero tú comprende y conoce al Padre que tiene compasión.

Él (el Demiurgo) no ha recibido una herencia indeterminada, ni tampoco limitada en el tiempo, antes bien consiste en un día eterno y [...] redujo a servidumbre a los que procedían del Padre, los aferró y los modeló para que se asemejaran a él. Entonces pasaron a existir con él [...].

La función mediadora de Santiago y la iniciación gnóstica (55, 10-58, 20)

Pero yo quiero hacer la revelación por medio de ti y el Espíritu de poder, y que él haga la revelación a los tuyos. Y la buena puerta se abre por ti para los que quieren entrar y buscan caminar por el camino que está ante la puerta, y para los que buscan seguirte y entrar, y que tú los hagas regresar y des el premio a cada uno de los que estén preparados. Pues tú no eres redentor ni socorredor de extraños. Tú eres un iluminador y un redentor de los míos, y ahora también de los tuyos. Tú harás revelación; tú aportarás el bien para todos ellos; tú serás admirado a

causa de todo poder. Tú eres aquel a quien los cielos bendicen. Tú eres aquel a quien envidiará el que se denominó a sí mismo «tu señor» (el Dios creador) [...]. A causa de ti serán informados de estas cosas y descansarán. A causa de ti reinarán y serán reyes. A causa de ti se apiadarán de los que recibirán compasión. Tú, pues, de la misma manera que fuiste el primero en revestirte, tú eres el primero que se desvestirá, y vendrás a ser como eras antes de que te desvistieras.

Y me besó en la boca y me abrazó, diciendo:

—Amado mío, he aquí que voy a revelarte aquellas cosas que los cielos no han conocido, como tampoco los arcontes. He aquí que voy a revelarte aquellas cosas que Él no conoció, aquel que se pavoneó diciendo «No hay otro fuera de mí. ¿Acaso no estoy vivo? ¿Acaso no tengo yo poder sobre toda cosa por el hecho de ser yo un padre?». He aquí que voy a revelarte todas las cosas. Amado mío, comprende y conócelas a fin de que surjas en la figura en la que yo existo. He aquí que voy a revelarte al Escondido. Pero ahora, tiende tu mano; ahora, abrázate a mí.

Y entonces extendí mis manos y no lo hallé del modo que yo pensaba. Pero luego le oí que me decía:

—Comprende y abrázate a mí.

Entonces comprendí y temí, y experimenté una gran alegría. Por esta razón os digo a vosotros, los que juzgáis, que habéis sido juzgados; no tuvisteis moderación, y sin embargo se ejerció moderación con vosotros [...]. Él era aquel a quien no vio el que creó el cielo y la tierra y habitó en ella. Él era el que es vida. Él era la luz. Él era el que será. Y de nuevo llevará a término las cosas que comenzaron, y dará un comienzo a las cosas que van a terminarse. Él era el Espíritu Santo y el Invisible que no descendió a la tierra. Él era la virgen, y lo que desea se hace realidad para él. Yo vi a aquel que estaba desnudo sin vestimenta alguna que lo recubriera. Lo que le place se hace realidad para él [...].

Martirio de Santiago (61, 15-63, 30)

Y se levantaron, diciendo:

—Sí, matemos a este hombre y que sea quitado de entre nosotros, pues no nos será de ninguna utilidad. Estaban allí y lo hallaron erguido en un ala del Templo, junto a la poderosa piedra angular.

Y tramaron precipitarlo desde lo alto, y lo arrojaron, y ellos [...]. Lo agarraron y lo golpearon y lo arrastraron sobre el pavimento; lo tendieron y pusieron una piedra sobre su vientre. Todos pusieron los pies sobre él, diciendo: erraste. De nuevo lo levantaron; vivía todavía y le hicieron cavar un hoyo y lo colocaron en él. Entonces, después de haberlo recubierto hasta el vientre, lo lapidaron en esta posición.

Él, por su parte, extendió las manos y pronunció esta plegaria, pero no la que solía recitar:

—Dios mío y Padre mío, que me salvaste de la esperanza que está muerta, que me hiciste vivir por un misterio de la voluntad; no dejarás que los días de este mundo se prolonguen por mí [...]. Líbrame de esta morada. No dejes que tu gracia se aparte de mí, antes bien haz que tu gracia sea santa. Sálvame de una mala muerte. Sácame vivo del sepulcro, porque tu gracia, que es amor, vive en mí para realizar una obra de plenitud. Sálvame de una carne de pecado, pues yo confié en ti con todas mis fuerzas. Puesto que eres la vida de la vida, sálvame de un enemigo humillante; no me entregues a un juez que me escinda a causa del pecado; perdóname todas mis deudas cotidianas. Puesto que vivió en ti, tu gracia vive en mí. He rechazado a todos, pero a ti te he manifestado. Sálvame de mal sufrimiento. Pero ahora es ya el momento y la hora. ¡Oh Espíritu Santo, envíame la salvación! [...].

Apocalipsis de Santiago.

(Traducción del copto de José Montserrat Torrents,
Biblioteca de Nag Hammadi, vol. III, pp. 103-111)



Fuentes/Bibliografía

LA totalidad de los originales de los apocalipsis ofrecidos en este libro se ha perdido, incluidos obras como el Libro de Daniel, la Primera y Segunda Carta a los Tesalonicenses, o el Apocalipsis de Juan, textos que pertenecen a la Biblia judía y cristiana. Se trata, pues, de libros sagrados cuyos originales muchos desearían haber conservado. De los apocalipsis que han llegado hasta nosotros solamente tenemos copias, o mejor copias de las primeras copias.

Estas reproducciones se hallan —en su inmensa mayoría— transcritas en manuscritos de pergamino o papel que proceden del siglo XI en adelante. Hay, pues, una serie de centurias de las que no se nos han transmitido copias o son muy escasas. Se han conservado, sin embargo, algunos papiros con textos transcritos en épocas más antiguas, a veces de los siglos II y III d. de C. De los textos de los *Manuscritos del mar Muerto* hay algunas copias —así como también del Libro de Daniel o el Libro de los Jubileos y fragmentos del Ciclo de Henoc—, que son pergaminos anteriores a la era cristiana.

En su inmensa mayoría, los apocalipsis que aquí hemos presentado se han transmitido también —como habrá observado el lector— en versiones muy antiguas a las lenguas utilizadas por el cristianismo primitivo para su Biblia o para su liturgia: griego, latín, copto, siríaco, etíope, eslavo antiguo.

Todos estos documentos —reproducciones secundarias de los originales perdidos, como acabamos de decir— se hallan esparcidos por muchas instituciones del hemisferio occidental: museos, bibliotecas, universidades, archivos. No hay ninguna institución política o cultural,

pública o privada, que los posea todos o que pueda controlarlos todos, pues son un bien público diseminado entre diversos países. Pero gracias al invento de la imprenta, y sobre todo a partir del siglo XVIII, una legión de eruditos ha ido descubriendo y publicando lentamente los manuscritos más importantes de todos estos escritos —llenos a veces de lecturas variantes que hay que seleccionar—, y recientemente se dispone de fotografías o películas de los más interesantes o valiosos. Un ilustre ejemplo de estas ediciones pioneras de los textos más cercanos a los originales es el libro *Apocalypseis Apocryphae*, de Constantin von Tischendorf, Teubner, Leipzig, 1886, que hemos utilizado en la presente obra.

Si algún lector desea saber con mayor precisión los manuscritos utilizados en la edición de un apocalipsis concreto, debe buscar la referencia en la introducción general de la obra citada en cada caso, al final del texto, con el nombre del traductor. Allí, o bien se le ofrecerá la lista de los manuscritos utilizados, o bien —por lo general— la edición científica, basada en los manuscritos pertinentes y cuya lista aparece convenientemente reseñada, que utiliza el traductor en cada caso.

Las traducciones al español que aquí ofrecemos han sido hechas por especialistas a partir de los textos originales utilizando las más modernas ediciones científicas que se hallan en las bibliotecas especializadas. Muchas de estas versiones han visto ya la luz, pues han sido tomadas de colecciones de textos aparecidas ya en español o están a punto de ver la luz pública, como diremos a continuación. Estas colecciones son las siguientes:

- Biblia hebrea: *Biblia Hebraica*, Württembergische Bibelanstalt, Stuttgart, 161973, ed. Rudolf Kittel y otros.

- Nuevo Testamento griego: *Novum Testamentum graece*. Textum graecum post Eberhard et Erwin Nestle communiter ediderunt Barbara et Kurt Aland, Johannes Karavidopoulos, Carlo M. Martini, Bruce Metzger, Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart, 271984.

- *Apócrifos del Antiguo Testamento*. Editores: Alejandro Díez Macho y otros. A partir de la segunda edición y del vol. VI, A. Díez Macho, Antonio Piñero, Ediciones Cristiandad, 28006 Madrid, 1984. Son siete los volúmenes previstos para verter al español todos los apócrifos del Antiguo Testamento, de los que han aparecido ya cinco con introducción, traducción y notas. El volumen I contiene una amplia introducción ge-

neral con especial hincapié en el contenido teológico más significativo de estos escritos.

El tomo VI de esta serie, *Literatura apocalíptica*, verá la luz a lo largo del 2007 y es la fuente —junto con otros tomos de la obra— de la mayor parte de los apocalipsis que aquí presentamos. Por estar aún en prensa en el momento de publicar el presente libro, no señalamos páginas. A partir de 2008, consultar a la editorial.

- *Textos de Qumrán* (Manuscritos del mar Muerto o de Qumrán). Edición, introducción y traducción de Florentino García Martínez, Editorial Trotta, 28008 Madrid, 61998. Es esta probablemente la edición más completa de estos textos y una de las mejores realizadas a lenguas modernas.

- *Biblioteca copto gnóstica de Nag Hammadi*. Tres volúmenes, Editorial Trotta, Madrid, 2000. Editores: Antonio Piñero, José Montserrat y Francisco García Bazán. Se trata igualmente de la versión española de todos los tratados coptos hallados en Nag Hammadi, cerca de Luxor, Egipto, en 1945, con introducción general a la gnosis, introducción particular a cada uno de los escritos y notas explicativas. Todos los apocalipsis gnósticos proceden del volumen III de esta obra.

- *Padres apostólicos*. Versión española, introducción y notas de Daniel Ruiz Bueno, Biblioteca de Autores Cristianos, 28001 Madrid, 1962.

En la presente obra, y por razones de espacio, no presentamos ningún apocalipsis completo, sino solo las partes que consideramos más interesantes de ellos. Tampoco llevan amplias introducciones, o notas explicativas, por el mismo motivo, ni presentamos las variantes de los manuscritos más importantes. El lector interesado puede acudir a las obras de referencia que acabamos de citar en las que se ofrecen los textos completos con notables introducciones y notas explicativas y filológicas en abundancia.

El signo [...] indica omisión por nuestra parte de texto menos importante, o bien una laguna en los manuscritos.